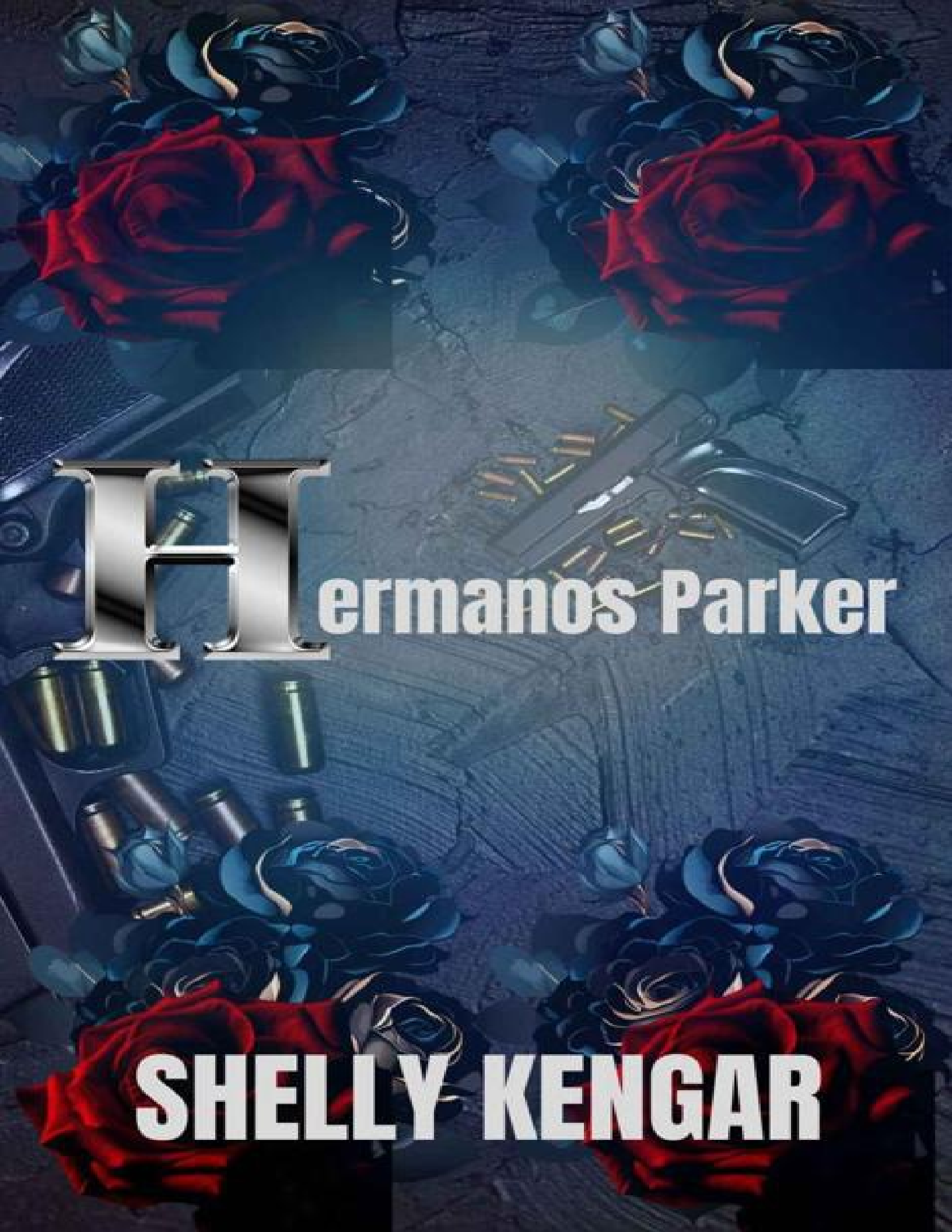

Hermanos Parker
SHELLY KENGAR

Contents

HERMANOS PARKER
THE PHANTOM
Shelly Kengar
Agradecimientos
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Anexo
Foto: Canva
©ShellyKengar
Para David, por ser todos los Luca,
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo11
Capítulo12
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
Fin

HERMANOS PARKER

RECOPILACIÓN DE DOS LIBROS

THE PHANTOM

CONDENA O SALVACIÓN

THE PHANTOM

Redención

Shelly Kengar

©shellykengar

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (**www.cedro.org**; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Portada: @shellykengar
Foto: Canva
Corrección: Dache Correcciones
Maquetación. @shellykengar

Agradecimientos

Pronto hará un año que publiqué mi primer trabajo, ha llovido mucho desde entonces, este es el quinto. Sobre todo, hay que recalcar que en ese tiempo en mi camino he encontrado personas y cada una de ellas me ha brindado algo, conocimiento, apoyo, cariño. Para mí esas personas son amarillas, porque ser o no ser amarillo marca una diferencia y es que nada tiene que ver con la cercanía o los vínculos sanguíneos.

En ocasiones son personas anónimas, que no conocías hasta el momento, pero tienen ese ‹‹no sé qué›› que encaja perfectamente contigo. Por eso tengo que agradecer a cada una de esas personas que me acompañan en este sueño a diario. Agradecer a Laura de (@loslibrosdelaura) porque la adoro, ya que desde que la conocí algo me unió a ella y en este trabajo he podido contar con su ayuda como lectora, la cual ha contribuido que la historia de Nath sea mejor, mil gracias, amiga. No me puedo olvidar~~me~~ de Las Únicas, mis chicas, esas que siempre están pendientes de mi día a día y si no contesto los mensajes llaman a los Geos, sin ellas esto tampoco sería posible. A mi familia digital del Club Tinta y Letras porque son la caña y son el impulso que cualquiera desearía tener. A Christine Tales por ser mi gemela digital y porque, aunque la he nombrado arriba, no puedo dejar de agradecerle su apoyo siempre. También tengo mucho que agradecer a: Naiara (@nladevoralibros), Noemi(@noemilibros), Esther(@estebeccalibros), Anita (@anitaladevoralibros). Gracias sobre todo a todos los lectores que leen cada uno de mis libros y me apoyan con sus qué es mi sueño. Gracias también a todos los lectores por sus reseñas y sus opiniones, por vosotros sigo hacia delante creando historias, todos los grupos de Facebook que permiten que publicite mis novelas para darme a conocer. Y Gracias a David, el amor de mi vida por ayudarme a cumplir el sueño de escribir.

Sinopsis

Nathaniel Parker decidió morir, renaciendo cuál ave Fénix en El fantasma, el asesino a sueldo más buscado a nivel mundial.

Dejando su vida y sus conocidos atrás, sin recordarlos, sin dedicarles ni un solo pensamiento.

Han pasado tres años en los que la oscuridad se ha adueñado de su alma.

Sin embargo, los hilos del destino le han tejido una telaraña muy peligrosa.

Una luz de esperanza se aviva al recibir el encargo de asesinar a alguien que formó parte de su pasado. No alguien cualquiera, sino ella, su todo y a la vez su nada.

Un transatlántico en mitad del mar será la escena de esta historia cargada de mentiras, deseos, traiciones, y mucho erotismo.

¿Puede un fantasma volver a sentir?

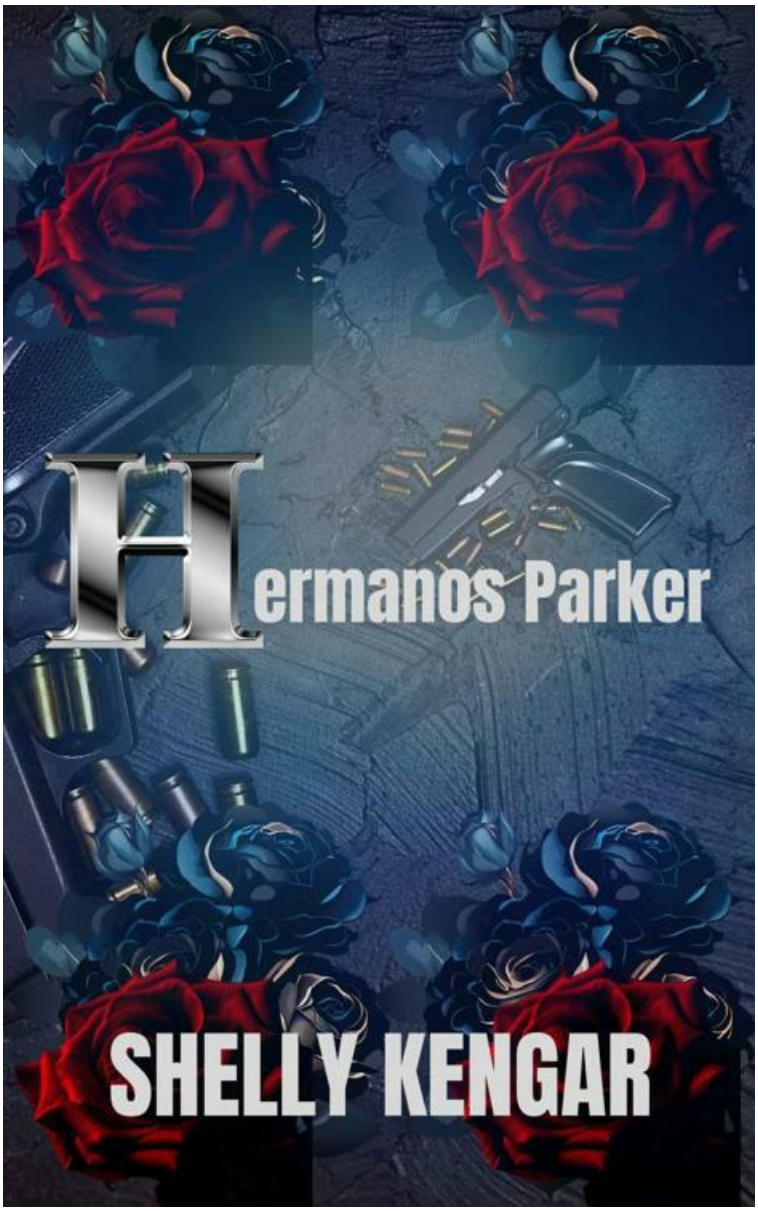
¿Te atreves a descubrir a Nathaniel Parker y sus demonios?

¿Aferrarte a ella o dejarla marchar?

SHELLY KENGAR



THE PHANTOM



Prólogo

Tres años atrás frontera de Kabul

Nathaniel Parker

El sudor frío perlaba mi frente, pero nada podía hacer para evitar que las gotas cayeran sobre mi rostro, lentamente recorriendo mi tabique nasal hasta llegar a mis labios, dejando un sabor entre salado y amargo a la vez. En ese preciso momento, una falta de concentración podría desatar una mismísima masacre. Por lo que mis pupilas se encontraban fijas en mi objetivo sin ni siquiera permitirme el lujo de pestañear, a pesar de notar la sequedad en mis ojos.

Frente a mí se encontraba uno de los más sanguinarios jefes del escuadrón Kamikaze, una de las células activas en la frontera de Kabul perteneciente a los talibanes. Mi rifle apuntaba en dirección a él, a su cabeza, entre las cejas, justo en ese punto entre ojo y ojo. Yo estaba listo,

alerta para disparar en cualquier momento, sin embargo, K.L. Panthera, jefe de nuestro escuadrón, todavía no había dado vía libre. Por el contrario, por el pinganillo que permanecía en mi oído, lo escuchaba decirme:

—Nath, rehén civil, ojo, es demasiado importante esa vida. No dispares aún.

En ese momento, permití que mis ojos bajaran de forma gradual, abandonando por un segundo el punto rojo de mi objetivo para bajar hasta su cintura y ver cómo retenía a un niño entre sus brazos, con el cañón de su pistola presionando su sien con rigidez.

Los ojos negros del pequeño, que no debía de tener más de diez años, reflejaban todo el terror que sentía. A juego con su rostro blanquecino y sudoroso en consonancia con el temblor que yo podía percibir en su cuerpo, a pesar de que yo me encontraba a una distancia de cinco metros.

La naturaleza me había dotado de una vista de lince, lo cual agradecía en momentos como aquel.

Rebusqué en mi corazón algo de compasión por esa joven vida que estaba en peligro, para mi sorpresa no encontré ni rastro de piedad.

Desestimé ese ejercicio inútil en aquel momento y volví a la concentración de mi objetivo.

Al Shassa Kebec gritaba en su lengua mirando alrededor, siendo conocedor de nuestra presencia a pesar de no vernos. La voz chillona colmaba mis oídos, creando cierta crispación que hacía que el pulgar de mi mano izquierda titubeara sobre el gatillo. Las ganas de meterle un disparo entre sus ojos crecían a pasos agigantados.

El cosquilleo en mis dedos de la mano izquierda comenzó, era el preludio que acompañaba a mis disparos, seguido de cerca por la adrenalina bombeando en mi corazón de manera ascendente como si fuese una *Traviata*. El frío siempre estaba presente en esos momentos, como un vigía a mis espaldas soplando en mi nuca con una calma intensa. Con los años había asumido que me enganchaban esas sensaciones. Al fin me había declarado un adicto al peligro, porque era el momento en el que sentía que estaba vivo. En los momentos en los que no me encontraba inmerso en las misiones, mi existencia carecía de sentido de excitación. Ni siquiera el sexo con mujeres, llenaba mi vida vacía. Hastiado de todo, ese era el sentimiento que acusaba mi día a día.

Un día decidí sincerarme con mi amigo, mi hermano, Kirial. Para mí era lo más parecido a una familia que tenía, sin contar a mi hermano de verdad, demasiado pequeño para entender mi malograda existencia. Kirial Lynx y yo nos habíamos hecho adultos juntos en la academia militar y juntos seguíamos, él comandaba el escuadrón al que pertenecía.

"*Nath, deberías buscarte una mujer, enamorarte de verdad, quizás así desterrarías de tu mente esos pensamientos fatalistas."*

Y me lo decía alguien como él, que era un predicador del anti-amor.

Esas habían sido sus palabras, desprovistas de realidad, al menos desde mi percepción. No creía en el amor, para mí era una ilusión creada para venderte el sueño americano. Por lo que quedaba descartada esa alocada idea de encontrar una mujer que llenara mi vida. Hasta el momento ninguna lo había conseguido. Las mujeres para mí eran sinónimos de sexo desenfrenado y punto…

Retorné a mi objetivo relegando mis elucubraciones al recóndito lugar de mi cerebro de donde no deberían haber salido.

Al Shassa Kebec comenzó a ponerse más nervioso de lo normal, presionando el cañón de la pistola en la cabeza del niño, por lo que este rompió en un llanto lastimoso que no podía reprimir.

"Nath, tranquilo de momento, el niño no está a salvo."

La voz de Kirial resonó en mi cabeza a través del auricular. En mi mente volvió a colarse esa

voz negra, esa que desde hacía unos meses me acompañaba.

‹‹*Dispara…* ››Siseo haciendo eco en mi cerebro.

La verdad es que esto estaba durando mucho, sabía que la vida infantil de ese niño estaba condenada desde el mismo momento en el que fue elegido por el terrorista para ser moneda de cambio. Por lo que estábamos dilatando en exceso el final, que era previsible. Pero al parecer mi superior estaba buscando la manera de salvar esa pequeña vida.

"*Dispara.*" La voz sigue instándome a apretar el gatillo.

Atento a cualquier movimiento de Al Shassa Kebec, yo seguía concentrado, listo, preparado para disparar.

¿Cuándo fue el momento exacto en el que decidí omitir cualquier orden recibida?, no lo sabía. Tan solo estaba seguro de que el momento fue, en el que mi pupila detectó un ligero movimiento en el pulgar de Al Shassa Kebec, adivinando que iba a disparar sin más. Yo fui más rápido en una décima de segundo, cambié mi objetivo y disparé a esa joven vida condenada, cuyo cuerpo inerte se desplomó ante mis ojos.

El sonido atronador de los disparos a diestro y siniestro llegaba a mis oídos, como si esa terrorífica escena se estuviese desarrollando a miles de kilómetros de donde yo me encontraba.

Capítulo 1

Notas del pasado llegando

Tres años después
(actualidad)
Nathaniel Parker

Apenas despuntan los primeros rayos de sol y se cuelan por entre el ventanal de mi loft. Intento rodearme de lugares diáfanos, amplios, sin paredes. Estoy convencido de que si pudiera viviría en mitad de una montaña como un ermitaño. Sin embargo, vivo en ciudades, cambio de una a otra como si fueran casillas del juego de la oca, nunca estoy mucho tiempo en el mismo sitio. Mi trabajo lo requiere y ha pasado a ser mi normalidad. Por eso no hay amigos, ni vida social más lejos del sexo ocasional.

No suelo dormir demasiado, por lo que me levanto de la cama de forma sigilosa, para no despertar a mi acompañante.

El cuerpo desnudo de la rubia con la que he compartido una tórrida noche de placer desinhibida capta mi atención, deleitándome en sus sinuosas curvas. Sonrío relamiéndome cómo un gato ante las imágenes que *flashean* mi mente de la noche anterior.

Sexo, confieso que puedo llegar a ser un adicto, disfruto en exceso de mis sesiones de lujuria, al menos es mi manera de cubrir durante unas horas el vacío inmenso que está presente diariamente en mi alma.

Camino desnudo por la habitación y me paro en la pequeña mesa donde descansa mi portátil, lo abro para comprobar el correo electrónico. Tengo un mensaje nuevo, lo que significa un nuevo encargo. Me apresuro a abrir el email y ante mí se despliega una foto del objetivo de mi nuevo trabajo.

Por unos minutos, que se me antojan eternos, mis ojos miran hipnotizados esa foto. Ojos grises, tan fríos, tan ávidos, no obstante, a la vez templados. Siempre atrajeron mi atención como si fuesen luz para mi oscura alma.

De repente, su timbre de voz resuena en mi cerebro, a pesar de que han pasado más de tres años desde que la escuché por última vez.

Es la primera vez en años, desde que decidí dejar a la oscuridad dominar mi alma, que una pequeña llama incandescente se abre paso por los fríos rescoldos de mi interior. Aprieto los labios con fuerza y de manera involuntaria también mis puños se cierran, todo sin apartar mis ojos de la imagen que devuelve la pantalla de mi PC.

Esa mujer que aparece forma parte de mi pasado, uno que apenas recuerdo.

Tres años atrás decidí cruzar una línea imaginaria invisible para muchos, pero muy visible para mí. Abandoné mi vida para convertirme en un hombre sin alma, alguien que se mueve entre sombras.

Morí para renacer en el fantasma que soy hoy por hoy.

Pese a toda la frialdad que anida en mí, soy incapaz de aceptar el encargo que acabo de recibir. Cierro el portátil y decido darme una ducha. La lluvia de agua cae sobre cada uno de mis músculos, relajándolos, inclino mi cabeza para que el chorro presione lo justo en mi nuca. Estoy intentando mantener mi mente en blanco, a pesar de que no lo consigo. Pues una imagen coronada por unos ojos grises se cuela en mi cerebro sin aviso previo.

—Knox —susurro sin poder evitarlo, llenando mi boca con su apellido, ese que durante años

había olvidado.

Las imágenes de aquella fatídica noche en la que mi vida en definitiva cambió, comienzan a bombardear mi mente.

Siempre me había dirigido a ella por su apellido, desde el primer día que pisó la agencia y nuestras miradas se cruzaron.

Ella era una de las operadoras de comunicaciones, asignada a nuestro escuadrón. Era la voz que oía antes de cada asalto, guiándome en la oscuridad de la noche. Recordaba que en ocasiones su suave timbre al hablar se había convertido en mi toma de tierra particular, regresándome a la realidad, para aferrarme a la poca luz que quedaba en mi alma.

Todo cambió aquella noche, tan viva todavía en mi memoria. La etérea imagen que mi cerebro se había encargado de glorificar se derribó cuando hizo su entrada en el local nocturno, el cual habíamos alquilado para darle una fiesta a nuestro comandante K.L. Panthera.

Verla vestida con una falda de cuero, que dejaba a la vista sus torneadas piernas, junto con un top rojo adherido perfectamente a su busto, fue como si alguien propinara un puñetazo en el centro de mi estómago. Mis ojos casi se salieron de las cuencas al verla. La repasé con descaro, como si fuese una de las muchas chicas con las que ligaba en los bares.

Me empalmé muy a mi pesar, lo hice, lo cual fue mucho peor que comerla con mis ojos…

— ¡Guau! Nuestra chica Knox se ha convertido en una bella mariposa.

El comentario de Kirial ocasionó ira, odio, molestia, ganas de partirle la cara a mi comandante por semejante observación. Sin embargo, reprimí las ganas de pelea que hicieron acto de presencia en mí.

Disimulé, en eso era un experto y ni siquiera mi fiel amigo era capaz de vislumbrar la realidad de mi humor bajo mi pantalla de indiferencia.

—No es para tanto, al parecer llevas mucho sin un buen polvo, si te has fijado en Knox—comenté despreocupado alzando el botellín hacia mi boca para dar un largo trago a la fría cerveza.

—Puede que tengas razón Nath. Demasiado tiempo sin actividad sexual —Se rio mi compañero.

Qué decir queda que aquella noche, lo puedo asegurar, hice un acto de fe, me encomendé a ese Dios en el cual no creía, rezando por no lanzarme como una bestia y sacar de allí a la chica Knox, arrancándola de los babosos de mis compañeros. Era inadmisible como revoloteaban a su alrededor como si fuesen moscas.

Solo, apoyado en la barra, cerveza en mano, disimulaba mi entretenimiento ante el resto de ojos, pero la realidad era que no podía apartar la mirada de Knox. La furia empezaba a gorgotear corriendo por mis venas, acelerando mi corazón con rapidez.

Kirial hacía rato que se había perdido por algún lugar, supongo que para cumplir mi recomendación de buscar un buen entretenimiento. En los últimos tiempos mi compañero parecía hastiado de las mujeres que se acercaban a él.

Berta Knox hasta la fecha, había sido mi voz amarilla, esa que me mantenía cuerdo, que hacía que me agarrarse al hilo de la integridad cuando en mi interior crecía la oscuridad tentándome a cada segundo. La primera vez que escuché su voz supe que encajaba perfectamente en mis oídos. La razón, la desconocía, sin embargo, era así. Por eso verla esa noche y mirarla de una manera diferente, sintiéndome atraído por esa mujer que reía de forma despreocupada, mientras sujetaba un vaso de Coca Cola entre sus dedos, estaba resultando un shock para mí.

Ella era una persona magnética, su voz lo había sido, aunque ahora mismo descubrir que su

cuerpo también lo era no estaba resultando fácil de paliar…

Aquella noche la voz de la agente que tenía asignada, como operadora de apoyo en las misiones, dejó de ser simplemente la voz, para convertirse en todo.

Sacudo la cabeza bajo el agua para que todos aquellos recuerdos se esfumen y a duras penas lo consigo. Si bien mi mástil no había pasado por alto mis recuerdos y se alzaba erecto ante las imágenes que mi cerebro había reproducido.

—Joder —gruño posando mi mano en los mandos del grifo para regular la temperatura del agua. Fría, más bien helada para poder bajar mi involuntaria erección.

Capítulo 2

Los lazos de la amistad

Vuelo Washington —Roma (actualidad)
Berta Knox

Sentada en el asiento al lado de la ventanilla del avión, sujeto con mis manos el móvil. Ojeo la galería de fotos y sonrío al ver una de las fotos que Gala y yo nos hicimos en las últimas Navidades. Sus ojos brillan y su cara iluminada es lo que más resalta de la foto. Desde que tengo uso de razón, Gala ha formado parte de mi vida. Somos amigas desde los cinco años, nuestros padres ya eran amigos, por lo que siempre hemos tenido una relación muy estrecha. A pesar de que somos como dos polos opuestos, el carácter extrovertido e impulsivo de ella siempre ha sobresalido, mientras que yo más bien tímida e introvertida he estado en segundo lugar. Creo que la razón de que haya desarrollado una personalidad más bien taciturna es la consecuencia de los viajes de mi padre. Siempre ha sido diplomático, bueno, concretamente embajador de Estados Unidos en multitud de países, por lo que nuestra existencia ha sido más bien nómada. Cuando era pequeña era algo que me resultaba difícil de asimilar, porque cuando conseguía hacer algún amigo, pues nada, a mi padre lo trasladaban de ciudad y nuestra amistad pasaba a la historia.

Tampoco ayudó a mi carácter estar siempre sobreprotegida por guardaespaldas, a diario rodeada de sus trajes negros y auriculares en la oreja. En alguna ocasión incluso intenté hacerme amiga de alguno de ellos, pero fue inútil. Por eso con dieciocho años decidí que ya estaba lista para construirme mi propia vida. Lo cual disgustó muchísimo a mi progenitor, el cual tenía sus propias expectativas para mí. Enfadada por planificar toda mi existencia sin contar con mi opinión, no tuve más remedio que fugarme sin más.

Entré en la academia militar y así fue como empecé a fraguar mi vida, una en la que solo yo fuese la dueña de mis decisiones. Una vez superado el periodo de instrucción ingresé como operadora de misiones en la CIA.

Nunca más tuve contacto con mi padre, que, al parecer, me borró de su vida de un plumazo. Quizás si mi madre hubiera estado viva, el todopoderoso Brendan Knox, no hubiera actuado así, pero para mi desgracia mi madre había muerto cuando yo tenía diez años, por lo que poco tenía que decir.

Gala y yo continuamos manteniendo nuestro contacto, por lo que nuestra amistad se afianzó con los años. Incluso llegamos a pasar periodos vacacionales juntas en una pequeña casita que sus padres tenían en la costa azul. Y por extraño que pareciera el honorable Brendan Knox lo permitió durante exactamente tres años.

Gala Ágora era mi única amiga, lo había sido desde siempre, por esa misma razón me encontraba en un avión rumbo a Roma donde mi amiga vivía. Una llamada de Rafaella Marchiatto, la madre de Gala había provocado que me subiera a ese mismo avión.

Según la madre de mi amiga, desde hacía más de una semana Gala Ágora no daba señales de vida, lo cual era demasiado inusual. Porque a pesar de que Gala llevaba años independizada, no pasaban más de dos días en los que no hablaba con su madre.

Admiraba esa relación que compartía mi mejor amiga con su madre, en ocasiones una envidia de esas que dicen “sana” se instalaba en mi corazón al verlas. Aunque si era sincera, el sentimiento de agradecimiento hacia Rafaella era infinito, porque durante años me había tratado como una más de su familia.

La última vez que Gala y yo habíamos hablado, ella me había explicado emocionada que estaba conociendo a alguien. Pensaban hacer un crucero juntos más adelante, de eso hacía aproximadamente más de quince días. Ahora mismo siento la culpabilidad creciendo en mi interior, porque recuerdo haberle prometido llamarla en breve. No obstante, mi trabajo, en el cual estaba absorta, hizo que olvidase esa promesa.

La verdad es que desde que Kirial Lynx, mi jefe y su esposa Samantha Lennox, decidieron poner en marcha la agencia de seguridad privada Panthera formando parte yo del proyecto, había estado demasiado ocupada.

Reconocía que no era excusa porque Gala, siempre tenía tiempo para una llamada o un mensaje o incluso un meme por *WhatsApp* de esos que te roban sonrisas en los momentos de estrés. En cambio, yo ni siquiera levanté el teléfono para explicarle que estaba conociendo a alguien.

Sacudo la cabeza para desterrar todos esos remordimientos que ahora mismo no me sirven, tan solo para flagelarme. Ni toda la culpabilidad del mundo iban a ayudarme a localizar a mi amiga.

Debo intentar pensar en lo que Kirial me había dicho cuando le expliqué que necesitaba unos días para solucionar un problema personal.

Pero a mi jefe, no le sirvió mi escueta justificación, él siempre solía ver a través de las personas, ayudaba que hacía mucho que nos conocíamos.

—Berta, puedes confiar en mí, lo sabes. Quizás te venga bien explicarme lo que te preocupa

Bueno, tengo que decir que a mi jefe no se le podía negar nada, porque su mirada inquisidora e hipnótica hacía que cantaras como un lorito. No en vano tenía la fama de ser uno de los interrogadores más hábiles de la CIA, mientras estuvo en activo, claro. Hoy día está retirado, aunque sospecho que no del todo.

Una vez explicado el tema, por el cual debía ausentarme del trabajo, sentí cómo me quitaba un peso de encima.

—Berta, recuerda que quizás tu amiga haya decidido fugarse durante un tiempo con un nuevo amor—. Por lo que intenta mantener la mente fría en todo este asunto.

A esa frase pretendo agarrarme, entretanto sigo deleitándome con las fotos que tengo en mi móvil donde salimos Gala y yo.

Capítulo 3

Las acciones del alma

Nathaniel Parker

Enfundo mis manos en los guantes de látex como un cirujano, es una de las obsesiones adquiridas desde que decidí renacer. El hombre, bueno, más bien el fantasma en el que me he convertido, acumula manía tras manía. El silencio sepulcral de la habitación se adhiere a cada hueso de mi cuerpo. Camino por el suelo enmoquetado que amortigua las pisadas logrando el sigilo que necesito. Al aproximarme a la cama observo como mi víctima no está solo, al contrario, una mujer desnuda duerme con placidez a su lado. Un contratiempo fácil de solventar. Saco de mi bolsillo interior de la chaqueta una jeringuilla y con sumo cuidado la clavo en su brazo. En el preciso momento en el que la mujer abre asombrada, los ojos se le vuelven a cerrar. Debo reconocer que estos somníferos son de efecto inmediato, lo cual facilita mucho las cosas.

A continuación, me acerco al otro extremo de la cama, donde descansa plácidamente mi objetivo. Desconozco quién es, las identidades de mis encargos normalmente son desconocidas, quitando alguna excepción. Lo cual en el fondo agradezco. Saco mi cuchillo con su hoja ligeramente curvada, pero muy afilada y en un solo movimiento con gracia como el que corta el viento, al son del Réquiem de Mozart en mi cerebro, rebano el cuello del hombre de mediana edad mientras duerme. Durante unos segundos observo su cara de estupor, entretanto se desangra y el frío de mi alma crece.

Mi demonio interior se regodea ante la macabra imagen. Cada vida que arrebato, hace que crezca la oscuridad en mi interior mermando mi humanidad. Pero a fin de cuentas es lo que soy, un asesino.

Algunos dirían monstruo, aunque yo prefiero asesino.

Abandono la escena del crimen, cierro la puerta de la habitación tras de mí y saco mi móvil.

—Johnny, cámaras —cuelgo.

Es la indicación a mi ayudante para que piratee las cámaras del hotel y que no puedan captar ninguna imagen mía. Al mismo tiempo que camino hacia los ascensores me saco los guantes y los guardo en un bolsillo para acordarme de deshacerme de ellos más adelante.

Entro al ascensor e inspiro una bocanada de aire, sintiendo la satisfacción post acción. Esa que recorre mis venas cada vez que acabo un trabajo.

Debo reconocer que de un tiempo a esta parte en algunos momentos noto que el placer que antes sentía cuando mataba poco a poco es menor.

“No te engañes.”

Esa voz en mi cerebro reaparece.

Desde que corrí a Jackson Hole para ayudar a Kirial a salvar a su amada Sam, sí estaba seguro, que desde ese momento algo se removió en mi interior. Porque recordar quién una vez fui afectó a mi nuevo yo y una llama de esperanza se encendió en mi interior, aunque mi demonio personal se empeñara en apagarla.

Me monto en mi Maserati color Burdeos y acelero a todo gas por las calles de Londres. Reconozco que esta ciudad es una de las que más me gustan, quizás por su clima brumoso. Los días grises siempre han llamado mi atención.

El frío vuelve a recubrir mi corazón escudándose en la coraza negra que lleva desde hace años.

La pantalla del vehículo se ilumina conectándose al manos libres.

—Jefe, el cliente del último encargo comenta que aún no has aceptado —La voz de mi ayudante invade el habitáculo de mi coche.

—Lo sé.

—Pues está un poco insistente —expone Johnny.

—De acuerdo, en cuanto llegue aceptaré —informo parco como siempre.

No soy dado a dar explicaciones, mi ayudante tampoco suele pedirlas, por eso trabajamos bien juntos. Aunque parezca raro, jamás nos hemos visto. Él no sabe qué aspecto tengo, ni yo el suyo.

Es la mejor manera de protegerlo por si en alguna ocasión la Ɨnterpol, la CIA o cualquiera da conmigo y me detienen. Jamás podrán sacarme información de mi ayudante y por descontado tampoco de mí.

Capítulo 4

Roma, allá voy

Berta Knox

Una vez que aterriza el avión en el aeropuerto de *Fiumicino,* me apresuro a salir para recoger mi *trolley* de la cinta de equipajes y atravieso la terminal hacia la salida A del aeropuerto. Sin pensar cojo el móvil y marco el número de mi amiga, gesto que llevo haciendo desde hace dos días, cuando Rafaella me llamó para confiarme sus sospechas de que a Gala algo le había sucedido. De nuevo mi llamada acaba directamente ~~al~~ en el buzón, donde indica que el terminal está apagado o fuera de cobertura.

No olvido enviar un WhatsApp a mi jefe, tal c~~o~~mo me solicitó antes de abandonar Washington. Kirial Lynx es un controlador, lo conozco bien, aunque creo que en el fondo se preocupa por mí. También decido enviarle un mensaje a Tim, llevamos unos días sin hablar por teléfono y ni qué decir de vernos, por eso siento un pelín de culpabilidad.

Al minuto mi móvil suena y veo su número reflejado, dudo ~~en~~ un instante en cogerlo, pero al final decido descolgar.

—Hola, Tim.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal todo?

—Bien, he tenido que ausentarme unos días del trabajo. —Decido contarle hasta dónde puedo leer, no es mi intención preocuparle —Ahora mismo estoy en Roma, tengo a una amiga viviendo aquí y tiene problemas.

—Caramba, Berta, espero que no sea nada grave. Yo que te llamaba para proponerte una escapada romántica a Jackson Lake.

—Lo siento Tim, no va a poder ser. Pero te prometo que cuando regrese te acompañaré a ese paseo en canoa que me debes —comento alegre.

Tim era bombero, vivía en Jackson Hole, nos habíamos conocido gracias a Sam, la mujer de mi jefe. Para ella Timothy Parker era su mejor amigo, me atrevo a asegurar que más que eso, era parte de su familia. La verdad es que desde el principio habíamos congeniado, Tim tenía un sentido del humor que hacía que me olvidara de todos los problemas y eso me gustaba.

—No te preocupes, preciosa, te tomo la palabra —contesta divertido —Cuídate, nos vemos a la vuelta.

Cuelgo satisfecha, esa llamada ha ayudado a no sentirme culpable por Tim, por ignorarlo o no integrarlo en mi vida. Es verdad que hacía poco que nos estábamos conociendo, aún vivíamos anclados en la primera fase, sin etiquetas, sin intimidad, algún que otro ligero beso robado y poco más.

Camino con prisa a la salida más próxima donde me subo al primer taxi libre que encuentro, aunque tomo nota mental de contactar con una agencia de alquiler de vehículos. Necesito independencia para moverme por Roma, y hacerlo en taxi iba a limitar mis movimientos.

Lo primero es plantarme en el apartamento de Gala y revisar cada recóndito lugar para averiguar, dónde cojones se habían metido mi amiga o simplemente si se había largado por voluntad propia o no.

El taxista me deja a tres calles de la *Piazza San Pietro,* situada en pleno casco histórico de Roma. Gala Ágora no escatimaba en gastos, cuando decidió asentarse en Roma, tuvo claro que se buscaría un hogar en pleno centro de la ciudad. Así era mi amiga y como recursos no le faltaban, porque no solo su familia eran ricos, sino que ella era una fotógrafa de moda muy

reclamada en el mundillo, pues podía permitirse excesos si lo deseaba.

Parada frente a la puerta del edificio del siglo XIII, donde mi amiga contaba con su pequeño apartamento, miro a diestro y siniestro, alertada por la sensación de que mis movimientos son vigilados. No veo a nadie sospechoso, así que sacudo mi cabeza para deshacerme de mis paranoias y abro el portal con llave. Cuando Gala se mudó lo primero que hizo fue facilitarme un juego de llaves, porque a pesar de que nos separaban miles de kilómetros, confiábamos cien por cien la una en la otra. Subo por las escaleras al último piso, prefiero hacer ejercicio, no porque no haya ascensor, más bien montacargas, sino que siempre he preferido ejercitar mis piernas.

Las escaleras son en forma de caracol por lo que resulta extraño, pero debo confesar que me encanta este tipo de edificios antiguos. Con sus barandillas ornamentales y sus paredes de estuco veneciano color mostaza. Introduzco la llave en la cerradura del piso de Gala y abro la puerta acompañada del chirriar de sus bisagras. Entro despacio, alerta, porque es de formación profesional. En mí van impresas las reglas que aprendí en la agencia, no solo la temporada que fui operadora de misiones, sino más tarde cuando solicité ser agente de campo. Sin embargo, reconozco que, si por mi superior hubiese sido, jamás habría autorizado el cambio. No obstante, sé de buena tinta que una vez más que Kirial Lynx intercedió a mi favor.

Avanzo por el largo pasillo del apartamento que desemboca en el salón, todo parece estar en su sitio, nada roto, nada fuera de lugar, tan solo las ventanas bajadas y el olor a cerrado, son lo único que llama mi atención. Así que procedo a levantar, como mínimo, la persiana del comedor para que entre la luz natural.

El ventanal da a una amplia terraza dónde donde mi amiga tiene dos sillones hechos de palets pintados de rosa pastel con unos acolchados cojines. Sonrío ante la imagen de la terraza con farolillos incluidos dotándola de un aire bohemio muy típico de Gala. Inspecciono todo el salón en busca de alguna pista que ayude a descubrir si Gala se marchó de forma voluntaria o no. Cuando llego al dormitorio veo la cama sin hacer, lo cual no me sorprende, en esas tareas del hogar mi amiga siempre ha sido un poco desastre. Abro el armario donde guarda su ropa y no está mucho mejor, pero todo normal.

Ya estoy dispuesta a abandonar el dormitorio cuando mis ojos se posan en la pequeña mesita que hay junto a la cama, un folleto llama mi atención así que lo cojo y lo observo. Es información sobre un crucero a las islas griegas, con salida del puerto de Civitavecchia. De momento todo cuadra, creo que Gala al final decidió hacer el crucero que me comentó en nuestra última conversación. Sin embargo, lo que no cuadraba es que no cogiese el teléfono, ni que no hubiera intentado llamar a su madre para informar que todo estaba bien.

Guardo el folleto en mi bolso con intención de llamar más tarde a la agencia de viajes y comprobar si realmente compró los pasajes.

“No era mucho, pero menos era nada”.

Capítulo 5

Reencuentros y desencuentros

Nathaniel Parker

Suiza —Berna

Berna es una ciudad que te enamora, desde que cayera en sus calles por casualidad, se convirtió en una de las paradas habituales en mi repertorio de destinos. Caminar por sus calles es una experiencia sin igual. Por eso ahora mismo camino por *Spitalgasse* una de las zonas más encantadoras de esta ciudad declarada patrimonio de la UNESCO.

Hace meses que no la visitaba, pero cuando Kirial contactó conmigo para nuestra cita habitual trimestral, en mi mente se dibujaron las calles de Berna, así que la propuse como punto de encuentro.

Desde hacía más o menos un año, mi examigo y yo solíamos encontrarnos en algún punto de la geografía mundial. A pesar de que para él era un riesgo codearse con un prófugo, Panthera siempre conseguía lo que quería.

Entro en un pequeño café de la calle principal cerca de la famosa torre del reloj. Tomo asiento en una de sus mesas redondas de mármol blanco acompañadas con unas sillas de forja verde, que resaltan en la estancia amarilla, si lo dicho, aquel lugar exhibe todas y cada una de sus paredes de ese color chillón. Cuando entras hace daño a los ojos mirarlas, pero cuando llevas un rato los ojos se acostumbran. Por lo que ya no me parece tan escandaloso, tengo la sensación de que se ha suavizado, un efecto óptico por supuesto.

Espero, entretanto, saco mi móvil y leo la prensa digital, es algo que suele relajar mi mente. Al parecer en esta ocasión no lo logro, llevo tres días, tres putos días con un humor de perros porque no puedo desterrar de mi mente la maldita foto de Knox. Como tampoco puedo quitarme de la cabeza, el motivo de que hayan puesto precio a su vida. ¿Quién está tan interesado en hacerla desaparecer? Esa pregunta resonaba en mi cerebro a cada minuto. Por esa razón aún no he rechazado el encargo, sin embargo, tampoco lo he aceptado.

—Buenos días, Nath —saluda Kirial sentándose frente a mí.

Sonrío, al volver a ver a mi amigo o examigo, no sé muy bien cómo catalogar nuestra relación.

—Es bueno verte, veo que de momento la vida marital te trata bastante bien —Pincho divertido.

Aún me sorprende que K.L. Panthera, la leyenda, como es conocido en infinidad de lugares, haya sido amaestrado por amor. Nunca hubiera pensado que un ateo amoroso como él, al fin cayera a los pies de una mujer. Aunque reconozco que Sam Lennox no es cualquier mujer.

—Nunca pensé que diría esto, pero echo de menos tu sentido del humor —confiesa, suspirando.

—Pareces cansado, al parecer te desgasta mucho la vida de casado —bromeo.

Hay cosas que nunca cambian a pesar del tiempo, porque la satisfacción que me embarga al chinchar a Kirial sigue siendo la misma que siempre.

—Nunca pensé que crear una agencia propia de seguridad privada crisparía tanto mis nervios. Aunque debo confesar que no solo es la empresa, sino mi socia en la misma, la que me trae de cabeza.

Imposible reprimir mi sonora carcajada ante la revelación de mi amigo, porque sospecho que esa jefa que lo trae loco no es otra que su esposa, Sam Lennox.

—No es nada gracioso, te lo aseguro —increpa Kirial taladrándome con su verde mirada.

—El vago recuerdo que guardo en mi memoria de Sam, me da una ligera idea de cómo te está exasperando. Ya de niña era un poco tocapelotas —comento sin poder parar de reír.

—Ríete, mientras puedas, la vida es un espejo Nath. Te aseguro que ningún hombre puede huir del karma —amenaza Kirial con los ojos entornados.

—Los fantasmas si pueden —puntualizo.

Estoy seguro de que yo jamás me veré en esa tesitura, puesto que, en mi vida de sombras, sangre, masacre, no hay lugar para ninguna mujer.

—Para colmo, mi asistente, ha tenido que salir pitando hacia Roma. Al parecer una amiga tiene problemas. Estoy convencido de que con Knox a mi lado todo sería más llevadero —explica Kirial desahogándose, sin percatarse de que mi rostro relajado se ha convertido en una roca al escuchar ese apellido.

‹‹No puede ser››, me digo.

Llevo días intentando borrar ese apellido de mi mente y ahora para colmo de mis males, Kirial lo acaba de pronunciar volviendo a abrir mi particular *caja de pandora*.

Dudo en preguntar, en desvelar mi interés, pues Kirial es un perro viejo en materia de percepción y no se le escapa nada. Por lo que opto por el silencio. Aunque también creo que es una equivocación, pues, ahora mismo mis ojos se cruzan con los de mi amigo, el cual me mira expectante.

“Las caza al vuelo”

— ¿Te acuerdas de Knox?

Al fin llega, la pregunta que estaba suplicando que no saliera de su boca.

—Sinceramente, no —contesto utilizando todo mi empeño en convencer a Kirial de mi falta de memoria.

—Era operadora de comunicaciones, bueno nuestra operadora. Pensé que la recordarías, la chica Knox, es difícil de olvidar —alude sin apartar su atención de mi rostro.

Joder, como escuece que hable de ella de esa forma. Miles de conclusiones asedian mi mente. Sin embargo, las reprimo porque no puedo indagar con libertad. Estoy convencido de que Kirial sospecha que miento al decir que no recuerdo a Knox, por lo que desvío la atención.

Mi mente, en cambio, tiene otros planes y se traslada de nuevo a la última noche que la vi.

Tres años atrás, en aquel bar. Dónde empezó casi todo.

Han pasado más de dos horas, por lo que casi he perdido la cuenta de las cervezas que llevo ingeridas. En ese momento agradezco las juergas corridas con Kirial cuando teníamos dieciocho y burlábamos la seguridad de la academia militar, para hartarnos a cervezas. Oteé con disimulo cómo Jacob se aproximaba a Knox.

¡Chico listo!

Había escogido el momento en el que la joven estaba sola, raro, pero cierto, al parecer los moscardones se habían dispersado para mi tranquilidad.

Pero ahora venía el rey de los lobos, para Jacob, Knox era un suculento bocado que no iba a dejar pasar y ese hecho prendía en llamas mi sangre. Apreté las mandíbulas, tan fuerte que me crujieron los dientes.

“Intervenir o no intervenir” esa era la disyuntiva en la que llevaba inmerso toda la noche como el ojo de Sauron que todo lo ve, vigilando a la joven. A pesar de que debería estar disfrutando o ligando, para divertirme. Sin embargo, una extraña razón que nacía desde el más recóndito lugar de mi alma me empujaba a salvaguardarla.

‹‹ ¿Quién eres tú? ¿Desde cuándo eres un héroe? Cuando en realidad eres un villano››. La

voz de mi conciencia estaba haciendo verdaderos estragos en mi cordura…

Sacudo mi cabeza para salir del *dejavú* del que acabo de ser víctima.

—Creo compañero que deberíamos dejar de vernos. Es peligroso para ti, que te relacionen con alguien como yo —proclamo serio. Ni en mi voz, ni en mi cara queda rastro alguno del buen humor con el que hemos comenzado la conversación.

—No digas tonterías, ya no soy miembro de la agencia. Por lo que puedo codearme con quién me dé la gana. Además, nuestro encuentro de hoy es de negocios. —suelta ante mi cara de sorpresa.

— ¿Qué estás tramando? —interrogo.

—Quiero proponerte un puesto de trabajo en la Agencia de seguridad privada que he fundado.

La oscuridad araña mi alma de nuevo al escuchar el ofrecimiento de Kirial. La realidad de mi existencia, esa que elegí años atrás, me golpea como una gran avalancha de nieve. Pestañeo varias veces antes de contestar.

Siento rabia por dejarme llevar, por engañarme, la soledad que inunda mi negra alma es la culpable de dejarme llevar. Nunca debí permitir un acercamiento con Kirial eso era acercarme a la vida que había enterrado, era rememorar el hombre que fui. Pero ese hombre no existe, no queda ningún rescoldo de él en mi interior, murió el mismo día en el que crucé la línea.

—Kirial, se te olvida que soy un asesino, no un agente. Ni siquiera un mercenario que juega a dos bandas. Soy un vil asesino, disfruto con lo que hago. Estas quedadas han sido un error. Tú sigues viendo en mí a tu amigo del alma, pero ese está muerto —expreso con una sinceridad pasmosa ante la atenta mirada de Panthera, no la de Kirial mi amigo. Ahora mismo quien está frente a mí, es Panthera, el frío, calculador, pero íntegro agente leyenda de la CIA.

—Nath, te empeñas en ser alguien que no eres. Tienes razón, sigo viendo a mi amigo, mi hermano de sangre, cuando te miro. Todos tenemos derecho a equivocarnos. Por eso quiero que recuperes tu vida. —Las palabras de Kirial están destinadas a convencerme.

La sonrisa cruel que florece en mis labios hace que el gesto de Kirial se contraiga.

—Esa vida a la que aludes, ni siquiera la recuerdo. Por lo que te exijo que dejes de repetirlo. Acéptalo, Panthera. The Phantom nada tiene que ver con Nathaniel Parker. Rinde tributo a la tumba de tu amigo y olvídate de mí —Dicho esto, me levanto, dedico una beligerante mirada a mi compañero —No te cruces en mi camino.

Salgo del café como alma que lleva el diablo y realmente es él quién me lleva de la mano desde hace tres años. Una ruidosa carcajada fluye de mi garganta ante las miradas asombradas de los transeúntes.

No hay redención para mí, tampoco la busco…

Capítulo 6

Carabinieri cabezota
Berta Knox

Después de revisar el apartamento, hice la llamada de rigor a Rafaella para informarle que de momento nada parecía fuera de lugar en el apartamento. Lejos de tranquilizarla, mis noticias la dejaron desesperada, más si cabía. Pues de forma acelerada me explicó que la policía no había aceptado la denuncia de desaparición a pesar de que ya hacía días que no teníamos noticias de Gala. La familia Ágora era una de las familias más influyentes de Italia, pero ni moviendo los hilos de sus amistades y contactos lograron convencer al jefe de la policía del estado de que se encontraba ante una desaparición involuntaria con todas las de la ley. Decidí ir yo misma a la comisaría y hablar con los carabinieri, por lo que así se lo indico a Rafaella para que me acompañe. Al salir a la calle hay un taxi esperándome, lo cual me sorprende, porque tan solo hace ocho minutos que avisé. Y confieso, que los taxistas italianos tienen fama de rápidos, no por su temeraria forma de conducir, necesaria en una ciudad con un tráfico vehicular intenso y poco fluido, sino porque los milagros pueden hacer a pesar de encontrarse tan cerca del Vaticano.

—*Piazza Venezzia, per favore* —solicito en mi perfecto italiano al subir al taxi.

En momentos como este, es cuando agradezco haber sido la hija de un diplomático, el cual siempre se encargó de que su único vástago aprendiera todos los idiomas de las diferentes ciudades dónde lo destinaban.

Bajo del vehículo frente a la comisaría, elevo mis ojos para apreciar el edificio, donde se encuentra la misma, entretanto espero que llegue Rafaella. En la puerta hay apostados dos carabinieri con sus característicos uniformes azul oscuro, con una línea blanca horizontal a cada lado del pantalón a juego con una roja, con sus gorras bien calzadas e inmóviles como estatuas. Me permito el lujo de repasarlos de arriba a abajo, siempre he sentido cierta debilidad por los hombres uniformados.

—La mía bella ragazza.

La tintineante voz de Rafaella hace que me dé la vuelta para fundirnos en un cariñoso abrazo. Esta mujer ha sido durante años como mi segunda madre, por eso y por todo lo que me ha dado durante años, sin pedir nada a cambio la quiero como si fuésemos familia.

—*Ella*, ¡cuánto me alegro de verte! —exclamo ante la mirada triste de ella.

—Sí, Berta, yo también, lástima que Gala no pueda compartir nuestra alegría ahora mismo—lamenta con una sombra de preocupación en su rostro.

Rafaella tiene unos cincuenta y dos años, a pesar de que nadie sería capaz de adivinarlo. Se conserva como una mujer de cuarenta, su rostro terso, libre de arrugas en consonancia con sus

curvas definidas la dotan de una presencia por la que más de una mataría. Su pelo color chocolate con leche lo lleva recogido en una cola alta muy juvenil, pero a la vez elegante y sus vivarachos ojos, ahora tristes, son sus rasgos más destacados.

—No te preocupes Ella, daré con ella, lo prometo —proclamo en un desesperado intento de inyectarle esperanza.

—Lo sé, ragazza, por eso te he llamado. Confío en ti.

Juntas atravesamos la puerta principal de la Carabinieri Piazza Venezia, encontrándonos con un enorme detector de metales donde debemos colocar nuestras pertenencias en una cinta, para que pasen por el detector y nosotras atravesar también uno ante las atentas miradas de dos oficiales.

Una vez superada la revisión, nos acercamos al mostrador donde una oficial nos espera para darnos la bienvenida y preguntarnos qué nos trae por allí.

Rafaella en su perfecto italiano le indica que quiere ver al inspector Marco Tovoly. La joven se apresura a llamar por teléfono, seguro que una línea interna, para avisar al susodicho.

—Esperen en esa pequeña sala—Nos indica con amabilidad.

Rafaella se sienta en una de las sillas que ocupan la sala, pero yo prefiero permanecer de pie, siento cómo vibra mi reloj inteligente y giro mi muñeca izquierda para comprobar. Es un mensaje de la agencia de viajes confirmando la cita que he solicitado para mañana.

Pasan diez minutos, lo sé con exactitud, porque a través de mi pulsera digital los he contado. Al parecer el inspector se ha tomado su tiempo.

—Signora Ágora.

El acento cerrado junto con una voz ronca inunda la sala ~~dónde~~ donde nos encontramos, Ella se apresura a levantarse mientras yo me doy la vuelta para enfrentar al inspector.

‹‹ ¡Joder! ››, exclamo en silencio al toparme frente a frente con el hombre.

Por alguna razón mi mente había imaginado un agente de la ley de unos cincuenta años, bajito y desgarbado con ojos de sapo. Nada que ver tenía el hombre que se enaltece en este mismo instante ante nosotras. Lo repaso de arriba abajo, de abajo arriba, sin ningún rastro de vergüenza. Cuando mis ojos llegan a su rostro contengo el aliento, unos orbes negros ~~cómo~~ como la noche me observan con el ceño fruncido.

Okay, me ha pillado haciendo un repaso tipo rayos x, lo confieso, pero bueno con ese cuerpo debería estar acostumbrado me digo interiormente.

—Inspector Tovoly —saluda Rafaella con solemnidad.

—Señora, reconozco que estoy sorprendido con su visita. Pensé que en nuestro último encuentro ya había decidido no interactuar más conmigo.

Con habilidad le estaba haciendo un reproche de lo más tenso a Rafaella, pero con clase.

—Esta vez vengo con refuerzos, a reiterar la denuncia de la desaparición de mi hija —proclama Rafaella.

En ese instante los ojos de café intenso del inspector colocan toda su atención en mí y para ~~mí~~ mi sorpresa imita mi exhaustivo repaso anterior.

‹‹ ¡Mierda! ››, esa palabra hace eco en mi mente.

—La señorita es… —dice interrogante con sus cejas arqueadas.

—Knox, Berta —contesto titubeante y maldigo mis nervios.

Ese hombre ha conseguido descolocarme o quizás la que me ha descolocado ha sido mi imaginaria mente, no sabría determinarlo con exactitud.

Con retraso alargo mi mano a modo de presentación y él la estrecha con determinación.

—Señorita, póngame en situación, no sé muy bien quién es ni lo que hace aquí —observa contrariado.

—Trabajo para una agencia de seguridad privada, hemos decidido tomar el caso de la Señorita Gala en representación de la familia Ágora—expongo mi discurso con profesionalidad.

—Entiendo. ¿Pero qué pinto yo aquí?

—Quiero que acepte a trámite la denuncia por desaparición.

—Señorita Knox ya le expliqué a la Señora Ágora que no hay indicios de dicha desaparición

— ¡Qué más indicios necesita Gala Ágora! Lleva más de una semana sin tener contacto con nadie de su entorno. Esta vez mi tono sube unas notas rozando el grito, sin embargo, logro contener la exasperación.

—Al parecer la joven embarcó en un crucero, por lo que la desaparición no pertenece a nuestra jurisdicción, aclara el inspector—informa Tovoly con rectitud, sin dejar esa pose desafiante en la cual me dan ganas de borrarla a hostias o a lametones.

—En qué coño estoy pensando —reprocho en el interior de mi cerebro.

Reconozco que el Inspector Marco Tovoly está como quiere, cuerpo fibrado, espaldas anchas que se vislumbran a través de esa camisa tejana que lleva y unos vaqueros desgastados que se adhieren a sus fuertes piernas. Su aspecto rudo, de *latín lover*, no ~~pude~~ pudo pasar desapercibido. Aunque intento evocar la imagen de Tim en mi mente para lograr desterrar estos pensamientos impíos, que me están haciendo divagar en noches calientes y ardientes.

—No veo razón para, como mínimo, aceptar la denuncia de su desaparición y abrir una investigación al respecto —insisto, altiva.

Su mirada insinuante me pilla fuera de juego, aunque se apresura a enmascararla con rapidez para adoptar de nuevo su modo “Aquí soy el jefe y mando yo”.

—La denuncia ha sido aceptada, para su información, pero no se podrá abrir la investigación hasta que de aquí a dos días no atraque el barco donde supuestamente la señorita Ágora viaja —informa con suficiencia como si nosotras fuéramos dos hormigas y las pisaran una gran suela de zapato.

—Capullo —murmuro sin que llegue a oírme.

—Hubiera empezado por ahí Inspector y no le hubiésemos robado su tiempo —sentencio acercándome a Rafaella cogiendo su brazo, dispuesta a largarme y poder perder de vista al autosuficiente “*soyelamodelmundo”* del inspector Marco Tovoly.

Ante mis palabras el hombre achica sus ojos voraces como dos tizones pegados a mí y a cada uno de mis movimientos.

—Disculpe que no pueda decir que ha sido un placer, Inspector Tovoly—suelto mostrando todo el desdén del que soy capaz.

Y abandonamos la *carabinieri* sin mirar atrás.

Capítulo 7

Voyager o vigía

Nathaniel Parker

Apostado en uno de los edificios frente a la carabinieri Piazza Venezia, veo cómo dos mujeres salen cogidas del brazo. A pesar de la distancia es imposible no reconocerla, está igual, su pelo negro recogido en un moño alto despeja su rostro enmarcado por esos ojos grises, que calientan mi alma. De nuevo siento calor donde siempre hay frío, imposible de reprimir, mi negra alma se disipa durante los breves segundos en los que su imagen se imprime en mi retina.

Aquí estoy en Roma, siguiendo sus pasos, a pesar de que sé que no es una buena idea, pero la imperiosa necesidad de averiguar quién la quiere muerta ha ganado el pulso entre mi demonio y el resquicio de conciencia que me queda. Se despide de la mujer que la acompaña dedicándole una sincera sonrisa, que me deslumbra a pesar de la distancia. La bragueta de mi pantalón se tensa y mi cuerpo se remueve inquieto en el lugar donde estoy agazapado para no ser visto.

Otro dejavú se apodera de mi mente…

Oteé hacia el fondo del local y Jacob seguía con sus entradas a Knox, ella se limitaba a sonreírle, una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Un ramalazo de ira azotó mi interior, tenía que reconocer que ansiaba que esas sonrisas fueran dirigidas a mí. Lo cual desataba una maraña de sentimientos contradictorios que me mantenían sumido en un humor taciturno. Allí cuál Voyager, no perdiendo detalle de cómo Jacob se aproximaba en exceso al cuerpo de Knox y ella con disimulo ponía distancia prudencial. Mi erección se resistía a sosegarse, por el contrario, estaba a punto de explotar. Lo que yo realmente deseaba era arrancarla de la presencia de todos, raptarla de aquel maldito lugar, y follarla hasta el agotamiento. Pero no podía hacer eso, pues Knox era mi amarillo. Las personas amarillas eran aquellas que se cruzaban en algún momento de tu vida y sin más te cambiaban la vida. Eran personas anónimas o no, que tenían ese no sé qué sé yo, que encajaban perfectamente. Berta Knox era la persona que ayudaba a mantener la poca cordura que me quedaba y para mi mente hasta ese día había sido poco más que una persona virginal, como una santa a pesar de considerarme agnóstico. Jacob no perdía el tiempo, acortó la distancia entre él y Knox y pasó una de sus manos por la cintura pegando sus labios a la yugular de ella. Como si ese gesto fuese un pistoletazo de salida en una carrera de galgos, puse rumbo hacia donde se encontraba la pareja. Sin pensar, sin medir las consecuencias, dejando atrás los momentos en los que trataba de resistirme a intervenir, tomé la iniciativa. Una furia profunda dominó cada uno de mis movimientos y en dos zancadas me planté donde ellos ante la mirada entre asombrada y reprobatoria de mi compañero.

—Nath. —masculló con los ojos achicados, expectante.

—Jacob, me permites un momento, debo aclarar algo con Knox. —improvisé sin darle mucha opción, agarrando a la joven del brazo y sacándola sin más de escena, ante el gesto de desaprobación de Jacob.

— ¡A la mierda! —pensé —. Búscate otro entretenimiento.

Salimos del local por una de sus puertas laterales ~~dónde~~ donde se cernía la oscuridad de la noche, la misma que pugnaba por embargar toda mi alma. Trenzando ~~todo~~ todos los fríos sentimientos a mi corazón y a mi conciencia, volviéndome más ente, menos humano. Desde el momento en el que apretó el gatillo y sesgó la vida de aquel niño inocente, notaba como ese monstruo interno ganaba más poder en mi interior, relegando a un quinto o sexto plano mi conciencia.

—Nath., ¿qué quieres?

La tenue voz de Knox nuevamente me arrancó de mi limbo personal, desclavándome de las garras de la gélida oscuridad para que regresara al aquí y ahora, frente a ella. La miré como nunca fui capaz de hacerlo brindando todo lo que sentía y no entendía, en esa mirada.

Sus ojos me devoraron, pude ver cómo nacía la excitación en ellos y entonces me perdí de nuevo como un vagabundo en las calles en busca de un farolillo que nunca llegaría. La volví a sujetar, esta vez rodeando su muñeca con mis dedos y propuse:

—Nos vamos.

Knox se limitó a asentir dándome vía libre para seguir. Juntos abandonamos aquel lugar.

Parpadeo seguido para activar de nuevo mi atención en Knox, saliendo de mis recuerdos.

Knox se sube a otro taxi a posteriori, aunque observo cómo, antes de meterse en el vehículo, barre con su aguda mirada los alrededores. Es imposible que me haya captado, por si acaso intento colocarme tras una de las columnas del edificio.

Desestimando su oteo decide montarse en el taxi y largarse, el aire que se ha retenido en mis pulmones durante breves instantes sale de forma abrupta e incluso tengo que toser para no ahogarme, ante la mirada escéptica de una señora mayor que pasa por delante de mí.

"Joder, parezco un principiante"

Para mi desgracia, Berta Knox provoca que vuelva a ser el hombre que fui en pequeños retazos a pesar de la negrura de mi interior.

Saco el móvil de mi chaqueta de cuero y marco el número de mi ayudante.

—Al habla, pincho 77—contesta divertido.

— ¿Qué cojones te pasa? ¿Sigues con las crisis de identidad, Johnny? —pregunto a modo de regaño.

Johnny es el mejor hacker mundial y mi ayudante, llevamos más de un año colaborando. Pero a sus veinte años, parece que no se resiste a dejar atrás la pubertad. Por lo que sus conversaciones están plagadas de gilipolleces, que normalmente hacen que me desternille de risa, sin embargo, en estos momentos están muy lejos de divertirme.

—Sal del cuerpo de mi compi—bromea.

—Déjate de bromas, necesito de tus habilidades. Necesito el nombre de quien esté al mando de la carabinieri de Piazza Venezia. Mándame un WhatsApp cuando lo tengas —Dicho esto, cuelgo sin más y voy en busca de mi moto.

Circular por Roma es muy estresante, por lo que desde que pisé la terminal del aeropuerto supe que necesitaba un vehículo con el que pudiese ahorrarme atascos y caravanas.

Una *Harley Davidson* negra es la elegida para ser mi compañera por las angostas calles de esta ciudad.

Pongo rumbo al otro extremo del centro, dejando tras de mí la Plaza ~~Sant~~ San Pedro y la Ciudad Vaticano. Por lo que he averiguado hasta el momento, Knox no está en Roma simplemente por ocio y placer. Más bien está averiguando el paradero de una de sus mejores amigas, por no decir la única, que lleva desaparecida varias semanas. Toda esta información la ha recabado mi hacker preferido, el niño de los mil *nicks*, Johnny.

Pongo rumbo a la Vía Palestro donde se encuentra la Agencia Viajes Magic Group. Según los movimientos bancarios de Gala Ágora, la amiga de Knox, la joven adquirió un billete para un crucero por las Islas Griegas en dicha agencia. Desde que embarcara en el Puerto de Civitavecchia, nadie la ha vuelto a ver ni han tenido noticias de ella. Johnny incluso ha rastreado su móvil, pero no da señal.

No es que ahora me haya vuelto un alma caritativa, que arda en deseos de ayudar a Knox en su

particular cruzada por encontrar a la señorita Ágora. No, no soy un altruista, más bien todo lo contrario. Tan solo necesito averiguar el motivo por el que Knox tiene una diana en su cabeza y quién cojones se la ha colocado.

La extraña desaparición de su amiga es el principio, por ahí debo comenzar, aunque no me cuadra que esa sea la razón por la cual la vida de Knox tiene precio. Por eso también le he solicitado a Johnny que investigue la vida de la ex operadora de misiones de la CIA, Berta Knox. Sinceramente, yo no sé mucho de ella, nunca indagué, tampoco hablamos de nuestras vidas.

“Hablar nunca estuvo en tus planes “

Esa voz oscura que inundaba de vez en cuando mi cabeza me azuzaba, en consecuencia, aprieto el manillar de la moto, soltando gas y acelerando a la vez, en un loco intento por deshacerme de mis demonios interiores.

Capítulo 8

Buscando respuestas

Berta Knox

Veo cómo Rafaella se mete en su taxi despidiéndome de ella hasta que tenga nuevas noticias sobre Gala. Ha insistido en que me fuera con ella a su casa mientras dure mi estancia en Roma. Pero, aunque le estoy agradecida, no he aceptado, porque prefiero quedarme en el piso franco que Kirial ha conseguido para mí. Estoy demasiado acostumbrada a mi independencia y a vivir sola, llevo haciéndolo desde que cumplí los dieciocho, porque lo que prefiero es mi soledad.

Antes de meterme en mi propio taxi, una sensación extraña inunda mi cuerpo, es como si alguien estuviese vigilando mis movimientos. Un frío inusual golpea mi nuca y ante el sentimiento ~~y~~ ojeo los alrededores intentando verificar que no hay nadie espiando mis movimientos. Puedo parecer paranoica, sin embargo, mi experiencia como agente de campo en la CIA me ha enseñado a escuchar el lenguaje de mi cuerpo y los avisos de mi intuición.

Barro cada rincón que alcanza mi vista antes de subir al vehículo, soy exhaustiva, aunque maldigo en silencio haber optado por las lentillas, las cuales restan un pelín de agudeza a mi visión. Las gafas dotan a mis ojos de más nitidez, aunque esa misma mañana había decidido ponerme las lentillas en un pequeño ataque de coquetería femenina.

Nada extraño, al parecer, por primera vez mi intuición está fallando, quizás el estrés de todo este caso me está descolocando. Resoplo, ofuscada y subo al taxi ignorando sin más las señales equivocadas que he experimentado.

Le indico la dirección del piso donde voy a quedarme al taxista, un hombre de unos cincuenta años con cabello grasiento del color de los granos del café y unos ojos negros apagados.

Mientras viajo en la parte trasera del vehículo suena mi móvil, abro el bolso y lo saco. Tengo varios mensajes, como no, el primero de mi jefe, Kirial.

“Cuando llegues al piso franco, llámame”

K.L

Es demasiado controlador, ni siquiera en estos momentos en los cuales ya no ejercía como agente de la CIA, abandonaba su manía de controlar cada detalle de sus hombres. Sonrío ante ese detalle, porque sé que Kirial me considera parte de su equipo.

Por un minuto, un flash de cuando lo conocí atraviesa mi cerebro.

Caminaba con paso titubeante a través de los largos pasillos de las oficinas centrales de la agencia en Langley (Washington). La secretaria del jefe de la CIA, el señor O´Hara iba delante de mí y yo la seguía de cerca. Tenía una entrevista con el jefe para que me asignara el departamento donde tenía que incorporarme. Los nervios provocaron que mis manos sudaran como nunca, por lo que con disimulo las estaba frotando para evitar tenerlas mojadas. Sería muy bochornoso estrechar la mano de mi jefe y que mis manos fuesen una lengua babosa de vaca.

Al entrar al despacho del jefe, la impresión hizo que contuviera el aire en mis pulmones, al ver cómo el hombre más impactante que jamás hubiera visto se alzaba para darme la bienvenida. Subyugante era poco para describir a aquel pedazo de hombre con una mirada verde brillante que parecía traspasarme.

Sin darme cuenta me había quedado parada como una estatua en el vano de la puerta ante la mirada escéptica del señor O` Hara que parecía contrariada.

—Señorita Knox —dijo para llamar mi atención y funcionó.

Desperté de mi ensimismamiento y caminé entrando finalmente al despacho, colocándome frente al escritorio del jefe.

—Tome asiento —indicó.

Titubeé, aunque agradecí a Dios, a pesar de ser atea, que no tuviera que estrechar su mano, en esos momentos mis manos parecían bayetas mojadas.

—Le presento a Kirial Lynx o lo que es lo mismo al agente K.L. Panthera—informó O'Hara dirigiendo sus ojos al hombre que permanecía sentado a mi lado.

Lo miré y una leve sonrisa involuntaria se dibujó en mis labios a la cual él correspondió.

—Un placer —logré articular a pesar de que los nervios estaban contrayendo mi tráquea, por lo que casi me estaba siendo imposible articular más de dos palabras.

—El agente Panthera será su superior, le hemos asignado al centro de operaciones encubiertas, como comunicadora del escuadrón, el cual dirige el agente.

Bueno, mi gozo en un pozo, porque lo que yo realmente buscaba era ser agente de campo, pero al parecer me tocaba sentarme en una silla con unos auriculares.

Me limité a asentir.

Mi mente regresa a la realidad cuando el taxista indica que hemos llegado al destino indicado. Por lo que con el móvil le pago la carrera y salgo del vehículo.

Rebusco en mi bolso las llaves que mi jefe me entregó antes de viajar a Roma y abro el portal del edificio. Al parecer estos edificios viejos son alérgicos a los ascensores porque de nuevo veo un montacargas.

Abro la puerta del apartamento y el olor a cerrado golpea mi nariz, de manera involuntaria coloco mi mano sobre mi cara para evitar el fuerte hedor. Bueno, algo normal en un piso que lleva tiempo cerrado, ¿cuánto? Lo desconozco. Camino con decisión hacia la ventana del salón y la abro de par en par para ventilar, la misma operación realizo con todas las habitaciones. A continuación, dejo mis cosas sobre un sillón que hay en el salón y saco el móvil para llamar a mi jefe.

—Berta —contesta con su peculiar voz.

—Kirial, ya estoy en el piso franco. Aunque decirte que necesita una limpieza exhaustiva —bromeo.

—Bueno, ya sabes cómo funciona. Escucha con atención, te hemos preparado todo lo necesario por si tuvieses que salir pitando de Roma. Lo cual no espero que suceda, pero hemos preferido estar preparados. Advertirte que no quiero que te metas en algo que no puedas manejar sola. Te recuerdo que Sam y yo estamos contigo para ayudarte —informa de manera sobria.

A veces mi jefe parece un padre pesado, su instinto de protección roza lo incoherente en algunos casos, sin embargo, me reconforta y a la vez me hace añorar esa relación que para ~~mí~~ mi desgracia no he tenido con mi progenitor.

—De momento todo marcha bien, pero ni rastro de Gala. La única conclusión es que ~~subiera~~ subió a bordo en ese crucero. Necesito que comprueben que realmente subió al barco. El mismo atraca mañana en el puerto para que desembarquen los tripulantes y los pasajeros y vuelve a salir. Si Gala no viene en ese barco deberé subirme a él para proseguir su búsqueda.

—Algo arriesgado, Knox, en el mar, en un barco, es difícil controlar tu seguridad—advierte Kirial.

—Lo sé, pero puede que no tenga más opción—confieso.

—Está bien, le pediré a Barry que revise si tu amiga subió a ese barco, tanto por la documentación como por las imágenes que pueda localizar.

—Gracias, Kirial.

—No hay de qué. Debes tener cuidado, solo te pido eso. Bajo la alfombra del salón tienes un compartimento secreto donde encontrarás una caja con el kit de supervivencia del agente. Documentación, dinero y todo lo necesario por si tuvieras que abandonar Roma por patas.

—De acuerdo, gracias, Kirial y dale las gracias a Sam también—comento, porque sé que su mujer es parte activa de esto. Desde que la conozco me ha demostrado su valía y su cariño.

Cuelgo y voy hacia la cocina, como es de esperar los armarios están vacíos por lo que sí o sí debo ir a hacer la compra, no sé cuánto tiempo tendré que quedarme aquí así que no tengo mucha opción. Hago cuatro llamadas para alquilar un vehículo y quedo con la empresa de rent a car para recogerlo por la tarde…

Por suerte cerca del piso encuentro un pequeño supermercado donde me abastezco de lo básico, leche, pan y sobre todo café, porque para una adicta como yo el café no puede faltar.

De nuevo en el piso coloco la compra y decido darme una ducha, no sin antes mirar el móvil por si tengo algún mensaje. Compruebo y veo cómo Tim me ha enviado una foto que ambos nos hicimos en la barbacoa de casa del coronel Lennox el día que nos presentaron. Bajo la imagen una frase.

“Nos vemos a la vuelta, no te olvido.”

Una tonta sonrisa se dibuja en mi rostro ante el detalle, pero minutos después la culpabilidad hace su entrada en mi cabeza. Tim es un hombre excepcional, divertido, amable, considerado. Tiene todas las características para que cualquier mujer caiga rendida a sus pies. No obstante, en mí no causa ese efecto, bueno si soy sincera conmigo misma, solo un hombre en mi vida ha causado ese efecto.

“*Rendida a sus pies*”

La congoja estruja mi corazón al recordar después de tantos años a ese hombre que puso mi mundo patas arriba ~~arribas~~ para luego desaparecer y más tarde el destino lo arrancó de mi vida sin compasión.

‹‹Nath››, susurro en el silencio del salón.

Es la primera vez en mucho tiempo que permito que mis labios susurren su nombre y compruebo que aún duele como el primer día.

Sacudo la cabeza para evitar que mi mente comience a evocar imágenes como si de una película se tratase y regodearme en un dolor que tengo enjaulado con siete llaves.

El beep del móvil arranca mi mente de mis pensamientos y vuelvo a mirar la pantalla, es un mensaje de Kirial.

“***Confirmado. Gala Ágora embarcó en el crucero, hay documentación e imágenes***”

Bueno, una buena noticia, quizás en realidad Rafaella se había preocupado en exceso y yo también la había acompañado en la inquietud. Al menos tan solo tenía que esperar dos días para desplazarme a Civitavecchia y comprobar que mi amiga desembarcaba de su aventura marítima.

Capítulo 9

Cruce de caminos

Nathaniel Parker

La chica que está sentada frente a mí se deshace en atenciones, todo en su lenguaje corporal indica que está desplegando todas sus armas de coqueteo. Lo que no me desagrada, en absoluto, le brindo una de mis sonrisas más lascivas provocando que pierda el hilo de la conversación.

Sonrío en mi interior ante su desatino.

Las mujeres para mí no tienen ningún secreto, desde que alcanzo a recordar, he sido un maestro en conquistarlas y amarlas entre sábanas. No me interesa nada más, ni antes ni ahora, sexo y placer es lo único que puedo ofrecer.

—Señor Fletcher, como le explicaba, el crucero por las Islas Griegas es nuestro producto estrella, en dos días saldrá de nuevo del Puerto de Civitavecchia —informa brindando un aleteo de pestañas coqueto.

—~~Si~~ Sí, en realidad la recomendación la hizo una amiga mía que creo que regresa en dos días. Podría si es tan amable confirmármelo —indago de forma magistral con un italiano que nada le envidiaría a un nativo.

La joven rubia parece salir de su burbuja de, quiero lamerte enterito, entorna los ojos melados y los dirige a mí.

— ¿Qué es lo que me está pidiendo, Señor Fletcher? —susurra con prudencia.

Supongo que no tiene ninguna intención de que alguna de sus compañeras de las mesas colindantes, descifre nuestra conversación.

—Necesitaría que comprobara per favore, si mi amiga la señorita Gala Ágora, desembarcará en el crucero que llega a puerto en dos días. Ha sido usted muy amable y me ha convencido, compraré mi pasaje para el próximo trayecto del Costa Fortuna. Por eso apelo a ese corazón suyo—enfatizo esa frase junto con mis ojos clavados en su escote provocando que la joven se ruborice.

—Señor Fletcher sabe tan bien como yo, que la ley de protección de datos es muy rígida, por lo que si le facilito la información que me pide puedo perder mi empleo—expone la joven nerviosa.

—Le prometo, señorita Sofía, que la compensaré—anuncio guiñándole un ojo de manera pícara.

—Está bien —cede al fin tecleando en su ordenador mientras espero.

Minutos después escribe algo en un papel y antes de arrastrarlo por el escritorio hacia mí, le da la vuelta ocultando lo que pone.

—Entonces, Señor Fletcher, pasaje individual. ¿Prefiere camarote interior o exterior?

Por supuesto, señorita Sofía, camarote exterior —informo sonriente guardando el papel que me ha entregado en el bolsillo de la cazadora de cuero que llevo puesta.

Una vez finalizado el proceso de reserva del pasaje ya puedo abandonar la agencia y es lo que hago. Pongo rumbo hacia la salida, aunque al salir mi atención se pierde porque suena mi móvil e intento sacarlo del bolsillo. Por lo que sin previo aviso mi cuerpo colisiona con la persona que se disponía a entrar en ese mismo instante a la agencia.

— ¡Mierda! —se escapa de mis labios al notar el cuerpo pequeño de una mujer estampado contra mi pecho.

Cuando mis ojos tras las gafas de sol que llevo puestas se fijan en la inoportuna, casi me

atraganto con mi propia saliva. Allí pegada a mí está mi pesadilla particular.

‹‹Knox››. Grita mi cerebro.

— ¡Encima! —exclama molesta frunciendo sus labios—Casi me arrolla y suelta un taco en vez de una disculpa, esto es de juzgado de guardia.

La verborrea que está soltando por su boca pasa a un segundo plano como si llegase a mis oídos desde lejos, pues el movimiento de sus labios me tiene hipnotizado.

— ¡Y encima sordo! —exclama acompañada de un bufido.

Se apresura a separarse de mí, ante mi parálisis transitoria, acción que logra sacarme de mi estado de ensimismamiento.

En silencio, agradezco mi tino al colocarme las gafas de sol antes de salir, con ellas es imposible que me reconozca. Además, mi pelo está bastante rasurado, y tengo varios kilos menos que la última vez que me vio. Por lo que es poco probable que Berta Knox sospeche de quién soy.

—Disculpe Señorita —suelto en perfecto italiano camuflando mi tono de voz y salgo escopeteado sin mirar atrás.

Subo a mi moto y noto como mi erección me avisa de que está contenta de haber rozado de nuevo ese cuerpo que llevo años extrañando.

Sacudo la cabeza para librarme de esos pensamientos tontos. Me coloco el casco y abandono el lugar sin mirar a atrás, como siempre.

Salgo del aparcamiento rechinando rueda, lo que ocasiona que varios transeúntes se giren al escuchar el ruido de mi moto.

Paro frente al hotel y el aparcacoches espera a mi lado para que le entregue las llaves de la Harley y poder aparcarla. Sin embargo, me tomo mi tiempo ante la mirada de admiración del joven, le deposito las llaves y el casco sin más.

Estoy deseando llegar a la habitación para darme una ducha fría, desde el encuentro fortuito noto demasiada tirantez en mi erección, la cual no atiende a razones.

Entro a la suite y dejo caer la chupa negra sobre el sofá de la sala y empiezo a deshacerme de los pantalones y la camiseta, dispuesto a entrar en el baño.

A mitad de camino soy interrumpido por mi teléfono, ojeo la pantalla y compruebo que es mi ayudante.

—Dime —contesto, bueno, más bien gruño.

— ¡Uf!, jefe, Roma no te ha sentado bien. Quizás tenga algo que ver que si lo escribes al revés significa amor y por supuesto eres alérgico a todo lo que tiene que ver con ese sentimiento —expone Johnny aguantándose la risa.

—Veo que sigues demasiado gracioso. Johnny al grano —. Exijo irascible.

—Pelotas 2, soy en este momento, jefe.

—Si me has llamado solo para proclamar tu nuevo Nick, te juro que te rebanaré el cuello en cuanto nos veamos—amenazo.

—Me subestimas. Tengo que informarte que alguien aceptó el encargo antes que tú—comunica.

— ¿Qué? No puede ser—grito sin dar crédito a lo que acaba de decirme.

—Sí, jefe. Estoy intentando rastrear la ip para poder localizar quién fue. Pero vi necesario informarte que tu chica tiene una diana en su cabeza y un arquero tras ella.

—Consigue el ip, Johnny—digo colgando la llamada.

Reprimo el impulso de tirar el teléfono móvil contra la pared para calmar mis ganas de matar a alguien. Como he podido ser tan idiota, en mi trabajo jamás se puede dudar. Esto es como una

ruleta, si tardas más de la cuenta pasa al siguiente. Por lo que ahora me encontraba en la tesitura, no solo de averiguar quién quería bajo tierra a Knox, sino de protegerla de un sanguinario, como yo…

‹‹Nunca debiste mirar esa foto›. Otra vez la voz de mi demonio interior, reprochando mi comportamiento, instándome a abandonar esta locura en la que me he embarcado.

Decido ir al baño y darme esa ducha que, aunque ahora ya no es necesaria, creo que me vendrá bien.

Capítulo 10

Un aroma peculiar

Berta Knox

Al avanzar al interior de la agencia de viajes todavía sigo agitada por el encontronazo con el desconocido maleducado de la puerta. La gente parecía ir por la vida arrollando, el muy idiota, la verdad que había conseguido enfadarme tanto que ni siquiera presté atención a su aspecto, lo único que había logrado colarse en mí de él, fue su aroma.

Afrutado, intenso, con un toque picante, tan peculiar, aunque no único. En la actualidad nos encontramos con una diversidad grande de perfumes. Decir queda que, ese aroma evocó en mi mente de nuevo a él y despertando el dolor del recóndito lugar donde lo mantengo encarcelado para adueñarse de mi corazón. Los recuerdos también empiezan a fluir sin que pueda retenerlos. Aquella noche tres años atrás…

Nath agarró fuerte mi brazo y ambos salimos del local, mis piernas lo siguieron sin contar con mi cabeza, ellas iban por libre. Pero es que apenas podía pensar teniéndolo a mi lado. Desde el primer día que su rasgada voz penetrara en mis oídos a través del sistema de audio me había cautivado. Ni qué decir que cuando pude ponerle cara y cuerpo a esa sexy voz, pues las palabras se quedaban cortas para describir lo que, el agente Nathaniel Parker, provocaba en todos y cada uno de mis sentidos, abrumados, ansiosos porque mi cuerpo lo acunara piel con piel, como si él fuese un dulce vino y yo una transparente copa. La emoción, al ver cómo se había acercado mientras estaba aguantando la chapa de Jacob, había disparado todas las mariposas en mi estómago que revoloteaban alborotadas al igual que mis hormonas. Nath era un tipo caliente, atrayente, que te envolvía en su tela de araña imaginaria y una vez dentro no podías escapar. Así me sentía, pero no podía resistirme, a pesar de que sabía que yo estaba demasiado lejos de su alcance. Pues su fama de conquistador empedernido era bien conocida. Todos coincidían en decir que saltaba de mujer en mujer cuál abeja de flor en flor. Sin embargo, esa noche todas las razones y las dosis de realidad para pensar que yo nunca llegaría a ser su elegida, desaparecieron cuando se acercó.

Y allí me encontraba siguiéndolo a pies juntillas sin importarme a dónde me llevará.

Una vez en la calle, fuera del local, tan solo pude dedicarme a admirarlo, con esos tejanos desgastados que se adherían a sus fuertes y definidas piernas y su camisa gris acariciando cada músculo de su cuerpo. Nath era de constitución más bien delgada, con su metro noventa y cinco, pero cada músculo de su cuerpo estaba fibrado y a mí se me hacía la boca agua contemplándolo vestido, no quería ni imaginarme cómo sería sin ningún resto de ropa envolviéndolo.

¡Dios, este hombre era puro pecado!, resonaba en mi cerebro mientras mis ojos estaban pegados a él sin apenas pestañear.

—Knox no me mires así —regañó sacándome de mi embelesamiento.

Pestañeé sorprendida y un leve rubor tiñó mis mejillas ante ese reclamo e incluso nerviosa mordisqueé mi labio inferior.

—Maldita sea, no hagas ese gesto —gruñó acortando la distancia que nos separaba y empujando mi cuerpo contra la pared lateral del local.

Sus manos se colocaron en la pared sin tocarme, simplemente enjaulándome en una prisión entre el cemento y su cuerpo. Mi estómago saltó haciendo una doble pirueta ante las anticipaciones. Su aroma afrutado y picante inundó mi nariz y me permití el placer de deleitar mis sentidos con él. Mis piernas apenas me sostenían y maldije por haberme decidido ponerme

tacones esa noche, por lo que la tarea de mantenerme en pie me estaba resultando demasiado titánica.

Su aliento quemó mis labios por la proximidad y sus cristalinos ojos estaban clavados en mí, como si quisiera traspasarme. Un ardor intenso subió por mis piernas y se instaló en mi centro sofocando cada fibra de mi cuerpo. Hipnotizada como estaba ni siquiera fui consciente de que mi lengua, de nuevo, lamía mi labio inferior intentando lubricarlo ante la inminente sensación de sequedad.

—Maldición, te ordené que no hicieras eso. —Sus palabras son masticadas más bien que pronunciadas.

Cuando me disponía a contestarle, ni siquiera me dio tiempo a pestañear, su boca se abalanzó sobre la mía devorándome. Y yo no pude hacer nada más que recibirlo ansiosa con todo el deseo contenido que se acumulaba en mí. Nuestras lenguas iniciaron una danza frenética dejando impresa el hambre que nuestros cuerpos sentían. Mis manos volaron a su nuca para profundizar más el beso si cabía.

Segundos después Nath se separó unos milímetros poniendo final a ese beso que nos tenía a ambos demasiado acelerados. No rompió el contacto visual.

—Knox—susurró y qué bien sonaba en su boca—No puedo apartar mis manos de ti. Necesito esto, lo deseo, pero también soy consciente y debo darte la oportunidad de decidir—explicó con la respiración aún demasiado frenética, tomando pausas para recuperar la calma.

Nath tenía fama de conquistador, bien merecida, aun así, yo sabía que no sería capaz de rechazar la oportunidad de estar entre sus brazos. Porque llevaba meses fantaseando con esa posibilidad. Aunque mi corazón bailaba ante la expectativa. A pesar de que mi mente gritaba que no quería ser una más.

— ¿Señorita?

La voz de la chica que espera frente mí para atenderme hace que vuelva al aquí y ahora, cerrando la puerta de mis recuerdos.

—Disculpe, ando un poco despistada—justifico sentándome en la silla frente a su escritorio.

—Querría sacar un pasaje para el próximo crucero por las Islas Griegas —solicito.

Después de que mi jefe me haya confirmado que Gala embarcó, tan solo necesito presentarme en el puerto el día del desembarque y verificar que mi amiga bajaba del Costa Fortuna. Pero para ser previsora, poniéndome en el peor de los casos, debo comprar un pasaje. Porque si no apareciera entonces tengo pensado embarcar para investigar arduamente el paradero de mi amiga.

—El próximo sale en dos días—informa la joven.

—Perfecto —exclamo contenta.

Una vez tramitado todo el tema del pasaje, abandono la agencia para volver al piso franco.

De nuevo, en la misma puerta noto un frío intenso recorriendo mi espina dorsal y oteo todos los alrededores. Esa sensación de ser observada es la segunda vez que me embarga.

Capítulo 11

Cuando el sueño no te visita

Nathaniel Parker

Dos días, dos putos días, sin dormir, ni siquiera el sexo compartido con dos bellas italianas, que ahora yacen en mi cama desnudas, habían logrado que mi mente descansara. Las había disfrutado como un loco embravecido sin control, de todas las posturas posibles las había penetrado. Sin compasión, arrancando los gritos desgarrados de placer infinito de sus bocas, uno que yo no había obtenido…

La oscuridad de mi interior me dominaba sin medida, el demonio que convive conmigo, tan solo me incita a buscar sangre y dolor para calmar su sed.

Soy incapaz de aislar su recuerdo de mi mente, a pesar de que llevo tres años, en los que en ningún minuto he pensado en ella. Pero en este momento no puedo dejar de hacerlo y eso me cabrea y mucho…

Además, la intranquilidad que crea en mi mente, el hecho de que Johnny, todavía no haya localizado la ip del asesino que también ha aceptado el encargo, para acabar con la vida de Knox, logra exasperarme.

Por si no tuviera suficiente con averiguar quién desea su cabeza en bandeja de plata. Para más inri debo mantener los ojos bien abiertos y poder localizar y neutralizar al asesino que va tras ella. Y todo esto sin acercarme, tan solo lo suficiente y rezar que no reconozca ~~quien~~ quién fui.

Enjaulado, así me siento en este mismo momento, por lo que decido visitar el gimnasio del hotel donde me alojo. El ejercicio siempre ha sido mi aliado para tranquilizar mi demonio. Antes de salir de la habitación, echo un vistazo al móvil para revisar si tengo algún mensaje de Johnny.

—Nada—susurro.

Atravieso las puertas de cristal biselado del gimnasio, que está ubicado en la última planta. Como es de esperar está vacío, apenas hace dos horas que ha amanecido, por lo que, a estas horas intempestivas, solo los locos pensamos en ir a ejercitarnos.

Coloco los air pods en mis orejas y busco la *playlits* que suelo utilizar cuando salgo a correr por las calles urbanas, de la ciudad de turno.

Ocupo una de las bicicletas estáticas y programo el panel para los kilómetros que estoy dispuesto a hacer.

Necesito cansancio, alcanzar en un tiempo récord la extenuación, para sacarme del sistema, su recuerdo.

Comienza la primera canción de Craig Davis y mis pies pedalean al ritmo de la música.

Los primeros minutos logro mantener mi mente en blanco, como siempre que práctico deporte. Consigo estar satisfecho hasta que un fogonazo en mi mente vuelve a abrir mi caja de pandora particular. Las imágenes se suceden en mi cabeza sin que pueda evitarlo.

Los ojos grises de Knox se anclaron a los míos mientras esperaba que de sus labios saliera la respuesta, que mi inmenso deseo ansía. No era un energúmeno por mucho que no pueda reprimir las ganas de tocarla, necesitaba darle la opción de que eligiera. No podía prometerle amor eterno, tan solo sexo increíble.

—Ya he elegido—susurró y en esta ocasión fue ella la que tomó la iniciativa—Se colocó de puntillas y su carnosa boca rozó mis labios con suavidad. Esa fue la señal y mi cuerpo la reconoció al instante. Por lo que, sin pensar, dejándome llevar como el sediento que soy, mi

boca devoró la suya sin control. Invadiendo con mi lengua cada recoveco de su cavidad, saboreándola como si fuese el más delicado manjar.

Hice el acopio suficiente de control para romper de nuevo el beso y agarré su mano para desaparecer de aquel lugar. Ahora agradecía haber elegido el coche en vez de la moto, que era el tipo de vehículo que solía preferir, porque con el vestido que llevaba hubiera sido todo un espectáculo verla subir a la moto. La llevé a un hotel a las afueras de la ciudad. Ante la mirada avergonzada de Knox, hice el check-in y el recepcionista me entregó la tarjeta magnética para abrir la habitación asignada. Cuando conseguí abrir la puerta, ni siquiera fui educado ni amable. Fui un salvaje desesperado por comerla viva, la empotré en la puerta y mi boca se abalanzó sobre la suya para lamerla y luego introducir mi lengua buscando la suya con premura. Juntos iniciamos un duelo de voluntades, buscando, degustando, chupándonos como desesperados. Sus manos temblorosas fueron directas a la cinturilla de mi pantalón y con movimientos torpes consiguió desabrochar la pletina de mis jeans. Mi envergadura saltó a pesar de los boxes que aún la retenía. No recordaba estar tan duro nunca. Mi erección era descomunal amenazando con explotar en breve. A tientas, sin apartar mis labios de los suyos, busqué la cremallera lateral de su falda y la bajé para poder deshacerme de ella, que cayó a sus pies. Agarré sus nalgas con fuerza y la insté a que trepara a mi cintura con las piernas abiertas, y obedeció. Juntos fuimos hacia la cama que se encontraba en el centro de la estancia. Con cuidado solté el cuerpo de Knox sobre el colchón y por unos segundos frente a ella mis pupilas se deleitaron en sus curvas, en sus piernas torneadas, en su piel nívea en contraste con el triángulo de encaje negro que cubría su sexo y el sujetador que tapaba sus enhiestos pechos. Esos que parecían llamarme para que los saboreara como un imán, provocando que salivara ante la expectativa de introducirlos en mi boca para darme un buen festín con ellos. Dios, nunca estuve tan empalmado como ahora mismo mientras la miraba.

*L*a playlits finaliza y sigo pedaleando, sumido en los recuerdos que está evocando mi cerebro, minutos después me obligo a salir de ese estado de semiinconsciencia. Abandono la estática y seco el sudor de mi frente con una pequeña toalla. Compruebo la hora en el reloj, ya es hora de ducharme y comenzar el día de hoy. Nada fácil porque hoy es el día en el que atraca en el puerto de Civitavecchia el Costa Fortuna, barco donde se supone que debe desembarcar la amiga de Knox. Tengo la ligera esperanza de verla aparecer por la puerta de desembarque y dar por finalizada esa parte de mi misión autoimpuesta, a pesar de que, aun así, no podré perder de vista a Knox, hasta que descubra quién la desea muerta.

Regreso a la habitación y las chicas de anoche ya no están, sonrío ante el hecho porque de lo contrario quizás hubiera decidido darle a mi verga erecta lo que está suplicando, aunque sé que nada podía satisfacerla, pues su estado febril anhela otros muslos, otro centro. Sacudo la cabeza para borrar de un plumazo esos anhelos que hacen que vuelva a sentirme vivo por un momento, pero a la vez alientan a mi demonio interno sediento de sangre fresca.

Después de una larga ducha alternando temperatura de agua para relajar mis músculos, me visto y cojo una pequeña bolsa de mano por si en realidad tuviera que subir a ese maldito crucero. Porque la conozco a pesar de los años que llevo sin verla. Sé que Berta Knox subirá a ese barco con toda la decisión y empecinamiento que la caracterizan si no ve desembarcar a su amiga. Y entonces es cuando deberé seguirla para protegerla del mundo y de sí misma.

‹‹No eres un puto héroe››, sisea el negro demonio que habita en mi alma.

Lo ignoro y salgo por la puerta sin mirar atrás, como viene siendo habitual desde hace tres años. En el preciso momento que cojo el ascensor mi móvil suena, lo saco del bolsillo de mi chupa de cuero negra y contesto.

—Dime.

—Jefe, ya tengo la ip.

Un peso enorme parece salir disparado de mi alma, respiro ante esa respuesta.

— ¿Quién?

—Luca, el Negro, es quien aceptó el trabajo —informa Johnny con preocupación en voz.

— ¡Me cago en la puta! —suelto sin poder reprimir el improperio.

Cuelgo sin más, mi ayudante ya está más que acostumbrado a mis reacciones. Mi mente prácticamente va a cien por hora, analizando cómo he llegado a esta mierda de situación. De todos los asesinos del mundo que somos, Luca es el que nunca hubiera deseado cruzarme. Ahora más que nunca debo apresurarme a zanjar el tema de Knox, encontremos a su amiga o no. Decido coger un taxi para que me lleve al puerto, hay un trayecto de una media hora por lo que intentaré descansar. Aunque sé que no podré dormir. Llevo dos días, que mi amigo, el sueño, pasa de mí. Después de indicarle al conductor el destino, opto por recostarme en el asiento con las gafas de sol puestas y cierro los ojos.

Sé que no voy a dormir, aunque espero poder como mínimo descansar la mente, dejarla en blanco…

— ¡Signore!

El taxista intenta llamar mi atención porque piensa que estoy durmiendo, muy lejos de la verdad. Saco la cartera y le pago. Cuando salgo del vehículo puedo observar el puerto, además de veinte autocares aparcados en la zona derecha. Justo delante hay unas carpas con alfombras rojas, donde van colocando los próximos pasajeros para el embarque con sus maletas. Lo mejor será mezclarse con la gente y así esperar a que aparezca Knox.

Una asistente con el uniforme azul y amarillo reglamentario de la compañía trasmediterránea me da la bienvenida con una sonrisa.

—Si lo desea, caballero, en la carpa del fondo, podrá tomar algún refrigerio —informa con amabilidad.

Decido tomar su recomendación porque el lugar que me indica es el más próximo a la puerta de desembarque, desde esa posición será más fácil poder inspeccionar a la gente que baje del barco.

Capítulo 12

Embarcando y desembarcando
Berta Knox

Bueno, el día esperado ha llegado al fin, porque tengo la convicción que será decisivo. Tengo la esperanza de ver bajar por la puerta de desembarque a mi amiga y poder poner punto final a esta historia, que lo único que despierta en mí es desasosiego.

Rafaella ha llamado bien temprano, decidida a acompañarme al puerto, sin embargo, se lo he desaconsejado. No sé en realidad que puedo encontrarme, en el peor de los casos tendré que embarcarme.

Madre mía, allí de pie en el puerto se acumula un tumulto de gente que no augura mi tarea fácil. No puedo dejar de mirar el movimiento de coches y gente que pasan ante mis ojos, como si estuviera viendo una película. Taxi va, taxi viene, cargando y descargando gente y nada que decir, de los diez autocares, por lo menos, que hay aparcados al final, de los cuales también va bajando gente y subiendo.

Nunca pensé encontrarme con tal barullo, lo que complicaba mi tarea de localizar a Gala.

Saco el móvil en un intento de marcar su número, quizás ahora que estaba en tierra firme consiguiera contactar con ella. Sin embargo, una vez más, el buzón de voz fue el único interlocutor que encuentro. Con paso firme me dirijo a las carpas de bienvenida de nuevos pasajeros para dejar mi maleta allí, mientras compruebo que mi amiga ha desembarcado.

Una vez libre de los bártulos, decido acercarme a la puerta de desembarque con disimulo, está lleno de personal de seguridad y gente, ¡lo que no falta es gente!

— ¡Señorita! —llaman en italiano y yo intento hacer como que no lo he oído, aunque insiste.

Al girarme al fin, mis ojos se abren como platos al ver al autosuficiente, pero buenorro inspector Tovoly.

‹‹ ¡Maldita mi suerte! ››, siseo, sin que pueda oírme.

—Boungiorno, inspector —saludo colocando en mis labios una de mis mejores sonrisas falsas.

—No sé por qué no me sorprende encontrarla aquí —observa con los ojos entornados, esos ojos negro café que si los miras fijamente te hipnotizan.

—Permítame que le diga que a mí sí me sorprende verlo a usted —contesto molesta.

—Bueno, señorita Knox acompáñeme, vamos a ver si su amiga ya bajó.

Lo dice con una seguridad pasmosa, como si estuviera seguro de que, todo quedaría en las divagaciones y exageraciones de una madre y una amiga chalada. Decido acompañarlo porque, con la seguridad que he podido observar desplegada por todo el puerto, creo que con él resultará más fácil acceder a la información que busco.

Averiguar si Gala ha desembarcado.

Nos acercamos a la puerta de desembarque y el inspector pregunta por el oficial al mando.

El agente apostado le señala al interior y procedemos a pasar, enseñando Tovoly su identificación previamente la cual nos da vía libre.

En el interior hay una pequeña garita al lado de un sistema de detección de metales como en los aeropuertos.

—Inspector Tovoly, necesito información de una pasajera —informa Marco, de forma

profesional plantado frente a los ojos del hombre de nuevo enseña su insignia.

—Dígame el nombre del pasajero.

—Gala Ágora.

El hombre empieza a buscar en el ordenador y al parecer teclea varias veces.

—La señorita Ágora desembarcó en Turquía. Abonó todas las propinas y liquidó la cuenta. Se quedó en Turquía —dice concentrado en la pantalla.

La cara de "te lo dije" del inspector no se hace esperar. Sus ojos negros me dedican una mirada de:

"¡Ves, ya te lo dije yo!"

Que, por supuesto, logra cabrearme, sin embargo, lo ignoro con elegancia y pasando por delante de él, consigo acercarme al hombre que nos ha facilitado la información.

— ¿Es un procedimiento habitual? Que los pasajeros se queden en los destinos, me refiero.

Ante mi pregunta, el hombre de seguridad no tarda en entornar sus ojos para mirarme con desconfianza, porque al parecer no esperaba mi pregunta.

Doy gracias en silencio, que el arrogante Inspector Tovoly, mantiene su boca cerrada.

—No, señorita, pero en algunos casos se ha dado el caso. El capitán lo autoriza, sin su autorización no se puede hacer. Incluso estamos obligados a enviar una notificación a ambas embajadas.

Confieso que no esperaba esa respuesta, sin rastro de titubeo por parte del hombre.

—Gracias por la información —se limita a soltar el inspector dando por finalizado el tema.

Ambos salimos del lugar y una vez fuera me mira con las cejas arqueadas. Lo miro sin saber muy bien qué espera.

— ¿Qué quiere? —pregunto al fin zanjada la situación incómoda. —Bueno, estoy esperando una disculpa por su parte. Después de haber insistido tanto para que abriéramos una investigación sobre la desaparición de su amiga. Ahora que por lo que constatan los hechos, al parecer la señorita Ágora si ha desaparecido por voluntad propia. Espero que como mínimo se retracte —explica con insolencia.

—Una disculpa no la encuentro necesaria. Usted ha hecho su trabajo, sin embargo, tengo que puntualizar que esto se podía haber sabido antes si no fuera tan cabezota.

La sonora carcajada que sale de su boca provoca que pestañee sorprendida.

—Eso sí que es bueno. Cabezota yo —rebate sonriente—Vamos, la acerco a donde tenga que ir —propone.

—No, gracias, estoy esperando a Rafaella —miento vilmente.

—De acuerdo, pero intenta no meterte en líos—aconseja y desaparece.

No obstante, mientras camina no puedo evitar mirar su trasero bien definido por los jeans azules que lleva. Sacudo la cabeza reprendiéndome por admirar su cuerpo. Últimamente, no entiendo qué me pasa, no debería fijarme tanto en hombres arrogantes y capullos. Estoy con Tim, eso debería bastarme. Pero, por alguna razón, en mi interior no es así. De momento relegó esa sombra de duda a un rincón oscuro de mi alma. Prefiero no pensar, tengo que embarcar.

Segura de que el inspector ya se ha largado, pongo rumbo a la carpa de bienvenida, donde esperan el resto de los pasajeros.

Mis dudas sobre la desaparición de Gala siguen ahí, y estoy dispuesta a despejarlas. Para eso haré el crucero y desembarcaré en Bodrum, como hizo ella.

Envío un mensaje a Rafaella para tranquilizarla, tan solo le pongo que se supone que Gala está en Turquía y que voy a buscarla.

En fila vamos accediendo a la zona de embarque, y de nuevo la sensación de ser observada

invade mi cuerpo. Reviso con mi mirada los alrededores para comprobar de manera exhaustiva cada milímetro.

“De nuevo, nada”.

Quizás sea una paranoica, no tengo por qué pensar que me están vigilando a pesar de que mi intuición apunta que sí. Vuelvo mi vista hacia atrás y paso por la puerta de embarque, entrego mi documentación al guardia de seguridad y dejo mi bolso en la cinta para pasar tanto él como yo por el detector de metales. Al entregar la identificación a su compañero, este, alza la vista de la pantalla y me dedica una mirada entornada.

Es el mismo tipo que nos dio la información, cuando iba acompañada del inspector. Por su mirada detecto que me ha reconocido.

Aun así, no le doy más importancia, cojo mi bolso y la tarjeta del camarote y sigo caminando con paso firme al interior del barco. Siguiendo las flechas tal como nos ha indicado la joven azafata de la carpa de bienvenida, nos dirigimos hacia la zona de ascensores. Todos en fila como en el colegio. En cada ascensor van colocando grupos de pasajeros para subir a las diferentes plantas donde se encuentran los camarotes asignados.

Al salir del ascensor voy directa al pasillo indicado donde tengo mi alojamiento, en el fondo estoy deseando llegar para darme una ducha y relajarme. Parada frente a la puerta observo el número del camarote, 3566 e introduzco la tarjeta en la puerta con la banda magnética para abrirla.

Capítulo 13

Tan cerca y tan lejos

Nathaniel Parker

No consigo acostumbrarme a las grandes aglomeraciones de gente, odio los tumultos y eso es lo que este maldito barco me encuentro, gente en cada rincón, en cada pasillo. Un sacrificio que tengo que hacer a regañadientes, arrepintiéndome una y mil veces de la decisión de proteger a Knox, sin embargo, una fuerza interior evita que dé media vuelta y regrese a mi mundo de tinieblas.

En honor a lo que una vez esa mujer significó para mí. Porque en el fondo añoro lo que pudo ser y no fue. Aquella noche sentí algo que jamás he vuelto a sentir, una luz candente en mi alma acompañada de la esperanza de una vida en común. Pero el destino es caprichoso y el rey de la oscuridad me encontró esa misma noche.

Los recuerdos vuelven a mi mente mientras entro en mi camarote.

Pasé mi lengua por sus acolchados labios arrancando un suave gemido, que no pudo reprimir y mi erección presionó mi pantalón instándome a hacerla mía sin dilación. Aunque primero quería saborearla, por eso mis manos la desvistieron entre besos suaves en la tersa piel de su cuello. La tenía aprisionada entre mi cuerpo y la puerta de la habitación del hotel donde nos encontrábamos, empujé su centro con mis caderas y agarré sus nalgas con fuerza, presionándolas, amasándolas, entre mis dedos a la vez que mi lengua la saboreaba con frenesí ante la receptiva respuesta de ella.

La alcé sobre mí, obligando a que sus piernas rodearan mi cintura y sentí que ese era lugar donde debían estar.

La coloqué sobre la cama entre las sábanas blancas y la observé deleitándome con sus curvas, con esa lencería negra que resaltaba sobre su blanca piel. Mi lengua acariciaba, mis labios relamiéndome ante la visión de Berta.

Por primera vez en mi vida tuve que hacer acopio de un control que no sentía para no poseerla de forma precipitada y feroz como un adolescente. Esta mujer que me miraba como una gacela inocente y recelosa desde la cama provocaba en mí ~~mis~~ sensaciones desconocidas y un deseo descomunal que me tenía como un toro desbocado.

Antes de reunirme con ella en la cama me deshice de mi ropa y con lentitud me instalé sobre ella. Abrí con suavidad sus muslos y le quité el tanga, tirándolo Dios sabía dónde. Así podría para lamer sus labios a conciencia, inundando mi boca con sus fluidos y regodeándome con los gemidos que emitía su boca que eran música para mis oídos.

Recorrí con mi boca la piel de sus caderas subiendo por su plano estómago hasta sus pechos erectos, sus rosados pezones sobresalían por el encaje de su sujetador llamándome, así que los saqué de las copas del sujetador y metí uno en mi boca devorándolo. Las manos de Knox alcanzaron mi nuca y presionó para que continuara mientras sus piernas se abrieron más balanceándose, reclamando atención.

"Dios, esta mujer era puro fuego y estaba dispuesto a quemarme entre sus piernas."

Mordisqueé uno de sus pezones y ella se retorció de gusto.

—Veo que te gusta lo que te hago—solté sonriente mientras los ~~las~~ miraba maravillado.

Al instante noté como la vergüenza la inundaba y un leve rubor tiñó sus mejillas.

—No quiero que te avergüences, esto lo deseo tanto o más que tú—aclaré sin apartar mis

ojos de sus grises ojos, esos que parecían metal líquido y me cautivaban atrayéndome como un imán.

—Nath, yo…

La interrumpí colocando uno de mis dedos sellando sus labios.

—No digas nada Knox, disfruta de estos momentos, no pienses tan solo siente—sentencié abalanzándome sobre su boca, para acallar cualquier duda que pudiera sobrecogerla.

Y la penetré como el salvaje que era, enloquecido por su deseo y el mío, la ensarté con mi verga, haciéndola gritar de puro placer. Juntos empezamos un baile de embestidas que nos transportó al más puro éxtasis.

Berta Knox hizo que tuviera el mayor orgasmo de mi vida calentando mis venas y por consiguiente también mi fría alma.

Sacudiendo mi cabeza me obligo a volver al presente, a regresar de esos recuerdos que me excitan de nuevo como si en este preciso momento estuviesen pasando.

‹‹Estoy jodido››, siseo sentándome sobre la cama con las manos sujetando mi cabeza.

Enterrar aquella noche, la única que he tenido a Knox en mis brazos, en la que se entregó a mí sin condiciones, era mi forma de mantener a raya lo que siempre ha provocado en mí. Sin embargo, el volver a verla ha desencadenado que todas aquellas imágenes bombardeen mi mente, azuzándome, alterándome hasta los límites de desconfiar de mi frío control.

Coloco mis cosas en el camarote y cambio mi atuendo por algo cómodo, dejo la cazadora.

Decido inspeccionar el barco y localizar a Knox entre los pasajeros, sé que ha embarcado porque tuve la precaución de esperar que lo hiciera ella primero para después hacerlo yo.

Paseo por cubierta, veo cómo la gente apoyados en las barandillas del barco disfrutan de las vistas del puerto desde ese lugar privilegiado. Una voz por megafonía informa que zarparemos en treinta minutos.

“Ni rastro de Knox.

¿Dónde cojones se habrán metido? “

—Bounsgiorno, Señor —saluda una escultural rubia con un aleteo de pestañas demasiado insinuador.

—Boungiorno—contesto sonriente.

Me ofrece un folleto informativo de los espectáculos que ofrece el barco.

—Espero verlo en alguno de ellos, formo parte del equipo de animación de Costa Fortuna.

—Si puede…

—Soy Giovanna

—Encantado, Giovanna—contesto omitiendo darle mi nombre. Se aleja, no sin antes dedicarme un repaso que promete sexo ardiente.

Bueno, pensándolo bien a nadie, le amarga un dulce cuando localice a Knox, siempre puedo buscar a esa rubia pizpireta y tener una sesión desestresante de sexo.

Decido acercarme a la barra cerca de una de las piscinas, que ya está repleta de gente tumbada en las hamacas y bañándose.

Pido un mojito y me dedico a observar en busca de mi objetivo y de cualquier cosa que salga de lo normal.

Llevo más de veinte minutos allí y ni rastro de Knox, así que pongo rumbo a otra parte del barco. Cuando voy a salir por la puerta que da a los pasillos interiores, un cuerpo choca con el mío y suelto un improperio sin poder evitarlo.

— ¡Joder!

Aunque no olvido mis reflejos y agarro a la señorita que ha chocado con mi cuerpo para que

no se caiga. Y cuando sus ojos se clavan en mí, cada fibra de mi cuerpo chisporrotea.

‹‹Mierda, Knox››, grita mi mente.

— ¡Puede mirar por dónde va! —regaña soltándose de golpe de mis manos que aún estaban en sus brazos.

—Lo siento —alcanzo a decir a pesar de que no es lo que realmente siento.

— ¿Nos conocemos? —pregunta, entornando sus ojos fijos en mí.

—No creo —me limito a contestar y decido salir pitando porque si no, no respondo.

Está exquisita con su cabello recogido dejando la tersa piel de su cuello a la vista. Y un pareo cubre sus curvas a través del cual se transparenta el bikini de color rojo que lleva debajo.

Mi erección se carga de nuevo presionando mi pantalón y temo que se dé cuenta, así que me largo.

—Disculpe señorita—digo marchándome.

Esto no va bien, nada bien, no puedo sentirme como un maldito adolescente ante ella. Tengo una misión y debo cumplirla, mis sentidos deben estar al cien por cien si quiero salvar la cabeza de Berta Knox.

Cuando verifico que está en la piscina tumbada tomando el sol, busco un lugar estratégico para observarla sin que ella me vea.

Tengo que cambiar mi táctica, si no me acerco a ella no podré protegerla por lo que vigilarla desde la distancia no está permitido.

A pesar de que reconozco que es mi propia condena, tengo que acercarme a ella como un desconocido para acabar siendo su sombra.

Desde mi posición privilegiada veo cómo un hombre se acerca a ella sonriente y mi monstruo interior brama, amenazando con salir a flote y dejarlo campar a sus anchas, para devastar todo lo que encuentre a su paso, aunque logro controlarlo.

Capítulo 14

Un desconocido que altera mi alma
Berta Knox

Bueno, pues ya que tengo que hacer el crucero, tomo la decisión de disfrutarlo, al menos desconectar del trabajo y los últimos meses de horarios extremos. Reconozco que cuando Kirial me propuso ser parte activa de la agencia de seguridad privada que estaba montando junto a su esposa, me emocioné. Porque a pesar de que ser su asistente personal, bueno, la del millonario magnate de la farmacéutica Lynx, era un trabajo estresante, no era lo que en realidad a mí me gustaba. Ser parte activa de la agencia era volver al trabajo de campo, ese que dejé, pero que echo de menos a cada segundo.

Cuando Nath murió en acto de servicio, mi mundo se derrumbó, a pesar de que no fuimos nada, solo una noche. Una vez en la que me entregué en cuerpo y alma, en la cual le di mi corazón, el cual pisoteó sin compasión. Aun así, lo amaba, creo que es el único hombre que he amado en toda mi vida. Por eso su muerte fue un golpe que logró sumirme en un estado depresivo demasiado peligroso para mi salud. Sin embargo, una vez más, mi jefe Kirial Lynx estuvo a mi lado para que superara, bueno, al menos olvidar, ese revés del destino.

Intercedió por mí ante el jefe de la agencia para pasarme al trabajo de campo, que era lo que yo realmente quería. Después de un exhaustivo entrenamiento superé todas las pruebas físicas y pasé a formar parte de su escuadrón cubriendo la vacante de él, del siempre arrebatador Nathaniel Parker.

Por un momento mi corazón se queja molesto al evocarlo, porque aún duele y mucho.

Sumida en mis pensamientos como viene siendo habitual, al salir a la piscina por la puerta choco bruscamente con alguien.

Alzo mis ojos para ver con quién he colisionado y cada fibra de mi cuerpo se queda estática ante la imponente presencia.

Más de uno noventa de músculo y fibra se alzan frente a mí, con su piel dorada y su pelo intensamente rubio demasiado corto.

Lo miro con descaro sin poder remediarlo, centrando mis ojos en su cuello, en el tatuaje que luce en él, una serpiente con la boca abierta engulle un rosal negro con espinas.

“¡Dios, es sexy, mucho!”

Pestañeo para salir de mi ensimismamiento y al percatarme que sus manos sujetan mis manos, doy un respingo para soltarme de forma brusca.

— ¿Puede mirar por dónde va? —regaño poniéndome a la defensiva.

—Lo siento —contesta el desconocido con una voz áspera y ronca con la cual experimento mil y un escalofríos en mi cuerpo.

Mis ojos están fijos en su rostro, memorizando cada rasgo, cada línea y una sensación desubicada de reconocimiento me embarga. Lamento que sus ojos estén cubiertos por unas oscuras gafas de sol, porque hubiera disfrutado descubriendo su color.

— ¿Nos conocemos? —La pregunta sale de mi boca sin pensar, incitada por esa extraña turbación de que nos hemos visto antes y que está instalada en mi alma.

—No creo.

Y se marcha sin más, dejando el rastro de su aroma en el aire, otra vez ese perfume afrutado y picante que consigue extasiarme.

No sé cuánto rato permanezco allí parada, inspirando esa fragancia entremezclada con el ambiente, evocando en mi mente miles de imágenes de él. De Nathaniel Parker. Es el mismo perfume que él utilizaba, estoy completamente segura. Y ese detalle logra que resurjan en mí los sentimientos que aún guardo en mi interior, esos que a pesar de su muerte no murieron con él.

Inspiro una bocanada de aire para recuperar el control de mis emociones que brotan en mí, como el agua de una gruta, a borbotones.

Huyendo de mí misma y mi traicionera mente, salgo a la piscina, elijo una de las tumbonas libres, coloco una de las toallas que hay en una cesta de cortesía de la compañía Transmediterránea y me deshago del pareo para tumbarme a tomar un poco el sol. Sigo mi ritual habitual poniéndome crema para que el sol no haga estragos en mi piel extremadamente blanca. Siempre debo llevar cuidado porque al ser tan blanca, es muy fácil que me queme.

—Señorita, ¿desea un cóctel?

Una joven camarera se acerca con una bandeja llena de copas de cócteles con sombrillita.

—~~Si~~ Sí, me apetece —contesto sonriente y la joven procede a dejar la copa en una mesita pequeña que hay al lado derecho de la tumbona.

Una vez acabo de embadurnarme de crema tratando de que no quede ningún resto blanco a modo de parche, pego la copa a mis labios y pruebo el cóctel naranja, dulzón, pero riquísimo, le doy un buen sorbo. A continuación, me tumbo para dejarme tostar al sol.

La música suena de fondo, salsa suave, el volumen no es alto, así que forma parte del ambiente de la cubierta de la zona de la piscina donde la gente intentamos relajarnos.

Cierro los ojos para no pensar en Gala, todavía quedan cuatro días para llegar a Bodrum por lo que nada puedo hacer hasta entonces.

— ¡Señorita!

Aquella voz cantarina consigue incorporarme de golpe y bajar las gafas de sol para ver quién ha osado a interrumpir mi momento de descanso y relax.

Ante mí un bronceado rubio con perilla con unos melados ojos que me mira sonriente y por qué no, de forma lasciva, puedo notarlo.

—Sí—contesto un poco brusca.

—Soy Davide uno de los animadores del Costa Fortuna, le informo que en treinta minutos comenzará la presentación del personal del barco en el piso trece en el salón océano.

—Ah, gracias por la información.

—A su servicio, preciosa —dice guiñándome un ojo de manera osada.

Lo miro perpleja ante tal descaro, viniendo de un empleado, porque a fin de cuentas se supone que las relaciones entre pasajeros y empleados deben estar prohibidas.

— ¿Española? —pregunta

—No, americana —contesto molesta, este me ha visto cara de latina o es una treta para tirarme la caña.

—Bueno, señorita, la espero en el salón Océano. Se despide con esa sonrisa exagerada que no le ha abandonado durante todo el rato que hemos conversado.

—Ufff—suspiro.

No tengo ganas de ir al salón ese, pero es la oportunidad perfecta para conocer a la tripulación y entre ellos al capitán. Hablar con él está en mi lista de pendientes, porque, a fin de cuentas, él autorizó el desembarque de Gala en Turquía.

Capítulo 15

Electricidad Pura

Nathaniel Parker

Decidido a inducir un encontronazo casual con Knox, después de convencerme de que es imposible que me reconozca, porque mi aspecto dista mucho del hombre que conoció. La sigo a una distancia prudencial por los pasillos de la cubierta interior.

Parecemos borregos, porque casi todos los pasajeros nos dirigimos al mismo lugar. A la presentación de la tripulación en el salón Océano. Al llegar a la gran sala, veo que la misma está distribuida con un montón de butacas como en los teatros e incluso consta de un escenario engalanado con cortinas rojas de terciopelo al fondo de la sala. Con premeditación, intento buscar la manera fortuita de colocarme a su lado. Permanezco sentado mientras ella coloca su bolso sin aún percatarse de mi presencia, hasta que sus ojos se dirigen a mi sitio. Entonces con un solo gesto decido quitarme las gafas de sol que llevo puestas.

El momento preciso en el que nuestras pupilas se cruzan cada fibra de mi piel clama por ella.

Joder, que difícil mostrar indiferencia cuando lo que realmente ansío es comerla viva. Esos ojos hipnotizantes los llevo tatuados en mi alma desde hace demasiado tiempo. Noto como su mirada se entorna después de superar la primera impresión.

— ¡Usted! —masculla entre dientes.

— ¿Nos conocemos? —pregunto con ironía.

Sé que me ha reconocido como el desconocido que chocó con ella en cubierta.

—Muy gracioso, no creo en las casualidades, por lo que pienso que me está siguiendo —suelta molesta haciendo un suave mohín con sus labios mientras se sienta.

—Lástima que no crea en el destino, señorita, porque yo sí —provoco divertido, notando esa anticipación que hace que salten chispas en mi interior al ver cómo la ira se concentra en sus pupilas grises.

—Le han dicho alguna vez que es usted un maleducado—ataca sacando a la fiera que lleva dentro, esa que despierta a mi erección en un segundo.

—Creo que es un adjetivo que aún nadie había utilizado. Las mujeres suelen referirse a mí con otros muchos más diversos —pincho guiñándole un ojo de forma pícara.

No puedo evitar que mi carácter picante salga en su presencia, es algo que bulle en mí, haciendo que mi sangre corra por mis venas de forma efervescente. Esa sensación, por un segundo, hace que me sienta menos oscuro y más vivo.

Justo en el instante que abre su boca para contestar, el sonido de una voz a través del micro nos anuncia el comienzo de la presentación. Hecho que ocasiona que sus palabras se queden en su boca silenciosas. Sin embargo, yo no puedo dejar de mirar esa boca tan perfecta. Delineada con perfección a juego con unos labios rosados y acolchados que consiguen atraerme como la miel al oso.

Necesito romper el contacto visual porque si no, soy capaz de lanzarme sobre ella como el monstruo que soy. Una y mil veces repito en mi mente que es solo una misión: ponerla…a salvo, no condenarla a las llamas del infierno donde vivo.

Fijo mi atención en la presentación a pesar de que puedo notar su mirada fija en mi perfil de manera exhaustiva. Vuelvo a repetirme que es imposible, ni siquiera que me recuerde. Han pasado tres años y solo estuvimos juntos piel con piel una noche.

Momento que yo no he podido olvidar, pero que no significa que ella no lo haya hecho. Sería

demasiado presuntuoso pensar que ella sigue recordando el hombre que fui, a pesar de que en el fondo de mi alma esa esperanza latente crece por minutos.

Dispuesto a dejar de pensar en Knox fijo mis ojos en el escenario donde están explicando todas las actividades, excursiones y los servicios que nos ofrece el Costa Fortuna.

Vaya chapa, nos están metiendo, la presentación es demasiado tediosa y rezo porque acabe pronto.

Al final, sale a la palestra el capitán, un tal Marco Floreti deseando que nuestra travesía sea un placer y disfrutemos del Costa Fortuna. Los pasajeros empiezan a desalojar el teatro en orden, guiados por personal de la tripulación para efectuar un desalojo metódico. Yo permanezco en mi lugar sentado, a la espera que Knox se levante, no obstante, ella también espera. Aunque no adivino la razón, la imito.

De soslayo veo cómo se pone en pie como un resorte cuando pasa el capitán y lo aborda sin más. No alcanzó a oír su conversación, pero veo que el capitán Floreti frunce el ceño. A continuación, dando por finalizada la conversación, prosigue su camino.

Decido levantarme y salir de la fila de butacas por el mismo lugar por donde se encuentra ella, cuando llego a su lado antes de poder propiciar cualquier conversación, un tipo rubiales demasiado bronceado para mi gusto, la saluda, sonriente.

—Buenas, señorita Daiquiri.

—Hola, Davide —saluda ella confirmando mis sospechas de que se conocen, lo cual, para qué mentir, me molesta mucho, diría yo.

— ¡Te espero en cubierta, tenemos sesión de zumba!, te animo a mover esas estupendas caderas —comenta seductor.

¡Hostia, joder!, este tipo sí que no pierde el tiempo desplegando todas sus artes para engatusar.; A pesar de que Knox no parece seguirle el juego, decido interrumpir.

—Señorita, ¿podría dejarme pasar? No entiendo por qué siempre consigue colocarse en medio —digo con sarcasmo.

Mis palabras ocasionan que se gire hacia mí de forma brusca.

—Hasta ahora, bella Daiquiri—se despide el tipo guiñándole un ojo, pero a él apenas le presta atención, muy a mi pesar todo su interés es mío en este momento.

Ahora mismo soy el dueño de toda su atención, aunque no positiva, más bien de todo su enfado.

—Definitivamente, usted es un idiota—suelta enfadada.

— ¿Y a esa conclusión ha llegado sin conocerme? —pregunto arqueando una de mis cejas de forma arrogante.

—No me han hecho falta más que dos encuentros con usted para calarlo bien. No sé lo que pretende, pero espero no cruzarme con usted el resto de la travesía. El barco es muy grande —contesta de forma airada, sin perder detalle de cada una de mis facciones.

—Lo mismo digo, señorita Daiquiri —lanzo como burla, y dispuesto a dejarla allí.

—Una pregunta antes de que lo pierda de vista. ¿Está seguro de que no nos conocemos? ¿De dónde es?

Ahí estaba la Knox curiosa y perspicaz, la chica lista que conquistó mi alma tres años atrás. Su voz ha bajado varios tonos e incluso detecto cierto titubeo.

—No, nos hemos visto jamás. Soy Nick Fletcher de Berlín —me presento extendiendo mi mano para que la estreche.

Ella desconfía y se queda mirando mi mano extendida, aunque al final decide estrecharla.

—Berta Knox de Washington.

Electricidad, esa misma recorre cada fibra de mi cuerpo cuando nuestras manos se tocan erupcionando cada calambre que siento en cada músculo de mi cuerpo, sin darme cuenta, sujeto su mano más tiempo del correcto ante la mirada de sorpresa de ella. Estoy convencido de que ella también lo ha sentido. Esa descarga al rozar nuestras pieles nos ha dejado noqueados. Esa corriente alterna que se adueña de cada poro de piel prometiéndome un placer infinito cuál utopía.

Capítulo 16

Coctelera de Inquietudes

Berta Knox

Cuando salgo del salón Océano, la sangre corre tan caliente por mis venas que noto como quema. Ese maldito desconocido logra sacar lo peor de mí desde el minuto cero cuando al girarme lo veo sentado a mi izquierda. Mi intuición ya me avisó. Incluso mis ojos estuvieron a punto de salirse de mis cuencas, al ver su perfil patricio y, como no, ese tatuaje de serpiente que exhibe en su cuello.

Al parecer el destino me tiene preparada una buena, porque ese desconocido que con solo dos encuentros ha logrado alterarme en exceso, va a ser una constante en este crucero. Recuerdo su pelo corto y rubio, quizás incluso tanto, que contrasta con su bronceado dorado. Es como un puto modelo de Calvin Klein de esos que prometen noches ardientes.

‹‹Por favor››, suplico en silencio para cortar mis pensamientos demasiado calenturientos con respecto a ese tipo.

Camino rápido por los pasillos del barco concentrada en mis propias divagaciones, por lo que parece que en vez de andar vaya haciendo footing.

Sigo pensando que hay algo en él que me inquieta, que remueve todos los cimientos de mi alma y esa sensación solo la he sentido con otro hombre en mi vida. Y eso es demasiado inquietante. Ni qué decir cuando se ha sacado las gafas de sol y he podido ver sus ojos.

Sin poder evitarlo me lo he comido con mi mirada e incluso creo que he babeado, por suerte, sus pullas no han dejado entrever que se haya dado cuenta.

Mi mente se ha quedado en blanco al comprobar que eran rasgados, cristalinos, intensos, tan azules como el cielo en un día despejado. Porque eran tan parecidos a otros que una vez me cautivaron, tres años atrás.

Sin embargo, cuando habla el idiota de Nick Fletcher consigue que todos los músculos de mi cuerpo entren en tensión extrema. En varias ocasiones, mientras tenía lugar el discurso del capitán y el personal del barco, había intentado recuperar la calma. Dios sabe que me había esforzado por no mirarlo, sin éxito claro. Aun así, no había podido resistirme y mis ojos volvían a posarse en su rostro. Memorizando cada línea de su perfil, su frente, sus delineadas cejas, su nariz recta y sus pestañas ligeramente rizadas, su boca perfecta.

¡Dios!, cada vez que lo miraba mi mente recordaba a Nath, es como si fueran iguales, sin embargo, a la vez diferentes.

Con el ritmo que llevo andando un poco más y me paso la puerta de mi camarote.

—Maldición—siseo al introducir la tarjeta magnética para abrir la puerta. En definitiva, ese tipo logra desestabilizarme, lo cual es un problema y de los gordos.

En el mismo momento en el que nuestras manos se han tocado, al parecer ya no existía nada más, ha sido como si el resto del mundo hubiera desaparecido. La corriente ha atravesado cada célula de mi cuerpo.

Sacudo la cabeza frustrada intentando no pensar en todas esas sensaciones que ese desconocido provoca en cada fibra de mi ser.

Dejo el pareo y el móvil sobre la colcha de la cama y voy en busca de una toalla. Necesito una ducha relajante y purificante para sacarme todas esas tonterías de mi cabeza. En el momento en el que cojo la toalla en mi mente resuena la frase "Siempre tenemos un doble en alguna parte del

mundo". Cada vez que la he escuchado he relegado esa creencia a una de las muchas leyendas urbanas que circulan, pero en este caso, ahora mismo con este tipo frente a mí, creo que es una realidad como un templo. Porque el tal Fletcher es una copia dura de mi amado y perdido Nath. Estoy completamente segura de que mis ojos no me engañan, son los mismos ojos translúcidos capaces de hacerte temblar con solo una mirada. Las mismas facciones un poco más duras. Si no fuese por el tatuaje que luce en su cuello y su pelo demasiado corto, pensaría que estoy ante un fantasma.

Mi móvil suena y me apresuro a cogerlo.

—Hola, Kirial— saludo.

—Hola, Knox, ¿Qué novedades tienes? —pregunta mi jefe.

—Según el personal del Costa Fortuna, Gala desembarcó por voluntad propia en Turquía —informo con tranquilidad.

— ¿Pero?

— ¿Cómo sabes que hay un "pero"? —pregunto sorprendida.

—Contigo siempre hay un" pero", eres demasiado lista. —alaba riendo a través de la línea.

—Me conoces demasiado bien, jefe. Si no creo que lo hiciera por voluntad propia, por eso estoy en el dichoso crucero para averiguar qué es lo que pasó realmente.

—Knox, eso es imprudente, no podemos protegerte igual en alta mar, lo sabes —comenta preocupado.

—Soy consciente y por eso soy cuidadosa.

—No sé, no estoy demasiado conforme. Deberías haberme consultado.

—No te preocupes, Kirial. Solo necesito dos favores: que investigues al capitán Floreti y a un tipo llamado Nick Fletcher—informo. No sé por qué le he pedido que investigue a Nick, quizás guiada por la intranquilidad que genera en mí.

—Está bien, Berta. Quiero que extremes las precauciones y cualquier cosa me avisas —ordena Kirial en modo jefe, como siempre. Ese carácter autoritario siempre acaba aflorando en él, por mucho que se empeñe en evitarlo.

—Okay jefe, no te preocupes, estaré bien —digo para tranquilizarlo

Una vez acabada la conversación me doy la ducha que tenía pensada y vuelvo a colocarme el bikini, decidida a ir a la cubierta de la piscina y relajarme allí, tomando el sol.

Ocupo una de las tumbonas y con mis gafas de sol no pierdo detalle de la clase de zumba latina a la que Davide ha hecho referencia antes. La verdad es que me resulta imposible reprimir la risa al ver el espectáculo. ¡Ni loca participaría en algo así! Es más divertido ser espectadora y reírte de lo lindo. Porque al parecer los únicos que se han animado a bailar tienen dos pies izquierdos, lo que desencadena que se pisen los unos a los otros. Un espectáculo digno de ver desde mi posición aventajada en la tumbona daiquiri en mano.

Capítulo 17

Tan cerca, tan lejos…

Nathaniel Parker

Hipnotizado viendo cómo se marcha sin más, no logro moverme, aún siento los miles de descargas en cada poro de mi piel. La intensidad de los sentimientos que me han golpeado en el mismo momento en el que la piel de nuestras manos se ha tocado, ha sido como cuando te golpean y fuerte.

— ¡Joder! —siseo.

Mi intuición me avisó cuando vi su cara en la pantalla del portátil y, aun así, aquí estoy intentando salvarla cuando el que está condenado soy yo. Porque verla de nuevo, despierta en mi interior tantas cosas innombrables que se agolpan en mi garganta formando un nudo que impide que respire bien.

Salgo como alma que lleva al diablo maldiciéndome a mí mismo una y mil veces por apelar al sentimentalismo para salvar a Knox. Debí dejar el curso del destino, fluir, mirar hacia otro lado, actuando como el monstruo que soy hoy por hoy.

Cuando llego a mi camarote cierro la puerta con demasiada fuerza emitiendo un sonoro portazo. Sentado en la cama con las manos sujetando mi cabeza, intento poner mis ideas en orden. Sin embargo, sin poder evitarlo, mi mente regresa a aquella fatídica noche, cuando tuve que elegir, sin opción, acorralado contra las cuerdas del destino.

El mejor sexo de mi vida y con ella, con mi voz amarilla, con mi persona amarilla, con mi todo. Una sonrisa bobalicona se instaló en mis labios mientras la miraba. Tan bella, con su melena de un negro intenso y brillante cayendo lacia sobre su espalda. ¿Quién me lo iba a decir? Yo el rey de las conquistas, el ateo del amor, de las relaciones, encontrando a la pieza del puzle de mi corazón. Pero ~~si~~ sí, estaba seguro, después de compartir con ella el mejor sexo del mundo mi corazón bailoteaba henchido y las ganas de volver a hacerla mía de nuevo estaban ardientes como antes de probarla. Knox, me había dado una lección de vida, sin ni ~~siquiera~~ ser consciente, no obstante, lo había conseguido.

No estaba dispuesto a dejarla ir, esta vez, con esta mujer en especial, no…

Decido dejarla dormir plácidamente, tal como está. Me visto y rebuscando en uno de los cajones del escritorio que había en la suite, encuentro papel y boli.

“Descansa mi bella durmiente, vuelvo en una hora, no te muevas”

Puse rumbo hacia mi apartamento, he decidido no salir de esa habitación en todo el fin de semana. Tiempo que pensaba aprovechar muy bien para que a mi bella Knox no le quedara ninguna duda de que debíamos estar juntos. Cogería una muda y varios enseres de aseo personal, son manías, a pesar de que los hoteles siempre te dejaban esas botellitas de jabón para asearse, yo prefería mi gel habitual y mis cosas. Por lo que llegué a mi apartamento decidido a recoger esos objetos.

Introduje la llave en mi cerradura y noté algo inusual, normalmente la misma solía atascarse un poco al abrir, pero hoy no. Todo mi cuerpo adoptó la posición de alerta y saqué mi arma, la cual siempre iba conmigo. Con mi pie empujé suavemente la puerta para que se abriera. Apuntando en la oscuridad.

—Baja el arma.

Esa voz en mitad de la negrura provenía de mi salón. Con una de mis manos activé el interruptor y el comedor se iluminó en un segundo. Con mis ojos entornados clavé los mismos en

el hombre que permanecía sentado con suma tranquilidad en mi sillón preferido.

—No puede ser —siseé, demasiado sorprendido por lo que estaba viendo.

—Yo también me alegro de verte, hijo…

Abro mis ojos despertando de mi letargo, dejando relegados esos recuerdos en mi cerebro. No sé cuánto tiempo he dormido, sin embargo, reconozco que lo he hecho como hacía tiempo, que no lo hacía. A pesar de que mi cabeza es una centrifugadora de ideas y reproches contra mi propio comportamiento. Después de darme una ducha rápida me visto y pongo rumbo al restaurante para cenar.

Cuando entro al salón el metre me saluda sonriente con esa amabilidad exagerada que odio.

—Señor, bienvenido. Le informo que las mesas se comparten, así que si no tiene inconveniente sígame y le colocaré en una —informa.

En el tiempo en el que ha tardado en formular esas frases, yo ya he localizado a mi castigo o lo que es lo mismo a Berta Knox.

—Si no le importa quiero aquella mesa, la del fondo con la chica del vestido azul —propongo y él asiente sonriente.

Concentrada como está en leer la carta, no se percata de mi presencia, así que yo ocupo la silla frente a ella sin más. A continuación, saludo sonriente.

—Buona notte, señorita.

Sus ojos se abren de par en par al verme y su ceño se frunce denotando su desagrado.

Lejos de molestarme su actitud consigue divertirme.

— ¿Qué crees que está haciendo? —pregunta entre dientes.

—Sentarme para cenar, quizás —contesto sonriendo de forma malévola.

—No le he invitado —gruñe aniquilándome literalmente.

—No era necesario —contesto—por si lo desconoce el metre me ha informado que debía compartir mesa, todos lo hacen al parecer, por lo que no he podido resistirme al verla sola.

—Y no se le ha ocurrido que quiero estar sola —rebate dejando ver su enfado.

—No, creo que no es una mujer para estar sola —suelto mientras miro la carta con despreocupación.

Sin palabras, parece que Knox por unos breves segundos se ha quedado en silencio, la miro de soslayo y la veo absorta y pensativa. Sigo mirando la carta para elegir algún plato.

—Señores, ¿ya lo saben? —pregunta uno de los camareros acercándose a nuestra mesa.

—Sí —contestamos los dos al unísono, para luego mirarnos arqueando las cejas también a la vez.

“Eso es compenetración y lo demás tonterías”

Con Berta siempre fue así, nos entendíamos en los silencios, no hacían falta las palabras, ella fue mi toma a tierra, la voz que deseaba oír cada mañana al levantarme. Por eso cuando realmente fue mía entregándose a mí sin condición supe que sería la única mujer con la que podría tener un futuro. Sin embargo, el destino tenía otras cartas para mí, obligándome a escoger el camino de la soledad y la oscuridad.

El camarero nos toma nota y nos retira las cartas, entretanto un compañero llena nuestras copas de vino blanco.

En un impulso alzo mi copa y la coloco en el centro.

—Brindemos, por una velada amena —propongo.

—Tiene usted un extraño sentido del humor—observa alargando su copa para brindar sin mucho entusiasmo.

— ¿Por qué hacer un crucero sola? —pregunto.

—Sabe Fletcher, podría hacerle la misma pregunta—responde con una sonrisa suave dibujada en sus labios. Al tiempo que balancea la copa de vino entre sus dedos.

—Bueno, lo cierto es que unos amigos me recomendaron este crucero—miento de forma despreocupada sin apartar mis ojos de ella.

—Bueno, al parecer tenemos algo en común, yo también hago este crucero porque una amiga anteriormente lo hizo. —Su comentario está desprovisto de cualquier emoción.

Sus ojos ya no están centrados en la copa, ni en mí, lejos de tranquilizarme, por el contrario, consigue alterarme. De reojo oteo donde tiene fija su mirada.

A pesar de estar hablando, sus ojos observan la mesa redonda de la tripulación coronada por el capitán.

—Si me disculpas, tengo que ir a saludar a alguien —deja caer levantándose ante mi escrutinio.

Si cree que voy a quedarme sentado sin más, es demasiado ilusa. Por lo que con cierta distancia voy tras ella.

Capítulo 18

Y si fuera…

Berta Knox

Según la información, mañana atracaremos en Sicilia la primera parada del crucero, por lo que el barco navegará hoy y toda la noche hasta llegar. Decido retirarme a mi camarote y prepararme para la cena. Allí podré abordar de nuevo al capitán, en el teatro tan solo ha aceptado hablar conmigo en otro momento más adecuado. A pesar de que me ha sonado como excusa para perderme de vista, lo que no sabe es que soy muy persistente.

Coloco mi neceser de maquillaje en la repisa del aseo que hay en el interior del baño y cojo el móvil para meterlo en el mini bolso que llevo colgado en bandolera.

Antes compruebo si tengo mensajes.

Camino por los pasillos enmoquetados con telas azules, todo a juego con la decoración de este inmenso barco, al cual no le falta un detalle. Lámparas de conchas de cristal tornasoladas, iluminando al máximo cada pasillo y cada salón. Utilizo el ascensor para subir al salón restaurante Mediterránea que es el que me han asignado para las cenas. Al llegar un joven metre me saluda en italiano y a continuación me acompaña a una mesa del fondo con servicio para dos. Observó como las mesas están llenas de comensales que ya están bebiendo y degustando platos.

Abro la carta engalanada con cuerpo azul turquesa y repaso con atención la oferta culinaria que ofrecen. Absorta en mi escrutinio de los miles de platos que ofrecen, no me percato que alguien se acerca a mi mesa hasta que esa voz saludándome eriza cada pelo de mi piel.

—*Buona notte*, señorita.

Elevo mis ojos achicándolos a la vez mientras, el inoportuno ocupa su silla como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

— ¿Qué cree que está haciendo? —pregunto entre dientes para no dar ningún espectáculo.

—Sentarme para cenar, quizás —contesta sonriendo de forma malévola.

¡No puede ser!, si hasta la sonrisa es igual que la de él. Madre mía, cómo voy a poder deshacerme de este odioso tipejo que tanto me atrae como me repele.

—No le he invitado —gruño aniquilándolo literalmente.

—No era necesario —contesta—~~. Por~~ si lo desconoce el metre me ha informado que debía compartir mesa, todos lo hacen al parecer, por lo que no he podido resistirme al verla sola.

—Y no se le ha ocurrido que quiero estar sola —rebato dejando ver mi enfado.

—No, creo que no es una mujer para estar sola— suelta mientras se dispone a mirar la carta con despreocupación.

Sus palabras logran desarmarme, no sé si es el tono con el que las ha soltado sin más o el significado, pero ahora mismo estoy totalmente embelesada mirándolo.

En un segundo mi mente me transporta a otro lugar tres años atrás.

El mejor sexo de mi vida, ¡Dios, sabía que sería bueno!, pues a Nath le precedía su fama con las mujeres, era la comidilla de la agencia. Sin embargo, experimentarlo en mis propias carnes había sido como tocar el cielo con los dedos. Mi corazón pletórico bombeaba a máxima potencia. Aún permanecía en mi interior su cuerpo sobre el mío, controlándolo para dejar el espacio justo para no aplastarme y sus ojos brillantes clavados en los míos. Podía ver tantas emociones en esas azules pupilas que estaba en total estado de obnubilación.

—Knox, ha sido maravilloso—susurró posando sus labios con suavidad en los míos.

—Nath, sí, pero no quiero que pienses que me debes nada.

Sus cejas se alzaron ante mis palabras.

—Knox, no sé qué me pasa contigo, no puedo darle un nombre ahora mismo. Pero lo que sí puedo decirte es que quiero más—confesó ante mi cara de sorpresa.

—Nath…

Sin embargo, no permitió que dijera nada más, volvió a besarme sellando mis labios

Y volvimos a sumergirnos en nuestro placer.

De nuevo de regreso, atravieso la puerta imaginaria de vuelta de mis recuerdos y centro toda mi atención en Fletcher, concentrado como está en la carta de menú.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Está arrebatador, con camisa azul celeste y tejanos negros, los primeros botones de la camisa los lleva sin abrochar dejando ver parte de su pecho y se me hace la boca agua.

De nuevo mi consciencia me reprende, por desear, por anhelar.

Este tipo es demasiado inquietante, arrollador, y eso consigue albergar una gran preocupación en mí. Porque no solo está el hecho de que veo en él a mi amado, sino que su presencia hace que tiemble cada fibra de mi ser. Cuando no debería sentir nada de eso, llevo demasiado tiempo sin sentir esas corrientes electrizantes por ningún hombre.

‹‹ ¿Por qué con un desconocido? ››, esa pregunta atraviesa mi mente como un rayo.

Sé que mucho tiene que ver, el gran parecido con Nath.

Dios, hasta cuando se concentra, tiene la misma arruga en su ceño.

El camarero consigue sacarme bruscamente de mis elucubraciones.

—Señores, ¿ya lo saben? —pregunta uno de los camareros acercándose a nuestra mesa.

—Sí. —contestamos los dos al unísono para luego mirarnos arqueando las cejas también a la vez.

Evito reírme ante la compenetración que demostramos al contestar.

El camarero nos toma nota y nos retira las cartas, entretanto un compañero llena nuestras copas de vino blanco.

Fletcher alza la copa para brindar ante mi sorpresa.

—Brindemos, por una velada amena —propone.

—Tiene usted un extraño sentido del humor—observo alargando mi copa para brindar sin mucho entusiasmo.

— ¿Por qué hacer un crucero sola? —pregunta.

—Sabe Fletcher, podría hacerle la misma pregunta—respondo con una sonrisa suave dibujada en sus labios. Al tiempo que balanceo la copa de vino entre mis dedos.

—Bueno, lo cierto es que unos amigos me recomendaron este crucero —informa sin apartar sus azules ojos de mí. Esos que me inquietan en exceso.

—Bueno, al parecer tenemos algo en común, yo también hago este crucero porque una amiga anteriormente lo hizo —comento despreocupada. Centrando mi atención en la mesa del fondo donde acabo de ver que se sienta ~~l~~e el capitán. Y no pierdo detalle para encontrar el mejor momento para abordarlo.

Necesito hablar con él sí o sí.

—Si me disculpas, tengo que ir a saludar a alguien —digo levantándome ante el rostro contrariado de mi acompañante.

Con paso seguro voy directa a la mesa donde parte de la tripulación está cenando.

—Buenas noches —saludo y las risas y conversaciones se cortan en seco. El capitán clava sus ojos melados en mi achicándolos.

—Buenas noches —, saludan todos.

—Capitán, necesito preguntar algo si tiene un momento —informo con determinación ante las miradas expectantes del resto de ocupantes de la mesa.

Mis palabras logran que el capitán se levante y se aproxime a mí con calma, a pesar de que en su rostro distingo la incomodidad.

—Usted dirá —anima a que me explique.

—Necesito que me explique la razón por la cual autorizó un desembarque en Turquía de una de sus pasajeras. —Al grano de forma directa abordo el tema ante la mirada de espanto del hombre.

Por unos segundos valora su respuesta que tarda en llegar, por lo que no puedo evitar pensar que hay algo raro en todo el tema.

—Creo señorita, perdón no recuerdo su nombre —dice con voz contenida.

—Knox, Berta Knox —contesto seria.

—Lo que nos ocupa, no creo que sea el momento adecuado para tratar estos temas. Por lo que la invito a que me acompañe fuera y explicarme lo que desea —propone el capitán, tomándose la libertad de cogerme de un brazo, para juntos atravesar el salón restaurante rumbo a cubierta.

Una vez fuera noto la brisa de la noche, mover los mechones rebeldes que se han soltado de mi desordenado recogido.

— ¿Quién es usted? ¿Y por qué me hace esa pregunta?

Noto la tensión en su cuerpo y la desconfianza en sus achicados ojos fijos en mí, doy un paso atrás y choco con una de las barandillas de cubierta. Sin embargo, no me amedrento, por el contrario, alzo mi barbilla altiva.

— ¿Sabía que esa chica que dejó bajar en Turquía ha desaparecido? —informo.

—No, pero aún no alcanzo a entender ¿Quién es usted? —insiste entre dientes apretando los puños, lo cual provoca que me ponga alerta.

—Yo soy amiga suya y no voy a parar hasta descubrir su paradero. Y le advierto que, si descubro que tiene algo que ver, pagará las consecuencias —amenazo alterada.

Veo como el capitán acorta la distancia y me agarra con fuerza por los brazos, intento deshacerme a pesar de la fuerza que ejerce.

—Interrumpo.

Aquella voz ronca y sexy la reconozco al instante.

El capitán gira su cabeza para ver quién nos ha interrumpido sin soltarme.

Aprovecho que disminuye su presión para liberarme y empujarlo levemente lejos de mi cuerpo.

—La señorita Knox y yo solo estábamos teniendo una conversación privada —contesta el capitán molesto.

Puedo observar cómo Fletcher aniquila a Floreti con su mirada fría y azulada, este titubea sin moverse ante la amenaza impresa en la posición inamovible de Fletcher.

—No es lo que parecía —dice Fletcher sin apenas despegar sus labios para hablar. Su tono es peligroso, denota advertencia y el capitán creo que lo capta al igual que yo.

—No sabía que la señorita Knox viajaba acompañada. Siento si le ha parecido algo que no es —se disculpa haciendo ademán de marcharse.

Fletcher se limita a guardar silencio sin moverse, sin dejar de fulminarlo con sus ojos. Por lo que el capitán Floreti abandona la cubierta con el rabo entre las piernas ante mi mirada asombrada.

— ¿Quién crees que eres? —ataco poseída por la ira y la frustración. Al minuto, me arrepiento de reprenderle de forma tan desmesurada.

Sin embargo, en dos zancadas tengo su cuerpo pegado al mío aprisionándome entre él y la barandilla de cubierta con el bravío mar de fondo de testigo.

Mi respiración se corta en el mismo momento en que su camisa toca mi pecho y sus manos sujetan mis antebrazos. Miles de calambres invaden mi cuerpo calentando mi sangre como en una olla a presión.

¡Joder!, mi cuerpo se vuelve gelatina en el mismo momento en el que su nariz roza de manera suave mi rostro. Mis pupilas están fijas en sus ojos encendidos, no sabría determinar si por la ira contenida o por algo que no deseo profundizar.

—Eres una inconsciente, señorita Knox —sisea apretando con fuerza sus mandíbulas.

—No tiene derecho a juzgarme, no tiene ni idea de lo que estaba haciendo —Me defiendo como gato panza arriba.

—Es gracioso, que encima intentes convencerme de que no eres una imprudente. ¿Qué crees que hubiera pasado si no hubiera interrumpido? —regaña sin aflojar su agarre.

Intento reprimir el cosquilleo incipiente que comienza a subir por mis piernas como una mecha encendida.

—No tienes derecho, no me conoces. Nadie te ha nombrado mi defensor. Soy perfectamente capaz de caminar sola por la vida. Para tu información llevo haciéndolo desde siempre —grito forcejeando, desmesuradamente, necesito deshacerme de su agarre, de su proximidad. Porque el pánico por todas las sensaciones que está despertando en mí, me abruma demasiado. Esas sensaciones que creía enterradas y ahora resurgen de su largo letargo en cascada provocando que mi corazón palpite a más de cien por hora.

Él inspira una bocanada de aire y menea en forma de negación su cabeza. Sus ojos siguen mirándome como si fueran capaces de atravesarme sin más. Acorta la distancia de nuestros rostros y sus labios están demasiado cerca, tanto que mi respiración se para ante la sensación que me embarga. Un deseo intenso me atraviesa con la velocidad de un rayo.

‹‹Dios mío, va a besarme ››, susurra mi mente.

Y si soy sincera conmigo misma, estoy deseando que lo haga. Tengo la extraña certeza de que necesito que me bese para deshacerme de esta sensación de reconocimiento que está dominando cada fibra de mi ser. De este anhelo por alguien que murió y ahora mismo veo reflejado en este desconocido que trastoca cada neurona de mi mente.

Con suavidad noto un ligero roce de sus labios en mi boca que desencadena mis ansias como si fuese la ficha clave de un castillo de fichas de dominó. Entreabro mis labios dispuesta a recibirle y entonces noto una suave brisa fría recorrer mi cuerpo y me embarga la sensación más inhóspita de vacío que jamás he experimentado. Abro los ojos, ni tan siquiera me había percatado de haberlos cerrado. Lo último que veo es su espalda desapareciendo por la puerta de salida…

Capítulo 19

La tentación, un suculento bocado

Nathaniel Parker

Perturbado, así salgo de manera precipitada alejándome de Knox, como si fuese el peor castigo divino con el que te pudieses topar. Y para mí lo era, porque tenerla cerca, rozar su piel con la mía, alteraba cada fibra de mi ser. No solo el enfado y la ira corrían por mis venas, por su imprudencia, por ver cómo el capitán la agarraba con intenciones ocultas. Lo cual no había pasado para mí, desapercibido. Tuve que hacer acopio de cada uno de los hilos que mantenían a raya mi control, para no lanzarme contra él y sesgar su vida, sin remordimiento, con decisión, como estoy acostumbrado a hacer. Seguro que hubiera disfrutado, porque el simple hecho de atreverse a tocarla azuzaba al monstruo que vive en mi interior, sediento de sangre y este sí que no hubiera tenido ningún tipo de misericordia. Pero por ella, había tenido que calmarme, controlarme, por no mostrarle quién soy realmente. Evitando que esos ojos grises me miraran con estupor.

Rabia, una de mis dimensiones desmedidas que amenaza con enloquecerme, entro en mi camarote y me deshago de toda mi ropa para meterme en la ducha. Necesito una ducha fría que apacigüe mi talante y sobre todo que baje la erección, más que evidente, que se resiste a pasar a modo off.

—Demonios, esto es demasiado —mascullo debajo del chorro helado de agua.

Knox sigue teniendo el mismo efecto en mí, ese devastador, que despierta mi deseo salvaje a juego con un ansia, descomunal por volverla a tener entre mis brazos. Y eso es demasiado peligroso.

Está claro, que el capitán del Costa Fortuna no es lo que aparenta, porque la actitud que ha tenido en cubierta con Knox era amenazante. Quizás si no los hubiera interrumpido, ahora mismo, mi bella de ojos metal estaría siendo engullida por el bravío mar por el cual navegamos. Deshecho la imagen de ella luchando por su vida en mi mente, para recuperar algo de sosiego.

No recordaba a Knox tan decidida, más bien tímida, retraída. ¿Cómo había cambiado en estos años? ¿Y por qué?

Una vez fuera de la ducha rodeo mis caderas con una toalla y alcanzo el móvil para llamar a mi ayudante.

—Aquí Pinchito Street.

— ¡Dios, Johnny!, cada vez empeoran más —aprecio al escucharlo —Te voy a mandar un nombre, necesito que lo investigues a fondo, —solicito y a continuación cuelgo.

Tenía que descubrir pronto quién iba tras de Knox, porque su cercanía estaba haciendo estragos en mí, acababa de salir de una ducha helada y muy a mi pesar volvía a estar empalmado, por lo que dormir no era una opción. Así que decido vestirme de nuevo y tomar una copa en alguna de las seis discotecas con las que contaba el barco.

Antes de salir, por un momento pensé en la posibilidad de encontrarme a Knox, y mi erección salta de alegría, pero la desestimo. Ella no es una chica de fiesta, al menos la mujer que yo recordaba.

Decido ir a la discoteca que queda más cerca de la zona donde se encuentra el camarote. Entro a la sala y entorno los ojos de forma involuntaria ante la intensidad de las luces de neón. Mis ojos

claros siempre han sido sensibles a según qué luces, por lo que el hecho de verse encandilados no es raro.

Pongo rumbo hacia la barra lateral, donde determino después de un barrido visual, que es la menos concurrida. Reconozco que no me sorprende la cantidad de gente desmelenándose en la pista principal bailando como posesos al son de la música.

—*Whisky* con *Coca Cola* —solicito al camarero al cual dedico una mirada de soslayo.

Agarro el vaso cilíndrico entre mis dedos y le doy un buen trago, sintiendo cómo mi garganta sedienta recibe el líquido. Y entonces mis ojos la localizan, en mitad de la pista, bailando y no sola. Verla en esa actitud provocadora, ocasiona que mi sangre hierva a una temperatura extrema. No pienso, solo actúo, porque el veneno de los celos domina cada acto desde el momento en que mis retinas la han visualizado. Los instintos asesinos que siempre van conmigo están totalmente desbordados.

Cuando logro llegar al centro de la pista después de arrollar a todo el que osaba ponerse en mitad de mi camino. Sin cavilar sujeto una de sus muñecas con fuerza, quizás demasiada, y la arrancó de la proximidad del rubiales hipermega bronceado ante su cara de estupor. No obstante, no hace intento de encararse más, bien me mira y determina que no sería una buena idea

Y no lo sería, porque ahora mismo está el primero de mi lista para partirle el cuello.

Arrastro sin más a Knox tras de mí, sin ni siquiera prestar atención a sus improperios que van quedando amortiguados por el elevado sonido de la música.

Mejor, no sé hasta qué punto mi cabeza, totalmente obcecada por la escena que ha protagonizado, aguantaría si diatriba.

Sin cuidado la llevo a una parte alejada de la pista y la coloco frente a mí manteniendo una distancia prudencial.

La mínima para no lanzarme sobre ella y matarla o besarla.

Mi mente aún no ha decido una opción en esa disyuntiva.

— ¿Quién te crees que eres? —grita a pleno pulmón.

Suerte que con ayuda del ensordecedor ruido del local su grito suena amortiguado, si no mis oídos se hubieran visto aceptados.

—Nadie, tan solo te he salvado de continuar haciendo el ridículo, me excuso con la mandíbula apretada con fuerza al igual que los puños.

—No eres quién, solo un desconocido, no tienes derecho, te lo advierto, aléjate de mí —reprocha furiosa.

Sin palabras, así estoy mirándola con fijación sin saber muy bien qué decir. Porque no soy nadie en su vida, sin embargo, para mí ella sí lo es. Mi esperanza de formar una familia con ella, en una noche la encontré y la perdí a la vez. Nervioso paso una de mis manos por mi rostro buscando una respuesta que justifique mi comportamiento desmesurado. No logro hablar, los pensamientos circulan por mi mente, sin orden, de forma caótica.

Tan solo el anhelo de tenerla se hace hueco en ese caos. Y dominado por mis instintos más primarios, ignorando cualquier alarma de peligro, que con seguridad intenta abrirse paso a través de mi estado. Lo siguiente que recuerdo es lanzarme sobre ella, como el animal que soy, empujarla contra la pared con mi cuerpo pegado al suyo y devorar su boca ante la sorpresa que inunda sus ojos. Un desconcierto que dura solo un segundo porque sus labios me reciben como si llevase una eternidad esperándome. Y la saboreo, extasiado por ese sabor que tan bien recuerdo, ese que he anhelado durante tres malditos años. Nuestras lenguas se buscan con desespero danzando al unísono.

Besar a Berta Knox es como regresar a casa, mi negra alma se vuelve luz cuando eso pasa.

Enzarzados en ese beso abrasador que barre con todo el control que poseo. Mis manos se mueven con rapidez hacia su cintura y la aprieto pegándose a mi cuerpo sintiendo cómo mi verga muestra su alegría extrema presionando mi pantalón.

Sin esperarlo, en el momento en el que más aducido estoy por el desbordante deseo, las manos de Berta presionan mi pecho levemente para romper nuestro contacto. Mis ojos se clavan en ella, anclados a sus pupilas oscurecidas por el deseo despertado. Su respiración acelerada va a juego con la mía, pero su rostro es lo que enfría mis ganas. La culpabilidad y el desconcierto y otra emoción más, que no logro descifrar, están reflejadas en su expresión.

—Fletcher… —susurra—No puedo, esto no debió pasar—consigue expresar.

Sus palabras me cabrean, a pesar de que tiene más razón que un santo, porque no debí tocarla ni tres años atrás ni ahora. Pero que sus razones para condenar lo que acaba de pasar ahora mismo entre nosotros sean diferentes a las mías, es lo que consigue cabrearme y mucho.

Inspiro aire para influirme calma y control antes de contestar.

—Tienes razón, lo siento —me disculpo, dejándola allí parada sin más, obligándome a caminar hacia delante sin mirar atrás. Cuando paso por el lado de Giovanna que está bailando de manera sensual, la agarro y me la llevo directa a mi camarote…

Necesito liberarme de la tensión del deseo insatisfecho y ella es la opción más segura a pesar de que no sea Knox.

‹‹Ella está prohibida››, susurra el monstruo que vive en mí.

Y sus palabras me transportan de nuevo tres años atrás, a aquella noche, donde los cimientos de la poca integridad con la cual contaba se derrumbaron.

—Baja el arma y siéntate, muchacho.

La voz de aquel hombre, el aspecto, habían pasado catorce años, no obstante, era imposible olvidarlo. Frente a mí estaba sentado con una calma asombrosa mi padre, el mismo que llevaba catorce años muerto, según el mundo.

Con movimientos suaves bajé mi arma a pesar de que la desconfianza seguía instalada en mi interior.

—Es imposible, estabas muerto —exclamé con voz queda.

—Bueno, en ocasiones es conveniente que a uno lo crean muerto—expuso mientras se encendía un puro con movimientos calculados a la vez que sus ojos no se apartaban de mí.

—A pesar de tener dos hijos que te necesitaban—reproché entre dientes— ¿Y mamá? También murió a conveniencia como tú—interrogué con la intención de seguir controlando la ira por sentirme engañado durante años. El sentimiento de soledad que nos había acompañado, a mi hermano y a mí desde el día en cuál el coronel Lennox vino a informarnos de la muerte en un accidente de tráfico de nuestros padres.

—Para mi desgracia, tu madre sí que está muerta de verdad. —confirmó y una extraña expresión cruzó su rostro —. Lo cual deberías recordar porque fuiste tú el culpable de sesgar su vida.

Aquellas palabras sí que consiguen trastocarme por completo.

— ¿Qué cojones estás diciendo? —chillé fuera de mí.

—Lo has olvidado. Pero yo no. La noche anterior a la noticia de mi muerte. En casa, tu madre y yo tuvimos una discusión, por ti, como siempre, porque eras demasiado rebelde y necesitabas mano dura. A pesar de que a ella no le parecía lo más adecuado. Así que como cualquier pareja discutíamos. Era tarde, te hacíamos durmiendo plácidamente en tu cama. No obstante, estábamos equivocados. Cuando entraste de puntillas en casa te encontraste cara a cara con nosotros. Al saberte descubierto perdiste el control, como venía siendo habitual. Juntos

nos enzarzamos en una discusión y te lanzaste a agredirme. Tu madre intentó frenarte, aunque tú no se lo permitiste empujándola con tanta fuerza que al caer se golpeó con una mesa y se partió el cuello —explicó sin rastro de ninguna emoción en sus palabras.

—Mientes… —siseé apretando los puños con fuerza.

—No, recordarás, algún día puedo recomendarte un amigo psiquiatra experto en regresión, para recuperar recuerdos. De todas formas, creo, que es tu mente la que enterró esa noche, quizás es una manera de autodefensa—comunicó dando una larga calada al puro que tenía entre sus dedos.

—Lárgate, vuelve a entre los muertos. No quiero saber nada de lo que hayas venido a decirme —grité señalando la puerta para que se marchara.

Todo lo que estaba explicando era demasiado surrealista para ser cierto. Me resistía a creerlo, tan solo quería que se fuera. Olvidar que estaba vivo y proseguir. A pesar de que el frío de alma, ese que últimamente me asediaba, empezaba de nuevo a embargar mi interior.

—No es tan fácil, mi querido Nath. Ha llegado la hora de que seas lo que realmente debes ser. Por eso estoy aquí. Al igual que yo, eres un agente, yo lo fui y morí para convertirme en lo que mi naturaleza real me gritaba. Y ahora eres tú el que debe aceptar que ya no serás más un agente. Porque tu alma corrompida hasta la fecha encerrada en tu jaula de control amenazaba con salir de un momento a otro. Por lo que es hora de que te unas a mí y a los míos —explicó dejándome aún más confuso.

"¿Qué sabía él de mi alma?"

Llevaba catorce años sin verme y ahora creía conocerme. Aunque debía reconocer que esa llamada al lado oscuro había estado en mi corazón, sin embargo, estaba seguro de que con mi bella Knox al lado todo eso pasaría a ser un simple recuerdo. No iba a perderla porque mi progenitor, ni siquiera podía llamarle padre, se había acordado hoy que tenía un hijo y quería que siguiera sus pasos.

—Olvídate, seguiré siendo un agente, ese es mi destino —afirmé con una seguridad que en el fondo se tambalea.

Sacudo mi cabeza para regresar del paseo por mis recuerdos y sigo caminando en dirección a mi camarote con la bella y sonriente Giovanna de la mano.

Capítulo 20

¿Y si te besa como si le pertenecieras?
Berta Knox

Permanezco unos minutos en la cubierta, la brisa marina consigue refrescar mi cuerpo ardiente, sin embargo, nada puede hacer con mi cabeza, esa que ahora mismo va a mil revoluciones por minuto de reproches y amonestaciones. Si el maldito Fletcher no hubiera salido corriendo como un galgo, estoy convencida al cien por ciento que nos hubiéramos besado. Y solo pensar en ello vuelve a ponerme la piel de gallina. Una vez más calmada, decido visitar una de las discotecas con las que cuenta el barco, para tomarme una copa, que es lo que ahora mismo siento que necesito. Decidida, hago mi entrada en el local que está sumamente lleno, quizás demasiado para mi gusto, no obstante, mi fijación por avanzar hacia la barra, ocasionan que acelere el paso y me convierta en toda una regateadora de gente desfasada que voy encontrando por el camino. Cuando alcanzo mi objetivo, tengo la imperiosa necesidad de saltar para celebrar haberlo conseguido, pero me reprimo. Al minuto de pedir al camarero un cubata, noto como a mi lado alguien roza la piel desnuda de mi antebrazo.

Dirijo mi funesta mirada al tipo que está rozándose demasiado y me sorprende ver a un sonriente Davide con una sombrillita, de esas que suelen llevar los cócteles, en la mano. Sin permiso, sin dudar, la coloca en mi oreja rozando mi piel con sus dedos. No obstante, siento un poco de apuro e incomodidad, pero nada más.

—Hola, bella daiquiri —saluda sonriente.

—Hola, Davide —saludo a pesar de que no estoy de humor para alternar.

— ¿Y esa cara, Daiquiri? —pregunta levantando mi barbilla con uno de sus dedos.

—Mi cara—respondo sin mucha alegría, sin alentarlo, más bien intentando que desaparezca.

—Va, acompáñame a bailar —propone agarrando mi mano y arrastrándome a la pista.

——Oye, que no me gusta bailar, no me apetece —protesto estirando para que suelte mi mano y poder volver a la barra, donde estaba segura.

Davide me ignora por completo y sigue arrastrándome hacia el centro de la pista, una vez allí comienza a bailar sin soltarme. Consigue que me sienta incómoda, instándome a seguirle el ritmo, agarra mi cintura con precisión y mueve mi cuerpo al son de la música de Romeo Santos. Es la primera vez en mi vida que bailo bachata, aunque confieso que de vez en cuando la escucho, un secreto que creo que jamás he confesado a nadie, ni siquiera a Gala. Poco a poco mi cuerpo se deshace de la tensión y mi mente destierra lejos la vergüenza, adaptándome así al baile e incluso disfrutando. Cierro los ojos y separándome de Davide empiezo a mover mis caderas de forma sensual, aunque noto sus manos en mi cintura. Sin embargo, lo ignoro sumida en la música como estoy y me dejo llevar, absorta en la letra de la canción. Davide agarra mis manos y consigue hacerme girar sobre mis pies aferrándome con impulso pegando su cuerpo a mi cuerpo. El momento se vuelve demasiado embarazoso, porque el rubio está comiéndome con sus ojos y yo estoy pensando la mejor manera de poner distancia entre nosotros, sin que se sienta rechazado.

En el preciso instante en que mis manos se colocan sobre su pecho para separarme, soy literalmente apartada de él de manera demasiado brusca. Unos fuertes dedos sujetan mi muñeca y me veo arrastrada tras él.

‹‹Joder, ¿Pero qué coño hace? ›› Me digo mentalmente.

Mis pies lo siguen a pesar de que estoy muy enfadada por su comportamiento, pero mi cuerpo no obedece a mi mente. Cuando llegamos a una de las paredes más alejadas de la discoteca se para y yo consigo soltarme. Fletcher se coloca frente a mí con una mirada demasiado encendida para mi gusto, arrugando el ceño en exceso.

No pienso permitir que este tío, que no es nadie, que no lo conozco nada más de un día, se tome libertades que yo no le he dado. Por eso, dejo fluir mi disgusto.

— ¿Quién te crees que eres? —grito a pleno pulmón.

—Nadie, tan solo te he salvado de continuar haciendo el ridículo —masculla con la mandíbula apretada.

—No eres quién, solo un desconocido, no tienes derecho, te lo advierto aléjate de mí —reprocho furiosa.

Expectante ante su respuesta, que espero sea una disculpa en condiciones, lo miro con fijación. Arqueo las cejas al ver que el silencio se instala entre nosotros durante demasiado tiempo. De repente, sin esperarlo, sin ni siquiera intuirlo, Fletcher se abalanza sobre mí para sellar mis labios con su boca. La sorpresa me sobrecoge paralizándome, pero tan solo, me dura segundos, porque le correspondo recibiéndolo como si llevara toda la vida esperándolo.

‹‹ ¡Dios mío, besa igual que él! ››. Esa frase se cuela en mi cerebro.

Ambos nos devoramos con pasión, con agitación, sin pensar, sumidos en nuestro propio fuego.

“Solo con uno de sus besos este hombre es capaz de hacerme tocar el cielo”.

Y eso desencadena que el pánico se adueñe de mí. Porque siento miedo, miedo a sentir lo mismo, que una vez sentí por Nath para luego quedar destrozada. ´

Además, es demasiado desconcertante, que este tipo tan parecido a él incite las mismas sensaciones y sentimientos en mi interior.

A pesar de que todo mi cuerpo arde como una antorcha al tiempo que nuestras lenguas se saborean con premura, mis temores vencen al deseo irrefrenable que experimento. Coloco mis manos en su pecho y las yemas de mis dedos pueden percibir el calor que emana de sus pectorales.

“¡Madre mía!”

—Fletcher… —susurro—No puedo, esto no debió pasar—consigo decir titubeando.

Veo cómo inspira aire a pesar de que su pecho sigue subiendo y bajando de forma acelerada.

—Tienes razón, lo siento —se disculpa desapareciendo de mi vista como *Flash*, mis ojos siguen su espalda mientras atraviesa la pista hacia la salida.

La congoja logra acoplarse en mi corazón al ver cómo agarra a una chica rubia de la mano y se larga con ella. Y una lágrima solitaria recorre mi mejilla. Después de ese beso intenso en el que le he mostrado mi alma sin querer y que estoy segura de que él ha sentido con igual intensidad que yo, el que se marche con otra me parte el alma.

Una vez más me reprendo por el torrente de sentimientos que se adueñan de mi corazón. Porque estoy segura de que me estoy equivocando, que la intensidad de lo que siento por este desconocido se debe que mi alma ansía que sea a quién se parece, el anhelo de Nath está confundiéndome demasiado. Seco la lágrima con el dorso de mi mano y decido retirarme a mi camarote, sin despedirme de Davide.

Mientras camino por los largos pasillos del barco con rumbo a mi camarote, pongo todo mi empeño en desterrar los miles de pensamientos que hacen que me imagine a Fletcher besando a la rubia con la que se ha ido y los celos corroen cada gota de sangre que corre por mis venas. Mi mente desobediente me transporta de nuevo a aquella madrugada de tres años atrás.

Me removí inquieta y cuando abrí los ojos, a través de la ventana, se filtraban los rayos de

sol, di un bote en la cama incorporándome y con la sábana tapé mi cuerpo. Oteé toda la habitación y no encontré ni rastro de mi amante y la decepción se abrió paso por mi corazón enamorado.

‹‹ ¿Qué te pensabas? No eres diferente, eres una muesca más en el cabezal de su cama. ››. Regañé en voz alta.

Poniéndome en pie para buscar mi ropa y largarme de allí lo más pronto posible para esconderme en mi casa, y llorar, ~~si~~ sí, llorar como nunca, porque no creía que fuera posible olvidar lo que Nathaniel Parker me había hecho sentir en solo una noche. Cogí mi falda del suelo y mi top, pero ni rastro de mi ropa interior.

‹‹Joder›› gruñí frustrada.

Recorrí toda la habitación en busca de mi sujetador y mi tanga, sin éxito, entonces un trozo de papel llamó mi atención.

"Descansa mi bella durmiente, vuelvo en una hora, no te muevas".

Mi corazón palmeó emocionado al leer esa simple frase, que era una promesa de que aún no habíamos acabado. Embobada releí una y mil veces sus palabras admirando su cuidada caligrafía. Y lo esperé…

Capítulo 21

Recordatorio de que no soy libre.
Nathaniel Parker

Sentado en uno de los sillones del interior del camarote, mis ojos están fijos en la cama, pero no en la mujer que yace desnuda en ella, están perdidos en algún recóndito lugar de mi mente. He follado durante gran parte de la noche, Giovanna receptiva y sensual se ha prestado a todas mis exigencias. Como un animal, así sería la descripción adecuada para describir mi comportamiento con ella en la cama. Y lejos de desagradarle, lo ha recibido de buena gana. Paso mis manos por mi nuca e inclino mi cabeza hacia el suelo, exasperado. Porque a pesar de haber practicado sexo, mucho sexo, tengo un tremendo dolor de huevos. Como si mi verga rebelde me estuviera demostrando que no está satisfecha con la mujer que he elegido para desquitarme de mi excitación, revelándose de esa forma.

¡Dios!, las imágenes del beso que compartimos Knox y yo, no dejan de pasearse por mi mente. Lo que amenaza con desquiciarme. Nunca debí volverla a tocar, nunca debí embarcarme en esta cruzada por protegerla.

Una ducha servirá para como mínimo deshacerme de esta erección, me levanto metiéndome directamente al baño.

Cuando salgo de la ducha, rodeo mis caderas con una de las toallas y antes de salir observo el reflejo de mi rostro en el espejo. Nunca he sido alguien presumido dado a mirarme en espejos, aunque ~~si~~ sí me gusta cuidar mi forma y mi aspecto. Decido no mantener mis ojos clavados en el espejo porque tengo una cara que da asco, como si llevara más de cuarenta y ocho horas sin dormir.

Al acceder al dormitorio veo cómo Giovanna ya está completamente vestida. No me sorprende, porque los monitores empiezan a trabajar desde temprano y ella forma parte del equipo de animación.

—Buenos días, Nick —saluda acercándose a mí de forma provocativa.

Acaricia mis pectorales con sus dedos engalanados con unas largas uñas rosa chicle.

—Buenos días —saludo sin mostrar mi incomodidad.

—Luego nos vemos, tengo que trabajar —dice y, besándome en los labios con rapidez, abandona mi camarote.

Durante un instante me quedo absorto mirando la puerta cerrada, el sonido de mi móvil logra sacarme de ese estado.

—Sí —contesto.

— ¿Dónde mierda estás?

Esa pregunta acompañada de esa voz consigue empeorar mi humor.

— ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones?

—No me cabrees Nath, soy tu padre, pero también el dueño de tu alma.

Como odio que se crea mi dueño, tan solo es mi padre, y con los años he odiado al destino por adjudicarme a semejante canalla como progenitor.

— ¿Qué es lo que quieres? —ataco con una pregunta refrenando las ganas de mandarlo al mismísimo infierno.

—El trabajo de Londres, ¿por qué la dejaste con vida? —interroga furioso.

—A ver, el objetivo era el hombre. No la chica —dije con calma.

—Te estás ablandando, hace dos años no la hubieras dejado con vida. No sé bien en lo que andas, pero espero que no me traiciones. Tenemos un acuerdo. Puedes trabajar solo siempre cuando sigas siendo fiel a mi organización —recuerda haciendo hincapié en sus últimas palabras.

—No hace falta que me lo recuerdes, lo tengo grabado a fuego. Así que deja de comportarte como un paranoico —le digo a sabiendas de que la provocación está impresa en mis palabras.

—Cuidado Nath, que seas mi hijo no quiere decir que no pueda matarte —dice y a continuación la llamada se corta.

Grandísimo hijo de puta, por él estoy viviendo esta vida sin alma, sin luz, sumido en la oscuridad.

Némesis y la organización que se vanagloria de dirigir el grandísimo hijo de puta de mi padre, son asesinos sin conciencia, sin escrúpulos, por dinero, sin hacer preguntas. Hace tres años que él mismo se encargó de hacerme partícipe de ese clan de desalmados. Valiéndose de los remordimientos sembrados por él en mi alma, convenciéndome de que era como él o peor. Y, por supuesto, amenazando con aniquilar a toda persona que me importara sobre la faz de la Tierra. Y claudiqué, me uní a él.

Esa opción era un viaje de ida, no había salida, eso se encargó de dejarlo claro. Aun así, conseguí recuperar mi individualidad, después de un año inmerso en la organización. Alcancé un trato con él, ganando tener libertad de movimientos siempre y cuando siguiera haciendo trabajos para Némesis, tres o cuatro al año. Ese acuerdo me permitía no verle la cara, y vivir mi vida lejos de sus tentáculos. A pesar de que siempre estaba en la sombra esperando salir a la palestra para recordarme que no era libre, que seguía teniendo unos grilletes imaginarios en mis muñecas, que él me había puesto.

Vistiéndome cojo mis gafas de sol y me dirijo a la puerta de desembarque, porque el Costa Fortuna está a punto de atracar en Sicilia.

Cuando llego ya hay cola para bajar, como es habitual, todos quieren ser los primeros. Va impreso en el ADN de la humanidad el afán por ser los primeros en todo.

“Los primeros serán los últimos “les dijo Jesús a sus discípulos”.

Qué poca memoria histórica teníamos que ya nos habíamos olvidado de esa frase del profeta. Yo, que siempre me había declarado ateo, la recordaba a la perfección. Porque dos años atrás, cuando estuve inmerso en el duro entrenamiento al que me habían sometido los pirados de Némesis, me aferré a la lectura y lo único que tuve al alcance de la mano fue la Biblia.

Irónico, ¿no? Un ateo, un no creyente, leyendo las palabras del profeta.

Gracias a Catana, uno de los encargados de adiestrarme, enviado por mi progenitor, él era un ferviente creyente y me prestó la Biblia. Siempre le estaré agradecido, solo por eso claro, no por el resto de las cosas que grabó en mi alma a fuego. Sin la lectura mi mente se hubiera roto como lo hizo mi alma.

Una vez fuera del barco, el personal de la Transmediterránea nos guía hasta dos autocares que nos esperan. Giovanna es uno de ellos, al verme, con disimulo me guiña el ojo de forma coqueta. Pero no puedo corresponderle, porque la culpabilidad de haberla utilizado azota mi cabeza.

‹‹ ¿Desde cuándo tienes escrúpulos? ›› susurra la voz de mi monstruo interior.

Al subir al autocar me encuentro que todos los sitios están ocupados, todos menos uno. Pongo rumbo hacia él y para mi sorpresa, mi acompañante me fulmina con sus grises ojos.

“Joder, las putas casualidades estaban todas en mi contra”.

Sin otra opción ocupo el asiento e intento ignorarla, a pesar de que mi rodilla roza sin querer la suya y un escalofrío atraviesa mi columna vertebral. Involuntariamente, me remuevo en mi asiento, con la intención de que no nos rocemos. Porque no confío en mi control, ese que brilla

por su ausencia cuando Knox está cerca.

— ¿No te sientas con tu chica?

Esa pregunta ocasiona que pestañee bajo mis gafas de sol, sorprendido porque Knox la haya formulado. Con movimientos lentos giro mi cara hacia ella y clavo mis ojos en su rostro. Su mirada furibunda delata su enfado y en mi interior no puedo evitar alegrarme.

— ¿Celosa? —contesto con otra pregunta.

Frunce el ceño ante mi contestación y aprieta con fuerza sus acolchados labios en un rictus duro.

—Ya te gustaría, Fletcher —rebate girando su cara hacia la ventanilla, fingiendo ver el paisaje.

Sin embargo, es imposible que me engañe, puedo leerla, con tan solo mirarla, cada emoción, la conozco de memoria, las tengo grabadas en mi mente a fuego, tatuadas.

Knox siempre fue un libro abierto para mí, porque encajamos, como un engranaje perfecto, lástima que el destino tuviera otras cartas para mí, si no estaríamos juntos. Jamás la hubiera alejado de mí.

—Berta, no te olvides, que mi chica, como tú la llamas, obtuvo de mí lo que tú rechazaste —expongo con frialdad.

Es la realidad y la digo a pesar de que noto como ella se tensa en exceso ante mi reproche.

—Eres un capullo. La utilizaste de plan B porque el A te falló. —masculla entre dientes, frotándose sus manos.

Ese era un gesto particular en ella cuando estaba nerviosa, lo recuerdo bien.

—Bueno, ella estuvo conforme. Yo no obligo a nadie… —informo encogiendo mis hombros.

Mi actitud ante ella es de serenidad, como si no me importara todo lo que está diciendo por esa boca, esa que evito mirar, porque me atrae como la miel.

El silencio se vuelve a instalar entre nosotros, porque Knox decide ignorarme y a mí me está bien, echo mi cabeza hacia atrás y cierro los ojos con intención de tener la mente en blanco.

Pronto por el micro, el rubiales del monitor del barco nos anuncia que hemos llegado a nuestro destino.

La Piazza del Duomo, en Catania. Una ciudad portuaria de Sicilia, situada en la costa oriental, que se encuentra en la falda del Monte Etna, un volcán activo.

Capítulo 22

La ley de la atracción.

Berta Knox

Sentada como estoy al lado del idiota de Fletcher y después de dejarme llevar y preguntarle de manera sarcástica por su chica de anoche decido mantener mi vista fija en la ventanilla y no exponerme más. Con claridad aquella pregunta me ha dejado en evidencia. Porque el arrogante Nick ha sospechado que estoy celosa.

Y lo estoy, aunque eso de ninguna de las maneras lo iba a confesar delante de él. Porque no estoy orgullosa de experimentar la punzada de los celos. Mi mente se evade sumiéndose en mis recuerdos.

Tres años atrás, cuando Nathaniel Parker murió en acto de servicio, mi mundo se hundió, mi corazón murió con él. A pesar de que ni siquiera teníamos una relación. Todo y que no hablaba con él desde la fatídica noche que me hizo tocar el cielo con los dedos para dejarme tirada esperando en aquella habitación de hotel hasta el día siguiente, sin aparecer. Nunca me dio una explicación y tampoco me atreví a pedírsela. Cuando decidí irme con él del bar, sabía a lo que me exponía. Nath era un mujeriego, a pesar de que lo tenía claro, mi corazón albergó esperanzas, pero no podía culparlo a él, sino a mis sueños de amor.

Aun así, mi realidad se quedó en standby, caí en un pozo lleno de oscuridad y lágrimas del que creía que no podía salir. En aquella época incluso leí algún que otro libro de autoayuda. No obstante, el que más me impactó fue un libro que hablaba de la Ley de la atracción.

"Pedir al universo lo que uno quiere y tener fe."

Y yo pedí una y mil veces que Nath no estuviera muerto, que apareciera de un momento a otro por la puerta de la agencia sonriente y me guiñara un ojo contento como era habitual.

Pero eso no pasó…

Bajamos del autocar y Davide se apresura a sujetar mi mano de forma caballerosa para ayudarme a bajar los escalones.

—Gracias —digo sonriente.

A pesar de que no me interesa, decido ser amable con Davide, a fin de cuentas, así consigo que el idiota de Fletcher destierre la idea que le he causado de que estoy celosa.

"Ufff, prefiero no pensar"

Debería haber dejado las cosas como estaban, sin hablar con él, ignorándolo. Dando por zanjado el beso que compartimos en la discoteca. Ese que no puedo borrar de mi mente. El sentimiento de culpabilidad que lleva fustigándome desde anoche se va arraigando en mi alma y consigue que mi comportamiento roce la impulsividad en vez de mantener la cabeza fría.

Al bajar observo la Piazza del Duomo, es hermosa, al fondo los puestos del mercado, tanto alimentario, como textil, llenan la misma de actividad y colores.

—En una hora nos vemos aquí —informa Davide a todos los pasajeros.

Ya que contamos con una hora, decido sumergirme entre los puestecitos como una turista más y disfrutar.

"Y olvidar"

El mercado está bastante concurrido, resultando un poco difícil caminar, aunque no tengo ninguna prisa. Los puestos de pescado fresco están llenos y el producto tiene una pinta maravillosa, lástima que el pescado no pueda comprarlo como souvenir. También están los puestos de frutos secos, y como soy consumidora asidua decido pararme en uno de ellos y

comprar unos pistachos.

Camino con tranquilidad, hasta que uno de los puestos llama mi atención. Maravillada me deleito mirando los candelabros expuestos sobre el tapiz fucsia con filigranas doradas, son de madera tallada, pintados a mano con colores vivos que captan la retina. Sujeto, uno en mi mano admirándolo, es precioso, así que decido comprar dos. Ya estoy imaginando lo bien que van a quedar en mi apartamento.

—Son preciosos.

Aquella voz de nuevo desencadena un millón de escalofríos en cada fibra de mi cuerpo, sin poder evitarlo.

—Sí, lo son —contesto mientras los guardo en la mochila que llevo.

Evito mirar a Fletcher con la esperanza que se largue, aunque sé que no voy a tener esa suerte.

—Quisiera disculparme.

No me lo puedo creer. Si me pinchan, creo que no me saldría ni una gota de sangre, de forma involuntaria lo miro con fijación, sorprendida por sus palabras.

—Berta, no estoy orgulloso de mi comportamiento. Así que he pensado que podríamos empezar de nuevo. Eres la única persona que conozco en este barco y estoy a gusto contigo. Por lo que he pensado que podíamos intentar, como mínimo, llevarnos bien.

Estoy totalmente paralizada ante su explicación. Mis pies están clavados en el suelo, así que consigo crear un embozo de circulación de transeúntes. Veo de soslayo cómo la gente nos rodea para proseguir visitando el mercado.

¡Madre mía!, ¡Llevarnos bien!, dice¦ Sería tan sencillo si no despertara en mi interior estos sentimientos y este deseo irrefrenable con el que lucho a cada minuto que estoy cerca de él.

Al percatarse que estamos obstaculizando el tráfico de personas, coloca su mano en la parte alta de mi espalda y me insta a que sigamos andando uno al lado del otro.

— ¿Qué contestas? ¿Firmamos una tregua? —insiste con una sonrisa arrebatadora dibujada en sus labios, esos que logran hipnotizarme.

Por un momento dudo en responderle como realmente deseo.

‹‹No podemos llevarnos bien, porque lo que deseo es lamerte de arriba a abajo y devorarte como si no hubiera un mañana›› Esa frase cruza mi mente como un rayo a pesar de que me reprendo.

—Está bien, firmamos una tregua —alcanzo a decir, no con mucha seguridad.

Juntos caminamos por el mercado, como amigos, como dos personas que se llevan bien.

—Vamos Knox, no seas quisquillosa —exclama sonriente intentando colocarme un collar hecho a mano alrededor de mi cuello.

Por un momento cada músculo de mi cuerpo se paraliza, al oír esa exclamación y mi mente viaja a miles de segundos atrás en otra ocasión, donde mi amado Nath también me llamó así.

—Vamos Knox, es una fiesta sorpresa para el jefe, no puedes negarte—alentó Nath sentado sobre mi escritorio, con sus ojos chispeantes a juego con su bonita sonrisa.

Junté mis piernas al sentir cómo la humedad se concentraba entre mis piernas solo, con tenerlo cerca.

“Derretirse”.

Ese adjetivo me venía al pelo en ese mismo instante porque es lo que lograba Nathaniel Parker en mí, muy a mi pesar. Aunque fuera consciente de que era imposible que alguna vez se fijara en mí como algo más que su compañera de trabajo. Por lo que seguiría suspirando por él en silencio.

Aprovechando mi estado de ensimismamiento en el cual estoy sumida, Fletcher logra ponerme

el collar en mi cuello. El escalofrío que experimento cuando sus dedos rozan la piel de mi cuello, provoca que despierte de mi embelesamiento.

— ¡Perfecto! —proclama, con esa sonrisa calienta la sangre que tiene.

Ni siquiera soy capaz de contestar, estoy en estado de shock mirándolo. Un sentimiento candente se acopla en mi corazón. Este desconocido, tan conocido para cada uno de mis sentidos, logra descolocarme calentando mi alma y eso es una mala señal. No, rectifico, una señal horrible. Porque no debo albergar sentimientos por Nick Fletcher a pesar de que reconozco que poco a poco algo va despertando en mi interior. Demasiado peligroso, tanto que, no deseo ponerle nombre en mi cabeza.

Capítulo 23

Una tregua candente

Nathaniel Parker

Al colocar el collar en el terso cuello de Knox, mis dedos tiemblan, sorprendente, pero real. Yo que presumo de tener un pulso milimétrico. Jamás mis dedos han titubeado, sin embargo, al cerrar el broche del abalorio parezco un señor de ochenta años. La piel de Knox se eriza bajo mi toque, lo percibo y mi erección despierta de su letargo. Hasta el momento la había mantenido a raya, no obstante, el acercamiento, la relajación que siento al compartir con ella estos momentos causales, hacen mella en mí, sin remedio.

El mutismo se adueña de Berta y continuamos caminando hasta la catedral. Respeto su silencio y ando a su lado con las manos metidas en los bolsillos de mis jeans. Necesito mantener mi mente en blanco y mis esperanzas enterradas. Porque compartir con ella estos momentos consiguen que anhele cosas que no puedo tener.

A doscientos metros de la catedral, mis ojos localizan un punto rojo en el hombro de Knox. En una décima de segundo, mis reflejos bien entrenados reaccionan ante la amenaza y lanzo mi cuerpo sobre el de ella, juntos rodamos por los adoquines del suelo hasta una esquina de un antiguo edificio.

He oído el disparo fallido, gracias a mi rápida reacción, no tenemos que lamentar daños. Sin embargo, esto no ha acabado. Era extraño que, si Luca El Negro había aceptado también el encargo de poner fin a la vida de Knox no hubiera actuado ya. Por esa razón, ahora más que nunca, no debo separarme de ella, a pesar de que arda en el infierno de mis deseos insatisfechos.

— ¿Estás bien? —pregunto con los ojos clavados en su rostro que está bajo mi cuerpo.

Knox se limita a asentir con su cabeza. Con movimientos lentos me levanto y la ayudo a alzarse, pero sin dejar la protección del muro de la casa donde nos encontramos resguardados.

— ¿Eso ha sido un disparo? —pregunta sorprendida.

—Sí.

Mis ojos intentan visualizar la zona a conciencia, con minuciosa exactitud. Concienzudamente, me empeño en localizar dónde puede estar oculto el francotirador, en cuál de las cornisas que nos rodean.

Al parecer el disparo ha pasado desapercibido para los transeúntes, aun así, no es seguro abandonar el lugar donde nos encontramos, nos resguarda un edificio y una casa colindante y entre las dos paredes estamos nosotros. Mi cuerpo colocado a modo de escudo sobre el de Knox, manteniendo entre nosotros la distancia precisa. Inspiro, no obstante, al minuto creo que es un error monumental, porque el aroma impregna mis fosas nasales.

‹‹Ella es una distracción››, la voz de mi monstruo resuena en mi mente.

La ignoro y barro con mis pupilas el perímetro, ni rastro del francotirador, ni en las cornisas, ni en la plaza.

A pesar de no abandonar mi modo de alerta, decido separarme de Knox, poner distancia entre nuestros cuerpos.

— ¿Ya podemos salir? —pregunta elevando una de sus negras cejas.

—Eso parece, pero debiéramos volver al autocar, al parecer no es seguro —informo avanzando.

—Fletcher, ¿quién eres? Y sé sincero. No soy idiota, un ciudadano normal no cuenta con tus reflejos en una situación como la que acabamos de vivir.

La vivacidad e inteligencia rebosa en sus grises pupilas. No es de extrañar, siempre fue inteligente e intuitiva, además de que tenía formación de agente, aunque hubiese estado asignada a telecomunicaciones. La imperiosa necesidad de no mentirle lucha en el interior de mi negra alma, entremezclándose entre los miles de razones que tenía para no decirle nada de mí. Lo más sensato sería inventar una mentira creíble, para eso era un genio. No obstante, al fin se interpuso la necesidad de decirle algo de verdad.

—Trabajo para una agencia de seguridad en Berlín —. Miento del modo más convincente del que soy capaz.

En su rostro puedo ver con claridad la desconfianza, a pesar de que creo que de momento mi mentira colará.

—Una casualidad muy adecuada, en este momento —dice más para sí misma.

—Vamos, debemos regresar al autocar —apremio, no necesito que Berta se ponga a deliberar todo lo que está pasando. Siempre tuvo una intuición aventajada y una mente despierta. No me interesa que le dé por hacer demasiadas preguntas. Debo ponerla a salvo y localizar al sicario que ha atentado contra su vida.

Cuando llegamos al autocar los monitores nos están esperando para organizar la subida ordenada de todos los pasajeros. El rubiales le guiña un ojo a Berta y esta le regala una sonrisa. Yo no puedo reprimir apretar las mandíbulas ante tal coqueteo, porque me molesta ese jueguecito que se trae con Knox.

Aun así, consigo disimular mi enfado y ocupamos los asientos de antes. Observo como Berta mantiene el mutismo y se frota las manos.

‹‹Está deliberando, mala señal››, pienso.

—Quizás sería bueno que me explicaras, ¿qué es lo que está pasando? —interroga al fin rompiendo el silencio.

Elevo mis cejas contrariado a pesar de que esperaba esa pregunta. Era cuestión de tiempo que Knox pusiera a funcionar su cerebrito.

—Que han atentado contra nosotros —digo mirándola, atento a su reacción. Las pocas palabras no sirven con ella, sin embargo, tengo derecho a probarlo.

—Nick Fletcher, no juegues conmigo, no soy una idiota. La cabeza la tengo para pensar, no como decoración de mi cuerpo —reprocha arrugando el ceño.

Sin poder remediarlo, una involuntaria sonrisa se instala en las comisuras de mi boca. Porque no me sorprende ese carácter que sale a flote en ella y aflora demasiados sentimientos en mí.

—Supongo que quién nos disparó fue un sicario, al parecer, por el *modus operandi*. El, porqué lo desconozco.

No obstante, pretendo averiguarlo—explico enmascarando la verdad.

— ¿Te embarcaste por placer o por trabajo?

—Estoy de vacaciones —confieso, puedo ver la sospecha bailando en sus pupilas.

—Bueno, debemos averiguar si ese sicario que dices quiere acabar contigo o conmigo—proclama con seguridad.

—Ni hablar, tienes que mantenerte al margen, yo me encargaré.

—Fletcher, no soy ninguna damisela en apuros y tú mi caballero de brillante armadura. Estoy capacitada, cualificada, y soy perfectamente capaz de cuidar de mí. —manifiesta con una seguridad pasmosa.

“Dios, esto se va complicando por momentos”

—Está bien, trabajaremos en equipo —claudico muy a mi pesar.

Berta Knox se limita a asentir con la cabeza y el silencio vuelve a instalarse entre nosotros.

Reconozco que tengo entre manos una bomba de relojería que en cualquier momento puede estallarme en la cara. Porque si en algún momento Knox averiguara quién soy realmente, ese hecho daría ~~a~~ lugar a una hecatombe de dimensiones estratosféricas imposible de controlar. Por eso tengo que extremar las precauciones y seguir interpretando el papel de Nick Fletcher a la perfección

Capítulo 24

Alarmas y sospechas…

Berta Knox

En mi cabeza sigue revoloteando lo sucedido en Catania, ese atentado que hemos sufrido Fletcher y yo. No estoy segura al cien por ciento a quién de los dos iba dirigido. Puede que tenga algo que ver con la desaparición de Gala. A fin de cuentas, cuando abordé al capitán su actitud no fue normal, más bien se puso a la defensiva ante mis preguntas.

La verdad es que puede que ese disparo fallido fuera dirigido a mi persona, sin embargo, Nick Fletcher no es quien dice ser, de eso sí que estoy segura.

Sus reflejos, su actitud en ese momento, lo delatan sin ninguna duda. Solo alguien con adiestramiento militar puede actuar de esa forma. Que trabaje en una agencia de seguridad ~~a~~lemana, puede ser, aunque en mi mente algo no encaja en este maldito rompecabezas.

Al embarcar de nuevo en el Costa Fortuna, decido ir directa a mi camarote, estoy algo cansada y tengo la cabeza como un tambor. Una vez dentro guardo los souvenirs adquiridos en el mercado y compruebo mi móvil.

De momento mi jefe no ha dado señales de lo que le pedí que investigara, por lo que decido que yo también puedo indagar por mi parte. Me cambio de ropa y decido ir a la piscina, allí seguro que encuentro a Davide, al que estoy dispuesta a sacarle información.

Al colocarme el pareo una de mis manos sin querer roza el collar que me regaló Fletcher y mis dedos juguetean con él, mientras mi mente rememora ese preciso momento.

Sus firmes dedos rozaron la piel de mi cuello y un escalofrío ~~rabioso~~, demasiado rabioso, atravesó cada célula de mi cuerpo y noté como mi centro se caldeaba. Un sofoco subió por los dedos de mis pies como una mecha consiguiendo teñir de rojo mis mejillas, por lo que opté por no mirarlo.

‹‹No lo mires, no por favor››. Repetí mentalmente.

Fijar mis ojos en los suyos solo podía desembocar en que me derritiera como el chocolate al sol. Este hombre conseguía desestabilizar mi mente, pero sobre todo a mi cuerpo, que clamaba por él con cada fibra de este.

No me sentía orgullosa, sin embargo, era incapaz de reprimir la excitación y las ganas de abalanzarme sobre él y devorarlo como la fiera que despertaba en mi interior y gemía por salir.

‹‹Ya basta››, me reprendo en voz alta.

No puedo dejar mi mente volar de forma soñadora, no estoy en este crucero para esto, debo centrarme en encontrar a Gala, que no es poco y ahora además localizar a quienquiera que nos haya disparado.

Fijo mi atención en la piscina, bastante concurrida, como al parecer, es habitual. Ayer también sucedió lo mismo. Con altivez me dirijo a una de las tumbonas, de las que quedan libres. Coloco mi bolsa y procedo a quitarme el pareo para tomar el sol. Desde el lugar que he elegido puedo ver como el bar que hay en el centro de la piscina está lleno. Barro con mi mirada toda la cubierta, donde se encuentran las tumbonas y dos barras a ambos lados donde sirven bebidas y cócteles. En mi intento de localizar a Davide, pongo especial atención a mi escrutinio, sin embargo, de momento lo único con lo que mis ojos se cruzan son con dos pupilas cristalinas como el Pacífico que están fijas en mí. Su dueño está en la piscina recibiendo los arrumacos de la rubia exuberante con la que se largó hace dos noches.

Sin poder evitarlo, los celos comienzan a enredar mi corazón, como si fuesen una de esas

plantas trepadoras tan hermosas, pero a la vez tan enrevesadas, por lo que poco a poco siento como si me estrangularan en el alma. La sangre burbujea a modo de pastilla efervescente, asaltándome el complejo de bebida carbonatada, clavo mis uñas en las palmas de mis manos con disimulo y desvío la mirada con altivez.

No voy a darle el gusto de que pueda entrever en mis ojos lo mucho que me molesta que esté con la rubiasca. Así que, tomo la decisión de levantarme e ir por una bebida, si tiene alcohol, mejor, para apaciguar mi ira. Contoneo mis caderas de forma exagerada, nada habitual en mí, no obstante, sé que Nick Fletcher está observándome y es una manera de mostrarle lo que se está perdiendo.

Mi actitud consigue sorprenderme, a pesar de saber que está incitada por la ira y el veneno de los celos, porque yo jamás he sido altanera ni celosa.

Nick Fletcher saca esa parte en mí, despertando a la mujer feroz y orgullosa y es algo que no puedo evitar.

El camarero con amabilidad y un guiño de ojo me sirve un cóctel “especial” es lo que ha dicho, o al menos eso me ha parecido escuchar y no tardo en dar un sorbo con la finalidad de calmarme. Resisto las ganas de mirar en dirección a Nick, a pesar de que me muero de ganas, aunque me salgo con la mía y no lo hago.

—Hola, chica daiquiri.

La voz de Davide hace que dé un leve respingo y me giro para verlo pegado a mí, quizás demasiado, sus manos acarician mi cintura como si tuviera mi permiso.

‹‹Menudo fresco››, pienso.

Movida por mis intenciones de averiguar cosas del capitán, guardo las cuatro palabras que casi salen de mis labios para reprenderlo por tomarse ciertas libertades que yo no le he concedido.

—Hola, Davide —saludo, sonriente, de forma coqueta, a lo que sus ojos resplandecen con esperanza al minuto.

— ¿Ya te deshiciste de tu guardaespaldas? —interroga sarcásticamente.

Tardo unos segundos en caer a quién se refiere.

—No es mi guardaespaldas, es tan solo un conocido con el que paso algunos ratos —explico sin mucho interés. Sin apartar sus manos de la piel desnuda de mi cintura, gira con maestría mi cuerpo para que quede pegado al suyo y puedo notar su erección despertando.

“Madre mía, no sé cómo voy a salir de esta tesitura.”

—Y dime, bella daiquiri, ¿qué hace una chica como tú en un crucero como esté sola? —pregunta Davide con un extraño brillo titilando en sus pupilas.

Este hombre es peligroso, no pierde el tiempo, por lo que, en cuestión de segundos, nuestros cuerpos se están rozando más de lo habitual. Mis manos a modo de defensa están colocadas en sus pectorales y presionan lo justo para mantener la poca separación que nos queda. Mi mente rápida intenta urdir una excusa creíble para esa pregunta.

—Mi pareja me dejó, en principio debíamos hacer el crucero juntos, pero al romper todo se vino abajo. Aun así, pensé que sería una estupenda idea hacerlo sola y recomponerme sin él —relato con calma, sin perder ninguno de sus movimientos de vista.

—Qué tonto fue si te dejó escapar —contesta acercando su rostro y colocando un suave beso demasiado cerca de mi boca.

‹‹Joder, y ahora como salgo de esta ››, pienso nerviosa.

Una cosa es coquetear para sacar información y otra es permitir que se abalance sobre mí a sus anchas.

Salvados por la campana, el nombre de Davide suena por megafonía y este se separa de mí, no

muy contento.

—Daiquiri, seguiremos más tarde, el deber me llama —informa guiñando un ojo y desapareciendo.

Ufff, creo que todo el aire de los pulmones que no sabía que está reteniendo sale en un bufido. Como si me desinflaran tal cual un flotador.

Llevo el cóctel a mis labios para tomar un sorbo y poder calmar mi inquietud. En definitiva, jamás he servido para coquetear. Por un momento recuerdo a Gala, ella es coqueta por naturaleza, en ella siempre ha sido innato, creo que mi amiga era capaz de coquetear hasta con una rana. En cambio, yo siempre en segundo plano, empeñada en pasar desapercibida, esa era mi zona de confort.

—Ya te has cansado de batir las pestañas.

Ese reproche salido de improvisto, con esa voz que inunda mis oídos como si siempre hubiera estado ahí, ocasiona que casi me atraganto con la bebida, incluso suena el clin cuando mis dientes golpean el borde de la copa.

— ¡Joder! —mascullo, limpiando mi boca con el dorso de la mano, porque unas gotas han salpicado la misma ante la interrupción inesperada.

Cuando me giro, estoy en pie de guerra, solo me falta blandir un hacha para golpear esa cara que tengo frente a mí.

Suficiencia, mezclada con algo de arrogancia, en un rostro que corta la respiración al mirarlo. No puedo evitar repasar desde su cara bajando por su cuello y deteniéndome en su torso en el cual, como no, exhibe más de esos tatuajes, que parecen encantarle, esta vez una mariposa batiendo alas al lado de la cabeza de un tigre, decoran sus pectorales. Y sin poderlo reprimir, mis retinas se deleitan con esa sensual vista de su piel dorada regada de pequeñas gotas de agua que resbalan por cada marcado músculo. Sin vergüenza, con descaro, así es mi repaso y por un minuto se disipa cualquier resto de enfado en mí.

Vuelvo a subir mis ojos a su rostro para encontrarme con el arco perfecto que hacen sus cejas al mirarme de forma interrogante.

“¡Madre mía, se me hace la boca agua y no estoy contenta de saberlo! “

—Bueno, Fletcher, ya tardabas en venir a molestarme —amonesto entornando la mirada.

—Por cómo me mirabas hace escasos segundos, nadie apoyaría esa afirmación —pincha con una sonrisa ladina de autosuficiencia.

—Eres un capullo —insulto sin remordimiento.

—Y tú una imprudente. Ese tipo, el rubiales, coquetea con toda fémina que se mueve en este barco—informa con la mirada turbia.

Puedo comprobar que el azul intenso de sus pupilas está demasiado brumoso. Tengo la sensación de que se está controlando. En definitiva, Nick Fletcher es como el perro del hortelano ni come ni deja comer. Hace escasos minutos estaba bien pegadito a la rubia voluptuosa de la otra noche y ahora se cree con derecho de criticar mi comportamiento, por coquetear.

—No estabas ocupado, vuelve con tu chica y déjame en paz un rato. Tengo derecho a hablar o lo que desee con quién quiera —provoco y mi voz suena demasiado cortante, dejando entre ver mi estado de humor que empeora por momentos.

Este tipo tiene el don de hacer que mis emociones suban y bajen como en una montaña rusa.

— ¿Celosa? —interroga con una chispa peligrosa en sus ojos.

—Ya te gustaría —rebato con agilidad mental y decido girarme y darle la espalda.

Así lo mismo, capta la indirecta que ya no quiero hablar más con él.

—Se acabó —oigo detrás de mí antes de ser literalmente alzada en sus brazos ante todas las

personas de la cubierta. Por lo que si no quiero hacer un escándalo debo contenerme.

—Suéltame —siseo entre dientes aniquilándolo con mis ojos entornados.

Él se limita a caminar conmigo en brazos.

—Fletcher, haz el favor de soltarme —insisto y noto como mi cara arde, pero no por la vergüenza, sino por la ira y el enfado.

Ahora entiendo eso de que los alemanes son brutos, aunque Fletcher no tiene mucho de alemán a pesar de que lo haya dicho. Hasta el momento su acento no es marcado, más bien tan suave que pasa desapercibido y habla el inglés como nativo. Mi mente va tan rápida como una Honda CBR en el circuito de Jerez. Porque por mucho que este tipo vaya de legal esconde algo y esa sospecha, por mucho que mi cuerpo se derrita ante él y mi mente se ralentice obnubilada por el deseo de comérmelo enterito, no deja de permanecer latente en mi interior.

—Cuando te canses de dar el espectáculo ante todo el Costa Fortuna, ya me bajarás —provoco mientras atravesamos los pasillos hasta la zona de camarotes. Por su parte el silencio sigue brillado por su ausencia.

Se para frente a una puerta con el número de camarote 6969 grabados en ella.

—Ahora tienes un problemilla señor listillo, abrir la puerta conmigo en brazos te va a ser imposible —puntualizo con retintín.

Alza una ceja dorada y me brinda una mirada provocadora con cierto toque de advertencia.

Con habilidad suelta mi cuerpo levemente, oportunidad que aprovecho para removerme y librarme de él, sin embargo, sigue siendo más rápido que yo. Aprisiona mi cuerpo contra la pared de al lado de la puerta y con una de sus manos saca la tarjeta para abrir la puerta. Al minuto soy arrastrada a su interior.

Aferrándome al sentido de precaución que tengo, consigo separarme de él un metro y medio pegándome a la cama que ocupa el centro de la estancia.

Nuestras miradas están fijas, midiéndonos cómo en un duelo de voluntades.

Estoy en un lío, lo sé. Nick Fletcher y yo, más una cama en la ecuación, no es nada alentador para mi férrea resistencia, esa misma que está haciendo aguas por segundos…

Capítulo 25

Las aguas tormentosas te envuelven…

Nathaniel Parker

Allí parada frente a mí, no como una gacela, sino como una fiera, sin que mis ojos puedan dejar de devorarla.

Sé que estoy en problemas, y de los gordos. Esa ligera afirmación se cuela en mi cabeza entre los susurros de mi bestia interior, que me alienta a lanzarme sobre ella para comerla como cada fibra de mi ser anhela.

Que estoy en problemas, lo he sabido desde el momento en el que ha aparecido en la cubierta de la piscina, contoneándose con su bikini rojo, cuál capote ante un toro enfurecido, que es en lo que me he convertido cuando ha comenzado a coquetear con el rubiales con exceso de bronceado.

Ni tan siquiera los arrumacos de Giovanna han podido calmarme, ni desviar mi atención de la escena protagonizada por Knox y Davide.

La niebla ha cegado mi mente, una bruma de celos y cólera que no me ha dejado ver más allá de mis pensamientos más funestos. Haciendo caso omiso a mi sentido común la he cargado en mis brazos, sin pensar y la he traído a mi camarote. Y aquí estamos uno frente al otro, fulminándonos con la mirada. La intensidad crepita en el ambiente, la tensión, el anhelo.

A veces pienso que Berta Knox nació para mí, sin embargo, el destino nos separó en su cruel juego de girar la rueda…

—Vamos Fletcher, pongamos las cartas sobre el tapete —insta ella rompiendo el silencio.

Mi erección reacciona mucho antes que mi cabeza, tensándose bajo la tela de mi bañador mojado.

— ¿Qué cartas? Maldición, Berta, eres una imprudente, tenemos una diana en la cabeza y en vez de pasar desapercibida te pones a coquetear con el rey de los monitores del barco —reprocho entre dientes conteniendo toda la ira acumulada en cada vena de mi cuerpo.

—Yo imprudente, ¿y tú? Siento decirte, Nick, que también coqueteabas. No, perdona, te sobeteabas con una de las monitoras del barco. ¿O quizás te refieres a que debo actuar como tú?, ¿Es eso, ¿no? Sería mejor que me lo tirara en vez de flirtear, según tú —grita dominada por la rabia, puedo verlo en la carótida de su cuello palpitante. Movimiento que mis ojos captan al minuto, centrándose en ese lugar, hipnotizados, avivando mi sangre.

Joder, no sé cuánto podré aguantar sin lanzarme sobre ella, sin que mi monstruo interior, ese que me azuza a hacerla mía como deseo, de forma salvaje, saciando todo este apetito carnal desbordante que acelera mi sangre instando a mis venas a transportar la misma desde mi periferia corporal a mi palpitante corazón a la velocidad del rayo.

Sus palabras, sus reproches, solo hacen que mi ira crezca a dimensiones estratosféricas, aun así, sigo practicando un ejercicio de contención total.

—Yo sé lo que me hago, tú no —. Mis palabras salen de mi boca sin pensar, dominado por el enfado y la lujuria entre mezcladas, por lo que no pienso con claridad. Lo sé en el mismo instante en el que los ojos grises de Knox se entornan de forma peligrosa y sus apetitosos labios se aprietan en un rictus perfecto.

—Eso es muy gracioso, Fletcher. Haz lo que yo diga, pero no hagas lo que yo hago. Predico y no doy ejemplo. Soy un macho alfa y tú una damisela en apuros. ¿Es eso lo que estás intentando decirme?

Paso mis manos por mi rostro buscando recuperar el control y el sentido común, para poder mantener una conversación en condiciones.

—Por favor, no me he explicado. Simplemente, necesito que pases desapercibida y no te expongas —confieso al fin, siendo todo lo sincero que puedo ser.

—Está bien. Empezamos de nuevo. ¿Quién eres? ¿Y por qué te acercaste a mí desde el primer momento? —interroga esta vez más calmada, aunque no aparta su vivaz mirada de mí.

—Trabajo para una agencia de seguridad privada alemana—insisto en mi versión—Me acerqué a ti porque me gustaste desde que te vi.

Solo esta última frase es verdad, una veracidad como un puño, lástima que no pueda decírselo abiertamente.

—Hay algo en ti que me hace desconfiar —dice con una sinceridad pasmosa.

—Tenemos que estar juntos en esto, si no acabaremos muertos —anuncio ante la mirada de sorpresa de ella.

— ¿Qué sabes? —pregunta.

—La persona que disparó, el modus operandi utilizado, es el de un asesino a sueldo. Alguien contratado para matar, no cesará hasta que su objetivo caiga —explico siendo claro. Necesito que Knox confíe en mí, si no seré incapaz de protegerla, hecho que me estresa en exceso.

—Lo sé. Sin embargo, aún debemos averiguar quién de los dos es su objetivo —afirma pensativa.

Por el momento creo que colaborará, aunque con Knox nunca se sabe. Esta mujer siempre logra sorprenderme con su comportamiento.

—Por eso debemos estar juntos y cuidar nuestros movimientos —insisto.

—Está bien, pero debes respetar que yo, además, estoy aquí para encontrar a alguien, lo cual no es asunto tuyo, no obstante, debo hacer mis averiguaciones —expone a modo de advertencia.

— ¿A quién buscas? Debo saberlo. No puedes ir por ahí haciendo preguntas cuando alguien nos quiere muertos —digo enfadado.

Berta Knox, resulta tan cabezota que es exasperante. Si sigue haciendo preguntas sobre su amiga, no solo tendrá una diana en la cabeza, sino más de una. No obstante, no puedo decirle eso, delataría lo mucho que sé y volvería a desconfiar.

—De momento deberás respetar tan solo lo que te he dicho, porque no voy a explicarte más —Sentencia moviéndose y pasando por mi lado, dando por finalizada nuestra conversación.

‹‹No la dejes marchar›› La voz negra de mi alma vuelve a asediarme.

Justo cuando pasa por mi lado al girarme, nuestros cuerpos se rozan desnudos, ella con ese bikini que deja poco a la imaginación y yo en bañador y, saltan chispas, casi pueden verse. Nuestras miradas se cruzan y una de mis manos en acto reflejo sujeta una de sus muñecas con suavidad.

¡Dios!, tocar su piel es como tocar el cielo y mi erección ya en activo alcanza su estado eréctil.

En esos ojos metálicos lo único que puedo vislumbrar es hambre, una que conozco bien, porque me está consumiendo en este mismo instante.

—Knox, si no dejas de mirarme así no vas a salir de este camarote —advierto con las mandíbulas apretadas.

La sorpresa se dibuja en su rostro ante mis palabras, pero no desvía la mirada, por el contrario, sigue fija en mis ojos como si quisiera ver más allá de ellos.

La expectación se adueña de la estancia, no sé exactamente cuánto tiempo permanecemos mirándonos en silencio, solo el susurro de nuestras respiraciones inunda el camarote.

Y contra todo pronóstico, Knox consigue sorprenderme, sin dilación se abalanza contra mis labios alzándose de puntillas y roza con suavidad los mismos de manera titubeante.

Como si la barrera se hubiera alzado con ese gesto, todo mi cuerpo se pone en reacción explosiva y mi boca no se lo piensa y la devoro como la bestia que soy. Ella abre sus acolchados labios para recibirme sin asomo de duda y mi lengua invade su boca con frenesí saboreándola como un desesperado.

Así es como me siento, como si llevara cien años esperando para volver a sentir ese dulce sabor de su boca. Mis manos vuelan con destreza hacia sus nalgas apretando contra mi verga erguida y ella se alza rodeando mi cintura con sus torneadas piernas.

— ¡Joder, que bien se siente tocarla! —susurra mi mente.

No obstante, la paciencia no es una de mis virtudes y llevo demasiado tiempo anhelando volver a probarla, por lo que en dos zancadas llego a la cama y con suavidad la suelto sobre el colchón.

Solo me permito el lujo de recorrerla con mi mirada hambrienta unos segundos, mientras me deshago del húmedo bañador y me muestro ante sus ojos hambrientos como Dios me trajo al mundo, bueno, más bien la santa de mi madre.

Con movimientos controlados, a pesar de que me están costando un esfuerzo colosal, deshago los lazos laterales de la parte inferior de su bikini y separo el triángulo de su piel lanzándolo al aire sin preocuparme donde caiga.

Mi lengua asoma por mi boca lamiendo mis labios ante la perspectiva de tan suculento bocado.

—Voy a comerte, a lamerte y no voy a ser delicado, Knox—advierto sin esperar su respuesta sumergiendo mi boca en su sexo con prisa. Mi lengua agasaja cada labio inferior y superior de manera explícita, rebañando su humedad al son de sus gemidos que son la más bella balada que pueden escuchar mis oídos.

¡Cuánto había echado de menos cada porción de su cuerpo! Esa frase se cuela en mi mente entre la bruma de la lujuria. Y sé que es cierto, con ninguna mujer he disfrutado tanto como con la que ahora mismo tengo bajo mi cuerpo. Porque su entrega, su sensibilidad ante mis dedos y mis caricias llenan mi pecho de júbilo arrinconando esa oscuridad que cubre mi alma cada día.

Mis dedos se cuelan entre sus pliegues, mientras mi boca recorre cada porción de piel desde su estómago hasta sus pechos. Aparto la parte superior de su bikini con mis dientes para introducir uno de sus pezones en mi boca y chupó como si fuese el manjar más preciado que pudiera degustar, ante los gimoteos de placer de Knox que llenan mis oídos.

En mi mente, se cuelan los recuerdos de aquella noche tres años atrás, cuando la toqué por primera vez y supe que era la pieza perdida de mi puzle personal. Alguien que encajaba tan bien con mi cuerpo y con mi mente que parecía creada para mí solo. Decidí desterrar esos pensamientos para seguir disfrutando como un loco de comerla viva como estaba haciendo. Mis dedos se introdujeron en su canal con ímpetu y su cuerpo se arquea contra el mío

— ¡Madre mía, Nick! —grita envuelta en placer.

Y aúllo en mi interior, dominado por los celos que provocaba que otro nombre que no fuera el mío saliera de sus labios, un nombre inventado por mí. La voz de mi alma brama instándome a gritarle quién soy, que reconociera al hombre que la veneraba, hoy, ayer y siempre. Amenazándome con romper los barrotes de la celda tan bien construida, tres años atrás, para protegerla a ella y a los que me importaban condenándome a vivir en un infierno.

Cerré los párpados e inspiré su aroma para poder insuflar algo de contención a los anhelos de mi mente y concentrarme en imprimir en mi retina cada curva, cada pieza o lunar de su cuerpo.

Saco los dedos de su sexo y los chupo frente a su mirada obnubilada, por la intensidad del placer y entonces sin previo aviso me hundo en su estrechez con toda mi enhiesta erección, presionando hasta el final, arrancándole el mejor grito que han escuchado mis oídos. Sumidos en la danza de nuestras caderas, en el vaivén de las estocadas de mi verga acompasadas con las suyas, alcanzamos el nirvana del orgasmo derramando toda mi esencia en ella. Solo entonces, mis músculos se relajan y dejo caer mi cuerpo con la presión exacta para no chafarla y disfruto de esa sensación olvidada de estar de nuevo en el lugar al que pertenezco.

Un dejavú atraviesa mi cerebro como un relámpago y regresa la misma al momento en el que llegué al centro de adiestramiento de la Orden de La Mala Sangre dirigida por Némesis.

Némesis, ese asesino legendario, escurridizo, sin escrúpulos, temido por todos y buscado por todos, había resultado ser mi padre, el no tan honorable ex coronel del ejército Nolan Parker. Después de fingir mi muerte en acto de servicio, él se encargó de todo lo referente a mi traslado al lugar donde me encontraba. Desconocía la ubicación, tan solo mi capacidad de observación ayudó a tener la ligera idea de que esta base de operaciones o central de entrenamiento, como a mi padre le gustaba llamarlo, estaba enclavada en una gran cordillera. Lo primero, un tipo cubierto en su totalidad, menos los ojos, por tatuajes obscenos, rasuró mi cabeza al cero. A continuación, otro tipo peor todavía me acompañó por unos angostos y oscuros pasillos en los que únicamente titilaban unas bombillas colgadas de los altos techos anaranjadas. Lo seguí en silencio memorizando cada baldosa bajo mis pies, cada recoveco, cada grieta en la pared hasta que llegamos a una puerta de metal. El tipejo que caminaba delante de mí golpeó con sus nudillos la misma y los sonidos de los engranajes crujiendo rompieron el sepulcral silencio que nos acompañaba. Avanzamos a través de la puerta abierta donde la iluminación era más intensa, lo que agradezco. Irrumpimos en una sala que parecía un despacho, donde cómo no, tras un enorme escritorio negro estaba Némesis sonriendo.

En ese momento, las ansias de matarlo lentamente se revelaban en mi interior luchando por salir a flote, aunque sabía que no era ni el momento, ni el lugar adecuado. No era un loco, sino alguien que murió para vivir en el infierno.

En esos momentos mi cordura buscaba el recuerdo de Knox en el recóndito sitio donde lo había enterrado, aferrándome al cual boya en mitad del mar tempestuoso. En eso se convirtió Berta Knox para mí, en la imagen a la que me anclaba cuando la oscuridad se cernía en mi interior para consumirme en sus garras.

Capítulo 26

Rendida a su piel…

Berta Knox

Rendida sin poder evitarlo, sin pensar, sin mesurar las consecuencias, al fin la tentación y el anhelo se habían proclamado vencedoras en mi lucha interior de resistencia.

He saltado al vacío sin red, algo tan inusual en mí que todavía estoy demasiado perpleja para asimilarlo. Tumbada en la cama con el cuerpo de Nick Fletcher desnudo a mi lado me sonrojo al pensar todas y cada una de las posturas que hemos practicado. Tocar el cielo, hacía exactamente tres años que esa sensación no formaba parte de mi vida, hoy de nuevo había entrado en mí arrasando con toda la culpabilidad que pudiera sentir por haberme acostado con Nick aun manteniendo una relación light con Tim. A pesar de buscar justificaciones no las tenía, no de peso. Simplemente, la atracción y la química que crepitaba entre nosotros había ganado la batalla del sentido común.

Mis ojos siguen recorriendo cada curva de sus fibrosos músculos junto a su piel dorada salpicada de tatuajes, he memorizado cada uno de ellos.

¿Cómo pueden existir dos personas tan parecidas y a la vez tan diferentes? Esa pregunta seguía martillando en mi cabeza. Nick se parecía a Nath es tantas cosas que asustaba y, por si fuera poco, los sentimientos que incitaba a aflorar en mí también eran iguales. Incluso en el sexo se parecían a pesar de que con Nath solo compartí una noche, la más maravillosa y la más desastrosa a la vez. Una en la que me quedé esperando que apareciera por la puerta de aquella habitación de hotel con su sonrisa, lástima que nunca volviese.

Un *flash* de aquellos días atraviesa mi mente sin esperarlo.

Después de pasarme todo el domingo en el sofá comiendo helado a pesar de ser un tópico, el lunes me tocó regresar al trabajo. Cargada de energía, una que brillaba por su ausencia porque en mi cabeza se juntaban mil y un interrogantes con respecto a la noche del viernes. Atravesé las puertas de cristal biselado de zona D de la agencia donde se encontraba mi puesto de trabajo.

Saludé a mis compañeros ya sentados en sus respectivos escritorios, al fondo de la sala Lynx hablaba con Jacob, el cual durante un minuto desvió su mirada hacia mí repasándome de arriba a abajo. Desvié la mía con rapidez porque no quería contribuir a alentar sus atenciones, al parecer no le había quedado claro el viernes por la noche.

Ocupé mi escritorio, guardé mi bolso y encendí mi ordenador colocando en la diadema con un micro incorporado en mi cabeza. Ese era mi día a día para hablar y controlar las misiones del escuadrón con el comandante Kirial Lynx, alias Panthera al frente.

Intenté concentrarme en la pantalla del ordenador evitando que mis ojos volaran con anticipación hacia la puerta, controlando en momento exacto en el que apareciera Nath. Los nervios estrujaban mi estómago y resecaban mi garganta por mucho que no quisiera.

La esperanza de verlo aparecer y que se acercara para desvelar todos los interrogantes que ocupaban mi mente, titilaban en mi interior de forma intermitente.

Durante el fin de semana yo misma me sometí a un examen mental repasando cada momento, cada pensamiento, cada acción vivida esa noche. No fueron mis anhelos los que alimentaron la esperanza de no ser una muesca más en su colección de ligues. Fue él con su actitud y con esa nota escrita en un papel que aún conservaba, el que le había proporcionado alas a mi corazón para que volara, para caer después en picado hacia el suelo de la realidad.

Por fin el culpable de mi estado hizo su entrada en la oficina. Sonriente como siempre, sin

ningún rastro de culpabilidad en sus ojos, y la ira reemplazó mi malestar.

Como siempre, desplegó todo su encanto con todos y cada uno de los compañeros y compañeras hasta llegar junto a Kilian y Jacob. Por un momento pude observar como la tensión entre él y Jacob era latente, pero Nath, una vez más, le dio la vuelta a la situación bromeando.

Nada me dolía más que verlo actuar con total despreocupación como si la noche que compartimos nunca hubiera sucedido. Por lo que tomé la decisión de concertarme de nuevo en mí apuntala e ignorarlo como justo él estaba haciendo conmigo.

La mañana pasó tediosa, sin ninguna misión en activo, preparando todo para la próxima, dos días después. En el descanso para el almuerzo decidí descolgarme de mis compañeros y bajar a la cafetería del edificio a comprar un sándwich para comérmelo sentada en mi escritorio.

Una vez todos abandonaron sus puestos fue el momento el cual elegí para bajar a por mi almuerzo, justo en el momento de ir hacia la puerta volvió a entrar en escena el culpable de mi dolor intenso. Un temblor inexplicable se adueñó de mí, dejándome allí parada sin poder moverme. Aguantando su escrutinio.

Y esto ahora a qué venía, ignorarme para luego traspasarme con su mirada. Mi mente iba demasiado o rápida buscando una razón para justificar su actitud.

—Knox —comenzó—tenemos que hablar.

Odiaba esa maldita frase que era un clásico. Intuía lo que vendría después y eso resquebrajaba aún más mi corazón. Apreté las manos clavando las uñas en mis palmas para infundirme decisión y aguantar como una campeona sin derrumbarme a sus pies.

—No tengo mucho tiempo alcancé a decir de forma altiva.

Por un minuto vi cierta contrariedad en su mirada, pero fue rápido enmascarándola.

—No te robaré mucho tiempo. Me gustaría que nuestra relación laboral no se viera afectada por lo que pasó entre nosotros—soltó sin ningún rastro de emoción ni sentimiento.

—Tranquilo, no soy de las que van aireando con qué compañeros de trabajo o con quién no me acuesto—respondí sin pensar. La ira, el enfado y la decepción enuncian mis palabras.

Otra vez esa chispa de enfado en su mirada apareció y desapareció como si nada.

—Está bien, espero que podamos seguir trabajando como si nada.

Esta vez fueron sus palabras las que se clavaron en mi corazón con la hoja afilada de un puñal.

—Por supuesto, no dudes que soy una profesional—lancé a modo de ataque en una desesperada acción de defensa, aunque por dentro, poco a poco, me rompía más y más su actitud fría.

"Una más en su lista susurró mi mente".

Sin decir nada más, sin añadir una disculpa o explicación de aquella esquela que aún llevaba en mi bolso donde me pedía que lo esperara, se marchó sin más.

Solo cuando me aseguré de que se había largado permití que mis lágrimas afloran en mis ojos…

—Si sigues mirándome fijamente me desgastarás, Knox —Aquellas palabras me devuelven a la realidad. Observo cómo Nick me mira sonriente, con un brillo pícaro danzando en sus translúcidas pupilas.

—Creo que tu ego está desbordado—contesto divertida.

Hasta la forma de llamarme por mi apellido era igual. Tantas coincidencias me turbaban al igual que me excitaban, ansiado conseguir con Nick lo que con Nath no pude.

—Mi ego está en perfecto estado, preciosa —comenta juguetón, acercando su cuerpo al mío colocando una de sus manos en uno de mis pechos descubiertos. Con sus dedos largos se dedica

a dibujar círculos alrededor de la aureola de mi pezón, enviando miles de descargas a cada fibra de mi cuerpo. Mis ojos hipnotizados por el movimiento de sus manos se deleitan con el tatuaje que cubre el dorso de esta. Una rosa negra, intensa, acompañada por tres iniciales en tres falanges de sus dedos.

“BKF “

La curiosidad es grande y la prudencia no logra frenar mi lengua.

—Eres un amante de los *tattoos*, pero son las únicas letras que llevas. ¿Qué significan? —pregunto expectante, sin apartar mis ojos de su mano.

—BKF, Berta Knox *forever* —suelta en el mismo momento que mis pupilas abandonan su mano, para traspasar sus ojos demasiado sorprendida.

—Gracioso y embaucador. Me acabas de conocer y ya me llevas tatuada. Eres un artista maquillando la realidad a tu antojo—regaño divertida.

Sus palabras me han sorprendido, aunque reconozco estar encantada con su respuesta a pesar de que sea mentira.

Nick corta la posibilidad de seguir conversando, pues, sus dientes atrapan mi labio inferior y a continuación su lengua busca la mía para comenzar de nuevo al escrutinio a conciencia de mi boca. La temperatura sube y sus manos hábiles vuelan a mis caderas poniéndome a su verga preparada.

Y volvemos a caer esclavos de nuestra excitación y deseo en una maraña de manoseos que arrancan mis gemidos que retumban en toda la habitación. Nick Fletcher es un mago para hacerme flotar en una nube de placer. Con maestría gira mi cuerpo y me penetra por detrás con ahínco, catapultándome al cielo de satisfacción, volviendo de nuevo a tocar el cielo con mis dedos y con cada parte de mi cuerpo que él se encarga de mimar y excitar.

Follamos como conejos, creo que hemos recreado al 75 % las páginas del Kama Sutra. Nick Fletcher es insaciable y yo sorprendentemente, también. Decido no comparar, porque el sexo que he compartido con él deja a mis anteriores relaciones a la altura del betún. Sería como comparar un negro café, intenso, excitante con un café descafeinado. Bueno, debo confesar que ni todas. Por mi mente pasar le recuerdo de la única noche que pasé con Nath.

Aunque prefiero no pensar, Nath murió, ya no está presente y ahora está Nick Fletcher ~~y~~ a pesar de que aún queda una diminuta llama en mi interior que se encarga de avisarme de que no puedo confiar en él. Pienso disfrutar de cada momento compartido.

Por lo tanto, relego la culpabilidad o las dudas a un lejano lugar oculto en mi inconsciencia.

—Voy a la ducha —exclama Nick levantándose de la cama con ímpetu —Si quieres ducharte estás invitada —propone divertido.

Lo miro y sonrío, está relajado, parece que ha dejado atrás esa actitud de encorsetamiento que tenía desde la primera vez que nos cruzamos. Es como si se hubiera liberado y eso hace que el júbilo haga bailotear mi corazón en mi pecho.

—No, gracias, creo que haríamos de todo menos ducharnos. Iré a mi camarote y me ducharé allí —informo, mientras rebusco las partes de mi bikini para poder vestirme

bien o al menos cubrirme.

—Tú te lo pierdes —dice guiñándome uno de sus ojos—Nos vemos entonces en cubierta. En dos horas atracarán cerca de Santorini y debemos acceder en lancha —explica.

—De acuerdo, nos vemos allí —digo mientras me coloco la parte de arriba de mi bikini.

— ¿Necesitas ayuda? —pregunta, arqueando una de sus rubias cejas con intenciones pecaminosas bailando en sus chispeantes ojos.

Mis entrañas se retuercen en mi interior y un acceso de deseo me atraviesa como un

relámpago, no obstante, me contengo.

—No, gracias.

Una vez salgo del camarote me permito deleitarme en un sonoro suspiro, que delata cómo me siento, como en una nube, pletórica y excitada. Camino con seguridad hacia mi camarote con la mente perdida en las imágenes vividas junto a Nick.

¡Dios!, si no voy con cuidado creo que puedo convertirme en una adicta a él. Su aroma a sus besos y la forma de tocarme como si fuese un diamante precioso en sus manos.

Cuando llego frente a la puerta de mi camarote, recuerdo que mi bolso con mis pertenencias se quedó en la cubierta en la zona de la piscina.

— ¡Mierda!

Doy media vuelta con la intención de ir a buscarlo, espero que aún siga en la tumbona donde lo dejé.

La suerte me sonríe al llegar a la hamaca y ver que mis pertenencias todavía están allí, las cojo y me apresuro a volver a mi camarote, ya voy justa de tiempo para ducharme y cambiarme.

Estoy acabando de colocarme unos tejanos cortos a juego con una camiseta blanca de tirantes, cuando los golpes en mi puerta me sobresaltan. Sé que se ha hecho un pelín tarde, por lo que supongo que Nick se ha cansado de esperarme en cubierta, así que con decisión voy directa a abrir la puerta.

—La paciencia no es una de tus virtudes —exclamo al mismo tiempo que abro la puerta sonriente.

Sin embargo, mi sonrisa muere en mis labios cuando un desconocido vestido de negro con el rostro cubierto se abalanza sobre mí cerrando la puerta de un portazo. Intento resistirme y ambos caemos al suelo, golpeándome la cabeza con la dura moqueta, lucho como una bestia por resistirme a su agarre. Sujeta mis muñecas con fuerza, noto cierto escozor en las mismas, aun así, no dejo de resistirme. Nuestros cuerpos ruedan por la alfombra sumergidos en el furor de la pelea. Intento golpear sus partes bajas con una de mis rodillas, pero también logra inmovilizarla.

Lo mejor sería gritar, quizás alguien pueda oírme, creo que el atacante adivina mi intención y, sin dudar, con su cabeza golpea la mía con fuerza y consigue aturdirme. El intenso dolor se concentra en mi frente e incluso me pitan los oídos. Aturdida como me encuentro, aprovecha para soltar una de mis manos y sacando un trapo húmedo de un bolsillo lo coloca en mi boca y mi nariz tapándolos.

¡Dios mío! Voy a morir, ese es mi último pensamiento antes de que la oscuridad caiga sobre mí…

Capítulo 27

Y se la tragó el mar…

Nathaniel Parker

Reconozco que me siento como el hombre que fui, mientras mis pupilas se pierden en el inmenso mar recuerdo el rostro extasiado de placer de Knox, arqueado bajo el mío. Y para mí, esa simple imagen es un tesoro. Porque mi corazón que lleva años sin sentir y en este instante vuelve a bombear emocionado. Siempre he sabido que sería así, porque cuando la toqué tres años atrás lo fue. Así que hoy por hoy no va a ser diferente. Ella llenaba mi alma de luz obligando a retroceder a la bestia que vivía en mi interior consumiendo cada parte de humanidad de mi ser, convirtiéndome en un fantasma que caminaba por la vida en sombras.

Una sonrisa tonta asoma en las comisuras de mi boca ante la imagen de Knox, preguntándome por las iniciales que llevo tatuadas en mis dedos. Por primera vez puedo presumir de no haberle mentido, aunque ella creyese que sí. Durante mi periodo de adiestramiento en La Orden de Mala Sangre ese había sido el primer tatuaje que me hice para no olvidarla. Pues tenía la necesidad de exhibir lo que llevaba grabado en mi alma, a ella.

De repente miro el reloj, porque en el horizonte el sol va alejándose, indicando que el atardecer desaparecerá en breve. Lo extraño es que Knox no haya aparecido todavía. Una inquietud crece en mi interior y decido ir a su camarote a buscarla. Cuando llego la puerta está cerrada, golpeó la misma con mis nudillos, pero nada.

‹‹Joder, esto es raro, demasiado… ››, sisea mi mente.

Saco la cartera del bolsillo trasero de mi pantalón donde siempre llevo una ganzúa de emergencia.

En minutos abro la puerta sin mucha complicación.

— ¡Hostia puta! —vocifero al ver la habitación hecha un cristo con signos de pelea.

Oteo todo de forma minuciosa sin dejarme dominar por la situación. Ni una pista, tan solo una lámpara de mesita rota y un mueble auxiliar. Sobre la cama una toalla húmeda, lo cual indica que Knox se había estado preparando, cuando seguramente fue sorprendida.

No hay restos de sangre en la moqueta del suelo, lo que arroja un poco de sosiego a mi intranquilidad.

Maldición he cometido el error de confiarme cuando eso es lo peor en mi profesión. Sabiendo que Luca el negro va tras ella debería haberme pegado a ella como una lapa. Una vez más me fustigo porque cuando estoy a su lado pierdo facultades.

Saco mi teléfono y sin pensar marco un número que nunca pensé en marcar, pues veo cómo mis dedos tiemblan a causa de la ira concentrada y la ansiedad porque Berta Knox ha desaparecido delante de mis narices.

— ¿Dónde cojones la tienes, Luca? —. Es lo primero que sale de mi boca.

—Bueno, dichosos los oídos hermano. Estaba esperando tu llamada.

Odio cuando Luca me recuerda que por sus venas corre la misma sangre que por las mías. Aunque solo la mitad. Porque señala el hecho de que todo lo que conocí cuando niño, esa familia idílica que el capullo de mi padre nos vendió, era tan solo una gran mentira.

—No juegues conmigo —advierto.

—Nath, veo que tu humor empeora con los años.

Luca siempre disfruta provocando y, desde la primera vez que Némesis nos presentó, también dejó claro que le encantaba competir conmigo. Pero a pesar de que en este mismo momento lo

mataría, necesito apelar a mi control por la seguridad de Knox.

—Nath, en nuestra vida no son buenos los puntos débiles. Nunca pensé que tú te permitirías el lujo de tener uno—comenta—Escúchame bien, ella es mi objetivo. Aunque alguien al parecer tiene otros planes para ella—explica.

— ¿Qué quieres decir? ¿No la tienes tú? —pregunto desconcertado.

—Si fuera así, ya estaría muerta, por lo que da gracias. Ahora mismo tu mujercita va rumbo a Bodrum en un barco.

— ¡Joder! —mascullo.

—Nos vemos en Bodrum, hermano —informa antes de colgar.

— ¡Mierda, joder! —suelto en voz alta con el teléfono aún en la oreja a pesar de que ya no hay llamada tan solo silencio.

Sin perder tiempo llamo a mi ayudante. Necesito verificar la información que me ha regalado Luca, a pesar de que no puedo fiarme de mi medio hermano.

—Johnny, necesito que verifiques unos datos —exijo sin darle tiempo a que me conteste con uno de esos nicks ridículos que normalmente utiliza.

—Okay jefe, canta lorito —dice con su sentido de humor habitual, que como siempre yo ignoro. No tengo tiempo para sus bromas ni para sus frases de doble sentido. Tengo una prioridad que me empuja a no perder ni un segundo. Encontrar a Berta Knox. Por lo que le facilito a Johnny el número de Luca para que lo rastree y cuelgo recordándole que trabajamos a contrarreloj.

La vida de la luz de mi alma está en juego hoy y, a pesar de que ese hecho desata el pánico en mi interior, lo entierro bajo cadenas y cerrojos de siete llaves en mi interior para mantener mi mente fría y actuar.

—No es tiempo de sentir —susurro.

Un teléfono suena y mi cuerpo se tensa, ojeo la habitación y localizo el móvil de Berta sobre la cama iluminado por la llamada. Sin dudar lo cojo y veo el nombre de Kirial parpadeando en la pantalla.

Dudo a pesar de que no tengo tiempo de indecisiones, así que descuelgo y contesto.

—Nath…, ¿eres tú? ¿Qué mierda haces con el teléfono de Knox? —interroga exigente.

—Es una larga historia —consigo decir.

—Pásame con ella —ordena.

—Kirial eso no va a poder ser. Knox ha desaparecido —confieso al fin.

—¿Cómo, ¿qué ha desaparecido? Si descubro que tienes algo que… —empieza, pero lo corto.

—Kirial, no tengo nada que ver, estaba protegiéndola y no tengo tiempo de explicarte nada más—sentencio a punto de colgar arrepentido por haber cogido la llamada…

—Espera, Berta me pidió que investigara al capitán y al personal del barco. Quizás te sirva de ayuda para encontrarla —dice, y mis oídos le prestan toda la atención de la que soy capaz.

—El capitán lleva ocho meses trabajando para la compañía. En ese tiempo se han denunciado diez desapariciones de mujeres que iban a bordo del crucero. Su expediente antes de entrar a trabajar a la naviera es inexistente, por lo que tenemos un principal sospechoso de esas desapariciones —explica concienzudo.

—Está bien, creo que haré una visita al capitán —afirmo, pero antes de colgar le pregunto —¿A quién más te pidió que investigaras?

No sé qué razón me mueve a formular esa pregunta, sin embargo, la hago.

—A Nick Fletcher —susurra mi examigo.

— ¿Y encontraste algo?

—Tu pregunta me ofende, pero si, algo encontré, algo que de momento guardaré. Espero que actúes como el amigo que fuiste y la salves —advierte con seriedad.

—En eso estoy—afirmo.

—Está bien, de momento confiaré en ti —dice, no sin una amenaza encubierta en ese tono serio, que utiliza a modo agente —. A pesar de que no me explico qué cojones haces con ella. Voy a apelar al amigo que fuiste una vez para que la protejas. Y si eso no remueve tu frío corazón, que lo haga el amor por tu hermano, que sé que aún se esconde en algún lugar de tu negra alma.

Las palabras de Kirial consiguen sorprenderme demasiado.

Tim no tiene nada que ver en esto, no entiendo por qué hace alusión a mi hermano cuando él está lejos de todo. Ni siquiera es un agente, mi hermano vive tranquilo siendo bombero en Jackson Hole.

—Deja a mi hermano fuera de esto. Él es ajeno a toda la mierda que nos envuelve.

—No tan ajeno. Knox no te ha dicho que mantiene una relación con él —informa Kirial con alevosía.

Si unas palabras eran capaces de romper la poca estabilidad mental que se aferra a mi cerebro eran esas.

Tim y Knox en la misma frase dolían como si me atravesara con un hierro candente el centro de mi corazón. Las dos personas que amaba por encima de todo, juntas como pareja, era algo que jamás hubiera imaginado.

Después de un incómodo silencio siseo.

—Knox no sabe quién fui.

—No sé por qué me lo imaginaba. Tú y ese extraño hábito que has adquirido de mentir y enrevesarlo todo. Te advierto que algún día, creo que cercano, toda esa vida en sombras a la que te aferras te explotará en la cara. Y lo que es más peligroso es que cualquier explosión ocasiona daños colaterales. Piensa en ello —advierte Kirial obrando su enfado.

—No tienes derecho a juzgarme. Yo decido. Ya te lo dije la última vez, deja de hablarme como si aún fuera tu amigo. Esa persona no existe —gruñó demasiado molesto.

—Está bien, tienes dos días para localizar y poner a salvo a Knox del lío en el que la hayas metido. Espero tu llamada —sentencia colgando sin más.

¡Joder, Kirial! Me acaba de dejar con la puta palabra en la boca. Hecho que me molesta, bueno, más bien, desata mi ira intensa. Dejándome arrastrar por mi furia, en un acto demasiado impulsivo tiro le móvil contra la pared. Lástima que ese acto no calma mi sed de sangre.

De un tiempo a esta parte él siempre concibe lo peor de mí, sin otorgarme el beneficio de la duda. No puede pensar que Knox se ha metido en esto solita sin mi ayuda. Si realmente confirmó que quién se la ha llevado no tiene nada que ver con el encargo de su muerte, estaré en lo cierto. Knox se embarcó para averiguar el paradero de su amiga y eso es lo que creo que ha desatado que la secuestraran. No tengo más tiempo que perder en elucubraciones que no me llevan a ningún lado. Abandono el camarote con decisión.

Debo hacer una visita al capitán y las ganas se acumulan en mi interior, no soporto a ese tipo desde el mismo momento en el que lo vi tocar a Knox noches atrás, con actitud amenazante.

Capítulo 28

Cautiva

Berta Knox

Despierto de mi inconsciencia a pesar de que la oscuridad sigue siendo lo único que mis ojos ven. Sospecho que una cinta cubre mis párpados para que no pueda ver, mi boca y mi nariz están destapadas, no así mis ojos. Consigo moverme sin mucho éxito, ya que mis manos están inmovilizadas con una cuerda gruesa, lo pruebo con mis pies y siento la misma sensación de privación de movimiento. Mis fosas nasales inspiran y el hedor a salitre y humedad se adueña de ellas. Por lo que puedo intuir estoy en un barco, el olor, y el ligero vaivén que siento mientras mi cuerpo está pegado al suelo indican eso.

— ¡Mierda! —siseo mentalmente.

He pecado de ser muy ilusa, para mi desgracia he abandonado la precaución, a pesar del atentado de Catania y por eso ahora mismo me veo prisionera de Dios, sabe quién o quiénes.

Paciencia es lo que me toca practicar hasta que mis captores decidan visitarme para matarme o a saber qué.

Valoro en mi cabeza quién podía haberme secuestrado, descartado queda el sicario el cual según Nick Fletcher iba tras nuestras cabezas. Si fuera él ya estaría muerta, los asesinos por encargo matan y no secuestran. Por lo que con toda probabilidad el haberme sustraído por la fuerza de mi camarote apuntaba más a ser a causa de mi investigación del paradero de mi amiga Gala. Por un momento la imagen de mi amiga en las mismas condiciones en las que yo me encuentro asedia mi mente. Mi entrenamiento ayuda a sobrellevar esta situación, la desesperación o el pánico no tienen lugar en mí porque así no podré valorar cómo salir de esta maldita situación.

Los años que pasé junto a Kirial efectuando trabajo de campo como una agente en activo contribuyeron a que mis emociones no tomaran el control.

El sonido de la madera crujiendo bajo unas pisadas me ponen alerta, alguien ha entrado y se aproxima a mí.

De repente una mano hunde sus dedos en la carne desnuda de mis antebrazos y alza mi cuerpo de malas formas, sin palabras, en silencio. Por lo que decido dejarme llevar. Soy literalmente arrastrada por esas manos. Mi captor se para en seco y suelta mis brazos, noto como un frío metal es manipulado entre mis tobillos rasgando la cuerda que los sujetaba para que así pueda andar mejor. Todo un detalle, por su parte, que agradezco en silencio, para mí es una ventaja, tener mis piernas libres, suma oportunidades para cuando determine que pueda salir pitando.

A continuación, volvió a agarrarme instándome a seguir caminando a tientas, siendo guiada a ciegas por él. La brisa fresca con aroma a mar roza mi olfato, un escalofrío agasaja la piel desnuda de mis piernas y mis brazos erizándola. No estoy segura del tiempo que ha pasado desde que me secuestraron, pero lo que sí podía certificar es que ahora mismo estamos al aire libre.

A lo lejos escucho unas voces masculinas en una lengua desconocida, parece árabe, sin embargo, no puedo determinarlo. Sumisa me dejo acompañar a dondequiera que me esté llevando, no obstante, intento captar cualquier detalle que pudiera serme útil para planear mi huida. Dicen que cuando uno de tus sentidos se ve afectado, el resto se agudizan y eso mismo experimento, mis oídos se sienten más alerta y mi olfato también. Cierto olor especiado se cuela por mi nariz ocasionando cierto picor en la misma. Percibo como nos introducimos en algún lugar, mis pies descalzos caminan sobre una mullida tela, posiblemente una alfombra o moqueta.

El aroma picante y especiado sigue en el ambiente hasta que poco a poco se vuelve enrarecido, más bien rancio, la imperiosa necesidad de taparme la nariz para evitar ese aroma demasiado fuerte embarga mi cuerpo, sin embargo, es imposible porque sigo maniatada y con mi captor guiándome hacia donde quiera que vayamos.

Sin esperarlo soy lanzada contra el suelo. A causa de que mis manos siguen atadas no puedo mantener el equilibrio y mi cuerpo golpea el frío suelo sin poder evitarlo. Un gruñido surge de mi boca sin poder evitarlo.

Las manos del hombre que acaba de vapulearme rozan mis mejillas manipulando la cinta que tapa mis ojos, la cual con destreza desata y retira.

Mis pupilas se dilatan ante la luz amarillenta del zulo donde al parecer me encuentro, parpadeo seguido para que mis ojos se acostumbren. Ya que después de tenerlos privados de luz por la venda, están hipersensibilizados. Barro con la mirada el lugar sorprendiéndome al ver que como yo allí hay diez mujeres, todas arrebujadas en el suelo y maniatadas, algunas reminiscentes. Ante mí, el que al parecer es el hombre que me ha traído me mira expectante con actitud amenazante. Su tez morena destaca incluso más que la túnica negra hasta los pies que viste. Sus ojos negros como el café, demasiado juntos y desprovistos de brillo, resultan demasiado despiadados para permitirme el lujo de sacar a los insurrectos que arde en mi interior, por lo que decido seguir con mi actitud sumisa.

—Por favor, ¿qué hago aquí? —pregunto con un tono de voz titubeante.

La sonrisa malévola se dibuja en su rostro al instante.

—No se te permite hablar, menos preguntar sigue comportándote de manera dócil y todo irá bien —informa haciendo el intento de marcharse.

—Pero, por favor —insisto.

—Pronto sabrás lo que te tiene reservado el destino. Guarda silencio, si no te ves capaz podemos darte algo que te hará descansar —advierte.

Supongo que se refiere a inyectarme alguna droga, ya he captado alguna pupila dilatada en el resto de las mujeres. Por lo que opto por callar, porque prefiero estar al cien por ciento de mis capacidades.

Asiento y bajo la mirada obediente.

Estoy en un puto zulo, el negro suelo del cual se rezuman un olor asqueroso que prefiero no diseccionar ni analizar, sumada a la iluminación amarillenta que proviene de unas mugrosas bombillas colgadas de manera estratégica sobre el techo, nos brinda un escenario desolador.

Sin embargo, he estado en sitios peores, agazapada a la espera de la señal de acción de mi comandante para abordar las misiones. Gracias a esa experiencia este lugar no me resulta peor. No obstante, lo que es desolador es ver a las nueve mujeres restantes que ocupan la misma estancia que yo, algunas aterradas y temblorosas, otras drogadas hasta las trancas sumergidas en su nube de alucinación. He memorizado toda la sala, a pesar de que he constatado lo que ya intuí en el primer momento en el que me trajeron. Solo hay una salida y está custodiada por dos árabes armados hasta los dientes.

Lo único que toca es esperar, no sé muy bien las intenciones que tienen para con nosotras, pero todo apunta a que esta gente se dedica a secuestrar occidentales, para venderlas o a saber…

Quizás mi amiga corrió esta misma suerte, esa posibilidad cruza mi mente sin que pueda refrenarla y encoge mi corazón.

Gala no está acostumbrada a esto, siempre ha vivido su vida bohemia sin necesidades por lo que no quiero imaginar, si su destino ha sido este como lo estará sobrellevando.

Mis ojos se desvían a la mujer que tengo a mi lado, cabizbaja con su melena rubia ondulada

deslustrada cayéndole por su rostro.

— ¿Cómo te llamas? —le pregunto.

La mujer alza la cabeza contrariada. En sus ojos melados puedo ver terror y una gran desconfianza. Su mejilla izquierda luce un feo hematoma producto de un puñetazo, tal vez.

—Alicia —contesta con voz temblorosa.

— ¿Sabes cuánto tiempo llevas aquí? —insisto intentando averiguar algo más.

—No, me dejaron inconsciente, viajaba en el barco. Estaba de vacaciones con mis amigas disfrutando del crucero —explica al borde de las lágrimas.

—Tranquila, yo también. Al parecer estos tipos se encargan de secuestrar chicas de los barcos —digo exponiendo la conclusión a la que he llegado.

Ahora más que nunca estoy segura de que eso fue lo que le pasó a Gala y rezo porque aún esté con vida. Porque estos malnacidos se dedican al secuestro de turistas para yo qué sé qué fin.

—No, cuando me trajeron aún estaba bajo los efectos de la sustancia que me inyectaron. Al recuperar la consciencia total fui víctima de una crisis de ansiedad y uno de ellos me golpeó con saña para que parara —explica Alicia mortificada.

Capullos, malnacidos, estos tipos no sabían cómo tratar a una mujer. Esas palabras resuenan en mi cerebro, aunque evito decirlas en voz alta para no añadir más desespero a Alicia. Salta a la vista, que está aterrorizada y lo único que necesita es sosiego. Y esperanza. Tarea difícil por lo que veo, ya que nuestro futuro es incierto y a pesar de todo mi entrenamiento, no veo una salida factible de momento.

— ¿Crees que saldremos de aquí? —La pregunta de Alicia me pilla desprevenida, así que la expresión de mi cara responde antes que lo hagan mis palabras.

—No lo sé.

El ensordecedor ruido al abrir la puerta de hierro que nos mantiene cautivas provoca que mi compañera dé un respingo y se abrace las piernas con sus manos, colocando su cuerpo casi en un ovillo, temblorosa y demasiado asustada. Yo, por el contrario, hago acopio de todo mi control para mantener la calma.

Capítulo 29

Base de Operaciones de La Mala Sangre

En la zona oriental de Albania encauzada en algún lugar del Valle de Drim y las montañas de Sharr

Némesis

No había llegado a ser el líder de una hermandad de los mejores asesinos del mundo, siendo un hombre que hiciera concesiones. Ahora mismo sabía que corrían rumores de mi debilidad, porque uno de mis hijos había decidido abandonar la organización hacía un año a cambio de mantener su lealtad a la hermandad. En aquel momento se lo concedí, conocía tan bien a mi vástago, que sabía que, si lo mantenía demasiado atado a la hermandad, perdería el resto de cordura que le quedaba. No obstante, de un tiempo a esta parte Nath había cambiado, algo imperceptible para quien no lo conociera como yo. Eran pequeños detalles en sus trabajos junto a desapariciones sin justificar. Porque a pesar de darle libertad de movimientos, siempre lo tuve controlado por un chip localizador que llevaba implantado en su espalda. Sin embargo, en una ocasión consiguió burlarme, pues durante un mes nada había sabido de su paradero, para después aparecer en sus sitios habituales como si nada. Para mi desgracia, al igual que yo, mis secuaces y los miembros de la Mala Sangre también percibieron que mi hijo había cambiado.

Sobre todo, después del último trabajo que Nath realizó para nosotros. Todos coincidíamos en que había sido demasiado blando, a los ojos de mis colegas y también del resto de miembros. Nath se estaba volviendo débil y por consecuente yo también si no acababa con él.

Ahora también sabía que iba tras un objetivo, y mi sorpresa había sido mayúscula al averiguar su identidad.

Con sumo deleite llevo el puro que tengo a medias a mi boca para inspirar una larga calada mientras delibero mis próximos pasos a seguir.

Tres años atrás decidí ir a buscar a mi chico, quizás por nostalgia, porque necesitaba un líder, alguien que pudiera hacerse cargo de todo mi imperio de dinero y mal que había construido durante años. ¿Y quién mejor que mi hijo, mi primogénito? Nunca había dejado de seguir sus pasos y sabía que era uno de los mejores agentes con los que contaba O’Hara. Un hijo deputa con suerte.

El detonante para decidirme a reclutarlo fue una de las últimas misiones de Nath. Donde desobedeció las órdenes de su comandante y disparó a un rehén, no a uno cualquiera, sino a un niño. Esa fue la señal que necesitaba para ir a por él y así lo hice.

Recordaba aquella noche como si estuviera pasando ahora mismo.

Accedí al apartamento de Nath utilizando mi kit de forzar cerraduras, no estaba en casa, lo sabía. Tenía a un grupo de mis hombres siguiéndolo de cerca. Encendí una lámpara de mesa que se encontraba sobre una mesa auxiliar al lado justo de una butaca orejera de color azul oscuro.

Encendí un puro y me limité a esperarlo.

Por suerte no tuve que esperar mucho, tan solo habían pasado quince minutos cuando la puerta se abrió. La sonrisa que esbozaba en la comisura de boca desapareció en el mismo momento en que sus ojos se cruzaron con los míos.

Salgo de mis recuerdos, pues lo que sucedió después no era menos de lo que me esperaba.

Necesité hacer uso de todas mis tretas de manipulación haciéndole creer que él era el causante de la muerte de su madre para poder empujarlo al borde de sus límites, no obstante, fue la amenaza de acabar con Berta Knox, su amiguita y ~~su~~ con su hermano pequeño lo que inclinó la balanza hacia mi lado.

Aún resuenan las palabras de Nath junto con sus amenazas, en mi mente.

Los gritos de Nath inundaban la sala al confesarle que él había sido el culpable de la muerte de su madre, vi cómo el desconcierto y la desesperación crecían en él dominándolo como un furioso tornado. Era mi táctica, necesitaba tensar la cuerda imaginaria para conseguir que mi hijo cruzara la línea y se uniera a mi organización.

—Tendrás que unirte a mi organización—solté en mitad del torbellino de sus emociones.

—Vuelve al infierno de dónde has salido, porque ni muerto voy a ir contigo a ningún sitio.

De esa manera conseguí que mi hijo se uniera a mi organización. Y, aun tres años después, esa amenaza era la única que seguía otorgándome el poder sobre él.

Es verdad que tenía más hijos, sin embargo, Tim estaba descartado: Mi hijo menor se parecía mucho a su madre para convertirlo en un asesino sin escrúpulos. Era consciente que lo fácil hubiera sido elegir a Luca como mi sucesor, era lo que muchos esperaban, no obstante, siempre tuve un favorito, Nath…

De nuevo la imagen de aquella noche en su apartamento tres años atrás pasó como si fuese una película por mi mente.

Por eso llevaba días sumido en mis elucubraciones antes de decidir qué hacer con él.

Unos golpes secos en la puerta me sacan de mi concentración

—Adelante.

Frente a mí, uno de mis hombres de confianza me mira con los ojos entornados.

—Los hombres están inquietos, siguen hablando.

—Lo sé, pero aún no tengo una decisión ni siquiera un plan por lo que deberán esperar —informo con seguridad.

—Némesis, si los haces esperar tanto pensarán que te estás volviendo blando —aconseja Catana.

—Alejandro Magno no organizaba sus conquistas en un día, por el contrario, se limitaba a madurar sus estrategias durante meses, incluso años —proclamo mientras sigo fumando mi puro.

—Está bien, intentaré refrenarlos. Al menos hasta la reunión de los mecenas —indica mi hombre.

Los mecenas llegarían en dos días para entonces mi decisión y mi plan debería estar trazado.

Dos putos días y tendré a los mecenas sobre mi cuello, tengo que pensar rápido. Cuando creé la orden de la Mala Sangre busqué benefactores que gastaran su dinero en nosotros. Gente que le sobraba y así podía mantener mi entramado de asesinos al día, con tecnologías punteras en armamento y vigilancia.

No me resultó difícil porque siempre había contado con muchos contactos de cuando trabajaba para mi gobierno. Por lo que muchos no dudaron en invertir en mi proyecto. Ese que ahora mismo está en peligro, por culpa del sentimental de mi hijo. No ayudaba que estuviera corriendo tras la hija del diplomático Knox. Ella era su talón de Aquiles, siempre lo había sabido. Amenazarla en su momento fue clave para que Nath se uniera a la Orden, sin embargo, ahora estaba seguro de que debería haberla matado. Incluso en la distancia esa joven era un inconveniente.

Esperaba que Luca diera con ella y cumpliera el encargo de asesinarla. Poco me importaba quién la quisiera muerta, ni lo que supondría su muerte para su padre. Un diplomático implacable y respetado en los Estados Unidos. Yo solo quería borrarla del mapa para que el idiota de mi hijo dejara de correr tras ella.

“Berta Knox era su debilidad y, por consiguiente, él la mía”.

Si Luca fallaba no tendría más remedio que matar a Nath y a pesar de que no tenía alma, verme abocado, a eso me retorcía las entrañas.

Catana abandonó mi despacho, lo cual agradezco en silencio, llevamos juntos desde el principio por lo que me conoce bien y es fiel, bueno, todo lo fiel que puede ser un asesino.

Acabo de fumarme mi puro, uno de los placeres con los que más disfruto, mientras en mi cabeza trazo un plan para poder tranquilizar a los mecenas.

Saco el móvil del bolsillo de mi chaqueta y envío un mensaje.

“Acaba el trabajo, de tu victoria depende el liderazgo”.

Las palabras que elijo no son al azar, conozco bien a Luca, es mi hijo a pesar de que no lo crié yo personalmente. Hice que lo prepararan desde la cuna para convertirlo en lo que era hoy día. Conozco bien sus ansias de poder y la inestabilidad que le otorga la rivalidad con Nath por lo que estoy seguro de que cumplirá con su misión, aunque le cueste la vida.

Capítulo 30

Descubrimientos

Nathaniel Parker

Ahora más que nunca entiendo a los leones de circo, enjaulados, entre barrotes de hierro, alerta, con las quijadas apretadas y los ojos expectantes. Caminando en círculos acechando, esperando el mejor momento para lanzarse contra su captor. Todas esas sensaciones se agolpan en mi interior martillando mi cerebro, mientras cojo mi cuchillo Seal, ese que siempre me acompaña y lo enfundo a mi espalda. A continuación, me pongo la cazadora, que sirve para ocultar mi arma. En este momento cada fibra de mi organismo se encuentra alineada con mi cerebro, entrando en modo The Phantom y dispuesto a sacarle toda la información posible al capitán del Costa Fortuna. Mi intuición rara vez falla, y esta me susurra latente que el tal Floreti está de mierda hasta los ojos.

Al salir de mi camarote encamino mis pasos hacia la zona restringida de personal solo autorizado. Lo dice bien claro el cartel pegado en la puerta y el teclado con ranura incorporada que indica que sin pase autorizado no podré pasar. Aunque con anticipación, ese tema ya lo tengo solucionado. Mi ayudante se ha encargado de codificar mi tarjeta para tener libre acceso. Introduzco el plástico con banda magnética en la ranura y al segundo la luz verde me da paso, empujo la puerta y esta se abre.

—Primer nivel superado —sisea mi mente.

Avanzo expectante por los pasillos y la suerte está de mi lado porque consigo llegar a la puerta del camarote donde el nombre del capitán se exhibe grabado en unas letras negras sobre una placa dorada. Una vez más abro la puerta con la tarjeta maestra que Johnny me ha preparado. El silencio es dueño de la estancia, al parecer no hay nadie. Decido revisar las pertenencias del capitán en busca de alguna pista, pero nada.

Unas voces en el pasillo alertan cada fibra de mi cuerpo, me meto en el baño y saco el pasamontañas que llevo oculto en el bolsillo de mi cazadora. Con suerte el capitán vendrá a mí y mi tiempo de espera será corto. Agudizó el oído para poder determinar el camino de las voces. Por lo menos son tres personas las que están hablando y justo delante del camarote. Un hombre y dos mujeres, ellas ríen y él habla bromeando.

Escucho concentrado con la oreja pegada a la puerta del baño donde permanezco oculto.

El clic de la puerta al abrirse provoca que mis músculos se engarroten, una despedida y, a continuación, el cierre de la puerta.

‹‹Estoy de suerte››, pienso.

El capitán está justo donde necesito, aun así, abro la puerta con sigilo una porción milimétrica, lo justo para divisar su posición antes de dominar la posición. Se ha quitado la chaqueta del uniforme y la ha soltado sobre la cama.; Ahora se quita los zapatos, justo en el momento en el que se encuentra de espaldas a la puerta del baño, aprovecho la ventaja. Como el fantasma que soy con movimientos rápidos y silenciosos abandono mi escondite y empuño cuchillo SEAL pillando a mi víctima desprevenido agarrándolo por detrás con mis brazos, colocando la afilada hoja de mi arma en su cuello justo debajo de su contraída nuez.

Un gruñido estrangulado abandona su garganta ante el terror y la impresión.

Silencio o rebanaré tu cuello al mínimo sonido —amenazo.

Ni siquiera se atreve a asentir con la cabeza, permaneciendo inmóvil bajo mi agarre.

—Capitán Floreti, ha llegado la hora de que me explique ¿qué es lo que está pasando en este crucero ¿Dónde están las mujeres que desaparecen? —Sin más, interrogo.

Temeroso, sus ojos se cruzan con los míos y vislumbro la duda y el miedo a contestar.

Presiono un milímetro más la hoja de mi cuchillo y una solitaria gota roja resbala por la misma.

—No puedo hablar, soy un hombre muerto si lo hago —contesta con voz estrangulada.

—Convéncete de que eres hombre muerto, hables o no, simplemente variará el brazo ejecutor —intimido con frialdad.

La vacilación vuelve a bailar en sus ojos, no le he dejado mucha opción. Por experiencia sé que colocar a las personas contra las cuerdas puede provocar que canten como jilgueros, así que esa era mi táctica. A paciencia no podía ganarme el capullo del capitán, ni nadie, porque de eso iba bien sobrado, años de entrenamiento militar sumados a una experiencia extrema con matrícula de honor.

—Está bien —. Trabajamos para una red de trata de mujeres. En cada viaje elegimos mujeres solteras, que viajen solas o con amigas para que las rapten. A posteriori firmo autorización falsificada conforme los pasajeros solicitaron desembarque voluntario —confiesa titubeante.

— ¿Knox ha sido una de ellas? —pregunto sin dar más rodeos.

—Sí, esa chica de ojos grises y demasiadas preguntas ha sido una de las últimas, aunque su rapto se ha apresurado al ver cómo iniciaba un rollo con uno de los otros pasajeros. Una complicación que otra ocasión nos hubiera hecho desistir de que fuera una de las elegidas. Sin embargo, mi socio estaba empeñado. Según él, esa chica era muy lista para su propio bien y nos traería problemas.

Puedo notar como la ira convierte mi fría sangre en ríos burbujeantes de lava, calentando mi cuerpo, nublando mi mente. Ahora mismo las ganas de seccionar el terso cuello de este hombre se agolpan en mi cabeza. Inspiro con suavidad para disipar los instintos asesinos que afloran en mí. Necesito más información, para poder sacar a Knox de las garras de estos tipos.

— ¿Dónde las tienen? —exijo con los dientes apretados.

—No creo que llegues a tiempo, las mujeres son vendidas. Lo organizan todo y las meten en un barco de lujo donde se realizan las subastas —informa.

¡Mierda! Esa noticia no es nada alentadora por lo que si no me doy prisa perderé la pista de Berta y entonces sí que voy a estar jodido.

Lo suelto de mala manera provocando que caiga sobre la cama.

Después de dejar al capitán maniatado en el baño de su camarote, salgo pitando del mismo con el teléfono en mano. Hablo con mi ayudante para que localice mediante GPS por satélite el barco que me ha dicho Floreti que es donde realizan las subastas de mujeres.

Calculo y quedan quince minutos para que el Costa Fortuna atraque en el Puerto de Bodrum, no sé exactamente cuánta ventaja llevan los secuestradores y ese dato que escapa a mi control me preocupa bastante.

Capítulo 31

Hay personas que son lo que aparentan

Berta Knox

Todas mis compañeras de zulo se mantienen arrebujadas en su rincón ante la entrada de tres de nuestros captores, sin embargo, yo no pude mantener mi mirada baja, así no pierdo detalle de cada rasgo de ellos, cada movimiento. Dos de ellos empezaron a levantar al resto de chicas sacándolas de la estancia, ellas mantuvieron la actitud sumisa y temerosa. Cuando tan solo quedamos Alicia y yo, el hombre que me trajo se aproxima a mi compañera de al lado y la levanta sin cuidado arrastrándola también a la salida. Allí estoy sola con la puerta abierta y sin vigilancia. Valoro la opción si es un buen momento para salir corriendo a pesar de seguir maniatada, mi única ventaja son que mis pies están libres.

Cabe la posibilidad de que salir pitando sea un suicidio, me levanto y doy varios pasos para acercarme con sigilo a la salida, atenta, valorando las expectativas que tengo. Con mis pupilas pegadas a la puerta abierta mientras delibero, mis esperanzas se ven coartadas cuando un hombre, que no me es desconocido, aparece en el vano de la puerta. Con una sonrisa malévola dibujada en su moreno rostro. Mis ojos se abren de par en par sin creer lo que ven y mi mandíbula tiene la imperiosa necesidad de abrirse de manera desmesurada ante la sorpresa, no obstante, logro reprimirme.

Menudo capullo, esto sí que no lo hubiera esperado. Allí, frente a mí está el buenorro, ligón, rubiales con exceso de bronceado, Davide. El jefe de los monitores del Costa Fortuna y, al parecer, también enmarronado en este entramado de secuestros.

—Tú… —siseo con los ojos entornados, mirándolo con fijación con el ansia de poderlo aniquilar con mis ojos, lástima que eso no es posible.

—Hola, chica daiquiri, cuanto me alegra verte por aquí—exclama con una sonrisa que no llega a sus pupilas azules.

—Permíteme que no pueda decir lo mismo —contesto desafiante.

Me importan un rábano las represalias, el enfado domina todas mis acciones, por lo que no pienso ser sumisa con este capullo. ¡Qué bien lo tenía montado! Ahora entendía tantas cosas… Davide trabaja en el barco y era el que tenía libre acceso a las chicas, podía averiguar las que viajaban solas y las que nos. Desplegando sus encantos engatusaba a las víctimas para a continuación raptarlas y venderlas o a saber qué.

—Ese carácter no te servirá mucho aquí—suelta mientras se acerca con paso lento.

Por inercia mi cuerpo se tensa, porque esas expresiones que cruzan su rostro no son nada alentadoras, más bien peligrosas, por lo que doy varios pasos retrocediendo hasta que mi espalda

toca la fría pared.

—No te acerques —advierto ante su ceja alzada—Eres un capullo que utiliza su posición de monitor encantador para engatusar a chicas inocentes y luego raptarlas sin compasión —reprocho.

—Veo chica daiquiri que detrás de esa pose de mujer correcta que pasa desapercibida se esconde una fiera. Lástima que lo haya descubierto tarde. Si no, hubiera puesto todo mi empeño en domarte —exclama divertido sin dejar de acortar distancia.

“Eres un cerdo.”

—No, querida, soy un hombre con necesidades como todos. Y tú, bella, daiquiri, te has hecho de rogar mucho. Tu actitud esquiva junto al moscardón tatuado que no se te apartaba de tu lado me han impedido disfrutar de tus placeres ocultos —explica chasqueando la lengua, fastidiado.

—Nunca estuve interesada en ti, ni en nadie. Solo vine aquí para saber qué le sucedió a mi amiga —confieso desviando la conversación para sacar información.

La estrepitosa carcajada resuena en toda la estancia y un escalofrío recorre mi cuerpo.

— ¡Ah! Se me olvidaba. Esa amiga que te empeñas en buscar, tus preguntas y tu actitud te ha colocado el título de candidata al secuestro desde el principio. Sé bien que la buscabas, incluso que un policía te acompañó a preguntar en el puesto de embarque. Siento decirte que deberías olvidarte de ella —informa satisfecho.

¡Mierda! Este tipo lo sabe todo, incluso lo del inspector Tovoly. Por lo que es imposible que actúe en solitario, más de uno debe estar metido en esta organización.

— ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está mi amiga? —exijo con ira.

—Tu amiga corrió la misma suerte que correrás tú, fue comprada por un jeque, uno con mucho dinero —proclama con intención de acabar de aproximarse a mí. En un segundo y siguiendo mis impulsos cegados por la rabia me abalanzo sobre él con todas mis fuerzas golpeando su zona abdominal con mi cabeza. Ambos caemos al suelo, pero él es más rápido que yo y aprovecha la ventaja para rodar sobre su cuerpo y colocarse encima del mío, inmovilizándome.

¡*Mecagüentoloquesemenea*!

Este tío es rápido; en un segundo me tiene totalmente a su merced. Mi intento de resistirme muere en su fuerte agarre.

—Tranquila fiera —masculla entre dientes sin apartar su mirada de la mía enfurecida.

— ¡Suélteme! —grito.

—Cuanto antes aceptes que eres una prisionera, menos que eso una esclava, mejor te irá. Las

mujeres marcadas valen menos, por lo que no me gustaría tener que marcar tu piel—amenaza, mientras sus pupilas recorren mi rostro, puedo ver la chispa de lascivia en la misma y mi estómago se revela, sintiendo un asco intenso en la boca de este.

Sus palabras surten el efecto perseguido, pues, cada músculo de mi cuerpo se queda estático, expectante ante sus movimientos. Puedo notar sus manos palpando mis caderas, esos gestos lascivos desatan que perciba un gusto amargo subiendo por mi garganta, aviso previo de la arcada que me sobreviene.

—Lástima que no pueda probarte antes de venderte, te tengo demasiadas ganas —expone pasando su lengua por mi barbilla y mis labios.

Repulsión, demasiada para poder contenerme al sentir sus babas sobre mi boca, intento removerme bajos su cuerpo, presa del desespero de su saqueo a mi cuerpo.

—Iitalu, madha tafaeala?

El grito hace que Davide se aparte de mí con un ágil salto, y consigo respirar para evitar las terribles ganas de vomitar que tengo.

—Tranquilo, Kadhir, tan solo estaba acercando posturas —contesta a la defensiva.

El hombre que ha irrumpido es uno de los que han llevado a las chicas, el mismo que me trajo. Su ceño fruncido denota que no está contento con el comportamiento del rubiales. Aprovechando que la atención de ambos hombres no está sobre mí, me arrastro hacia la pared saliendo del espacio próximo de Davide.

—Déjate de tonterías y llévala con las otras —ordena.

Davide asiente y se dirige a mí de nuevo agarrándome de uno de mis brazos con fuerza. Puedo sentir sus dedos presionando la piel de mi antebrazo hasta sentir dolor. Opto por no quejarme, ya que me ha quedado claro que Davide es peligroso y no deseo exponerme más de lo necesario.

Capítulo 32

Misión en el Egeo

Nathaniel Parker

Bodrum.

El Costa Fortuna atraca en el Puerto de Bodrum y yo me apresuro a ser de los primeros en desembarcar. Tengo que aplicarme para esquivar a Giovanna, la cual localizo que está buscándome con la mirada.

Una vez en tierra, lo primero que hago es intentar localizar a Luca, después de mucho deliberar soy consciente que voy a necesitar de su ayuda, por mucho que estemos enfrentados. Debo convencerlo de trabajar juntos para sacar a Knox de aquel maldito embrollo.

Según el capitán, las chicas serán trasladadas al barco donde se celebrará la subasta alrededor de las ocho de la tarde, por lo que cuento con dos horas para organizarme. Saco el móvil para hacer la llamada de rigor y veo un mensaje de un número desconocido.

Lo leo con atención frunciendo el ceño a la vez.

Nos vemos en Turquía.

K.

¡Mierda!, tengo la ligera sospecha de a quién pertenece ese número, solo conozco a alguien que su nombre empiece por la letra K. No debería sorprenderme, conociendo a mi amigo Panthera. Aun así, es un contratiempo, aunque decido tratarlo cuando sea inminente.

—Luca

— ¿Qué cojones quieres? —pregunta molesto mi hermanastro.

—Que nos veamos.

—No quiero tener nada que ver contigo, déjame tranquilo acabar con mi objetivo.

Sus palabras me encogen las entrañas, al imaginar las mil y una formas en las que pueden acabar con Knox. Aunque estoy seguro de que aún no la ha localizado, ni siquiera habría descolgado el teléfono. Lo conozco bien, a pesar de que nuestra relación siempre ha estado marcada por la rivalidad. Reconozco que lo detesté nada más verlo porque él era el recuerdo vivo de que la infancia que viví era una falsedad. Mi padre había construido su familia sobre unos cimientos repletos de mentiras. Luca era tres años menor que yo, lo que significaba que mi

progenitor no solo se había dedicado a convertirse en un traidor hacia su país y un frío asesino, sino que además era un adúltero con una doble vida que estaba seguro de que mi madre desconocía.

Pensar en mi madre después de tantos años, dolía como el mismísimo infierno, esa extraña idea de que yo era el único responsable de su muerte oprimía mi pecho cada vez que pensaba en ello. El malnacido de mi padre no se cansaba de asegurarlo, sin embargo, mi mente se había encargado de borrar todos los recuerdos de aquella fatídica noche.

Por lo que la única opción un poco real es la versión que estaba dando mi progenitor.

—Es importante, te espero en el zoco, junto al puesto de especies de Hakim —propongo sin darle opción de contestar y cuelgo la llamada.

Paro al primer taxi que vi pasar por el puerto y le pido que me lleve al centro de la ciudad, allí donde se encuentra el gran mercado o zoco. Sitio muy turístico que tiene miles de visitantes. No es la primera vez que estoy aquí, recuerdo años atrás una vez que Kirial y yo vinimos a Bodrum durante un permiso de cuatro días. Por eso puedo presumir de saber moverme por este lugar que no ha cambiado tanto.

Cuando bajo y pago la carrera del taxi, los aromas especiados inundan mi olfato, esos olores entre incienso y especias que te transportan a la magia de oriente. Camino con paso ligero para llegar al lugar donde he quedado con Luca. No las tengo todas conmigo en afirmar que acuda, aun así, debía intentarlo. Solo, es imposible que pueda rescatar a Knox. Miro el reloj y calculo el tiempo, todavía tengo una hora y media antes de que se comience el acceso al barco de la subasta.

Con anterioridad he llamado a Johnny para que proceda a prepararme a Luca y a mí una identidad ficticia junto a una invitación vip para acudir a la subasta. El capitán ha sido de gran ayuda facilitándome todo ese tipo de información.

Entro en el local de Hakim, admirando el cartel que cuelga de la cornisa donde indica el nombre en árabe. Accedo al interior y husmeo todas las especies colocadas en cestos de mimbre, mientras espero. Como es habitual, el dueño se aproxima para intentar vender sus productos.

— ¿Italiano? —pregunta.

—No, americano —confieso.

—Okay —dice en inglés y sonríe.

Creo que es una de las pocas palabras que conoce en mi idioma. Comienza a ofrecerme especies, llena una de las paletas hondas tipo cucharón de una de color mostaza y me la ofrece para que la huela.

Ufff, por el olor, es cúrcuma, pues el picante incluso se introduce en mis fosas nasales. Me limito a apartarlo y sonreír. Se afana en ir en busca de otra paleta de otra especie, esta vez me la ofrece y el aroma llega a mi nariz antes de que la aproxime a la misma.

—Jengibre—susurro en voz alta.

—Veo que eres un experto.

La voz quebrada de Luca a mis espaldas provoca que me gire para quedar frente a él. Y allí está parado, con su mirada negra y desafiante. Los ojos oscuros de mi hermanastro siempre han sido muy expresivos, un rasgo que ha debido trabajar mucho para de vez en cuando mostrar la frialdad de estos. Luca no se parece en nada a los Parker, tan solo la altura y los hoyuelos son el único rasgo parecido a nosotros y, en común, con nuestro padre. Posiblemente, Luca se parezca a su madre, aunque ni siquiera sé quién es porque nunca quise conocer esa información. Reconozco que lo odié en el minuto cero en el que supe que era mi hermanastro, a pesar de ser injusto fue así.

—Sí, me gustan las especies —comento de forma despreocupada. Necesito que confíe, que deje atrás nuestra rivalidad y se una a mí en mi cruzada de rescatar a Berta.

—No sabía que estábamos aquí para comprar especies, hermano —observa con las mandíbulas apretadas.

Luca suele llamarme hermano, más bien como un insulto, como si en vez de decirlo lo escupiera. Mentiría si no confesara que me molesta, pero ahora no tengo tiempo de esas nimiedades.

—Si piensas eso me subestimas, no creo que seas un hombre que saque conclusiones apresuradas—contesto.

—Está en lo cierto, así que dime de una vez por todas porque querías verme.

—Necesito tu ayuda—dijo abordando el tema directo.

La carcajada de Luca resuena en todo el interior de la tienda haciendo que el dueño lo mire como si estuviera loco.

—Nunca pensé que llegaría el día que altivo Nath el orgullo, el camino y yo trabajo solo en el mundo me pidiera ayuda —se burla jocoso.

—No es ninguna trampa, te lo estoy pidiendo de veras. Necesito sacar a Knox. Sé que es tu objetivo, pero te prometo que cuando la rescate de esa maldita subasta podrás retomar tu misión. Explico siendo todo lo sincero que puedo.

— ¿Te la estás tirando? —pregunta pillándome fuera del lugar.

— ¿A qué viene esa pregunta? —contesto molesto dejándole ver que no voy a profundizar en mi vida privada.

Una cosa es que me ayude y otra es que nos convirtamos en amigos íntimos, The Phantom no puede permitirse amigos. Es gracioso, dos asesinos a sangre fría siendo íntimos, no me rio ante la idea por no provocar a Luca.

—En tres años nunca has mostrado interés por ninguna mujer más allá del sexo ocasional. Y ahora de repente esa morena de ojos de acero es tan importante como para tragarte tu orgullo y pedirme ayuda. Perdona si resulta un poco fuera de lo normal —. Declara con las manos metidas en los bolsillos.

—Luca—advierto—No me gusta compartir mi vida privada. Contesto sin más rezando porque mi hermano dejara el interrogatorio y la curiosidad. Revelar más de Knox sería un suicidio porque ella es mi talón de Aquiles, mi criptonita personal y ese dato no es algo que mi hermanastro, deba conocer.

—Okay, te ayudaré, pero me debes una explicación más amplia cuando salgamos del lugar donde se supone que la tienen. Dije aceptando.

—La subasta de todas las rehenes se celebrará esta misma noche en el yate Azzam el misterioso, acudirán, personas con bastante poder adquisitivo y con invitación vip. Así que consigue un esmoquin y nos vemos en el puerto a las 21.45 horas —informo.

—Lo que es lo mismo quieres hacerte pasar por cliente para pujar por ella y, ¿cómo se supone que entramos? —pregunta.

—En el móvil tienes todos los datos, la identidad falsa creada exclusivamente para acceder al yate.

—Veo que lo tienes todo controlado. No entiendo para qué me necesitas.

—No puedo fallar, necesito apoyo porque no tengo ni idea de la infraestructura de esa organización de contrabando de mujeres. Y no puedo fallar sí o sí, la tengo que sacar de allí. —sentencio apretando los puños.

—Está bien, nos vemos en el puerto hermano —dice abandonando el lugar con sigilo tal como había aparecido.

Capítulo 33

Preludio para la subasta.

Berta Knox

Gracias a Dios, pierdo al capullo malnacido de Davide de vista y soy conducida a una furgoneta blanca que nos espera con el motor encendido. El tipo que se enfrentó a Davide, creo que entendí su nombre cuando hablaban, Kadhir, es el encargado de meterme en la parte trasera de la furgoneta junto al resto de chicas. Cierran las puertas sumiéndonos en una oscuridad desesperanzadora.

— ¿Estás bien? —pregunta Alicia en voz baja.

De nuevo estamos al lado, por lo que me siento un poco más tranquila. A pesar de que sospecho que lo que nos espera no va a ser fácil. Ser vendida al mejor postor, en definitiva, no era el sueño de mi vida. Sin embargo, movida por el afán de descubrir el paradero de mi amiga Gala, a pesar de que Davide me aconsejó que me olvidara, iba a seguir hasta el final, aunque significara vivir un tiempo como esclava. Sé que conseguiría la forma de salir. Ahora solo debía preparar mi mente para no sentir y representar mi papel a la perfección.

—Sí, estoy bien—contesto.

—El rubio es sádico, no tiene escrúpulos —confiesa.

—Sí, nunca hubiera dicho que el monitor simpático y ligón del barco fuera semejante capullo—suelto enfadada, más bien asqueada.

—Es uno de los líderes, él elige las víctimas, nos engatusa y después nos rapta —explica Alicia.

—Eso hizo contigo, sí, desde el primer día que subí al barco coqueteó sin fin hasta que una noche caí en sus redes. A la mañana siguiente amanecí en el zulo.

—Cabronazo —insulto sin poder reprimirme.

Noto como la furgoneta se pone en marcha y circula mientras de nuevo el silencio ocupa la cabina de atrás donde viajamos nosotras.

Por un segundo pienso en Nick, a pesar de que mi mente ha tratado de que sus recuerdos no emerjan. Pero al fin no puedo evitarlo. Quizás piense que he desaparecido sin más, no obstante, no lo creo, quizás se convenza de que el sicario que va tras nuestras cabezas es el culpable.

Una opresión en el pecho cierra mi garganta y noto como me cuesta respirar. Suspiro y me permito el lujo de que una lágrima solitaria resbale por mi mejilla añorando lo que pudo haber sido. Ahora mismo no puedo mentirme, ~~t~~e debo reconocer que Nick Fletcher me gusta y

bastante. Por primera vez en tres años puedo presumir de haber vuelto a sentir ese burbujeo picante en el estómago como cuando comes peta zeta, al pensar en él.

De repente el vehículo en el que somos transportadas se ~~parta~~ para de forma brusca, tanto que mi cabeza chica sin poder evitarlo con la de Alicia. Un gruñido sale de mi boca al sentir el golpe. Con rapidez las puertas se abren y unos hombres empiezan a sacarnos de forma apresurada, es de noche. A pesar de que no sé cuánto tiempo ha pasado desde que me secuestraron, lo que sí puedo saber es que ahora mismo las estrellas cubren el cielo, somos llevadas al interior de una casa. En fila nos guían por unos pasillos bien iluminados, cubiertos por tapices coloridos en sus paredes. Mis pies pueden notar la suave moqueta de alfombra por la que caminamos.

Accedemos a una gran sala, coronada al final por unos arcos que dan a un patio donde se puede vislumbrar lo que parecen unos baños termales o algo parecido. Varias mujeres con sus reglamentarios buscas en la cabeza se apresuran a liberarnos de nuestras ropas. En mi caso, la mujer que se encarga de desnudarme encuentra incómodo para sacarme la camiseta con las ligaduras de mis muñecas. Por un momento el atisbo de esperanza de que puedan desatarme y así tener opciones de escaparme se ilumina en mi mente. Pero no tengo tanta suerte, la mujer coge una tijera y corta los tirantes de mi prenda y del sujetador dejándome completamente desnuda. No estamos solas. Dos hombres armados están colocados estratégicamente, para vigilar que no nos descantillemos o provoquemos ningún revuelo. De nuevo la sumisión es la única opción.

Nos meten en los baños comunes y nos frotan con saña con unos trapos que no tienen nada de suaves.

‹‹Joder con el baño››, pienso.

A continuación, somos embadurnadas de aceites esenciales y nos colocan unas vestimentas repletas de pedrería, pero que dejan poco a la imaginación. Me siento con Sherezade en las *Mil y una Noches*, directa al patíbulo, cargada de brillantes. En la parte superior un sujetador con las copas llenas de piedras rosas y amarillas y en la parte de abajo una falda que apoya en mis caderas con una cinta de joyas. A juego con la parte de arriba y caen sobre mis piernas, unos velos multicolores de gasa, que hacen cosquillas en mi piel al moverme. Nos cepillan el pelo y finalmente nos colocan un velo sobre la cabeza para ocultar nuestros rostros.

De nuevo vuelven a irrumpir los hombres para guiarnos por los mismos pasillos y otra vez somos metidas en la furgoneta.

—Berta, ¿no tienes miedo? —pregunta Alicia.

—Miedo a ser vendida y ultrajada, por supuesto, sin embargo, ahora mismo no tenemos otra opción. Por lo que debemos obedecer y esperar a que se nos presente una oportunidad, la más mínima para librarnos de este destino —confieso con una sinceridad extrema, a pesar de que quizás debería haber sido más esperanzadora. Pero Alicia debe ser consciente de lo que nos espera, no puedo, ni quiero engañarla.

—Me gustaría enfrentar este destino con la misma calma que tú. Sin embargo, es imposible, de un momento a otro sé que gritaré, lloraré…—dice Alicia con los ojos humedecidos.

—Alicia, eres más fuerte de lo que crees. Estamos en esta situación por unos hombres que se creen con derecho de ultrajarnos y vendernos como trozos de carne. Por lo que poco podemos hacer en su contra. Ahora mismo, pero debes aprender a ser paciente y entonces aprovechar la oportunidad cuando se presente —digo agarrando su mano para infundirle fuerza.

Ella se limita a asentir con la cabeza.

El resto de las mujeres se mantienen cabizbajas, cada una supongo intentando aceptar el destino inminente. De nuevo somos sacadas del vehículo, pero esta vez puedo ver claramente que estamos en el puerto.

‹‹ ¡Dios mío, nos van a meter en un puto yate››, resuena en mi cabeza!

Esa sí, que era una opción que no había contemplado, porque de esa forma, sí que sería completamente imposible escapar. Ante nosotras una alfombra roja con dos guardaespaldas con esmoquin negro y pinganillo en la oreja. Son occidentales de eso estoy segura. Mis ojos vuelan directos al yate, que se exhibe ante nosotras con todo su esplendor, es enorme, parece un trasatlántico.

Azzam, el misterioso, en letras doradas, está grabado en la proa del yate. Esto es más grande de lo que parece, por la seguridad que puedo ver y la organización, estos tipos no son unos aficionados.

Capítulo 34

Una subasta, un rescate

Nathaniel Parker

Preparado con el esmoquin puesto, cuchillo a buen recaudo en mi espalda, mi fiel amigo, mi arma preferida. También llevo una pistola con silenciador encintada en la pantorrilla, aunque aún dudo si me la dejaran entrar. Supongo que el yate cuenta con seguridad extrema por lo que seguro que nos cachean. Tengo la excusa perfecta, ya que no llevo guardaespaldas adicional.

Me he registrado en uno de los hoteles de la ciudad, no pienso volver al Costa Fortuna, así que la mejor opción es una suite donde pueda volver. Miro mi móvil y compruebo que no tengo mensajes. Valoro la opción de llamar a Kirial, necesitaré salir del país cuando consiga rescatar a Knox. Para eso la mejor posibilidad es mantener informado a Kirial, él puede conseguir un vuelo privado urgente.

Marco su número y al segundo toque descuelga.

—Dime que la has encontrado y está a salvo —Esas son sus palabras, ni, Hola, ¿qué tal, ni formalismos.

—Voy a por ella, la tengo localizada en el yate donde la subastarán —informo con tranquilidad, una que no siento, pero él no tiene por qué notarlo.

— ¿Cómo que la subastarán? —grita a través del teléfono, Kirial muy enfadado.

—Es una larga historia, sin embargo, no tengo tiempo suficiente para darte detalles. Necesitaré un vuelo para sacarla del país y para eso preciso de tus contactos—solicito.

—Phantom reza a ese Dios del que renegaste hace tres años para que Knox no resulte herida, si no, no habrá agujero donde puedas esconderte de mí. Mañana en el aeropuerto te esperará un vuelo privado. Te mandaré un mensaje con el número de hangar —informa, no sin antes dejar claro como el agua que es su amenaza directa.

—Alto y claro, comandante —contesto con mis palabras cargadas de sarcasmo.

—No tientes a la suerte —advierte antes de colgar.

Una sonrisa se dibuja en las comisuras de mi boca una vez finalizada la llamada. Cuando Kirial y yo hablamos, siguen latente ese vínculo que nos unió con catorce años y que ni siquiera mi falsa muerte ha podido romper. Sacudo la cabeza para relegar todos esos pensamientos, que instan a la pequeña parte de humanidad, que aún vive relegada en un recóndito lugar de mi alma, a salir.

Decido acudir al puerto en un taxi, determino que es la mejor opción, miro una vez más el

reloj de pulsera para cronometrar el tiempo justo que tengo para llegar al yate. Desde el hotel elegido al Puerto de Bodrum hay una distancia más o menos de quince minutos.

Una vez en el puerto me apeo del vehículo, no sin antes pagar la carrera al taxista. Por un minuto barro el perímetro con mi mirada, localizo el muelle exacto donde está amarrado el yate. La gente va accediendo y dos guardaespaldas están apostados en la misma entrada. Coloco por inercia mis gemelos alineados junto a los puños salientes de mi camisa con mis manos y con paso firme me encamino hacia el Azzam, el misterioso.

"Allá voy"

Al acercarme logro posicionarme en la cola, una pareja está delante de mí. A pesar de que el hecho de encontrar parejas en este tipo de evento me sorprende, no es imposible, hay matrimonios que necesitan emociones fuertes. Echo una última mirada antes de que llegue mi turno buscando a Luca y lo localizo, dos puestos más atrás que yo. Cuando llega mi turno saco mi Smartphone y enseño el código QR, que es donde está la invitación. Uno de los hombres escanea el mismo con una pequeña tableta. El sonido de un beep y la luz verde es el aviso de que es correcto. Mi vía libre para entrar al yate.

‹‹Mi ayudante es un puto *crack*››, esa fase se dibuja en mi mente con satisfacción.

Avanzo y subo tres escalones para acceder a la cubierta principal, donde el resto de los invitados degustan un ligero aperitivo. Observo a los camareros en su ir y venir con bandejas al aire, llenas de canapés y copas de champaña. Con maestría me hago con una copa aprovechando que uno de los camareros se cruza en mi camino.

Mi mirada escanea con detenimiento a todos y cada uno de los invitados, todo parece de lo más normal. Por lo que por un momento la sospecha de que el capitán Floreti me la haya jugado cruza por mi mente, sin embargo, la destierro con facilidad.

Los golpes tintineantes de un cubierto sobre el cristal de una copa captan mi atención. Un hombre moreno vestido con una túnica negra adornada con filigranas doradas es el causante del toque de atención.

—En primer lugar, bienvenidos al Azzam, espero que disfrutéis de la noche. En segundo lugar, en quince minutos seréis acompañados al segundo piso del yate y comenzará nuestra subasta especial —concluye desapareciendo entre la gente, acompañado por su séquito de seguridad.

—Esta gente no escatiman en seguridad. Hay cámaras de seguridad por toda la cubierta. También personal armado entremezclado con los invitados —informa Luca colocándose a mi espalda.

Un asomo de sonrisa amenaza con aparecer en las comisuras de mi boca, al comprobar que mi hermanastro ha hecho un buen trabajo de inspección del perímetro.

—Lo sé.

—No lo dudaba por un momento, puedes ser un egocéntrico capullo, pero eso no quita que seas un profesional —proclama en voz baja.

— ¿Eso ha sido un cumplido? —pregunto divertido.

Aunque no obtengo respuesta por su parte, por lo que llego a la conclusión de que ha desaparecido.

Paseo entre la gente haciendo tiempo y de paso grabando en mis pupilas toda la información que puedo reunir. El problema principal y que no he tenido en cuenta es, que en algún momento

de la noche al yate le dé por zarpar.

Hasta el momento mi controlada mente no había contemplado esa posibilidad, no obstante, existía y no podía pasar. Por lo que debía contemplar la acción de trazar un plan B para huir, una vez hubiera recuperado a Knox.

“¡Dios!, cada vez que me permito el lujo de pensar en ella, siento una sensación de opresión en el pecho que dificulta mi respiración”

Mis ojos se fijan en que varios hombres con traje van avisando a los invitados para que los acompañen escaleras abajo, supongo que, al segundo piso, donde al parecer tendrá lugar la subasta.

Saco el móvil de mi bolsillo para aparentar que estoy distraído, mientras no pierdo detalle de nada. Aunque me sorprendo al ver la cobertura al mínimo.

‹‹ ¡Mierda, que extraño! ››, pienso mientras trasteo el mismo para ver si tengo conexión.

“Tampoco”

Es raro, la posibilidad de que estén utilizando un inhibidor de señal cruza por mi mente como un rayo.

—Caballero, ¿nos acompaña? —, la voz del hombre que acaba de colocarse a mi lado provoca que me sobresalte, entorno la mirada durante unos segundos y asiento para acompañarlos.

Juntos bajamos las escaleras que dan acceso al segundo piso, recorremos un pasillo con paredes blancas y cuadros colgados en ellas de motivos náuticos.

Al fondo veo cómo otros invitados traspasan una puerta de madera con tiradores dorados, supongo que es el acceso a la zona donde se realizará la subasta.

—Detente, es en esta puerta —señala uno de los hombres que me acompañan.

Mis pies frenan en seco y mis ojos se clavan en la puerta que ha señalado, alejada de la otra por la que siguen accediendo invitados.

Mi cuerpo se pone en posición de alerta, pues la sombra de la sospecha planea por mi mente.

Uno de los guardaespaldas abre la puerta señalada de par en par delante de mí, y con la mano me invita a que pase.

“Esto no pinta bien”.

Aun así, entro en lo que a simple vista parece un camarote vacío, tras de mí se cierra la puerta quedando solo en el interior. Con paso decidido hago el intento de abrir la puerta, aunque sé de antemano que va a estar cerrada. En definitiva, este no es el lugar donde se va a celebrar ninguna subasta y tampoco creo que sea la zona Vip. La sensación de estar atrapado se adueña de mi interior y la bestia que vive en mi alma, comienza a despertar del soporífero sueño en el que hasta el momento la he mantenido. Minutos transcurren y entretanto memorizo cada rincón de la habitación, cuando la puerta vuelve a abrirse para aparecer por la misma el último hombre que esperaba encontrarme en este lugar.

—Bueno, bueno, aquí tenemos al señor Fletcher.

La voz melosa, como la de un zorro, junto con su piel con exceso de bronceado y su pelo, cejas y perilla rubio, nuclear que reconocería en cualquier sitio. Porque, en definitiva, me cae gordo ese tipo desde el primer momento en el que lo vi en el Costa Fortuna.

—Vaya, el monitor multiusos también metido en este charco. No sé por qué no me sorprende —ironizo de forma chulesca.

Las tremendas ganas de abrir su cuello en canal se van agrupando en mi negra alma, allí parado frente a mí con esa sonrisa que estaría encantado de borrar de un buen puñetazo. Ahora todo encajaba mejor en mi mente, los engranajes de esta maldita trama de secuestro empezaban a ensamblarse. Davide era el peón principal en el tablero de este juego de secuestrar chicas en los

cruceros de la compañía transatlántica en colaboración con el capitán.

—Pensabas que ibas a poder colarte en nuestro yate sin que nadie se diera cuenta. ¿Con qué pretensión? Salvar a tu rollito. Siento decepcionarte, pero no tienes nada que hacer para arrancar de su destino a la chica daiquiri.

‹‹╀¡Joder! ››, como odiaba que se refiriera a Knox de esa manera.

Insuflo aire de forma lenta en mis pulmones para que la calma recorra mis venas ardientes de furia.

—Deberías cuidar tu lengua —me limito a advertirle con mis ojos entornados, mostrando toda la frialdad de la que soy capaz.

La estrepitosa carcajada que sale de su garganta resuena en toda la estancia. Se aproxima a mí en dos pasos, dejando una distancia prudencial entre ambos. La imprudencia que le otorga su soberbia es la razón de que abandone su posición de seguridad entre los dos hombres armados que lo acompañan.

Lo que desconoce es que The Phantom aprovecha cualquier mínimo error en sus víctimas y él está a punto de cometer uno y grande.

—Quizás eres tú quien debes retener tu lengua —amenazada paseándose frente a mí como un pavo real—Eres hombre muerto por si no lo sabes. Tan solo quería decirte que disfrutaré de la chica daiquiri plenamente cuando tú ya no estés —se vanagloria sonriente.

Es mi momento, con movimientos rápidos le doy la vuelta a la situación como el asesino que soy. Agarro con fuerza a Davide por la espalda y coloco la hoja de mi cuchillo en su terso cuello ante la mirada perpleja de sus hombres.

—No os mováis o lo mato —advierto ante el intento de los guardaespaldas de disparar con sus armas.

—No seas idiota, estás en desventaja —gruñe Davide.

—Las desventajas son mi pasatiempo preferido, capullo. —. Me jacto, presionando la afilada hoja de mi arma en su morena piel.

Oteo toda la escena calculando con precisión mis próximos movimientos. Cualquiera diría que estoy loco, que soy un suicida, y lo soy, pues ahora mismo mi demonio interior es quien maneja la puta situación.

Los hombres parados frente a mí no han bajado sus armas, continúan expectantes, esperando para disparar.

Tengo una sola arma a mano, mi cuchillo, el que está pegado al cuello de mi rehén, por lo que veo difícil poder alcanzar a los dos tipos armados con él a la vez. No es un tema de puntería, ni de cálculo, sino que un cuchillo para dos víctimas a la vez es inviable.

Sin embargo, continúo deliberando la forma de revertir la situación en la que estoy envuelto y sé que debe ser rápido. Porque en un solo minuto los hombres que me apuntan pueden decidir disparar a pesar de poner en riesgo a mi rehén.

La puerta se abre repentinamente y ambos guardaespaldas se giran sorprendidos, para ver quién es la persona que ha abierto.

Mis ojos observan los movimientos rapidísimos de Luca, que inmoviliza y desarma a ambos hombres con ayuda de un cuchillo y sus manos. Admiro sus formas, aunque confieso que jamás se lo diré. Porque mi hermanastro va sobrado de ego y mis felicitaciones solo alimentarían, su ya de por sí, subida autoestima.

Tan solo necesita unos minutos, para dejar noqueados a los tipos en el suelo.

—Al parecer no puedo dejarte solo —exclama guiñando un ojo sonriente.

—Venga, no me jodas, tenía la situación bajo control—siseo sin soltar a mi rehén, en los ojos

del cual puedo ver miedo.

Ahora está solo ante el peligro, es consciente de ello, por lo que la altivez y la seguridad lo han abandonado.

—Ahora rubito oxigenado, vas a colaborar. Así que guíanos hasta donde se encuentra Knox —exijo ejerciendo cierta presión, la justa sobre su cuello con la hoja afilada de mi cuchillo Seal.

—Sí —contesta, su voz suena temblorosa.

Los tres abandonamos el camarote, no sin antes esconder los cuerpos inconscientes de los guardaespaldas, que Luca ha dejado fuera de juego.

Capítulo 35

Destino Inminente

Berta Knox

Preparadas para nuestro inminente destino, con unos velos semitransparentes ocultando nuestros rostros y maquilladas a la perfección. Dos mujeres que aún están con nosotras en el camarote donde estamos todas, son los artífices de nuestros recargados maquillajes. Alicia no se separa de mi lado, como si mi cercanía pudiera infundirle fortaleza y sosiego. Para desgracia de ambas, yo tengo poca esperanza, por no decir ninguna, de escapar de aquí. Tendría que ocurrir un milagro para ser rescatadas y yo siempre he sido una persona más bien realista, en pocas ocasiones he recurrido a la fe.

Continuamos esperando en silencio, ante las miradas vigilantes de las dos mujeres que son las encargadas de mantenernos calladas y listas para el evento. En una de las esquinas del camarote, un hombre armado, quieto como una estatua, nos recuerda con su presencia que somos cautivas.

Como un rayo una idea atraviesa mi mente, quizás si intento con disimulo acercarme al hombre pueda hacerme con su arma y así tener una mínima oportunidad de salir de este sitio. Alicia sigue pegada a mí, así que toco con mis dedos su brazo por debajo del velo tornasolado que lleva y sus ojos marrones enrojecidos se cruzan con los míos. Espero que entienda mis intenciones porque no puedo explicarle mi plan, las mujeres ataviadas con burcas negros, no pierden detalle de nuestros movimientos como águilas al acecho de sus presas. Mi compañera refleja el miedo en sus ojos, sospechando mi intento de revertir nuestra situación. Con sigilo y naturalidad, mezclándome con el resto de las mujeres que nos encontrábamos allí, voy acortando distancia hasta colocarme cerca del hombre armado. Vestido de igual manera que la mayoría de los captores que hasta el momento había visto, túnica negra y pañuelo cubriendo su pelo, con una espesa barba negra en su rostro aceitunado…

Por el rabillo del ojo, observo como Alicia, al parecer ha dejado su miedo aparcado y hace señales al resto para que se mantengan alerta. Para mis adentros sonrío ante el valor que demuestra mi reciente amiga.

Los ojos carentes de brillo del hombre armado siguen fijos al fondo de la estancia, de momento mi plan va viento en popa, he logrado acercarme lo máximo sin que vea nada raro en mi actitud. Por un instante desvío mis ojos hacia Alicia, y con una compenetración extrema, capta mis intenciones en silencio. Ella y otras dos chicas más deciden increpar a las mujeres que nos vigilan rodeándolas, creando un pequeño tumulto que logra que nuestro vigilante decida avanzar para poner orden. El guirigay ocasionado por las chicas es la distracción que necesito para interponer mi pie a modo de zancadilla al hombre armado y este trastabillando cae al suelo sorprendido. Con premura aprovechando su desconcierto agarro la pistola y apunto a su cabeza.

—Si mueves un solo pelo, te meto una bala entre ceja y ceja —amenazo.

No le quito ojo, ni él, a mí, me examina visualmente con escrutinio. Centra su atención en mi rostro en busca de alguna señal que lo convenza de que lo que estoy diciendo lo voy a cumplir. Al parecer encuentra algo porque decide no moverse. La determinación recorre mis venas, soy consciente de que no dudaría en disparar, porque no sería la primera vez. A lo largo de mi carrera de agente en la CIA había tenido que apretar el gatillo en más de una ocasión. El resto de las

chicas alentadas por el hecho de que haya conseguido tumbar a unos de nuestros captores y controlar la situación, deciden atar y amordazar a las mujeres con sus propios velos, los cuales se arrancan de sus cabezas.

—Ha sido espectacular, Berta —alaba Alicia llena de admiración.

—Lo mismo digo chicas, ahora meted a las mujeres en el baño y cerrar la puerta, rápido por si vienen a buscarnos —ordeno, sin quitar la vista del hombre que está en el suelo, al que sigo apuntando.

—Listo, ya está, y ahora, ¿cuál es el plan? —exclama Alicia con el subidón por el éxito.

En el preciso momento en el que voy a contestarle, la puerta se abre de forma brusca y todas damos un respingo a la vez. Mis ojos no pueden evitar dirigirse hacia ella y casi se salen de las cuencas al ver a Nick sujetando al capullo de Davide. Junto a él, un tercer individuo que es la primera vez que veo. Cierran la puerta tras de sí y nos miran de manera exhaustiva.

—Nick —susurro con una mezcla de sorpresa, emoción y algo más que ahora mismo no deseo analizar.

—Knox, veo que tienes la situación controlada —bromea guiñándome un ojo.

Odio cuando bromea en situaciones extremas, pero reconozco que mi corazón salta de júbilo al tenerlo aquí. Esa extraña manía también me recuerda a Nath, él solía contar chistes a través del hilo de comunicación que manteníamos durante los operativos. Amonesto a mi mente por esos pensamientos.

—Calla y ayúdame con este tipo —gruño.

—Luca, encárgate —. Se dirige al hombre que está a su lado.

Son más o menos de la misma estatura, aunque el compañero de Fletcher es moreno. —contrastando con lo rubio que es él—, aunque sus ojos rasgados y negros son preciosos. Su complexión es más corpulenta que la de Nick. El tal Luca se aproxima a mí y sujeta al tipo por el cuello con fuerza y sin pensárselo le atiza un puñetazo dejándolo inconsciente. A continuación, lo arrastra hacia el baño donde supongo que piensa dejarlo junto a las dos mujeres que mis compañeras se han encargado de dejar fuera de juego. Parezco una idiota, me reprendo en silencio, no puedo apartar mi atención por Nick. Ese hombre remueve cada célula de mi cuerpo con su presencia. Imponiendo, arrasando con cada resto de coherencia o sentido común. A pesar de estar en una situación de peligro, con nueve chicas atemorizadas a mi alrededor, mis hormonas arden solo con su presencia. Con esmoquin y camisa blanca resaltando los restos de tinta negra del tatuaje de su cuello. Es la imagen más sexy que he visto nunca.

—Bueno, vamos, tenemos que movernos —La voz quebrada, rasposa de Luca me saca de un plumazo de mi estado de ensoñación, pestañeo y lo miro con curiosidad.

—Okay —Es la única palabra que sale de mi boca porque al parecer mi cerebro no alcanza a conjugar otra cosa.

—Bueno. Señoritas. Vamos a salir de aquí, sin embargo, no va a ser fácil. Por lo que les pido que sigan nuestras instrucciones al pie de la letra —informa Nick dirigiendo su mirada azul a mis compañeras, las cuales están atentas a sus palabras.

—No saldréis de aquí con vida.

La voz de Davide resuena en mitad de la habitación.

—Tú cállate —ordena entre dientes Nick, presionando la mano donde sujeta el cuchillo que tiene apoyado en el cuello del monitor.

—Vamos —concreta Luca dirigiéndose a las chicas y ambas lo siguen para salir con él.

—Knox, ve con ellos —indica.

Por lo que veo él no tiene intención de seguirnos de momento, no sé qué intenciones tiene, supongo que deshacerse de Davide. Mi carácter empecinado me obliga a no mover mis pies del suelo.

—No, yo iré contigo —proclamo con seguridad.

En el rostro de Nick puedo apreciar su desacuerdo con mi decisión, aunque lo obvia, ya que no tenemos tiempo para enzarzarnos una discusión. Cada movimiento calculado logra hipnotizarme, saca de uno de sus bolsillos un par de bridas de plástico y con una sola mano consigue encintar las manos de Davide. Solo entonces retira de forma lenta el cuchillo de su cuello y lo traslada a su espalda, presiona y el rubiales da un respingo acompañado de un gruñido de dolor.

—Ahora vas a seguir colaborando. Nos acompañarás a la salida, y además necesito tu móvil —exige Nick.

—Los móviles no funcionan en el yate —informa.

—Pues uno que funcione, no creo que el tuyo no lo haga —insiste Nick entornando sus ojos de manera desconfiada.

—En el bolsillo trasero de mi pantalón —dice al fin—. Pero podrías dejar que la chica daiquiri lo cogiera, me muero por sentir sus manos —provoca ~~a~~ Davide.

La ira refulge en los ojos de Nick en un nanosegundo apretando con fuerza sus mandíbulas ante el comentario. Yo miro la imagen como si fuese la escena de una película pasando ante mis ojos.

—Si no quieres morir antes de tiempo, no la nombres, ni la mires —gruñe Nick con una frialdad apabullante.

Por un minuto siento un escalofrío, nunca lo he visto actuar de esa manera tan gélida, como si realmente esas sensaciones oscuras y salvajes fueran su zona de confort. Y no puedo evitar sentir que no lo conozco. Porque tan solo hace unos días que Nick Fletcher entró en mi vida,

haciéndome sentir, arrasando con todo el sentido común que vivía en mí. Despertando ese sentimiento de esperanza y anhelo de poder estar con él, de disfrutar de todo el cúmulo de sentimientos que florecían en mi interior estando a su lado. Una vez más, me había dejado llevar por mi corazón, a pesar de saber que eso siempre me traía problemas.

—No te enfades, a fin de cuentas, has ganado —concluye Davide que prosigue con su actitud provocadora intentando sacar a Nick de sus casillas.

Qué iluso por parte del rubio intentar una acción tan suicida, por lo que he podido observar Nick actúa controlado, como una roca, de forma metódica a pesar de las increpaciones. Ni siquiera osa contestarle, tan solo rebusca sacando el aparato de su bolsillo y lanzándolo hacia mí, sin aviso, cogiéndome demasiado desprevenida. Así que tengo que reaccionar de manera atropellada, para que el Smartphone no acabe estrellado contra el suelo.

—Llama a la policía, diles que es de vida o muerte y pásales la ubicación.

Una vez que cuelgo con el departamento de policía con el que me he comunicado gracias a que la operadora hablaba inglés, - no olvidemos que estamos en Turquía y yo de turco ni papa—, Nick se dirige hacia la puerta para que ambos salgamos, él abre primero y revisa el pasillo para comprobar que está despejado, después los tres salimos, yo sigo a su espalda y Davide va delante de él a modo de escudo. La pistola que le robé al captor todavía va en mi mano, caminamos con sigilo atentos a cualquier movimiento.

Al final del pasillo subimos unas escaleras para acceder a la cubierta, ahora vacía, tan solo unos camareros recogían lo que al parecer era el resto de un aperitivo, copas y platos vacíos. Ninguno de los trabajadores se fija mucho en nosotros, absortos como estaban en sus tareas. Oteo la zona, ni rastro de las chicas ni de ese tal Luca y cierta preocupación se instala en mi alma. Nos fijamos en los hombres apostados en el muelle salvaguardando el acceso al yate. Por nuestra izquierda aparece al fin el compañero de Nick junto a las chicas, supongo que eso sí que alerta al personal de catering porque miran la escena extrañados.

— ¿Dónde cojones estabas? —regaña Nick.

—He tomado un pequeño rodeo, hermano —contesta divertido,

Hermano, esa palabra resuena en mi mente, no estoy segura si Luca se ha dirigido a Nick de esa forma como colega o realmente son hermanos. Si esa así, no se parecen en nada.

Luca coge a Alicia del brazo sonriente y dice:

—Vamos princesa, tenemos dos hombretones a los que embaucar.

Los dos bajan la pequeña rampa que da acceso al muelle y a la alfombra roja, al final de esta es donde se encuentran los dos guardaespaldas.

—Intentad que no se os vea desde abajo—susurra Nick al resto de las chicas. Y estas obedecen al minuto.

Miro a mi espalda y no hay ni rastro de ningún camarero lo que me extraña y mucho, puede que hayan ido a dar la voz de alarma, esa sospecha hace que los nervios se agolpen en la boca de mi estómago. Lo que sucede a continuación es demasiado rápido. Del segundo piso empiezan a salir hombres trajeados con pistolas en sus manos, lo que provoca que las chicas griten atemorizadas. El pavor les hace juntarse entre ellas, mientras Nick y yo permanecemos semi ocultos, gracias a la piña que han hecho sus cuerpos. La mirada que me brinda casi me corta la respiración, entiendo que la situación es desesperada y necesita acciones extremas. Así que, sin pensar, Nick hunde la hoja de su cuchillo en la espalda de Davide y este aúlla de dolor. A continuación, lo lanza hacia delante, cayendo justo a los pies de los hombres armados que nos apuntan.

Esa distracción ayuda a que tanto Nick como yo, arrastrada por él a lo largo de la rampa del barco, nos escabullamos. A pesar de mi reticencia por dejar a las chicas atrás.

—Nick no… —mascullo porque no quiero dejarlas solas con aquellos tipos.

Pero el silencio es la única respuesta que recibo por su parte. Cuando llegamos abajo oímos los gritos en turco que llegan desde cubierta. Luca tiene la situación controlada, redujo a los guardaespaldas en menos de lo que canta un gallo y sin mucho escándalo~~,~~ Alicia parada a su lado, lo mira con total adoración. Mi amiga parece que se ha encontrado con un héroe en su camino. Cuando nos acercamos a ellos, comienzan a volar disparos desde la cubierta del yate en nuestra dirección.

— ¡A cubierto! —grita Nick sin soltarme de la mano y los cuatro corremos en busca de algún lugar que pudiera servirnos de refugio ante los disparos. Conseguimos llegar ilesos a una de las naves tipo almacén ~~frente~~ justo frente del muelle.

— ¡Hostia!, estos turcos van bien preparados —aprecia Luca sacando un arma de la nada dispuesto a defender nuestra posición.

—Luca, no dispares —. Se limita a indicar Nick con una calma que acojona.

¡Dios mío!, su cuerpo ni siquiera está en tensión, lo sé porque mi hombro roza con suavidad el suyo en la posición que nos encontramos~~.~~ —sentados en el suelo, pegando nuestras espadas a la pared de la nave donde nos hemos resguardado—. Esa calma consigue recordarme al mar sosegado como una balsa de aceite, a veces preludio de una gran marea furiosa, capaz de arrasar con todo lo que se encuentra a su paso.

Al fondo resuenan las sirenas y en el rostro de Luca puedo ver la compresión de la orden que acaba de darle Nick, sonríe y menea la cabeza de un lado al otro.

—Eres el puto amo y lo sabes. Lástima que eso no cambie el hecho de que te odie un montón —exclama divertido Luca.

Los turcos cesan en sus disparos al oír las sirenas que se acercan al muelle con rapidez, e intentan de forma desesperada desatar las cuerdas de los amarres para poder poner el yate en marcha. No les da tiempo, las autoridades llegan antes y empiezan a disparar en un fuego cruzado. Temo por la seguridad de las chicas y en un impulso hago en intento de ir hacia la zona

de peligro para poder ayudarlas, sin embargo, Nick lo impide sujetando mi cuerpo con fuerza.

—No seas imprudente —regaña.

Sus ojos están fijos en los míos y puedo ver cómo la ira bailotea en sus pupilas. Aun así, esa mirada azulada agita cada célula de mi ser. A pesar de que estamos rodeados de una situación de peligro, como en cualquier película de acción, mi cuerpo arde en silencio por el de Nick. La sensación de que mi piel arde bajo sus dedos hundidos en mi antebrazo me embarga acalorándome. Ya sé que no es el mejor momento ni lugar para excitarme, no obstante, no puedo remediarlo.

Capítulo 36

En plena huida

Nathaniel Parker

La adrenalina campa a sus anchas por mis venas, mi corazón bombea a un ritmo frenético, no solo por la acción, esa que durante tres años lleva siendo para mí como la droga para un adicto. No, esta vez es el aroma afrutado, la piel blanca como el nácar y ese atuendo que los capullos de los secuestradores les han puesto a sus cautivas. Ver a Knox ataviada con esa falda de velos multicolores que deja poco a la imaginación, ha alterado cada fibra de mi cuerpo, mi erección ha adoptado posición militar de firmes en cero, coma, segundos. Confieso que, si no fuera porque al verla encañonando al tipo en el suelo estábamos rodeados de gente, la hubiera hecho mía allí mismo olvidándome de todos.

Ahora estamos agazapados tras un almacén mientras los malditos turcos disparan en todas direcciones, para poder alcanzarnos. Mi hermano empuña su arma para defendernos, aunque le ordeno que no lo haga. Estoy seguro de que en breve oiremos las sirenas de las autoridades, que Knox ha avisado previamente con el móvil del idiota del rubiales.

Nos mantenemos en silencio agazapados con las espaldas pegadas al hormigón de la pared de la nave. El aroma de Knox azota las aletas de mi nariz sin que pueda evitarlo porque estamos demasiado cerca. Lo que supone para mí una tortura china. Su hombro desnudo roza el mío y tenerla al alcance y no poder tocarla como deseo me está volviendo loco.

‹‹Nunca me cansaré de ella››, esa frase cruza mi mente como un rayo a pesar de que mi consciencia me reprende.

Ella no puede ser mía, a pesar de que mi cuerpo grita que lo es, con cada célula que lo compone. Nada ha cambiado, yo sigo esclavo de la orden Mala Sangre y por el bien de ella y de mis seres queridos, cuando la deje a salvo, desapareceré de nuevo muy a mi pesar.

Sumido en mis elucubraciones, tardo en reaccionar, cuando Knox tiene el impulso de correr hacia el yate, donde la policía turca ya está disparando para poder detener a los malos.

Gracias a mis reflejos clavo mis dedos en su antebrazo y logro que se quede sentada, la atravieso con mi mirada enfurecida ante su escrutinio. Y de nuevo mi erección crece más ante la posición rebelde y empecinada de Berta.

“Esta mujer consigue volverme loco en todos los sentidos”.

Embobado, miro sus acolchados labios, me encargaría de borrar todo ese carmín, que los cubre con mi lengua hasta regresarle su color rosado natural. Sin embargo, consigo reprimirme de nuevo haciendo acopio del poco control que me queda.

—Escuchadme bien, debéis acercaros al lugar donde está la policía. Sois parte de esa

investigación. Parece que ya tienen controlada la situación —aconsejo, mirando a la joven que está junto a Luca a pesar de que mis palabras están dirigidas a ambas. Aunque he preferido dirigirme a la joven, porque me resisto a volver a perderme en la mirada metálica de Knox.

Lucas alza sus cejas en un arco perfecto ante mis palabras y mi actitud.

—Está bien —asiente la joven levantándose—Vamos Berta.

Y también decido ponerme en pie, aliso mi esmoquin para sacudir los restos de polvo de forma despreocupada, escondiendo en mi interior el tumulto de sentimientos contradictorios del que estoy siendo víctima.

— ¿Eso es todo? Largaos con la poli y hasta luego.

Por fin llega el reproche, cargado de enfado por su tono duro e irónico. Incluso puedo notar sin mirarla la intensidad de sus ojos posados en mí. Sé que no puedo postergar enfrentarla, aunque de nuevo me parta la poca alma que me queda.

—Berta, debéis ir con las autoridades. Sabes cómo funciona esto, ellos os pondrán en contacto con la embajada para que regreséis a vuestros hogares —informo manteniendo mis pupilas fijas en su rostro. Está justo frente a mí con las manos en su cintura y su ceño fruncido.

Mirarla es como ver una diosa, con esos coloridos y abalorios dorados sobre su espectacular cuerpo, ese que he tenido la suerte de lamer, deleitándome a consciencia en cada recoveco de este. Mi virilidad se queja contra mi pantalón desesperada por darle rienda suelta.

Por el rabillo del ojo, veo a mi hermano invitando a Alicia a dejarnos solos, presintiendo que nuestra discusión puede ser apoteótica. En silencio lo agradezco y lo maldigo a la vez. Porque quedarme a solas con Knox no es buena idea.

—Así, sin más, explícame algo que no sepa Nick. Has arriesgado tu vida y la de tu compañero para sacarme de ese puto barco y el fatal destino que me esperaba, para ahora despedirme como si fuera una extraña —reprocha alterada.

Da dos pasos acortando la distancia que nos separa, decidida y enfurecida. Reconozco que esperaba que acatara mi decisión y se marchara sin mirar atrás. Para facilitarme las cosas, pero la Berta Knox que tengo frente a mí, no es la misma que tres años atrás, aceptó con estoicidad que la dejara tirada. Aún recuerdo el anhelo de que, aquella mañana en la agencia, cuando le dije que había sido un desliz, me gritara, me golpeara, pero no. Simplemente, se protegió con altivez y aceptó sin más.

“Hoy por hoy no iba a tener tanta suerte”.

—Berta, no he hecho nada que no hiciera cualquiera en mi lugar. Recuerda que solo soy un empleado de una agencia de seguridad. No tengo jurisdicción en este país. Si te acompañara debería responder demasiadas preguntas —justifico mintiendo como viene siendo habitual.

Por su rostro cruzan varias emociones, si algo tiene Knox es que es muy expresiva, siempre.

Sus cejas negras se arquean en un arco perfecto y sus labios se fruncen apretados. Da dos pasos más y pega su pecho al mío alzando su barbilla de manera orgullosa.

"¡Dios, esto es una tortura!"

—Eres un capullo, no sé cómo he podido ser tan imbécil. ¿Qué vas coleccionando rollitos en tus viajes? ¿Quién crees que eres Nick? ¿Un rompecorazones? Pues espero que te quede claro, que no me gusta ser una más en tu lista, ni en la de nadie. Por lo que tú te lo pierdes, capullo —regaña mientras unos de sus largos y gráciles dedos presiona mi pecho.

Las ganas de sellarle la boca con la mía propia, para que deje de decir esas tonterías azotan imperiosas en mi interior. Dominado por mis impulsos, la agarro con rapidez y la empotro contra la pared de cemento del edificio, pegando mi cuerpo al de ella. Con los labios casi rozando a los suyos, expectante a su cara de sorpresa, siseo.

—No eres una más para mí, no podrías serlo jamás, ni para mí, ni para ningún otro. Estoy haciendo acopio de un control titánico para no arrancarte este disfraz de Sherezade que me está volviendo loco y follarte como ansío desde el primer minuto en el que mis ojos se posaron en ti.

Para mi sorpresa, ella elimina la poca distancia que separa nuestros rostros y me besa, devorando mi boca como una fiera a juego con mi bestia, que no se queda atrás. Comenzamos un bailoteo de lenguas desesperadas, como hambrientas, como sedientos, como si fuéramos ese exfumador que se pone en sus labios el primer cigarro después de veintiún días de abstinencia. Mi lengua arrasa su boca, rebañando cada lugar de su cavidad. Mis caderas presionan su centro y mi erección brama por la liberación que ve inminente.

¡Dios mío!, besarla, saborearla, para mí es el sumun del placer, es como tocar el cielo.

Las manos de Knox acarician mi nuca con deleite, presionando para profundizar nuestro beso más si todavía es posible. Como siga así, no voy a poder parar y tengo que hacerlo. Recolectando toda la fuerza de voluntad que aún queda en mi interior, que es muy poca, logro romper el beso con suavidad. Mi retina se queda embelesada con el rostro arrebolado de Knox y sus labios hinchados por mis besos, imprimiendo esa imagen en mi cerebro.

—Y ahora, vas a ir donde las autoridades. En tres horas saldrás del país en un vuelo privado. ¡Mantente atenta! —informo con la voz entrecortada, en un desesperado intento por recuperar la calma. Esa que brilla por su ausencia, después de haber dado rienda suelta a mis anhelos. Knox se limita a regalarme una de esas sonrisas que estrujan mis entrañas.

—De acuerdo, Nick.

Y se encamina hacia donde se encuentran Luca y Alicia para ir con su compañera. Mis ojos no pueden separarse de ninguno de sus movimientos. La veo como se dirige al centro del operativo policial, solo entonces es cuando me permito desviar la mirada para cruzarme con la cara curiosa de Luca.

—Ella es tu talón de Aquiles, hermano, la principal razón por la que el viejo te tiene atado a La Orden —expresa Luca. No es una pregunta, es una conclusión a la que parece que acaba de

llegar.

—No voy a hablar de ello —reniego con intención de largarme.

—Bueno, hermano, hasta aquí llega nuestra colaboración, de nuevo volvemos a ser enemigos —comenta.

Mis pies se paran en seco, recordando que Luca tiene un trabajo pendiente, y, el objetivo de este, sigue siendo ella. ¡Mierda!, por un minuto había olvidado ese importante detalle.

—Luca, quiero darte las gracias por tu ayuda. Sin ti no podría haberlo conseguido —digo buscando las palabras exactas para agradecerle su colaboración.

—El orgulloso The Phantom dando las gracias, no me lo puedo creer —exclama sarcástico.

—Vas a lograr que me arrepienta—mascullo entre dientes—. Sabes, tengo algo más que pedirte —abordo al fin.

Necesito apelar a su consciencia, aunque Luca el Negro presume de no tenerla. No obstante, es un intento desesperado de rebuscar el Luca que he vislumbrado esta misma noche. Ese hombre que ha contribuido a que diez chicas fueran salvadas de un destino vejatorio y cruel.

—Déjame adivinarlo—se jacta de forma arrogante—Deseas que no acabe el trabajo que acepté. Que deje con vida a la chica de mirada metálica, a tu talón de Aquiles, tu criptonita. A esa que vas a apartar de tu lado sin mirar atrás, para salvar su vida a pesar de condenar tu alma y tu cordura.

¡Joder!, yo no lo hubiera expresado mejor que él, mi hermanastro tenía toda la razón del mundo. ¿Tanto se notaba que Knox era lo más importante para mí? Si era así y las palabras de Luca así lo demostraban, estaba bien jodido.

—Veo que eres demasiado observador —, aprecio con mal talante.

—Creo que nuestro padre tiene razón, te has vuelto descuidado y eso será tu fin, hermano —proclama con dureza.

Achico mis ojos y lo enfrento apretando los puños, reteniendo las inmensas ganas de atizarle un buen puñetazo.

—No me provoques, puede que me haya dejado llevar un poco, sin embargo, no olvides que vendí mi alma al diablo y no tengo nada que perder. Por lo que podría acabar contigo en cualquier momento sin pestañear —amenazo a pesar de ser consciente que eso puede desatar la ira de Luca y proseguir con su encargo de matar a Knox. Aunque no voy a permitirlo, a pesar de que estoy cansado, necesito apartarme de ella para reconstruir los barrotes de mi celda imaginaria. La misma donde guardo a buen recaudo mis sentimientos y la pequeña porción de humanidad que me queda. Por eso he hecho el intento de que Luca desista, pero si no lo consigo, evitaré que la mate, aunque me deje la vida en ello.

—Cálmate, de momento no tengo intención de eliminar a tu criptonita—confiesa al fin—Nos vemos pronto.

Dicho esto, se larga sin mirar atrás, dejándome parado en mitad de la noche, con la mirada perdida en el negro cielo estrellado.

Capítulo 37

Las exigencias de Mandrágora

Némesis

Llaman a la puerta, con voz firme doy él adelante, tras ella aparece mi fiel compañero Catana. Su rostro pétreo lo acompaña como viene siendo habitual y tras él va altiva y soberbia, como siempre, ella. Una vez dentro, Catana nos deja solos cerrando la puerta.

La esperaba, para mis cálculos, mucho había tardado Mandrágora en hacer acto de presencia. Ella era la portavoz de los mecenas de La Orden, a todos ellos los conocíamos con un seudónimo. Bueno, reconozco que yo sabía sus identidades reales. No obstante, las salvaguardaba como moneda de cambio, por si me veía empujado a hacer mal uso de ellas o intercambiarlas por mi vida.

A Mandrágora la conocí veinte años atrás, era la mujer de un empresario muy bien posicionado en las altas esferas de la sociedad europea. Años después su esposo había muerto en un accidente. Por lo que la señora había tomado posesión de todo el imperio de su marido. Con un físico exuberante a pesar de su estatura, no supera el metro sesenta y tres, con un busto bien dotado al cual se encargaba de sacarle partido, ojos vivaces y sonrisa encantadora de hombres. Mandrágora era la voz cantante y, además, muy peligrosa.

—Bienvenida a mi casa —, saludo mientras me pongo de pie para acercarme y besar el dorso de su mano.

—No estoy contenta, Némesis. Deberías saberlo, por lo que me lo pensé demasiado para acudir directamente —, contesta esquivando mi saludo de manera descortés.

Aprieto los labios, furioso ante los desaires de esta maldita mujer, no estoy de humor para aguantar sus exigencias, pero de momento debo fingir ante ella.

—Lo tengo bajo control —, rebato siguiendo sus movimientos con mi mirada. La mujer se pasea por delante de mi escritorio con la gracia. Sus sinuosas curvas embutidas en un vestido de tubo negro de tejido brillante, que no pasan desapercibidas.

—No es la sensación que me da, mi querido Némesis. Al parecer tus vástagos se han revelado en tu contra. —, informa dirigiendo su mirada calculadora hacia mí.

Esa pulla por su parte enciende mis venas, porque Mandrágora hace honor a su seudónimo, es muy peligrosa. Tengo la seguridad de, que si se ha referido a mis hijos es que tiene información que yo no manejo y eso logra sacarme de quicio de manera irracional. Con movimientos sigilosos acorto la distancia que nos separa y ocupo el sillón tras mi escritorio.

— ¿Qué es lo que no dices? —, interrogo yendo al grano.

Sus ojos maquiavélicos brillan con astucia y las comisuras de su boca se alzan en una semisonrisa, que no augura nada bueno.

—Tu primogénito en el cual has puesto todas tus esperanzas para ser tu sucesor en La Orden, sigue desequilibrado. Sus escarceos rozando de vez en cuando la vida que pertenecía al hombre que una vez fue, le pasarán factura. ¿Sabías que ayudó al comandante Phantera a rescatar a la hija del coronel Lennox hace unos meses? —Lanza sus palabras como una bomba, segura, que va a hacer tocado y hundido en mí.

Porque efectivamente desconocía esa información. No puedo reprimir, apretar los dientes con fuerza ante el acceso de ira que sube por mi garganta.

—Nath, necesita tiempo…—gruño entre dientes conteniendo las ganas de partirle el cuello a Mandrágora, a pesar de saber que eso sería un suicidio, sería el detonante para hundir por lo que durante años he trabajado. La Orden moriría al segundo de yo matar a esta maldita mujer venenosa, que lleva años haciéndonos bailar al son de sus astutos planes.

—Vamos, Némesis, te creía más inteligente. Tu hijo no necesita tiempo, está totalmente abducido por esa chica, la hija del embajador Knox. Por esa razón ella debería estar muerta —expone aleteando con una de sus manos como si lo que yo dijera no importara. Ella ya tenía en su mente un dibujo de todo lo que estaba pasando y de lo que según ella iba a acontecer.

Poco a poco, conforme voy escuchando las palabras de Mandrágora, percibo que ella va más de un paso por delante de mí y eso me cabrea y mucho. Esa mujer ha hecho los deberes. Muy a mi pesar he estado demasiado enfrascado y preocupado por mantener a raya a mi séquito de hombres, tanto que he descuidado varios aspectos e información y eso puede hundirme en la miseria.

—Tú has ordenado matarla —proclamo como si de repente mi mente hubiera tenido una revelación.

—Esa chica lleva años interponiéndose en mi camino, es hora de que desaparezca, sin embargo, escoger a tus hijos para hacer su trabajo ha sido un error. Ahora no hay otra opción, ellos deben morir y ella también —anuncia con los ojos inyectados en odio.

—No conocía ese odio tan cultivado por esa insignificante mujer —Insto sorprendido por el interés que incita la joven Knox en Mandrágora, la conozco y creo que en todo esto hay algo personal, por lo que estoy decidido a averiguarlo.

—No me subestimes, Némesis, poco importa mi interés, solo mi orden directa de que los tres deben morir —sentencia acercándose a mi sillón con movimientos lentos y sensuales, acariciando mi mentón con uno de sus largos dedos coronados por unas uñas largas en rojo intenso.

—Mi querida Mandrágora, ¿debo tomar tu orden como una directa de los mecenas? —, pregunto arqueando mis cejas de forma interrogante.

La contrariedad cruza por un instante su rostro, pero recupera la máscara de la impasibilidad

en un minuto.

—Soy la portavoz, una orden mía es una orden de ellos. —, dictamina.

Capítulo 38

Vuelta al hogar

Berta Knox

Estos turcos son unos cabezotas, llevamos más de cinco horas declarando, y, aun así, todavía no están conformes. Las chicas están demasiado nerviosas y yo cabreada. Necesito quitarme estas malditas ropas y darme una ducha para sentirme nuevamente yo. Al fin damos con un oficial competente, que tras hacernos varias preguntas nos deja en libertad.

Cuando me dirijo a la salida de la comisaría recuerdo que voy indocumentada y sin tarjetas ni dinero, por lo que de nada sirve estar libre cuando no puedo ni pagar un taxi.

—Berta —. La suave voz de Alicia hace que gire sobre mí misma para verla tras de mí—De nuevo, gracias, no estaría aquí si no fuera por ti —, exclama la joven con los ojos humedecidos.

—No hay nada que agradecer, has sido muy valiente —, profiero mientras nos fundimos en un abrazo.

Al separarnos me entrega un pequeño papel con su dirección y su teléfono.

—Me gustaría que mantuviésemos el contacto —dice sonriente.

—Por supuesto —, confirmo brindándole también una sonrisa sincera.

Después de dejar a Alicia en los pasillos, continúo mi paso hacia la salida, intentando buscar una solución a salir de aquella puñetera comisaría. Desde que nos despedimos en el muelle no he tenido noticias suyas, pero las tendré. Se encargó de dejarme claro que está interesado en mí, tanto como yo en él, por lo que confío que encontrará la manera de volvernos a ver. Esa esperanza hace que mi corazón baile al son de baladas románticas.

Distraída como voy, no me percato del hombre que se acerca con paso firme hacia mí, hasta que mi cuerpo choca con el de él.

— ¡Ups! —exclamo al colisionar con un pecho duro como una roca, alzo la mirada para identificar con quién he tropezado. Mis ojos se abren de par en par ante el reconocimiento de esos ojos verdes imposibles de olvidar.

—Knox, veo que sigues teniendo la manía de no mirar por dónde vas.

— ¡Kirial! —, grito lanzándome a sus brazos emocionada, como el náufrago que encuentra una boya en mitad del mar.

Kirial Lynx es la última persona que esperaba encontrarme en este maldito lugar, no obstante, reconozco la inmensa alegría que experimento al verlo. Cuando nos separamos veo que tras él

está Sam, su mujer, sonriendo con cariño.

— ¿Qué hacéis aquí? —, pregunto extrañada.

—Hemos venido a sacarte de este país de bárbaros —, contesta Sam, que se ha acercado más a nosotros.

Sin pensar también me abrazo a ella, porque Sam Lennox se ha convertido en más que una amiga para mí. Ellos forman parte de mi familia, la única con la que puedo contar. Salimos de la comisaría y nos está esperando un todoterreno negro con los cristales tintados. Nos subimos los tres en la parte de atrás, porque al parecer contamos con servicio de chofer, lo cual me extraña, ya que conozco bien a mi jefe y sé que le encanta conducir a la más mínima oportunidad.

— ¿Estás bien Berta? —indaga Kirial preocupado.

—Sí, ahora estoy bien —, contesto brindando una suave sonrisa a Kirial. —Pero he fracasado, ni siquiera sé dónde está Gala —continúo dejando que me embargue la tristeza.

—No te preocupes, Berta, tenemos un equipo intentando dar con ella en Dubai. Según nuestras informaciones de allí es el jeque que la compró en una de las subastas que esos malditos organizaban —, explica Lennox, dejando ver en sus palabras la desaprobación por lo que esos tipos hacían.

—Por suerte tú escapaste a tiempo y esos tipos ahora están a buen recaudo de las autoridades —, exclama Kirial.

No salía de mi asombro, mis amigos estaban al día de toda la información. Conocían al dedillo lo que me había pasado y eso no dejaba de extrañarme y sorprenderme a la vez.

—No entiendo cómo sabéis tanto si aún no he abierto mi boca para explicar nada —, comunico alzando una de mis delineadas cejas.

A pesar de que tanto Kirial como Sam son agentes entrenados para esconder sus expresiones faciales, capto cierta sospecha en sus gestos.

—Me ofendes, Berta, tengo muchos recursos. No pensarías que te iba a dejar desamparada en tu cruzada personal —. Se defiende Kirial guiñando un ojo, sonriente.

—No soy idiota Kirial, tú sí que me ofendes si crees que me voy a tragar esa patraña —, regaño.

—Cuéntaselo, Kirial, a fin de cuentas, lo va a descubrir tarde o temprano —, aconseja Sam a su esposo exponiéndose a que le lance una mirada fulminante, que parece que a ella más bien le resbala.

A Kirial no le da tiempo a contestar porque el vehículo donde viajamos se para y salimos. Nos encontramos en el hangar veinticinco del aeropuerto de Milas en Bodrum. Cinco hombres trajeados con pinganillos en las orejas nos esperan para escoltarnos al jet privado que nos sacará

del país. Sam y yo caminamos juntas mientras que veo cómo Kirial se queda algo rezagado.

Por el rabillo del ojo veo como habla con un hombre con gafas de sol y chupa de cuero. Lo reconocería en cualquier lugar, así que con astucia me escabullo ante la sorpresa del personal de seguridad y corro hacia donde están ellos.

— ¡Berta! —, grita Sam.

—Dame unos minutos, vuelvo enseguida —, digo mientras corro.

De soslayo veo cómo Sam lo explica a los seguratas y estos desisten en ir tras de mí. Al llegar junto a Kirial y Nick me falta el aire de la carrera que me he pegado. Ambos me están mirando como si fuera un bicho raro, lo que despierta mi cólera.

— ¿Se puede saber por qué andáis aquí escondidos? —exijo colocando las manos en mi cintura.

Mis ojos van de uno al otro como si fuera un partido de tenis, expectante a que cualquiera de los dos me explique ~~lo~~ que demonios está pasando o están tramando. Todas mis alarmas de sospecha están en acción. Porque no solo sus rostros y sus actitudes denotan que algo me están ocultando, sino que mi sexto sentido lo grita a pleno pulmón.

—Berta, no te imagines cosas, tan solo le estoy dando las gracias a Nick por rescatarte —contesta al fin Kirial.

A veces no son las palabras desprovistas de titubeo, ni el rostro serio, sin ningún tic nervioso, lo que delata que alguien está mintiendo. Kirial no demuestra ninguna de esas señales, sin embargo, algo en mi interior susurra que está mintiendo con una seguridad aplastante.

—Comandante, necesito cinco minutos a solas —, solicito sin mirarlo, porque no puedo apartar mis pupilas de los ojos de Nick.

—Está bien, Knox, tienes cinco minutos —asiente Kirial —Gracias de nuevo, hermano.

Ahora mismo nos encontramos frente a frente, Nick Fletcher y yo, solos, midiéndonos con la mirada. Como si estuviéramos inmersos en un pulso imaginario.

— ¿Y ahora qué milonga me vas a contar? —exploto al fin dejando libre toda la furia que siento.

—Knox, verás, necesitaba asegurarme de tu seguridad, —dice sin quitarse sus gafas de sol.

Odio no poder ver sus ojos, esos que en ocasiones me muestran sus emociones reales.

— ¿Y por qué te escondes de mí? Si tan preocupado estabas, ¿Por qué saliste por pies en vez de quedarte a mi lado? —Los reproches salen de mi boca sin medida, como si fuera una máquina lanza dardos.

—Es complicado, demasiado para explicártelo.

—Eres un capullo, no mereces que esté aquí intentando averiguar porque te comportas como un imbécil —, suelto fuera de mí.

No puedo entender la actitud de Nick, la misma logra desconcertarme demasiado, destierra la poca tranquilidad que tengo. Y ahora mismo me siento demasiado idiota por albergar sentimientos por un tipo como él.

—Knox, todo lo que siento por ti es real, no quiero que pienses que he jugado contigo, pero en estos momentos mi vida es demasiado complicada.

Como puñales, sus palabras atraviesan mi corazón y tengo que inspirar con fuerza para evitar gritar como una loca. El inmenso dolor crece en mi interior amenazando con desplomarme a sus pies como la idiota que soy. Odio haber vuelto a ser tan ingenua, de volver a ilusionarme, de albergar la esperanza de haber encontrado a alguien que me hiciera sentir amada, alguien que sacudiera cada poro de mi piel y me hiciera tocar las estrellas. Alguien como Nath…

Y en el preciso momento en el que mi mente conjuga su nombre, una frase que he oído hace dos minutos atraviesa mi cerebro.

“Gracias hermano”

Kirial Lynx nunca llamó a nadie hermano, en todos los años que llevo trabajando a su lado a nadie le dio ese título, a nadie que no fuera Nathaniel Parker. La realidad golpea mi mente y mi alma con la misma intensidad.

—Está bien, ya me queda claro, tu vida es muy complicada… Encantada de conocerte —Son las palabras más falsas y las que más me cuestan pronunciar, aunque nacen de la poca dignidad no pisoteada que me queda.

Nick se gira sin mirar atrás, caminando hacia un lugar que desconozco saliendo definitivamente de mi vida. En el último momento, mi mente decide probar una teoría que asedia mi cerebro desde hace tan solo dos minutos.

—Nath…

Contra todo pronóstico, el hombre que he conocido como Nick Fletcher se gira de forma involuntaria ante mi mirada entornada. Es lo único que necesito para confirmar que el hombre con el cual he pasado los últimos días es el mismo del que llevo enamorada, años, el mismo que me abandonó y pisoteó, el mismo que murió.

Sin pensar, dejándome llevar por el tumulto de sentimientos encontrados que se arremolinan en mi interior como si fueran un tornado, me lanzo sobre él para asestarle un bofetón con todas mis ganas y fuerza.

El sonido de la palma de mi mano estrellada contra su piel resuena en toda la nave del hangar.

— ¡Eres un hijo de puta! —grito y me doy la vuelta sin más, para dirigirme al jet privado que me va a sacar de este maldito país.

Tomo asiento en el interior del jet y cuando coloco las manos sobre los reposabrazos veo cómo tiemblan. Sam Lennox no pierde detalle de mis movimientos. Su escrutinio y el de Kirial consiguen ponerme nerviosa, más de lo que ya estoy, por eso cuando el avión despega estallo sin control.

— ¿Qué miráis? No quiero compasión. No en este caso y menos por vuestra parte, porque creo que lo sabíais desde el principio —, bramo descontrolada, sin poder reprimir las lágrimas que comienzan a resbalar por mis mejillas sin control.

—Berta…—intenta decir Kirial, aunque la mano de su mujer se coloca sobre su antebrazo para detenerlo.

—Berta, cariño, desahógate, lo necesitas. Luego ya habrá tiempo de explicarnos. Ahora mismo necesito que te desahogues, que no tragues ese nudo que no te deja ni respirar ni pensar con claridad —comunica Sam con rotundidad.

—Tú no lo entiendes, yo lo he amado siempre. Cuando murió o lo que fuera la pantomima que montó, creí que moriría de dolor. Puedes pensar lo que quieras, no teníamos nada, solo una noche, pero, aun así, yo estaba loca por él. Cuando conocí a Nick pensé que definitivamente había superado ese enamoramiento que nunca había conseguido olvidar. Ningún hombre con los que he estado me ha hecho sentir de esa manera. Y ahora descubro que son la misma persona. ¿Cómo quieres que me sienta? ¿Cómo una idiota?

¡Dios mío, cómo había podido ser tan tonta! Todas las señales estaban ahí y las ignoré. El parecido, la forma de tratarme, todo, incluso la manera de hacerme el amor, todo era igual y muy a mi pesar corrí un tupido velo por cada una de las cosas que me recordaban a Nath.

—Berta, Nath decidió morir porque cruzó la línea del bien para convertirse en el asesino más buscado a nivel mundial. En realidad, aunque físicamente es nuestro Nath, él murió aquel día para renacer como de The Phantom. Siento que hayas descubierto su realidad de la peor manera. Nunca pensé que os volvierais a encontrar, él no suele tener contacto con gente de su pasado —, explica Kirial acariciando mi mano para darme consuelo.

Yo lo escucho de lejos, sigo sumida en mi dolor, en los reproches dirigidos a mí misma, en mi martirio por caer de nuevo en sus brazos como la ingenua que creía haber dejado de ser.

—Pues ya ves, no es tan cuidadoso como parece —, suelto con desaire.

En estos momentos me importa una mierda si mi jefe y amigo se enfada, porque nunca podría igualar a cómo me siento yo ahora mismo.

El resto del vuelo, el silencio puede cortarse con un cuchillo, mis amigos respetan mi mutismo y yo sigo en mi bucle mental. En el cual cada frase comienza por:

¿Y si realmente Nath no había fingido?

¿Y si las iniciales que llevaba en sus dedos grabadas eran las mías?

¿Y si nunca me olvidó?

Preguntas sin respuestas que seguían alimentando mi dolor y frustración.

Así estuve durante todo el trayecto hasta que de nuevo me reprendo por revolcarme en mi propia autocompasión. Por aferrarme a esa pequeña esperanza que, a pesar de todo el dolor, aún late en mi destrozado corazón. Soy una idiota por buscar una razón cargada de anhelo, para

justificar el comportamiento de Nath. En definitiva, Nathaniel Parker estaba muerto y así debía permanecer. A esa conclusión llego cuando el jet privado toma tierra. Antes de levantarme del asiento miro con fijación a Kirial.

—Tan solo te voy a pedir algo. Quiero pedirte que nunca, escúchame bien, nunca, lo nombres en mi presencia —. Y dicho esto me dispuse a bajar del avión.

Gracias a la previsora, Sam había podido deshacerme del maldito disfraz de Sherezade y luzco unos tejanos y una camiseta junto a unas botas de cordones.

Bajamos del avión y como al subir, un séquito de seguridad nos espera.

Ahora sí que el hecho me resulta extraño, porque en Turquía pensé que Kirial había contratado seguridad extra como precaución, pero en Washington no era necesario.

Mientras bajo las escaleras de desembarque me paro en seco a mitad de ellas y giro mi cabeza hacia mi jefe.

— ¿Es necesaria tanta seguridad?

—Bueno, es cortesía del dueño del Jet.

Si pensaba que las sorpresas se habían acabado estaba equivocada. Su respuesta consigue dejarme intranquila. Sin embargo, sigo bajando.

Al llegar al hangar nos esperan dos coches. Un todo terrero y un Mercedes negro o con los cristales tintados.

Mis amigos suben al todoterreno y cuando pienso en hacer lo mismo, uno de los tipos de seguridad me para indicándome que suba al Mercedes.

Kirial hace un gesto con su cabeza para que obedezca y apelando a la confianza ciega que aún mantengo en mi comandante, entro.

La sorpresa mayúscula se dibuja en mi cara, incluso mi boca se abre haciendo una o perfecta.

—Hola, Berta.

Que alguien me pinché porque ahora mismo estoy patidifusa que dirían.

No me puedo creer que esté sentada en la parte de atrás de un Mercedes con el ilustrísimo Brendan Knox o lo que es lo mismo el capullo que me tocó de padre en el reparto por parte de la señora fortuna.

—Menuda sorpresa—alcanzo a decir.

Sin dejar el escrutinio al que lo estoy sometiendo, no ha cambiado nada en diez años que hace que no nos vemos. Su pelo negro brillante está salpicado por alguna veta plateada, pero nada más. Sus ojos iguales a los míos me miran curiosos también.

—Me alegra que te lo tomes así.

—Siento no decir lo mismo.

—Cuando tu jefe me llamó no fue una sorpresa, lo que me dio más bien una preocupación —dice firme.

Él y su forma de hablar tan impersonal como si yo fuese más un grano en el culo que su propia hija. A estas alturas debería estar acostumbrada y lo estoy, eso no evita que duela.

—No debió llamarte. Me las podía apañar sola —refunfuño.

—Ya lo veo.

—Entonces, si tanto te molestó, ¿qué cojones haces aquí? —bufo encendida por la ira.

Lo que le faltaba a mi estado de ánimo funesto, para rematar era lidiar con el gran embajador Brendan Knox y sus aires de buen comportamiento.

—Eres mi hija, y vigila el vocabulario. No invertí en tu educación tiempo y dinero para que te expreses de esa forma.

—Ahora soy tu hija después de diez años de ausencia en mi vida —reprocho.

—Tú tomaste tu camino, yo no estaba de acuerdo. Eso no significa que no haya estado pendiente de tus pasos —se explica sin un ápice de sentimiento.

— ¿Y no te preguntaste que lo que yo necesitaba era otra clase de presencia? Un abrazo, tal vez una llamada para ver cómo me iba.

—No soy una sentimentalista, Berta. No esperes algo de mí que no puedo darte —proclama serio.

—Entonces, ¿por qué tuviste una hija? Si no sabes lo que es amar.

Creo que me he pasado, mi talante me lanza en picada a soltar esas críticas cargadas de amargura

—Tú no puedes decir que no sé amar. Amé a tu madre por encima de todas las cosas de este mundo, desgraciadamente mi corazón murió con ella.

—Yo estoy viva, no pensaste que fuera merecedora de un poquito de ese amor que le diste a mi madre.

Mi madre murió cuando yo era demasiado pequeña, apenas tenía recuerdos de ella

Los ojos de mi padre mostraban sorpresa.

—Berta Knox, no voy a pasar todo este tiempo discutiendo contigo, sería inútil. Tan solo quiero que sepas que a pesar de no estar de acuerdo en el tipo de vida que has elegido, siempre serás mi hija y, como tal, puedes acudir a mí y estaré para lo que necesites.

Al escuchar sus palabras, una solitaria lágrima rueda por mi mejilla.

Porque por fin comprendo que mi padre se ha olvidado de lo que significa amar, pero a su manera esa proclamación demuestra que no estoy muerta para él.

Capítulo 39

Aullando
Nathaniel Parker

Golpeo con extrema fuerza el saco de arena que tengo en el gimnasio de mi apartamento. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he dado el primer puñetazo. Aun así, no ansío parar, al contrario, cada vez que lanzo mi puño el impulso es mayor. Perdido, así es como me siento, he sucumbido a mi bestia interior que ruge con ímpetu hambriento de sangre. El intenso dolor de mi mejilla al sentir los cinco dedos de Knox estrellándose contra ella, aún lo noto como si me la hubiera dado ahora mismo. No puedo asegurar si me duele más el golpe o el alma al verla fuera de sí, al descubrir por ella misma que he sido un vil mentiroso, ocultándole que Nick Fletcher y Nath Parker son la misma persona. La decepción en su grisácea mirada ha conseguido partirme el alma, más que el hecho de abandonarla. Porque antes de acudir al hangar para cerciorarme de que estaba a salvo, guardaba la esperanza de que recordara nuestros días juntos con cariño y, ahora, estaba seguro de que no lo haría. Hecho que provocaba un inmenso desespero en mi interior.

Una vez más he ratificado que mi vida sin ella es una puta mierda, que camino por las calles de mi propio infierno personal y que sin Berta Knox a mi lado, mi alma está vacía. Lástima que no tenga una solución, de momento, para eso. Aunque pienso encontrarla, porque la decisión de intentar una vida con ella cada vez toma más consistencia en mi interior. Si no quiero volverme loco, debo solucionar el tema de mi lealtad con La Orden y, sobre todo, las cadenas psicológicas que mi padre me colocó tres años atrás.

No sé cuánto tardaré, pero estoy decidido, por el bien de mi alma, espero que Knox me perdone algún día.

El sonido de mi móvil me arranca de mi estado ausente. Seco el sudor de mi frente con una pequeña toalla y lo cojo de encima del banco de ejercicios donde lo he dejado.

—Sí.

—Nath, soy Tim.

La voz de mi hermano suena a través de mis oídos llenando mi alma de algo de sosiego. Hablar con él siempre es como un bálsamo para mí.

Desde que revelé a mi hermano que seguía vivo, Tim y yo habíamos mantenido cierto contacto. Tomando muchas precauciones, porque nunca he estado dispuesto a que mi sagaz padre aprovechara esos encuentros para extorsionarme con la vida de mi hermano.

—Hola, Tim, ¿qué tal? — pregunto.

—Bien, te llamo porque acabo de aterrizar en Washington. He pedido unos días de permiso

para darle una sorpresa a mi chica, que ha regresado de un viaje hace unos días —explica contento.

Al escuchar sus palabras, siento cómo el miedo atenaza mi malogrado corazón, barajándose junto con otro sentimiento que intento evitar. Incluso aprieto el puño con fuerza para reprimir el acceso de celos que crece sin medida en mi interior. Suplico en silencio que esa chica a la que se refiere mi hermano emocionado no sea la misma que llevo tatuada en mi alma con el fuego del infierno.

—No sabía que estabas con alguien Tim, más bien que tenías una flor en cada esquina —digo intentando bromear, aunque mi tono suena demasiado serio.

—Bueno, Nath, a todos nos llega la hora de sentar la cabeza en algún momento. Y Berta lo merece, es la adecuada —comunica mi hermano.

Escuchar su nombre en boca de mi hermano logra destrozarme, porque no puedo luchar contra él, ni siquiera por ella. Porque amo a Knox por encima de todas las cosas, sin embargo, también amo a mi hermano. Por lo que una vez más, la rueda del destino vuelve a tensar la cuerda de mi vida, para recordarme que no puedo dejar de ser el fantasma que soy.

—Me preguntaba que si estabas cerca de Washington podríamos vernos — propone mi hermano ilusionado.

—Estoy a demasiados kilómetros Tim, lo siento, en otra ocasión. Suerte con tu chica —digo con toda la amabilidad que soy capaz de reunir, mientras mis ojos humedecidos reprimen unas lágrimas que creía que no era capaz de tener.

—Quizás la próxima vez sea a una boda a donde tendrás que acudir —exclama pletórico.

Siento tal nudo en mi garganta, que ni las palabras logran salir. El colmo de las Moiras del destino era no solo tejer el hilo de la vida para que no pudiera estar con la mujer de mi vida, sino que esta como compañero eligiera a mi hermano.

—Tim, sabes que no podría ir, aunque quisiera —consigo decir sin que se noten mis palabras entrecortadas.

—Bueno, Nath, a ver si pronto podemos coincidir —dice esperanzado.

—Sí, Tim. ¡Ah!, suerte con la sorpresa a tu chica —digo a pesar de que esas palabras resquebrajan poco a poco más mi alma.

Cuando cuelgo la llamada, un grito feroz emerge de mi garganta sin que pueda evitarlo. Agonizante, cargado de dolor, rabia y frustración.

De todas las mujeres que había en el mundo no entendía por qué Tim se había enamorado de Knox. Y menos cuando mi decisión de luchar por ella era firme, ahora no me quedaba nada, seguiría siendo el fantasma hasta que alguien tuviera la suerte de quitarme la vida, esta que ya nunca más me pertenecería.

Decido darme una ducha de agua fría para eliminar el sudor del entrenamiento y apaciguar mi mente y mi espíritu. Me recreo más de lo normal bajo la alcachofa de hidromasaje que tengo, desesperado por alcanzar algo de sosiego. Cuando salgo enrollo una toalla a mis caderas. No he encontrado la paz con el agua, no obstante, algo de tranquilidad sí.

El timbre de la puerta suena y mi cuerpo se tensa de manera automática. Empuño mi arma al poner rumbo a la misma para comprobar quién se atreve a importunarme. Al mirar por la mirilla la sorpresa consigue que me relaje.

Al abrir, Kirial irrumpe sin que lo invite a entrar.

—Creo que deberías esperar a que te invitara a mi casa —reprocho chasqueado la lengua.

—Déjate de mierdas de buena educación. Con nosotros eso no sirve —contesta sentándose en mi sofá, cruzando las piernas y fijando su mirada aguamarina en mí de manera intimidante.

—Esa pose de comandante no te sirve conmigo, así que déjalo estar —aconsejo dejando el arma a buen recaudo sobre una mesita.

Amigo o enemigo, la verdad no sé en calidad de que está en mi casa Kirial Lynx.

—Te ves fatal —observa expectante.

No puedo estar más de acuerdo con él, aunque no se lo digo. Sé que llevo noches sin dormir, entrenando hasta la extenuación y supongo que las sombras oscuras bajo mis ojos no me conceden el mejor aspecto.

— ¿Has abandonado Washington para decirme que estoy hecho un asco? —Interrogo alzando mis cejas.

—No, pero de paso te lo digo. He venido a aclarar ciertos puntos contigo. En Turquía apenas tuvimos tiempo —informa.

—No hay nada que hablar. Tú ordenaste que la rescatara y lo hice. Punto final —sentencio molesto.

—No me tomes por un iluso, Nath—reprocha —Quiero saber exactamente qué hacías en el mismo crucero que Knox. No me interesa tu vida privada, pero sí cuando tiene que ver con ella. Para mí, Berta, es como si fuera de mi familia y no voy a permitir que le hagas daño. Aunque creo que llego tarde.

—Yo no le he hecho nada. Te la entregué en perfecto estado —. Me defiendo como un gato sacando el malhumor y las uñas no, porque no tengo.

— ¿Negarás que tampoco la ilusionaste hace tres años utilizándola como una más de tus conquistas? —Las palabras de Kirial dan directas en la llaga.

No le debo nada, no tengo por qué compartir mi historia con él, aun así, el torbellino de

sentimientos contradictorios que siguen azotando mi espíritu consiguen que esté lo suficientemente desesperado para claudicar y desahogarme. Decaído dejo caer mi cuerpo sobre la butaca colocada frente a Kirial, paso mis manos por el rasurado pelo de mi cabeza y suelto un bufido.

—No sé si puedes llegar a entenderme. Tres años atrás me prometí que no la tocaría y fallé. Cuando la tuve en mis brazos comprendí que no sería capaz de dejarla marchar. No me preguntes por qué, pero Berta Knox se grabó en mi alma. Dispuesto a intentar una relación junto a ella, sentí que mi vida de nuevo volvía a tener un sentido. Entonces el cruel destino lo jodió todo —explico.

—Intentas decirme que te enamoraste de ella y, aun así, la dejaste tirada. ¿La trataste como una ficha más de tu tablero de conquistas? —interroga Kirial confuso por mi relato.

— ¿Sabías que mi padre está vivo? —. La cara de total asombro de mi amigo me da la respuesta.

— ¡Hostias! Eso sí que no me lo esperaba —profiere contrariado.

—Yo tampoco. Aun así, lo encontré sentado en el sillón de mi apartamento para explicarme su rocambolesca historia. Y a posteriori exponerme sus amenazas si no me unía a lo que denomina La Orden Mala Sangre, una institución de asesinos sin escrúpulos de la que es el líder —relato ante la cara de circunstancia de mi examigo.

Kirial mantuvo silencio después de escuchar atento mi historia, deliberando, sopesando. Lo sé porque lo conozco demasiado bien para no saber cómo funciona su dura cabeza.

—Si lo he entendido bien, el capullo de tu padre no muerto lleva tres años amenazándote con matar a tus seres queridos, entre ellos supongo que Knox, para así asegurarse de tu lealtad con la Orden y por consiguiente asesinas para ellos —concluye fijando su mirada en mí.

—Exacto.

—Primera parte y, ahora, ¿por qué estabas en el mismo crucero que Knox? —insiste.

Kirial nunca lo ponía fácil y, en esta ocasión, no iba a ser diferente.

—Recibí un encargo para asesinarla y decidí protegerla—contesto de forma escueta.

—Está bien Nath y ahora, ¿qué piensas hacer? — insta con su mirada escrutándome.

Ahí está, la pregunta trampa de Lynx, él siempre tenía una. Había compartido con él suficientes interrogatorios a los peores asesinos, narcotraficantes, etc., del mundo para no recordar que mi amigo siempre finalizaba con una pregunta trampa.

—Seguir con mi vida.

De repente, Kirial se levanta del sillón y me mira como si quisiera matarme. En este momento,

Kirial Lynx, acaba de entrar en modo Phantera.

— ¿Desde cuándo Nathaniel Parker es un cobarde? ¿Vas a seguir sometido a ese hijo de su madre que tienes la desgracia de tener como padre y perder a la única mujer que ha sido capaz de tocar tu negra alma? —vocifera señalándome con un dedo.

—No tengo más opción.

—Mi amigo, mi hermano, el niño que se hizo hombre a mi lado, nunca se hubiera retirado sin luchar—provoca dando directo en la fibra que más me duele.

Con ímpetu me pongo en pie para enfrentarlo cara a cara, notando como empieza a cabrearme y mucho.

— ¿Qué cojones quieres que haga? Hace cinco minutos, cinco putos minutos, me ha llamado mi hermano pequeño. ¿Sabes para qué? Ha volado a Washington para darle una sorpresa a la chica de su vida. ¿Hace falta que te diga de quién se trata? ¿O tu dura cabeza puede procesar esa información, para determinar quién es la afortunada? —grito fuera de mis casillas.

Las sonoras carcajadas de Kirial retumban en todas las paredes de mi apartamento. Y no doy crédito a la actitud de Kirial, estoy demasiado pasmado.

—Nath, perdona que me ría, pero es que estamos hablando de Tim. Ese chico desde que lo conozco se enamora de cualquier mujer y todas son sus grandes amores. Y, por otro lado, a pesar de que Knox lleva un tiempo conociéndolo, no ha dado ningún paso para hacerle creer que quiere pasar el resto de su vida con él.

Las palabras de Kirial, sin que pueda evitarlo, instan a mi alma a creer que aún tengo alguna esperanza…

Capítulo 40

Los errores que no se pueden evitar

Berta Knox

Cuatro días han pasado desde que puse un pie en Washington. El regreso a mi día a día es normal a pesar de la insistencia de Kirial y Sam para que me tomase unos días libres que, por supuesto, he declinado con educación. La necesidad de mantenerme ocupada es primordial para mi salud mental, para no verme caer en la miseria de la autocompasión. Esta vez no iba a permitir que mi mente me arrastrara a la depresión, por eso estar ocupada y aferrarme al inmenso enfado que siento enfocado en el innombrable, creo que es la mejor manera para seguir adelante.

‹‹Para mí ya está muerto››, me repito una y otra vez.

Lástima que esa afirmación no surta efecto en mi alma que lo anhela a cada segundo. Frente a la pantalla del PC, paso una de mis manos por mi frente en un desesperado intento de conseguir concentrarme. Mi traicionera mente no cesa en evocar miles de imágenes de Nick, bueno, debería decir Nath.

“¡Dios mío, me voy a volver loca!”

En síntesis, creo que tengo un gran imán en el culo para los problemas, al menos pienso eso cuando mis ojos se fijan en la entrada de la agencia y veo a un sonriente Tim acompañado por mi jefa.

¡Joder, lo que me faltaba! Si pudieran hacer una película de mi vida, el título perfecto sería “Los problemas crecen”. Porque crecían como la planta de habichuelas mágicas de Jack. Bueno, pues nada, que éramos pocos y parió la burra que dicen. Allí está Tim Parker en toda su plenitud frente a mí, exhibiendo una de sus sonrisas, calienta almas, que para mi desgracia no tienen ningún efecto en mí.

—Buenos días, Berta. Te traje una sorpresa —manifiesta Sam acercándose a mi escritorio acompañada por Tim.

Debo reconocer que Tim tiene algo que me recuerda a Nath, y creo que cuando decidí iniciar una relación con él, a pesar de ser injusta, esa había sido una de las razones que me empujaron a intentarlo. Aunque ahora mirándolo bien, a pesar de los ojos del mismo color y el pelo rubio, no podían ser más diferentes que las dos caras de una misma moneda.

— ¡Hola, Tim! ¡Qué sorpresa! —saludo poniéndome en pie para acercarme y darle un abrazo.

— ¡Qué alegría, Berta! —exclama Tim, estrechándome en sus fornidos brazos.

Qué fácil sería amar a Tim Parker, pero en el corazón es imposible mandar, y el mío tenía dueño a pesar de no ser merecedor de mi amor.

—Tim te hacía en Jackson Hole —comento sonriente, lástima que mi sonrisa no llegue a mis ojos, ni siquiera nace en mi interior en donde solo queda la tristeza.

Sam nos deja solos con discreción y para mi desgracia los nervios empiezan a aflorar en mí. Porque en el fondo soy víctima de la culpabilidad. Por eso tengo que ser sincera con Tim lo antes posible, porque a pesar de que pueda hacerle daño prefiero ser honesta.

—Bueno, tenía unos días libres y pensé en darte una sorpresa —expone Tim con su buen humor característico.

—Bueno, perdona que no esté demasiado receptiva, aún estoy recuperándome de mi viaje —me excuso.

— ¿Qué te parece si me llevas a almorzar? —propone con ilusión.

Las dudas me asaltan por un segundo como si fueran un lobo ante su presa, aunque sé que debemos tener una conversación lejos de todos los ojos curiosos de la agencia.

—Dame un minuto que recojo mis cosas y nos vamos —digo aceptando la proposición.

Antes de irme con Tim decido pasar por el despacho de Kirial, para avisarle que puede que tarde un poco más en regresar de mi media hora de almuerzo. Cuando golpeo la puerta con mis nudillos, espero hasta oír su voz para entrar, lo extraño es que el silencio es lo único que obtengo como respuesta.

—Berta, ¿qué necesitas?

La voz de Sam suena a mis espaldas, me giro para mirarla frente a frente.

—Quería avisar a Kirial que quizás tarde un poco más en mi descanso del almuerzo. Tim y yo vamos a ir juntos y tenemos cosas de qué hablar —comunico frotando mis manos de manera nerviosa.

Los ojos de Sam me examinan con atención, como si quisiera vislumbrar lo que en realidad me preocupa. La verdad es que logra que la incomodidad se adueñe de mí. Pues sé bien la relación que la une a Tim y no creo que esté demasiado contenta con lo que de un momento a otro voy a decirle a su amigo del alma.

—Kirial ha tenido que salir. Pero tranquila, almuerza y poneros al día —dice con amabilidad.

—Gracias —, expreso y pongo rumbo hacia la entrada donde me está esperando Tim.

—Berta —dice provocando que me pare en seco—En la vida hay cosas inevitables. Los hombres como Nath no se olvidan. Porque sacuden cada losa del suelo que pisas, estrujan tus entrañas, porque si te empeñas en huir de ellos más te atraen sin que puedas evitarlo. Tim nunca será Nath. Al contrario.

Sus palabras provocan demasiada desazón en mi interior, aunque sé que lo único que pretende

es aconsejarme para que nadie más, salga con un corazón roto. Con el mío basta y sobra.

—Lo sé, gracias contesto siguiendo mi camino al encuentro de Tim.

Salimos juntos de la mano del edificio donde está emplazada la agencia y caminamos calle abajo, al pequeño local de Luiggi, lugar donde solemos almorzar todos los de la agencia.

Al entrar la camarera me sonríe y no pasa desapercibida la mirada cargada de lujuria que le dedica a mi pareja. Y es que tengo que reconocer que Tim está buenorro, cualquiera en su sano juicio no lo dejaría escapar.

— ¡Chicos, os dejo las cartas! —informa la chica guiñándole un ojo a Tim.

‹‹Descarada››, pienso porque es demasiado evidente su interés por Tim.

— ¿Cómo te fue el viaje?, ¿ayudaste a tu amiga? —pregunta Tim rompiendo el hielo.

—Fue un viaje cargado de descubrimientos. De momento mi amiga sigue desaparecida, pero Kirial tiene gente intentando dar con ella—explico sin desvelar demasiada información, porque hay detalles que están bajo sumario.

—Si Lynx está con ello ten por seguro que localizará a tu amiga. En persistencia no hay quién le gane —. Observa Tim mientras lleva su vaso lleno de Coca Cola a su boca.

—Tim, me gustaría hablar de nuestras relación —abordo con valentía.

Las cejas de él se arquean sorprendido por mis palabras.

—Berta, ya sé que la distancia no es un punto a favor, comenta.

—Tim, no puedo seguir con esto, no es un tema de distancia. Mi corazón ahora mismo no está predispuesto a una relación. —suelto al final de manera más brusca de lo que hubiera querido.

Los ojos azules de Tim penetran los míos con intensidad, es como si quisiera ver más allá de mis palabras, entender lo que acabo de proclamar.

— ¿Eso significa que hay otra persona? —interroga.

Su humor ha desaparecido y eso logra que mi corazón aúlle desconsolado porque sé que le estoy haciendo daño.

Coloco uno de los mechones que se ha soltado de mi coleta de manera nerviosa, queriendo recopilar las palabras adecuadas, para ser sincera sin hacer mucho destrozo en él.

—Tres años atrás perdí a alguien, del cual estaba enamorada. Creí que ya lo había superado… —comienzo contando con tu atención puesta en mí.
—Tres años…—susurra.
—Sí, murió… eso creía—confieso al fin.
Los ojos de Tim se abren de par en par demasiado sorprendido.

—Berta, no creo en las casualidades. Pero todo lo que dices apunta a que esa persona que dices tiene mucho que ver conmigo —proclama.

Desconozco si Tim sabe que su hermano está vivo, la verdad, es que no me he parado a pensar en ello.

—Sí, Nath es esa persona. No me preguntes cómo sé que está vivo —solicito.

La enorme tristeza que se refleja en las pupilas de Tim resulta demoledora para mí, aunque sé que era inevitable que no saliera mal parado en este maldito triángulo en el que se ha convertido mi existencia. Rebusco las palabras adecuadas para poder darle consuelo, pero no consiguió formular ninguna frase esperanzadora, así que opto por el silencio. Mientras él pasa sus manos por su cabello lacio de manera agitada.

—La vida es una maldita caja de sorpresas, al parecer en el amor me ha tocado un pañuelo precioso, aunque lleva ya unas iniciales grabadas —dice Tim evitando mirarme de forma directa. —Ahora mismo Berta, siento muchas cosas, algunas buenas y otras malas. No puedo odiar a ese hombre que te robó el corazón tres años atrás, porque para mí es la persona más importante en mi vida, pasado, presente y futuro. Nath siempre ha sido mi figura primordial, mi ejemplo a pesar de los acontecimientos. Sin embargo, los celos, la ira también, están haciendo acto de presencia y me siento miserable por ello. No deseo que te sientas mal, agradezco tu sinceridad —concluye.

¡Dios, mío! Tim es una persona maravillosa y deseo tanto que encuentre alguien que pueda valorar todas esas cualidades espectaculares que yo veo. Muy a mi pesar reconozco que yo nunca fui, ni podría ser, esa persona.

—Lo siento tanto, Tim…—alcanzo a decir.

—Yo también lo siento, Berta.

Regreso a la agencia sola como era de predecir, Tim ha preferido marcharse de nuevo a Jackson Hole. Entro con paso firme, a pesar de que un gran peso oprime mi pecho. Para mí no ha sido nada fácil ser sincera con Tim, aunque era algo inevitable.

Capítulo 41

Reprimiendo la oscuridad

Nathaniel Parker

La visita de mi examigo, contribuye a que de nuevo una llama de esperanza se aferre a las paredes de mi alma. Hay que reconocer que seguir esclavo de las extorsiones de mi cruel progenitor no es algo que deseé y que hay esperanza para mí. Para dejar atrás la negrura de mi alma condenada y encomendarme a la luz blanca, esa que es capaz de encender en mi espíritu mi boya, mi voz amarilla, mi amor… Knox.

Camino al aeropuerto, con decisión, sin restos de dudas, solo con la seguridad de que no voy a dejarla ir sin luchar. Saco el móvil y con la marcación rápida contacto con mi ayudante.

—Rebujito69 al habla.

— ¡Por Dios, Johnny vas mejorando! —exclamo sonriente.

—Tu humor también, jefe.

—Necesito que localices al Némesis sin ser detectado. Mándame la ubicación en cuanto lo tengas. Después recoge tus cosas, retira el dinero que he depositado en una cuenta a tu nombre en Suiza y disfruta de la vida, amigo —revelo.

—Jefe, no entiendo, ¿me estás despidiendo? —pregunta asombrado.

—Más bien jubilando, Johnny. Ha sido un placer trabajar contigo —comunico con sinceridad.

El primer vuelo con dirección a Washington sale en treinta minutos, primero necesito convencer a Knox de que me espere y después enfrentar a mi padre.

♣♣♣♣♣♣♣

Berta Knox

Dejar temprano la agencia era una novedad para mí, porque desde que comenzáramos a trabajar en la misma, todos los días salía tarde. Sin embargo, hoy ha sido un día lleno de nervios y desazones, por lo que decido salir pronto. Kirial aún no ha regresado, lo sé porque he pasado por su despacho antes de marcharme.

El primer taxi que consigo parar es el que me lleva directa a mi apartamento. Voy sentada en la parte de atrás del vehículo, entrecruzando los dedos de mis manos, el nudo en mis entrañas presiona continuamente y experimento unas terribles ganas de llorar que consigo aguantar. A través del retrovisor veo como el conductor me mira curioso.

Al llegar a mi apartamento pago la carrera y me apresuro a abrir el portal para subir a mi hogar. Necesito la seguridad de mi casa, sentirme entre mis cuatro paredes y dejarme llevar por el tumulto de sentimientos que me están ahogando. Subo los escalones de dos en dos hasta el tercer piso y abro la puerta de mi hogar con ímpetu. Mis dedos presionan el interruptor para iluminar el comedor y entonces lo veo. De la impresión las llaves junto a mi bolso caen al suelo de forma sonora. Ante mí está él, el ladrón de mi tranquilidad, el que lleva noches rondando mis sueños sin dejarme descansar. Parado delante de mí, en mitad de mi salón, arrebatador, imponente, cortando mi respiración, se encuentra Nathaniel Parker.

—Knox…

No sé si es oír su voz, esa tan sensual que calienta cada parte de mi traicionero cuerpo o el simple hecho de ser consciente de su osadía para allanar mi morada. Pero despierto de la impresión del primer momento y la cólera, embarga mi cuerpo y nubla mi mente, agarro con precisión el primer objeto que tengo a mano y se lo lanzo sin mediar palabra.

— ¡Maldita sea, Knox! —grita Nath esquivando el jarrón floreado que le acabo de tirar directo a su cabeza.

—No te he invitado a mi casa, has salido de mi vida. ¿Qué haces aquí? Lárgate —. Mis gritos acompañan la banda sonora del lanzamiento de objetos que prosiguen al primer jarrón.

Tengo demasiadas ganas de golpearlo, de que alguna de las piezas de mi mobiliario se estrelle con su atractivo rostro. Todo lo acumulado durante días, y sobre todo los sentimientos de abandono y tristeza que ahora mismo dominan mi espíritu, desembocan en este ataque desmesurado de ira.

Como buen profesional, Nath consigue evitar todo lo que consigo lanzarle. Con dominio acorta la distancia que nos separa, inmovilizando mis brazos a tiempo de evitar que le lance una lámpara de mesa, que sostengo en una de mis manos. Su cuerpo presiona el mío y pega mi espalda a la puerta que está detrás de mí.

Sin pensar, dominada por el monstruo de la desesperación, intento resistirme a su agarre, aunque es inútil, él presiona con sus caderas mi cuerpo.

—Suelta, eres un capullo —grito.

— ¡Maldita sea, Knox cálmate! —ordena y su voz suena demasiado cerca, tanto que su aliento caliente roza mis labios.

‹‹ ¡Joder!, como puedo excitarme en un segundo al sentir su cuerpo pegado al mío, ignorando el enfado que me consume para dejar paso al deseo. Estoy loca de remate››. Amonestaciones, reproches y regaños se multiplican en mi mente.

Aunque de nada sirve, porque el fuego del deseo se abre paso raudo y veloz por cada terminación nerviosa de mi cuerpo, amenazando con tomar el control de todo.

— ¡Suéltame! —. No suena como una orden, que es lo que yo pretendo, más bien como una súplica desesperada.

— ¡Mírame! —ordena —. Knox, tengo que decirte algo importante y quiero que tus ojos me miren cuando lo haga.

Decido abrirlos a pesar del miedo que albergo por perderme en sus pupilas azules, en esos ojos que parecen haber atrapado un trocito del pacífico.

—Necesito que entiendas…

Sus palabras penetran en mi cerebro a bocajarro, y abro los ojos de par en par.

Un calor intenso inunda cada célula de mi cuerpo, al verme acoplada entre la puerta y el cuerpo de Nath. No puedo obviar su erección pegada a mi barriga.

‹‹ ¡Maldita sea, la carne es demasiado débil! ››, suplico en silencio.

Emborracharme con su aroma revoloteando alrededor de las aletas de mi nariz. Y perderme en la profundidad de sus pupilas que están devorando ahora mismo sin ni siquiera pestañear.

Poco a poco percibo su respiración acelerada o quizás es la mía, sin embargo, el deseo desesperado está impreso en ambos a pesar del enfado, de los miles de cosas que nos separan, del dolor que me ha causado. Todo se disipa cuando estoy a su lado, quedando arrasado por esta vorágine de ansia, lujuria y amor, sí, un amor que me atraviesa como un rayo en una tormenta eléctrica.

‹‹Por favor que no me bese››, esa súplica se repite en mi mente a cada segundo, a pesar de que las malditas células de mi cuerpo están bramando justo para que haga lo contrario.

Tengo calor, demasiado y tengo las manos inmovilizadas aún, por lo que no puedo abanicarme con ellas para sofocar esta intensa sensación de ardor que se adueña de cada poro de mi piel. Y cuando menos me lo espero, Nath abalanza su boca sobre mis labios y los presiona con suavidad. Pero mi boca no necesita delicadeza, lo que ansía es que me engulla, para sosegar la avidez que corroe mis entrañas. Por lo que, de forma involuntaria, sin consultar con mi mente, se abre de par en par, para dar el acceso a su lengua a barrer con cada partícula de saliva de mi cavidad y así lo hace. Nos adentramos en un beso devastador, como dos hambrientos, al igual que dos sedientos en mitad de las dunas del desierto. Con un impulso Nath se aferra a mis nalgas y yo rodeo su cintura con mis piernas. Sin romper el contacto de nuestras bocas y nuestras lenguas entrelazadas, nos separamos de la puerta con intención de dejarnos caer en el sillón y proseguir con nuestra tarea de comernos vivos.

Sumidos en el frenesí, ni siquiera nos percatamos que han tirado la puerta abajo. Tan solo el estrepitoso ruido de la madera chocar con el suelo, provoca que Nath deje de besarme y me suelte, no sin antes colocarse delante de mí a modo de protección.

—Bravo, menudo espectáculo que nos habéis brindado —exclama el hombre que hay parado en el vano de la puerta aplaudiendo.

Acompañado por tres hombres armados hasta los dientes irrumpen en mi casa sin más.

A pesar de estar delante de mí, puedo notar como todos los músculos de Nath están en tensión.

— ¿Qué cojones haces aquí? —gruñe con una voz demasiado tétrica que provoca escalofríos en mí.

—Mi querido hijo, si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña —contesta socarrón.

— ¿Desde cuándo me sigues? Ese no es nuestro trato. Lealtad a cambio de cierta libertad. ¿Lo recuerdas padre? ¿O la edad está haciendo estragos en tu memoria?

Estoy sorprendida porque lo que yo sabía es que los padres Nath y Tim murieron cuando ellos eran unos niños. Por esa misma razón no entiendo que ahora aparezca este hombre con pinta de mafioso, proclamando que es su padre y a la vez Nath no parece sorprendido.

—No juegues conmigo Nath. Tú has sido el primero en romper las reglas. Tengo a los puñeteros mecenas sobre mi cabeza por tu comportamiento. Te dije que ser blando no pasaría

desapercibido. Además, has corrido tras la chica y te advertí tres años atrás que no lo hicieras —masculla entre dientes.

No pierdo detalle de la conversación, aunque no entiendo de qué va todo esto. Lo que sí tengo claro es que algo tenemos que hacer para salir de este embolado. Estamos en minoría.

‹‹Piensa, rápido››, alento mentalmente.

En el minuto en el que decido moverme para alcanzar el teléfono fijo, desesperada por salir de esta situación, el grito del padre Nath me paraliza.

—No te muevas, preciosa, si no quieres acabar con un montón de balas en tu cuerpo.

Capítulo 42

Para un buen trabajo debes hacerlo tú mismo

Mandrágora

Desde el interior de mi vehículo, puedo ver cómo los ineptos secuaces de Némesis meten en el interior de una furgoneta negra al insurrecto de su primogénito y a Knox. Mi sangre hierve al ver a la muchacha aún con vida. Según mis planes debería estar muerta, no obstante, por culpa de los hijos de Némesis, mis planes habían fracasado. Por esa misma razón ahora no voy a permitir que de nuevo el arrogante de Némesis se haga cargo de la situación, como al parecer pretende y fracase que seguro que es lo más probable.

La quiero muerta, es el obstáculo principal para que mis planes, elaborados a la perfección durante años, puedan llegar a buen fin. Sin ella, su padre será mío.

De momento, el otro de los hijos de Némesis debe estar a estas horas volando hacia Dubai, contratado para rescatar a Gala. Sin sospechar que en el Emirato Árabe le espera una trampa mortal que no podrá evitar.

Nathaniel Parker

¡Hostia puta!, mi padre se ha adelantado a mis planes, sorprendiéndome en casa de Knox con la guardia baja. De nuevo he sido un iluso y es que cuando estoy junto a ella, mis neuronas se vuelven idiotas y pienso con la parte baja de mi anatomía. Ni siquiera he sido capaz de confesarle por lo que he regresado. No, tan solo como un perro en celo me he lanzado a comerme sus labios y si no llegan a interrumpirnos la hubiera hecho de nuevo mía sin aclarar nada. De nada sirve que me flagele, aunque mi mente no cesa en su empeño. Nos han metido en la parte de atrás de un furgón y a saber a qué vertedero nos llevan para deshacerse de nosotros. Knox viaja a mi lado, atada al igual que yo. Sus ojos se cruzan con los míos y me odio al ver el miedo en ellos.

Necesito concentrarme, buscar la manera de como mínimo salvarla a ella, hacer un trato con mi progenitor y que ella salga bien parada.

Intento mirar la pulsera que llevo en mi muñeca izquierda para ver cuánto tiempo dura el trayecto hasta que la furgoneta se pare, al menos así puedo hacerme una idea de lo lejos que estamos de la ciudad. Cuando el motor del vehículo se detiene, vuelvo a mirar mi reloj, han pasado treinta minutos.

Las puertas del vehículo se abren y los secuaces de mi padre nos sacan de malas formas, bajo

la supervisión, por supuesto, de la mano derecha de mi padre en La Orden, Catana.

Los inexpresivos ojos se cruzan con los míos y alcanzo a ver una chispa de compasión, a pesar de que ese hombre siempre ha sido el trozo de hielo andante más grande que he conocido. Somos introducidos en un viejo almacén, es de noche, por lo que no puedo orientarme demasiado bien, tan solo alcanzo a ver ~~que~~ cómo es el sitio, donde somos llevados. Hay varias naves colindantes. El interior de la nave está poco iluminado, lo justo. Nos colocan en el centro de esta.

Frente a nosotros de nuevo mi padre preside a su séquito armado guardando sus espaldas.

—Tenía tantas esperanzas puestas en ti y mírate cómo has acabado. Solo por correr tras un coñito insípido. Cuando podías tener a las mujeres más predispuestas del mundo —expone mi padre.

La cólera se adueña de mis venas ante la mención de Knox de esa manera tan asquerosa. Aprieto los puños sin conseguir rasgar las cuerdas que aprisionan mis muñecas.

— ¡Cállate! —bramo fuera de mí.

—No estás en posición de ordenar. Quizás prefieras que la mate a ella primero —amenaza haciendo un gesto a uno de sus hombres para que vaya en busca de Knox. La cual se resiste, pero poco puede hacer contra el grandullón que la agarra con fuerza para llevarla justo al lado de mi padre.

Mis mandíbulas amenazan con partirse si no dejo de apretarlas, sin embargo, no puedo reprimir ese gesto dominado por la ira que empieza a nublar incluso mi visión. Ver cómo mi padre repasa a Knox de arriba abajo de forma lasciva retuerce mis entrañas.

—Siento señorita Knox que nos tengamos que conocer en estas circunstancias —proclama con una sonrisa lasciva.

—No veo que lo sienta mucho, más bien creo que lo está disfrutando demasiado —contesta Berta beligerante.

Si no fuera porque estoy demasiado preocupado y dominado por la ira extrema, me sentiría muy orgulloso de mi chica.

—Bueno, la chica tiene garras y carácter, no esperaba menos. Mi chico no se fija en cualquiera —observa sonriente—Lástima que lo vuestro no tenga futuro.

— ¡Ahora es también adivino! De todas maneras, yo no quiero tener nada que ver con el capullo de su hijo —exclama Berta.

—No es la sensación que me ha dado cuando os hemos interrumpido en tu casa —apunta mi padre.

—No se equivoque, eso era simple sexo. Reconozco que su hijo es una persona demasiado persuasiva en temas de alcoba —rebate Knox en un intento desesperado por convencerlo.

Sus palabras no me afectan porque la conozco bien, trata de convencer al viejo de que no le importo para intentar que cese en su empeño.

—Entonces si según tú no te interesa mi hijo no te importará verlo morir —comunica mi padre haciendo un gesto con su mano a otro de sus hombres.

—Por mí que le corten la cabeza —proclama Knox decisiva.

‹‹ ¡La madre que la parió! ››, eso ha sonado demasiado convincente, incluso percibo la duda en los ojos de mi padre.

El matón de mi padre se aproxima dónde estoy y yo logro ponerme en pie poniéndome en guardia a pesar de seguir mani atado. El primer puñetazo consigo evitarlo flexionando mi cuerpo, pero la patada colisiona con mi cara. El tipo me está dando la tunda de mi vida, suerte tiene de que mis manos estén inmovilizadas.

El muy capullo está disfrutando, clavando sus botas de puntera de hierro en mi estómago, cada golpe es más intenso. Me obligo a ponerme en pie a pesar de que los golpes no cesan.

—Némesis, ¿es así como piensas solucionar el problema? Matándolo a golpes.

De fondo puedo escuchar la voz femenina sonando en la semioscuridad de la nave. A pesar del lacerante dolor que experimento, puedo determinar la entrada en escena de alguien más. Femenina, estoy seguro, su voz chirriante la delatan. No puedo verla, aunque agradezco su aparición porque los golpes de momento han cesado.

— ¿Qué cojones haces aquí, Mandrágora? —pregunta Némesis con los ojos entornados, fijos en la mujer que acaba de entrar.

Su atuendo es negro completamente, por lo que su figura se camufla con la oscuridad del lugar. Lo único que me llama la atención es la máscara dorada que tapa la totalidad de su rostro.

— ¿Qué esperabas? No confío en que soluciones este tema como debes. Ya se ha dilatado demasiado. —Las palabras junto al tono son un claro regaño al líder de La Orden.

Desde el suelo puedo ver que la mujer está retando abiertamente a mi padre, además muestra una seguridad pasmosa, acompañada por cinco hombres armados que cubren sus espaldas. Veo cómo Knox está rezagada, Catana la sujeta y manteniéndola ligeramente tras de su espalda a modo de protección, bueno eso es lo que quiero creer.

— ¿Tú no confías o los mecenas? —indaga Némesis mostrando su desconfianza.

—Te advertí que lo que yo piense es lo mismo que ellos piensan. Así que ahora apártate y déjame acabar—pregona sacando de la nada una pistola y dando dos pasos hacia delante.

En ese momento veo cómo el cañón de su pistola apunta directamente a donde yo me encuentro, confuso, sin entender nada intento ponerme en pie.

El grito ahogado de Knox inunda la estancia y la mujer se permite el lujo de desviar sus ojos hacia ella, dedicándole una malévola sonrisa de satisfacción ante el sufrimiento de ella.

El primer disparo que oigo no va dirigido a mí, al contrario, los hombres de mi padre inician el fuego contra los guardaespaldas que acompañan a la señora. Aprovechando el caos veo cómo Némesis se abalanza sobre Mandrágora y ambos caen al suelo. Intento arrastrarme para salir del campo de fuego cruzado y así poder localizar a Knox.

Consigo llegar a unas cajas apiladas en las cuales consigo resguardarme, no llevo ni dos segundos agazapado que a mi lado aparece Catana junto a Knox. Solo con su mirada logro tranquilizarme, saca un cuchillo de su cintura y corta las cuerdas de mis manos y a continuación las de Knox.

— ¡Márchate! —sisea.

Sin pensarlo, aferro mi mano a la de Knox y echo a correr en busca de una salida, dejando atrás a Catana y a mi padre. Antes de presionar la barra de metal transversal de la puerta que encontramos para poder salir, escuchamos silencio, al parecer los disparos han parado. Pero no pasa ni un segundo que el sonido de un disparo retumba en la nave. No miro atrás, salgo con Knox y mi sorpresa es mayúscula al ver un operativo del FBI acordonando la zona.

— ¡Manos arriba! —escucho y no dudo en obedecer.

Alrededor nuestro hay por lo menos un despliegue de cincuenta agentes, tres de ellos armados se aproximan hacia nosotros. Entre ellos una figura que conozco bien, desarmado y con mirada preocupada.

—Kirial, nunca pensé que me alegraría tanto de verte—exclamo.

Knox simplemente se lanza en brazos de mi amigo y para mi sorpresa una punzada de celos nace en mi interior.

—Puedes darle las gracias a tu ayudante. Al enviarte la ubicación de tu padre y no recibir respuesta por tu parte, decidió que podrías estar en peligro. Según él, aplicó el protocolo SOS Panthera para casos extremos —explica Kirial sonriente.

—Ese chico es un crack—alabo, nunca he estado tan contento como en este momento de haberme tropezado con Johnny.

—Lo único malo es la crisis de identidad que tiene ese muchacho—observa Kirial divertido—. Pinchintostop dijo que se llamaba.

En el rostro de Kirial puedo ver que se está aguantando las ganas de reír.

—Knox, acércate al puesto del Samur, quiero comprobar que estás perfecta—aconseja Kirial ante la mirada entornada.

—Más bien di, piérdete, Knox, necesito hablar con el capullo de mi amigo a solas. —reprocha

dedicándonos un mohín infantil a ambos mientras desaparece.

— ¿Ya estás seguro de poder aguantar a Knox a tu lado? —pregunta Kirial clavando sus ojos verdes expectantes en mí. Puedo ver la chispa pícara bailando en sus pupilas.

—Primero, tengo que conseguir que me perdone y quiera saber algo de mí. Estaba justo en ello cuando nos interrumpieron. —comunico pasando una de mis manos por mi cabeza.

—Bueno, ahora creo que te dejarán tranquilo.

— ¿Han encontrado a Némesis? —interrogo curioso, necesito la tranquilidad de que todo ha acabado.

—De momento tenemos varios cadáveres, pero ni rastro de tu padre —informa Kirial sin perder detalle de las expresiones que alcanza a cruzar mi rostro.

— ¿Estás seguro de que no hay ningún cadáver de mujer? —interrogo.

Kirial rasca su mentón con una de sus manos, cavilando sobre la pregunta que acabo de formular.

—Ningún cuerpo femenino en la escena del crimen. Por lo que dices, intuyo que había una mujer en el interior —observa Kirial.

—Sí, era la primera vez que la veía. Al parecer pertenecía a los mecenas que financian La Orden Mala Sangre. Mandrágora, así la llamó Némesis. —comunico a mi amigo, el cual me escucha con atención.

—Bueno, voy a darle esa información al agente Johnson, es el que lleva el caso—indica marchándose hacia el centro del operativo, donde hay varios agentes con chaquetas serigrafiadas con las siglas del FBI.

Una vez solo, busco con mi mirada a Knox, la imperiosa necesidad de aclarar las cosas con ella vuelve a asaltarme ahora que de momento estamos a salvo. Oteo todo el lugar y pregunto a varios agentes, cuando llego al puesto del Samur y pregunto a una sanitaria que veo por allí.

“Nada, ni rastro de Knox, como si se la hubiera tragado la tierra”.

Capítulo 43

Pasar página

Berta Knox

‹‹Pasar página››, esas dos palabras se repiten en mi mente durante todo el trayecto de la zona donde nos han secuestrado. Por suerte, finalmente hemos salido ilesos.

Reconozco que he salido huyendo, por patas, hablando de forma coloquial. Sin embargo, no tengo más opciones, estar cerca de Nathaniel Parker es demasiado peligroso para mí. Y no me refiero a mi vida o estado físico, sino al emocional. Resistirme a él, a su presencia, a su aroma, a todo él en conjunto es imposible. Lo he comprobado horas antes al encontrarlo tan pancho en mi apartamento, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si no llevara tres años mintiendo con su muerte. Mi cabeza en estos momentos parece una coctelera, procesando toda la información que he conocido esta noche. El tipo que nos ha secuestrado no es otro que el padre de Nath, algo que no acabo de entender todavía, y para colmo, la mujer de la máscara dorada. Su mirada escalofriante dirigida a mí antes de apuntar a Nath con el cañón de su arma, siempre tenía demasiadas dudas en mi interior. El terror en ese momento se adueñó de mi alma y aún quedan resquicios de él en mi espíritu. Una cosa era que no quiera verlo por capullo y otra que lo quiera muerto. Nada más lejos de la realidad.

Cuando llego a mi apartamento el alma se cae a mis pies, porque no recordaba que la puerta había quedado en tan mal estado, por lo que creo que va a ser imposible pasar la noche en mi casa.

‹‹ ¡Joder! ››, mascullo frente al destrozo que ven mis ojos.

—Veo que te pasas gran parte del tiempo gruñendo.

Sin girarme, con las palmas de mis manos sudando, al oír esa voz a mis espaldas, no necesito verlo para averiguar de quién se trata. Mi cuerpo lo ha reconocido nada más escucharlo.

Nunca me he caracterizado por ser alguien que huya de los enfrentamientos, pero cuando se trata de Nath mi cuerpo y mi mente entran en conflicto y soy incapaz.

— ¿Qué haces aquí? —pregunto y sigo dándole la espalda.

—Knox, mírame —. No suena como una orden, más bien como una petición y eso logra desarmarme de nuevo.

Sin pensar mucho, mi cuerpo se gira para quedar frente a frente y mis ojos se clavan en su rostro sin poder reprimirme.

“¡Mierda!, tiene varios cortes en la cara, leves, ensangrentados. De igual manera, no le restan atractivo”.

Puedo percibir sus ojos repasando cada parte de mi cuerpo. De arriba abajo y viceversa, deteniéndose sin prisa como si quisiera grabar mi silueta en su pupila. Y ese escrutinio a conciencia está despertando de nuevo mi avidez, poco a poco el ardor comienza a subir por mis pies.

—Ahora ya puedo retomar lo que había venido a decirte antes de que el psicópata de mi padre nos interrumpiera —informa.

—Nath, no quiero saber nada, de verdad, es mejor dejar las cosas como están —. Las palabras salen de mi boca de manera apresurada, porque de nuevo mi cerebro se vuelve papilla estando en su compañía.

No quiero excusas, ni mentiras, tan solo quiero acurrucarme en mi cama y llorar por no ser capaz de olvidar. Por qué hoy, más que nunca, la realidad de que jamás lo olvidaré me aplasta como una polilla.

—Knox, me vas a escuchar ~~lo~~ quieras o no. Yo estoy decidido a que me perdones, haré lo que haga falta y gracias a lo que ha pasado esta noche, tengo la libertad absoluta para dedicar cada día de mi vida, a convencerte de que soy, no tu mejor opción, sino la única.

¡Madre mía! No puede ser. Ese discurso que he anhelado durante años ahora me parece una ilusión, pestañeo de forma nerviosa con la intención de asimilar lo que Nath acaba de gritarme a la cara.

—Nath, yo no creo que funcione —. No sé ni lo que digo, sin embargo, creo que esa frase es fruto de mi inseguridad.

El tiempo que dura mi pestañeo, Nath se coloca justo frente a mí, eliminando la distancia, pegando su cuerpo al mío, rodeando mi cintura con sus manos y rozando mi nariz con la suya. Mis entrañas dan una voltereta doble y cada poro de mi piel se eriza ante su cercanía.

—Escúchame bien, Knox, va a funcionar, lo sé. Tan solo tienes que darnos la oportunidad. Porque para mí siempre has sido tú, ya que incluso cuando caminaba perdido en mi propio infierno, tú eras la luz en mi oscuridad. No tengo ninguna duda de que te amo, que nunca amé a nadie como tú. Tan solo estoy esperando que te arriesgues.

Gracias a que mi cuerpo está entre sus brazos no me caigo redonda ante su confesión. No puedo hacer otra cosa que abalanzarme sobre su boca, porque las palabras no salen de mi garganta, la mejor manera de mostrarle como me siento es besarlo. Y juntos nos fundimos en el beso más abrasador de toda la historia.

Epílogo

Cuando la vida te sonríe

Un mes después

Nathaniel Parker

Los rayos de sol que entran por la ventana, sonrío incluso antes de abrir los ojos, porque hacía mucho tiempo que no experimentaba la dicha que ahora mismo llena pletórico mi corazón. La razón es el sinuoso cuerpo que descansa a mi lado, del que me declaro adicto. Despertar cada mañana con Knox a mi lado es el sueño más preciado hecho realidad. De repente, noto como mi compañera da un salto de la cama.

— ¡Joder!, nos hemos dormido —exclama apresurada.

Poco dura de pie porque de forma traviesa agarro su brazo y la hago caer sobre el colchón de nuevo colocando mi cuerpo sobre el suyo, inmovilizándola. Podría perderme en sus ojos grises, esos que llenan mi alma cada vez que la miro. Decido atormentarla posando mi boca en el lóbulo de su oreja.

— ¡Buenos días! —susurro prosiguiendo con mi juego.

—Buenos días, eres insufrible, no sigas o ni siquiera llegaremos al trabajo —regaña intentando forcejear.

—No sufras mi bella durmiente, avisé a Lynx que no iríamos esta mañana—comento de manera casual mientras sigo atormentando su cuello, bajando por el arco que forma con su clavícula.

Como era de esperar, Kirial, mi amigo, mi hermano, me ofreció trabajo en su agencia de seguridad y yo acepté. El trabajo era una nueva oportunidad para acabar de retomar mi vida y, por supuesto, significaba estar a diario con el amor de mi vida. Hice un trato con el FBI a cambio de retomar mi vida sin ningún cargo. Los estoy ayudando a desmantelar La Orden Mala Sangre, aunque no está resultando tan fácil como ellos creían. De mi padre no hay ni rastro, ni tampoco de su mano derecha Catana. Desconozco si murió esa noche de nuestro secuestro o no.

El suspiro de Knox al rozar uno de sus pezones con mi boca, provoca una sonrisa involuntaria en mí, y mi erección crece a la máxima potencia. Nunca tengo suficiente de ella, porque para mí es una droga. Su predisposición y las sensaciones que llenan mi alma al estar con ella, al hacerla mía, no es comparable con nada.

—Nath, por favor…—suplica arqueando su cuerpo bajo el mío.

— ¿Por favor, ¿qué?, dímelo preciosa…—La provoco bajando mi boca directa a sus labios inferiores, para lamer, acariciar y rebañar cada gota de su esencia.

—Por favor, te necesito dentro de mí. —exige acariciando mi pelo con pequeños tirones para instarme a hacer lo que está pidiendo.

No quiero hacerla suplicar más, porque en realidad estoy más que ansioso de introducirme en su canal de una sola estocada. La lleno con toda mi envergadura al compás del grito de placer que sale de su garganta. Es el principio de un baile de cuerpos perfectamente afinados al unísono, que nos lleva a tocar el cielo a ambos.

Saciado y rebosante de júbilo, permanezco con su cuerpo entre mis brazos, porque es donde pertenece.

“¡Qué bien se siente no siendo el fantasma que una vez fui! Nunca pensé que estaría tan feliz de alcanzar la redención en los brazos de Berta Knox.”

Fin.

Anexo

Berta Knox

Acabo de dejar al hombre de mi vida entre las sábanas, después de una maratón de sexo que ha dibujado una sonrisa de tonta en mi boca, difícil de que nada la pueda borrar. Despertarme cada mañana envuelta en su cuerpo es más de lo que nunca pude imaginar. He abandonado la cama un minuto en busca de un poco de agua, bajo los escalones de nuestra casa en dirección a la cocina. El sonido de mi móvil sonando me obliga a cambiar el rumbo, porque recuerdo que dejé mi bolso en el recibidor. Al sacarlo me fijo en la pantalla y el número es demasiado largo, aun así, opto por cogerlo.

—Sí.

—Berta, soy Gala, estoy viva.

No me da tiempo a más porque a continuación, la llamada se corta abruptamente. Y yo no puedo hacer otra cosa que gritar.

—Nath…

CONTINUARÁ…

Condena o Salvación

Shelly Kengar

Portada: Mari Sang @mari. csang

Foto: Canva

Corrección: Dache Correcciones

Maquetación: Shelly Kengar @shellykengar

©ShellyKengar

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (**www.cedro.org**; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para David, por ser todos los Luca,

los Nath y los Kirial que necesito en mi vida.


CONDENA
SHELLY KENGAR
O
SALVACION

SINOPSIS

CONDENA O SALVACIÓN

Luca creció rodeado de asesinos, sin escrúpulos, solo, sin amigos, sin familia. Tan solo un padre obsesionado con dirigir su organización de asesinos a sueldo.

Después de Turquía se planteó que era hora de jubilarse, así que se propuso aceptar un último trabajo y después desaparecer de todo lo que conocía.

Un encargo bastante peculiar, rescatar y luego matar a su objetivo.

Gala Ágora fue secuestrada mientras disfrutaba de un crucero después de un desengaño amoroso. Le robaron su libertad y la encerraron en un Harén. Pero su carácter indómito no le permite rendirse a pesar de que cuenta con pocas posibilidades de salir ilesa de ese lugar.

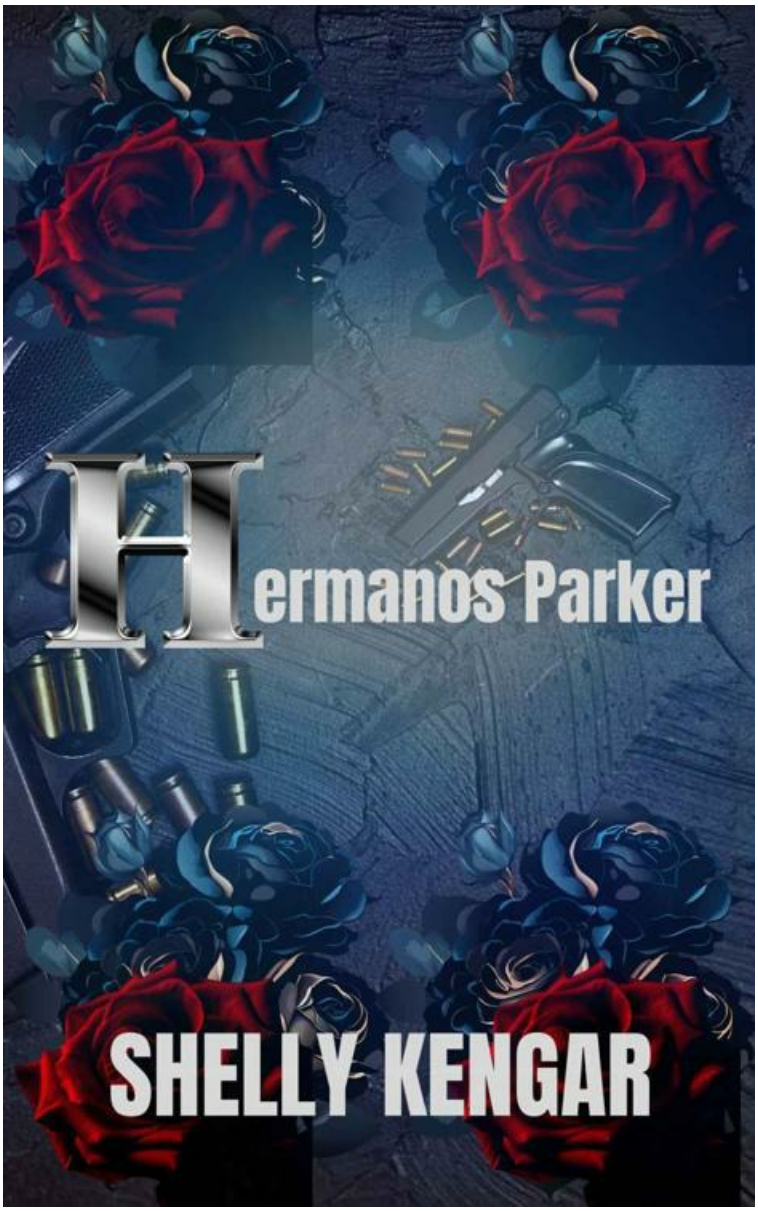
Un plan bien trazado, unos hilos bien hilados provocarán que Luca y Gala se encuentren y a partir de ese momento la batalla personal que se desata entre ellos será el factor dominante en esta historia llena de manipulación, planes ocultos, mentiras, y mucha tensión sexual.

¿Será capaz Luca de descubrir que se esconde entre tantas casualidades?

¿Podrá Gala resistir su intensa atracción por su captor?

Si deseas conocer qué le sucedió a Gala Ágora, la amiga de Berta Knox en The Phantom Redención, no te puedes perder esta nueva entrega de los hermanos Parker.

¡¡Condena o Salvación!!!



Prólogo

“Vive como si fueras a morir mañana”

Mahatma Gandhi

Luca "El Negro"

Abro los ojos, tengo la sensación de que mis párpados llevan días pegados, aun así, consigo separarlos con dificultad. A mi alrededor se cierne la oscuridad. El terrible martilleo en mi cabeza amenaza con partir mi cráneo, ni siquiera puedo retener cualquier pensamiento

coherente.

¿Cómo he llegado a encontrarme en esta situación? Los sucesos están demasiado borrosos en mi mente. Me levanto con dificultad, sin apenas ver, cuando intento dar un paso me tambaleo. Noto como mi pie izquierdo está sujeto con algo metálico. Sacudo y estiro el mismo y el tintineo de una cadena inunda la estancia.

‹‹Atado como un perro››.

A pesar de mi intención de quedarme de pie, no puedo evitar perder el equilibrio cayendo al frío suelo. El hedor a humedad rancia inunda mis fosas nasales y provoca que una arcada suba por mi garganta.

Cierro los ojos y dejo mi mente en blanco. No recuerdo nada, y mucho menos como he llegado aquí. Tan solo unos ojos verdes brillantes aparecen en mi cerebro provocándome una reacción extraña en el interior de mi pecho. Pero no logro ubicarlos, mi cabeza es una gran laguna donde los recuerdos están perdidos.

Únicamente sé que soy Luca, al que llaman El Negro, miembro de La Orden Mala Sangre y que tema quien haya osado encarcelarme como un animal, pues mi ira arrasará con todo, cuando como mínimo pueda salir de este jodido zulo…

Capítulo 1

“Las casualidades no existen”

Tres años antes Colombia Aeropuerto El Dorado.

Luca El Negro

A las 12.00 horas aterriza mi vuelo en Colombia, paso los controles de aduanas del aeropuerto El Dorado, famosos por ser exhaustivos. Por lo que, a pesar de estar aquí por motivos de trabajo, no he sido tan iluso de llevar ningún arma conmigo. Una vez recojo mis pertenencias, que es una pequeña bolsa que contiene varias mudas y enseres de aseo, pongo rumbo a la oficina de coches. Según la agencia de viajes donde he contratado el vuelo en el mismo aeropuerto hay una sucursal de una empresa de renta de vehículos. Ahora agradezco una de mis manías, ser previsor, porque desde la agencia ya me tramitaron el alquiler de un coche por expresa petición mía. Cuando llego al punto de recogida, una joven sonriente me solicita mi pasaporte, para identificarme y además mi tarjeta de crédito. Explica, que lo habitual es retener cierta cantidad de dinero por si devuelvo el vehículo con daños.

Mi objetivo no se encuentra en Bogotá, sino en Armenia, municipio colombiano, capital del departamento de Quindío, a doscientos noventa kilómetros al suroeste de Bogotá. Por eso necesito un vehículo para hacer ese recorrido por carretera.

Así es mi trabajo, debo ir donde me indican, este es uno de los encargos de la organización a la que pertenezco, la cual dirige el mayor hijo de puta del mundo, y por desgracia mi padre, Némesis. La Orden Mala Sangre es la que me ha hecho llegar la información sobre el hombre al que tengo que borrar del mapa. En el expediente hacía máximo hincapié en que debía parecer un accidente.

No creo que resulte complicado por lo que he investigado y la información facilitada por La Orden, el hombre pasa todos los días en la hacienda que maneja en Armenia, gestionando sus campos de cafetales.

Una vez tramitado el tema del transporte, me monto en el todoterreno dispuesto a pasar tres horas al volante. Quizás un poco más si paro a comer.

Conforme me voy acercando a Quindío puedo admirar el paisaje cultural del cafetal, un paraíso paisajístico. Soy un entusiasta de la naturaleza, mi retina devora todos estos lugares en los que predomina el verde intenso. Reconozco que es la primera vez que visito esta zona de Colombia, pero ya he decidido que no será la última. En mi memoria lo apunto como próximo destino de descanso. Ahora esta visita es laboral, por lo que dispongo de poco tiempo para hacer turismo por estos campos de cafetales que dominan toda la cordillera hasta entremezclarse con la ciudad urbana.

Llego al pequeño hotel que he elegido para registrarme. La Herencia es el nombre de

este sitio situado en el kilómetro ocho de la vía Edén. Cuando bajo del coche me saco las gafas de sol para poder observar la fachada del alojamiento, el suave aroma a café vuela hasta impregnar mis fosas nasales. Entro y hago el *check in* correspondiente, una joven con bonita sonrisa y ojos negros me atiende en inglés.

Una vez instalado en mi habitación, la que cuenta con un balcón desde el que disfruto de unas hermosas vistas, decido ponerme cómodo y esperar hasta la hora de la cena. Lo tengo todo programado, haré una visita a la hacienda cafetera donde se encuentra mi víctima a partir de las doce de la noche, así será más fácil colarme en la propiedad.

Al llegar la hora elegida me enfundo unos pantalones oscuros y un jersey negro. Salgo del hotel sin ser visto como en otras ocasiones, mis habilidades cultivadas por años me facilitan pasar desapercibido.

Para ir a la Hacienda tengo que coger el coche, pero utilizar el mismo vehículo en el que he llegado es demasiado imprudente, podrían relacionarme, con los sucesos que están por acontecer. Así que elijo uno al azar del aparcamiento. Con mi kit abre puertas que siempre llevo conmigo, fuerzo la cerradura con habilidad y accedo al habitáculo por el lado del conductor. A continuación, con la ayuda de mi ganzúa, consigo que arranque y abandono La Herencia, incorporándome a la vía Edén.

Me coloco el pasamontaña y estaciono en una zona próxima, pero cuidando que no esté muy a la vista. Camino hasta divisar la Hacienda. Veo la puerta principal de acceso donde se distingue un cartel con el nombre.

"Hacienda cafetales Montenegro"

Rodeo los muros que protegen la propiedad privada, según mis cálculos en la parte trasera encontraré una pequeña puerta de hierro que es el acceso que emplean los trabajadores de la hacienda, esa es la mejor opción para entrar que tengo. Llevo dos semanas estudiando los planos de este lugar y después de mucho cavilar esa alternativa es la que debo utilizar.

Voy con sumo cuidado porque según mis informaciones hay cinco hombres apostados en sitios clave protegiendo la zona. La única ventaja que tiene esta propiedad es que no cuenta con cámaras de seguridad y eso reconozco que es algo que agradezco. Entro con sigilo, ese que me acompaña en cada trabajo. Agazapado entre unos setos que encuentro en la zona ajardinada de la propiedad, localizo a los hombres armados, observo y memorizo como se mueven haciendo guardia, alerta, pero con relajación.

Elijo el momento preciso para avanzar por la puerta trasera de la casa, sin ser visto, fuerzo también esa entrada y me introduzco en el interior. A pesar de la oscuridad de la noche, la luz artificial de las farolas, que están colocadas de manera estratégica en la propiedad que rodea la casa, se cuela por los amplios ventanales. El tenue resplandor facilita mi avance hacia la planta superior donde se encuentra la habitación de mi víctima.

Justo frente a la puerta, miro a un lado y al otro verificando que no haya nadie y giro con suavidad el pomo de esta, intentando colarme en su interior, sin hacer ruido. Para mi

sorpresa entorno los ojos porque la habitación está más oscura de lo que creía.

Sin esperarlo, la lámpara de la estancia se acciona iluminando todo el espacio, ante mí un hombre de unos cincuenta años me mira de manera exhaustiva y está acompañado por dos hombres que apuntan sus armas hacia mí.

‹‹ ¡Mierda! ››, maldigo en mi mente.

Quieto, sin mover ni un pelo, observo la escena, rebuscando en mi cerebro la manera de escapar. Porque al parecer he caído de lleno en una trampa.

—Bienvenido, Luca. —Saluda el hombre que reconozco como la víctima que me han encargado liquidar.

Guardo silencio porque no sé muy bien qué esperar de este tipo, su cara sonriente denota reconocimiento, incluso veo en sus ojos una chispa de orgullo al mirarme lo cual consigue descolocarme mucho.

—Bueno, veo que estás un poco confuso o sorprendido—comunica—. Pero después de la historia que te voy a contar todas las piezas encajarán. Sé que has venido a matarme, y te confieso que hace tiempo que espero que el muy cabrón de Némesis envíe alguno de sus secuaces a acabar con mi vida. No obstante, confieso con sinceridad que nunca pensé que te eligiera a ti.

Sus palabras no tienen mucho sentido para mí, sin embargo, lo escucho con atención.

—Soy Luciano Montenegro, pero eso ya lo sabes. Lo que desconoces Luca es que nos une un vínculo de sangre. Estoy seguro de que tu padre te lo ha ocultado —prosigue.

Esa información entra en mi cabeza como una bala que amenaza con sacudir todos los cimientos de mi existencia, conocida hasta el momento.

— ¿Qué cojones está diciendo? —reclamo entre dientes.

Siempre observo y escucho antes de pronunciarme. No obstante, no he podido evitar preguntar, porque una sombra de inestabilidad asedia a mi fraguado control, se está colando por los requiebros que han logrado hacer sus explicaciones.

—Luca, eres hijo de Parker, al que se conoce como Némesis, pero también el hijo de mi hermana Lucía Montenegro. Por lo que eso significa que eres mi sobrino.

Sus palabras me afectan como si explotara una bomba en mi alma y la onda expansiva alcanza mi cabeza. Lo que hasta la fecha conozco mi procedencia, todo lo que el capullo de mi padre me ha explicado, al parecer es una pura patraña.

Mil conjeturas sacuden mi mente, y entre ellas una verdad, la única que en este momento puedo certificar.

"Las casualidades no existen. Némesis me asignó el trabajo con intenciones ocultas. Y pienso llegar hasta el fondo del asunto."

Capítulo 2

Una visita inesperada.

Actualidad Barcelona.

Luca

Salgo del rocódromo con la mochila en la mano, es la manera que tengo de desestresarme, ejercitarme. Disfruto haciendo escalada estilo indoor, es la mejor forma para practicar este *hobbie* sin tener que desplazarme. Desde que regresara de mi aventura en Turquía experimento cierto cambio en mi interior. Analizar una y mil veces la decisión que tomé, no ayuda a apaciguar mi alma. Hasta aquel día el odio hacia mi hermanastro, Nathaniel Parker, era un sentimiento latente que lograba mantenerme alerta. Pero en aquel lugar, cuando lo ayudé a salvar a su criptonita y pude comprobar con mis propios ojos cómo se miraban, venerándose sin ni siquiera tocarse algo, se removió en mi espíritu.

No sé lo que es el amor, en ninguna de sus vertientes, tampoco conocí a mi madre, tan solo al capullo de mi padre que vive consagrado a La Orden a la que yo mismo pertenezco. Una organización de asesinos desalmados, desplegados por todo el mundo. Él se encargó de que me criaran terceras personas desde que era pequeño, me facilitó una formación académica, un sitio donde vivir y pagó a otros para que me convirtieran en un guerrero, bueno, más bien en un asesino. Consiguió venderme la idea de que lo mejor era pertenecer a La Orden Mala Sangre y con los años alimentó mis aspiraciones a que cuando él se retirara yo estaría al frente. No obstante, todo ese castillo de naipes de ilusiones y metas se derrumbaron tres años atrás cuando trajo a Nath, su primogénito, su ojito derecho. Porque, aunque lo negara, Nath era la debilidad del viejo y tarde o temprano Némesis lo pagaría. Ahora, tras lo de Turquía, tenía claro que mi hermano sería la condena de mi padre y yo no iba a estar en medio de esa tesitura. Así que después del último trabajo que acababa de aceptar esa misma mañana desaparecería del mapa y de La Orden.

Cuando llego a mi apartamento en el centro de Barcelona, dejo la bolsa en la entrada y voy directo al baño, necesito quitarme el sudor y los restos de magnesio del cuerpo, sobre todo de las manos.

Disfruto de la ducha hidromasaje que tengo instalada haciendo hincapié en la zona cervical y cierro los ojos mientras mis manos se apoyan en los baldosines de la pared. Un fogonazo me atraviesa como un rayo y la imagen de una mujer se difumina en mi mente sin que pueda reprimirla.

Es la misma que he recibido esta mañana en mi correo electrónico, es mi objetivo…

Según las instrucciones, debo sacarla con vida de Dubái y después, una vez en suelo europeo, matarla fingiendo un accidente.

Son unas pesquisas, un pelín inusuales, porque lo fácil sería viajar a la península arábica y matarla. Pero mi cliente no es lo que desea y quien paga manda.

Me enseñaron a no sacar conclusiones, a no hacer preguntas, esos son los cánones de comportamiento en mi trabajo. Aunque resulte raro cumpliré con el objetivo y luego desapareceré.

Salgo de la ducha con intención de vestirme y preparar mi maleta, mi vuelo a Dubái despegará en tres horas. Aunque al salir me quedo parado en el sitio, en el salón de mi apartamento hay una reunión a la que al parecer no he sido invitado.

¡Joder!, cómo pueden haber entrado, mi piso es un maldito bunquer, tengo cinco alarmas y no ha sonado ninguna. Con rapidez, pero sin moverme, localizo mi pistola en una de las mesas auxiliares a un metro y medio de donde me encuentro.

—Ni lo pienses.

La voz suave, un poco chillona de la mujer que está frente a mí, provoca que frunza el ceño. Va vestida con un traje chaqueta de falda de tubo negra pegada a sus voluptuosas curvas, su pelo castaño con vetas rubias le cae en cascada por su espalda y su rostro.

“Maldita sea, su cara va cubierta por una máscara dorada”.

Tan solo se vislumbran sus pupilas a través de ella. Unos ojos que recogen toda la maldad del mundo. Tras ella, en posición de ataque, cinco hombres con trajes a medida negros y armados la cubren como si fuera una reina.

— ¿Quién cojones sois? —interrogo mostrando mi cólera.

—Luca, eso es lo que menos importa en este momento. Tan solo es una visita rutinaria. Necesito tu compromiso, porque no consentiré otro fallo por tu parte —comunica la mujer.

—No respondo ante ti —contesto alzando mi mentón de manera orgullosa.

No tengo ni idea de quién es esta mujer y aunque el peligro rezuma por cada poro de su piel, no me contengo. No soy bueno acatando órdenes, más bien desobedeciendo, quién me conoce lo sabe.

—Te debes a La Orden y yo soy la portavoz de los Mecenas, ellos financian la organización, por lo tanto, responderás ante mí. —Su tono de voz se tiñe de enfado, aunque logra camuflarlo.

Mi cara debería ser un mapa a consecuencia de lo que cuenta esta mujer, si no fuera tan bueno en esconder mis expresiones. Esa actitud también debo agradecérsela al gilipollas de mi padre por brindarme a los mejores maestros.

—No tengo ni idea de lo que está diciendo. —Suelto, aunque es una mentira a medias. En una ocasión oí a mi padre hablar de Los Mecenas con su mano derecha Catana. A pesar

de que ellos nunca se percataron de que yo los escuchaba.

—Así que tu papaíto no te informó, del funcionamiento de La Orden, algo extraño, siendo su digno sustituto. —Se burla, la mujer de máscara dorada.

—Vaya al grano, tengo que coger un vuelo. —Mi actitud desafiante no cambia a pesar de encontrarme en una situación de clara desventaja.

—Tranquilo Luca, por nada del mundo voy a ser un obstáculo para que te subas a ese avión. Mi visita es de cortesía y de advertencia a la vez. Mi nombre es Mandrágora, soy la portavoz de los Mecenas y en calidad de eso te digo que no puedes fracasar en este trabajo. Es tu última oportunidad. No permitiré que falles como en Turquía. —En su tono de voz se ve que no está precisamente contenta con Turquía.

Es la primera vez que no completé el trabajo, pero tenía mis motivos, aunque ni loco se lo explicaría a esta pirada.

—Siento no poder decir que es un placer conocerla. No me gustan las visitas sin invitación previa—suelto, insolente—. Pero ahora que ha dejado bien claro sus deseos, puede largarse con su séquito de perros falderos.

La estrepitosa risa de la mujer inunda el salón. Al parecer le divierte en exceso mi actitud.

‹‹Eso no es bueno, me chivatea››, mi mente.

—En fin, Luca, espero que esa arrogancia de la que haces gala te siga acompañando en breve —dice clavando su mirada en mí.

Acto seguido, con una señal de su mano, todos comienzan a salir de mi apartamento sin hacer ruido de la misma manera que han entrado.

‹‹*Mecagüenenlaputa*››, mascullo una vez solo.

El cabreo que se adueña en estos momentos de mí es monumental. Porque el hecho de que Mandrágora y sus secuaces hayan entrado en mi casa tan fácil a pesar del sistema de seguridad que tengo me expone y eso no me gusta, no me gusta nada.

Los Mecenas son peligrosos, eso me queda claro, no obstante, la más dañina es esa mujer que al parecer mueve los hilos. Estoy seguro de que no la ha enviado mi padre e incluso me juego lo que sea, que el capullo del viejo desconoce esta visita que me han hecho de cortesía.

Capítulo 3

Reencuentros.

Luca El Negro Ajman

Sentado en el avión rumbo a Dubái, tengo seis horas y treinta y siete minutos por delante hasta llegar a mi destino. Decido descansar, no sé cuándo pueda volver a hacerlo. Mi último trabajo no se presenta fácil. Porque sacar a la joven de donde esté metida es jugármela ante los árabes y estos tienen fama de que no se andan con tonterías.

Según la información que he podido recabar, Gala Ágora fue secuestrada del Costa Fortuna, el mismo crucero donde viajaba la criptonita de mi hermano. Pero al parecer semanas antes que Berta Knox.

El destino de mi objetivo, la joven, fue ser subastada por la organización que mi hermano con mi ayuda desmanteló.

No creo en las casualidades, nunca lo he hecho. Por eso me acompaña la sensación de que en todo este asunto hay algo más.

Bueno, hay varios jeques en Dubái y alrededores aficionados a comprar mujeres en este tipo de subastas, por lo que tendré que vigilarlos a todos y averiguar dónde está Gala. Antes de coger el vuelo he intentado ponerme en contacto con La Orden, pero ha sido inútil, al parecer la rebelión ha estallado dentro de la misma. No he podido dar con Némesis según mi contacto, se lo ha tragado la tierra y Los Mecenas son ahora los que tienen el control, capitaneados por una mujer.

No necesito que el informador me diga de quién se trata porque estoy seguro de que es la misma que irrumpió en mi apartamento.

Mandrágora, tomo nota de no olvidar ese nombre porque sé que nuestros caminos volverán a cruzarse.

Cuando aterrizo, cojo un taxi que me lleve al complejo donde voy a alojarme. El hotel está al noroeste de Dubái, en el emirato de Ajman. He elegido ese lugar porque mi amigo y compañero de estudios en la universidad, donde mi padre me hizo estudiar, vive allí. Necesitaré de su ayuda para poder inmiscuirme en la sociedad de este país y averiguar dónde exactamente se encuentra Gala, preveo que no va a ser tarea fácil.

Hakim Sasseh Al Nuami es primo del jeque de Ajman, por lo tanto, es mi contacto perfecto.

Ajman es uno de los siete Emiratos, el más pequeño, sin embargo, lleno de encanto, a veinticinco kilómetros al norte de Dubái, situado en el Golfo Pérsico. Ya instalado en mi habitación salgo a la terraza a la cual tiene acceso y mi mirada se pierde en las arenas

blancas que rodean el edificio y el agua cristalina de su playa, a lo lejos puedo divisar las embarcaciones de vela y bajo calado típicas de este lugar, los dhows. Años atrás la pesca y las palmeras datileras constituían las principales fuentes de alimentación de la población. Mucho ha cambiado todo en la actualidad, pues al unirse, el emirato Ajman ha sufrido una importante transformación. Visible a través de los edificios y construcciones que poco a poco han modificado la ciudad.

Mi amigo Hakim siempre hace alusión a ese cambio drástico de su hogar orgulloso, por lo bien que la población ha sabido adaptarse a la evolución y al crecimiento.

Miro mi reloj, todavía quedan un par de horas para la cita con Hakim por lo que tengo tiempo de disfrutar de un baño en la playa y algún tentempié en el restaurante del hotel.

Después de nadar en la playa privada del complejo, regreso a la habitación para vestirme y acudir a mi cita con Hakim. No tengo que desplazarme porque hemos quedado aquí mismo en el restaurante del hotel.

Una vez vestido, pongo mi arma en mi espalda sujeta por su funda como siempre y me coloco un chaleco de piel para ocultarla. Con la temperatura de la cual disfrutamos en este país quedaría un poco fuera de lugar ir con cazadora.

Cuando hago mi entrada en el restaurante Hakim, mi amigo ya está sentado en una mesa esperándome. Oteo la sala y localizo el séquito de seguridad que acompaña a mi amigo. Dispersos de forma estratégica para no llamar demasiado la atención.

Hakim pertenece a la familia real de Ajman y aunque es uno de los cincuenta primos del jeque, tiene derecho a sus escoltas personales. Desde que nos conocimos hace quince años ha sido así.

— Sabah alkhayr ya sadiqi—. Saluda Hakim levantándose para estrecharme la mano.

—Hakim, no pasan los años por ti —alabo sonriente.

Mi amigo luce igual que cuando nos conocimos, lo único es esa barba típica que le llega más abajo de la barbilla. Pero es como si su imagen se hubiera congelado en los veinticinco, pasando el tiempo por él sin hacer mella.

—Cuanto me alegra que visites mi país, llevábamos más de cinco años que no nos veíamos, Luca —dice Hakim contento.

—Sí, he estado liado la verdad. Pero necesito un descanso y qué mejor lugar que este —exclamo ante la cara de orgullo de mi amigo.

Hakim piensa que me dedico a la empresa familiar, que no es mentira. Sin embargo, para él los negocios de mi familia son la recolección y distribución de café en Colombia. La sede de esa empresa está en Francia y allí es donde me localiza.

Una tapadera bien construida, obra de Némesis por supuesto. Cuando mi progenitor

decidió que estudiaría en la mejor universidad ubicada en Irlanda, se encargó de cubrir bien mi pasado con esa identidad falsa. En el fondo sé que tengo que estar agradecido porque en beneficio puedo moverme con libertad por el mundo sin tener que estar siempre huyendo.

Luca Parker Montenegro, un respetado hombre de negocios que esconde tras esa pantalla a Luca El Negro, temible asesino perteneciente a La Orden Mala Sangre.

—Será cuestión de hacer que no olvides tu estancia en mi país. —proclama Hakim henchido.

—Me parece una opción estupenda —contesto.

La camarera nos sirve un lunch liviano mientras nosotros seguimos poniéndonos al día. Hakim explica sus funciones para la familia gobernante, según mi amigo se dedica a gestionar las empresas que los Al Nuami tienen de barcos. Ellos decidieron invertir hace unos cinco años en navieras, lo que viene siendo sobre todo construcción, diseño y venta de yates de lujo.

—Esta noche tenemos una celebración en el palacio, varios de nuestros mejores clientes acudirán, ¿cuento contigo? — Propone mi amigo.

—Por supuesto, allí estaré —contesto.

Es una oportunidad muy buena que no puedo rechazar. Codearme con ellos me facilitará poder recabar información para localizar a mi objetivo.

Hakim y yo nos despedimos hasta la noche. Mi amigo me comunica que un vehículo de la casa real me recogerá en el hotel. A pesar de haber insistido en que podía ir en taxi, Hakim no me lo ha permitido.

Tengo tiempo de disfrutar de otro chapuzón en la playa y aprovechar para ejercitarme un poco.

Cuando vuelvo compruebo que tengo varias llamadas perdidas de un número que no tengo en contactos.

Resulta bastante extraño porque mi número no lo tiene demasiada gente, aun así, decido no devolver la llamada.

Una vez arreglado con un esmoquin para la ocasión, bajo al hall del hotel a la hora indicada. Como un clavo, una limusina negra con las praderas en la parte delantera de la misma de la casa real de Ajman me espera.

De nuevo en mi habitación del hotel miro el móvil y veo un mensaje de mi informador dentro de La Orden.

“Las malas lenguas dicen que Némesis ha sido destronado y asesinado”

A pesar de que es lo que parece, me cuesta creer que esté muerto, el que conoce bien a Némesis sabe que es el hombre más escurridizo del mundo. Lanzo el teléfono sobre la cama y mi mente viaja a otro momento cuatro años antes, cuando un descubrimiento crucial me hizo replantearme mi vida tal cual la conocía.

Tres Años antes.

Armenia—Quindío Hacienda Montenegro.

Todo lo que aquel hombre explicaba era surrealista, era imposible, tenía que serlo, La información que yo manejaba era la que mi padre me había contado. Según Némesis mi madre estaba muerta, era una mexicana que conoció en una misión cuando aún era un agente de la CIA, no sé si ya era corrupto o no, pero el caso es que esa era la historia que me había vendido. Alegando que mi madre pertenecía a la organización de un cartel de la droga muy famoso en tierras aztecas.

Yo lo creí, porque un niño de doce años no puede hacer otra cosa que creer a su padre al que veía como su salvador. Ahora no tenía tan claro si era mi verdugo en vez de mi protector.

—Esa no es la historia que me contó mi padre —solté taladrando a Luciano con mi mirada.

—Lo sé. Pero es la verdad, tengo pruebas de ello y si quieres te las mostraré. —se ofrece Montenegro con calma.

La confusión crece poco a poco en mi interior, desestabilizando mi compostura. Mi mente va a toda máquina intentando diseccionar por qué estoy en este lugar, por qué Némesis me encargó este trabajo.

—Lucía se enamoró de Parker, a pesar de ser un hombre casado y no solo eso sino peligroso. Según ella era un íntegro agente de inteligencia, pero yo desconfíe de él en cuanto lo vi. —prosiguió Luciano.

En sus palabras puedo apreciar el desprecio que sentía por mi padre, no obstante, aunque no lo justificaba, lo entendía porque Némesis era un cabrón enorme, exento de escrúpulos.

Regreso al aquí y ahora, relegando esos recuerdos al pasado.

Capítulo 4

Un pajarito en una cárcel de cristal

Ajman. Palacio del jeque Ammar Rashid Al Nuaimi.

Gala

Hace dos semanas que estoy aquí, en esta cárcel a la que el resto llaman harén, donde el tiempo pasa lento, aunque quizás solo para mí. Porque si desvío la mirada alrededor observando a mis compañeras de prisión parecen encantadas de la vida. Unas se están embadurnando en aceites esenciales, otras nadan en la piscina central del lugar y el resto cosas varias. Mientras yo sigo sentada en uno de los poyetes coronado por un arco de estilo mozárabe desde el que se puede vislumbrar el inmenso desierto que nos rodea. Soy Gala Ágora y me han secuestrado, golpeado y finalmente subastado a un jeque al que de momento ni siquiera he visto.

‹‹Quizás sea una suerte no conocerlo todavía››. Pienso.

Por los comentarios del resto de mujeres del harén que he oído, somos privilegiadas por ser propiedad de Al Nuami. Las que ya han sido elegidas para compartir su cama, aseguran que además de ser un hombre atractivo, es un gran amante.

Dios, alucino con todo esto. Alabar a un hombre que nos ha comprado para su uso y disfrute como si fuéramos un pedazo de carne.

Y yo que creía que este tipo de vidas solo existían en los libros o en las pelis. ¡Madre mía!, qué equivocada estaba.

Ahora mismo estoy tan arrepentida de haberme dejado llevar por mis impulsos después de discutir con Carlo.

Mi carácter explosivo era el culpable de que me viera en esta situación. Si no hubiera decidido hacer el maldito crucero sola, después de romper con Carlo por encontrarlo en mi cama con la mujer que él mismo aseguraba era su ex.

Lo que en principio pensé que serían unas minivacaciones para sopesar varios aspectos de mi vida.

El primero, dejar de enamorarme de capullos egocéntricos. Pues había acabado conmigo en esta situación, intentando aceptar mi destino. Secuestrada, aterrorizada por la incertidumbre, los primeros días, había derramado más lágrimas que en toda mi vida. Ahora mismo me encuentro en fase de aceptación de mi incierto destino. De momento pasar desapercibida, me ha servido para no ser elegida objeto de uso y disfrute del jeque ni ninguno de sus invitados.

No sé qué sucederá cuando sea una de las electas, prefiero no suponer.

—Hola.

Ese saludo en un idioma que entiendo a la perfección consigue arrancarme de mis pensamientos. A mi lado, una chica que no aparenta más de dieciocho años con una sonrisa infantil y unos grandes ojos negros. Va vestida como yo, con estas ropas típicas, parecemos bailarinas de la danza del vientre. El rojo combinado con dorado de su traje resalta su pelo negro intenso.

—Hola, veo que hablas inglés —comento.

—Si soy de Londres —dice.

Lo que más me sorprende es que no puedo apreciar en su rostro ningún rastro de temor, y la situación en la que nos encontramos me parece inverosímil.

— ¿Cómo has acabado aquí? ¿Qué edad tienes? —pregunto con curiosidad.

—Pues supongo que del mismo modo que tú y las otras. Me secuestraron mientras viajaba con mis padres en un crucero por las Islas Griegas. Tengo diecinueve años y antes de que lo preguntes llevo aquí más de un año—explica con naturalidad.

¡Madre mía increíble!, por eso no hay rastro de incertidumbre ni miedo en ella, en un año creo que ya se ha hecho a la idea que esta será su vida. En el fondo la frustración me embarga, porque es injusto que una niña sea obligada a ser la herramienta de placer de un hombre.

—Un año —susurro más para mí misma que para ella—Estoy sorprendida por tu actitud, perdona que te lo diga. Pareces incluso contenta de esta vida.

—Con el tiempo lo entenderás. Cuando me trajeron aquí intenté suicidarme en varias ocasiones, sin éxito. Me resistía a aceptar el destino que me había tocado. Entonces Badra me dijo que no tenía más opción o moría o decidía vivir lo que Alá me enviaba y aprendía a sacar lo bueno de la situación. De todos los jeques árabes. Al Nuami es el mejor, no daña a las mujeres, tan solo les regala placer —relata la joven con una calma pasmosa.

Parece más adulta de lo que es en realidad, y no puedo evitar sentir orgullo ante ella por aprender a aceptar su destino. Lástima que yo creo que no sea capaz, porque para mi cerebro es imposible consentir ser un objeto y eso es lo que somos aquí.

Yo no soy ningún juguete de placer. No puedo borrar de mi mente que soy una persona independiente y autónoma. No pienso que esa tal Badra consiga lavarme mi cerebro de la misma manera que a esta joven.

—Es admirable. ¿Cuál es tu nombre? — pregunto.

—Mi nombre lo he olvidado. Badra me bautizo con uno nuevo, puedes llamarme Dakia.

— ¿Quién es Badra? —interrogo con curiosidad.

—Badra es quien manda en el harén, ella se encarga de mantener el orden. Además, se preocupa por nosotras— comunica.

— ¿Está aquí ahora mismo? —pregunto, la verdad es que tengo curiosidad por conocer a ese dechado de virtudes según Dakia.

—No, cuando venga te diré quién es, aunque lo sabrás nada más verla. ¿Y tú cómo te llamas? —. Se interesa la joven.

—Gala, soy italiana. —Me presento.

—Para ser italiana, hablas muy bien el inglés —observa la joven.

—Sí, podría decirse que el inglés es mi segunda lengua, en mi casa siempre se han hablado las dos. —La congoja se apodera de mi interior al contestar, porque sin poder evitarlo recuerdo a mi madre y mi vida.

Cuanto echaba de menos a mi mamá y nuestras conversaciones juntas. La verdad es que siempre me he considerado una privilegiada por tenerla. Ella ha sido mi apoyo constante, incluso cuando hace años mi padre nos dejó a causa de una enfermedad. Rafaella Marchiatto era una jabata, había afrontado con valentía la ausencia de su marido. Sin ella, yo no lo habría conseguido. Siempre estuve muy unida a mi padre, así que su muerte fue un duro golpe que casi consiguió que me perdiera…

Las puertas del salón se abren arrancándome de mis recuerdos, los ojos de Dakia vuelan directos hacia la misma. Un séquito de mujeres presididas por una mujer de unos cincuenta años, vestidas con túnicas de color azul eléctrico y filigranas doradas bordadas en las mismas, hacen su inclusión con porte altivo. Todas las presentes abandonan sus quehaceres y se ponen alerta ante la visita inesperada.

La que supongo que es Badra da varias palmadas para que le prestemos atención. Mis compañeras se aproximan a ellas y no me queda más remedio que abandonar mi posición e imitarlas. A pesar de que no estoy de acuerdo. Alrededor como si fuéramos ovejas y ella la pastora.

—Nuestro señor dará una fiesta esta misma noche en el palacio. Quiero que os preparéis a conciencia. Acudirán muchos representantes de otras ciudades y países, por lo que deberías actuar como os hemos dicho.

Habla en inglés porque supongo que la gran mayoría de chicas es la lengua que entienden. ¡A continuación ni murmullos, ni preguntas, nada!! ¡No me lo puedo creer! En mi cabeza se agolpan un millón de dudas. ¿Qué cojones se supone qué somos? ¿Prostitutas para esos hombres que van a acudir a la fiesta? ¿La asistencia a la misma es opcional? Pero los interrogantes mueren en mi mente, porque soy consciente de que no puedo formularlas.

Repite el gesto de las palmadas y todas retoman sus quehaceres, dispersándose. Así que

decido regresar a mi rincón, quizás más tarde pueda interrogar a Dakia sobre la fiesta de la que hablan y poder elaborar alguna excusa para no acudir, aunque lo veo difícil.

—Gala…

La voz de Dakia provoca que me dé la vuelta para verla acompañada de la mujer que hace unos minutos ha hablado. Mis ojos se clavan en ella con curiosidad, examinándola tal como ella está haciendo.

—Hola. —Saludo al fin.

—Soy Badra. Te has escondido bien, llevas semanas aquí y no me había fijado en ti —comenta con picardía.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal, su voz no, pero las palabras que ha elegido esconden algo que mi intuición me avisa que es demasiado peligroso.

—No creo que me haya escabullido, sino que somos muchas. Es difícil tenerlas identificadas a todas —contesto alzando mi mentón con orgullo, no soy sumisa, nunca lo he sido, por lo que no voy a demostrarle a esta mujer que puede manipularme.

Sus ojos se entornan ante mis palabras y mi actitud, esos negros e insondables que esconden tanto. Su tez morena y sus labios finos con una nariz demasiado aguileña para ser femenina, todo en ella es rudo, incluso sus cejas pobladas en exceso.

—Las normas aquí son claras, Dakia te informará. Lo primero es que olvides ese nombre porque te bautizaron, de ahora en adelante serás Cala. ¡Ah!, y debes ser menos orgullosa, aquí esa actitud solo te traerá sufrimientos, lo digo a modo de consejo.

Dicho esto, ni siquiera me da opción a réplica porque se da media vuelta y desaparece de la misma forma que ha aparecido. Aprieto mis puños clavando las uñas en las palmas de mis manos porque esa mujer es exasperante. Con elegancia y maestría me ha amenazado, enmascarando su advertencia como un consejo.

Odio cuando hay demasiado movimiento en esta jaula de cristal. Prefiero la armonía diaria donde cada una está inmersa en sus cosas y yo con la mirada perdida en las dunas que se ven a través del arco donde me gusta sentarme. Ese ha pasado a ser mi lugar, el único que tengo porque me paso segundos, minutos, horas, días mirando ese hermoso paisaje. Anhelando la libertad, esa que he empezado a valorar tan intensamente que me ahoga.

Cuanto echo de menos mi Réflex para poder inmortalizar lo que mis retinas intentan sin éxito.

Además, esta noche se presenta movidita porque según nos ha informado Badra debemos acudir a la recepción que el jeque Al Nuami da esta noche y confieso que me aterroriza y me esperanza a partes iguales. Porque en mi mente se abre paso una ligera idea como una tenue luz en un pasillo oscuro. En esa recepción habrá gente importante, siempre los hay porque quizás encuentre a alguien que me conozca. A fin de cuentas, soy una

fotógrafa de moda que ha trabajado para las mejores revistas europeas como freelance. Sin contar que mi vida siempre ha estado relacionada con la alta sociedad europea. Con esa pequeña lucecita cuál luciérnaga en mi interior me convenzo de que lo mejor es no excusarse ni trazar ningún plan para no asistir a tal evento.

Las connotaciones negativas que pueden salir de esa fiesta prefiero no materializarlas en mi mente a pesar de que el eco de estas oprime mi alma de vez en cuando.

—Gala, tenemos que pasar a la sala de belleza— comenta Dalia sacándome de mi mundo.

Frunzo el ceño con desagrado.

— ¿Y eso por qué? —pregunto hastiada.

Esto de rendirle culto al cuerpo porque sí, lo encuentro una gran gilipollez. Pero aquí todas se dejan mimar y preparar ansiosas por ser un día las elegidas del jeque

Mientras que yo rezo a ese dios del que nunca hasta el momento me acordé de hacerlo.

Depilación integral y masajes con aceites para estar lista para esta noche. Informa sin perder esa sonrisa amable que siempre la acompaña.

¡Dio!, cuánto me gustaría borrársela en algunas ocasiones!, ansiosa porque despertará de ese estado de felicidad absoluta en el que se encontraba. Como si ser una esclava sexual fuera el chocolate de loro.

Madre mía, hay cosas que me resultaban demasiado inverosímiles.

—La depilación no es necesaria para mí —exclamo con seguridad

Y no miento, hace años que pase por la tortura del láser, por lo que mi cuerpo está libre de vello. Sí, tortura, porque, aunque te lo vendan como; un método de depilación indoloro, ¡los cojones! Los pistoletazos y calambres no te los quita ni dios.

—Bueno, aun así, los masajes de aceites te vendrán bien —suelta Dakia agarrando mi mano para que la acompañe.

No me queda otra opción que seguirla a la sala de torturas para mí y de mimos para el resto.

Capítulo 5

“Mi vida es un mensaje”

Mathama Gandhi

Luca

El Palacio del Jeque donde tendrá lugar la recepción está a las afueras de la ciudad, por los cristales de la ventanilla de la limusina puedo ver las dunas del desierto envueltas en la oscuridad de la noche por las horas que son.

Es un paisaje misterioso y atrayente, saberse rodeado de un inmenso mar de arena acojona la verdad, pero en el fondo lo disfruto. Nunca he sido un aficionado a la fotografía, a pesar de que amo el paisajismo; sin embargo, en este momento si lo fuera inmortalizara este digno escenario nocturno en mi cámara.

Tranquilidad, esa palabra se dibuja en mi mente durante el trayecto, porque en más ocasiones evoco ese anhelo. Cansado de la vida que he conocido y conozco, sé que necesito un cambio, lo aúlla cada poro de mi piel, cada aspiración oculta desemboca en esa necesidad imperiosa de dar un giro de 180 grados a mi existencia tal cual es hoy.

‹‹Ya queda un último trabajo y seré libre››, repito en silencio.

El vehículo se para en una de las zonas traseras del palacio y a continuación el chófer abre la puerta para que salga. Una vez fuera me deleito con la impresionante fachada del lugar de estilo mozárabe iluminada en mitad de estas dunas. Un extenso jardín rodea la entrada al mismo a pesar de que desentona demasiado con el sitio.

Una vez dentro me dejo llevar, entremezclándome con la gente, el salón principal donde se celebra la fiesta. Está repleto de multitud, todos vestidos con sus mejores galas, mujeres y hombres

Algunos con esmoquin, otros incluso con frac y banda de raso con la insignia del país al que representan. Veo muchos altos cargos en pequeños círculos conversando vigilados con atención por sus equipos de seguridad que se integran con el ambiente de manera profesional. Yo creo que prácticamente se transforman en parte del mobiliario del salón.

Me paso un buen rato observando el ambiente mientras sujeto entre mis dedos una copa de champaña. De momento no hay ni rastro de Hakim.

—Luca, buenas noches.

La voz de mi amigo a mis espaldas provoca que me gire y sonría al verlo.

—Buenas noches, Hakim, veo que la casa real no escatima en grandeza cuando decide

dar fiestas—comento en tono jocoso.

Hakim sonríe henchido ante mis palabras, mi amigo es una persona leal a su familia, arraigado en exceso a su país y su gente. Siempre lo ha sido ya cuando coincidimos como estudiantes se pasaba el día hablando de los proyectos para mejorar y dar a conocer Ajman.

—Nosotros, mi querido amigo, solemos hacerlo todo a la grande. Me alegra que estés aquí. Acompáñame —propone.

Juntos atravesamos todo el salón, parándonos demasiadas veces para mi gusto, ya que mi amigo es abordado para saludar cada dos o tres pasos. Caminamos por un largo pasillo iluminado al máximo con las paredes revestidas de marquesinas imitando a las filigranas doradas, resaltando en el blanco de papel que cubre la pared. Detrás de nosotros el equipo de seguridad de mi amigo nos sigue de cerca, algo a lo que no estoy acostumbrado y causa cierta molestia en mí. Nos detenemos delante de una gran puerta, troquelada con dibujos en oro y bronce con unas manetas del mismo color. Hakim agarra con fuerza y las abre con un leve movimiento. Ante nosotros se extiende otra gran sala, pero diferente de la que venimos. En esta la gente está mucho más relajada, menos encorsetada. El olor a puro invade mi olfato mientras entramos y el ambiente está cargado del humo y el olor a incienso.

— ¿Esta es la verdadera fiesta? —pregunto con una sonrisa sagaz.

—Bueno, aquí podemos relajarnos, hablar y disfrutar de los placeres que nos brinda Alá. —informa Hakim mientras tomamos asiento en unos sillones con una mesa redonda delante.

Enseguida una joven vestida con las ropas típicas, cubriendo con un velo, su rostro nos sirve en una bandeja de plata un té y unos cuencos pequeños con dátiles y frutos secos. Mis ojos no pierden detalle de todo lo que está pasando en este lugar. Las mujeres que revolotean sirviendo té a todos enseñan demasiada piel, lo cual me extraña, porque sé que en este país eso solo es permitido en la intimidad o solo las mujeres de un harén se les concede ese privilegio.

—Estupendo sitio para relajarse Hakim, veo que sabes bien cómo tratar a un invitado— observo.

—La verdad es que a veces yo también me canso de alternar con los mandatarios de otros países. Comportarme y estar alerta, sobre todo por lo que hace unos años creé esta zona para la gente que quería relajarse y disfrutar. Puedo asegurarte de que en este salón a veces surgen muchos más tratos beneficiosos que ahí fuera —expone orgulloso.

—El ser humano cuando se siente a gusto es cuando más fiable es —digo sin apartar mis ojos de las chicas que revolotean —. Las jóvenes que no están sirviendo, ¿son trabajadoras? —pregunto de soslayo.

Porque yo también voy a aprovechar ese estado de relajación al que hace alusión Hakim, necesito información y este es el mejor momento y lugar.

—No, son las mujeres del harén de mi primo— confirma.

‹‹Lo sabía, mi sexto sentido no fallaba nunca››

Mis ojos se fijan en dos de esas mujeres en un rincón, la que va vestida de amarillo chillón parece estar amonestando a la que viste de verde. Por alguna razón me sorprende la escena y no puedo apartar mis pupilas de ellas.

—No sé por qué no me sorprende. —anoto meneando la cabeza jovial.

—Es la manera de ofrecer a nuestros invitados la carta de relax completa, un buen té, Habanos y placer—Define Hakim, porque además de ser un excelente diplomático es un estratega ejemplar.

—Creía que las mujeres del harén de un jeque eran intocables, al parecer también has logrado cambiar eso—Acerco el vaso de té a mi boca, aunque no soy un amante de esa bebida color caramelo, pero no hacerlo sería una falta de respeto para mi anfitrión.

Hakim eleva las comisuras de su boca en una sonrisa de suficiencia de esas que te gustaría borrar de un puñetazo.

—Mi querido Luca, mi primo, no hace mucho caso a las mujeres del harén. Si fuera por él, ni siquiera tendría uno. Pero para mí es muy conveniente que lo tenga como comprenderás. —Revela satisfecho.

Al parecer está muy orgulloso y por lo que vislumbro a través de sus palabras, estas chicas parecen más de su propiedad que del jeque. Quizás ese dato que acabo de averiguar me beneficie para encontrar a mi objetivo.

Una mujer entrada en años con un velo tupido en azul noche se acerca a Hakim y le susurra algo al oído.

—Discúlpame, Luca. Vuelvo enseguida. —Se excusa levantándose.

Lo sigo con la mirada hasta el rincón donde hace escasos minutos yo mismo estaba mirando. Hakim le dice algo a una de las chicas que se encontraban en ese sitio y a continuación con un simple gesto de su mano sus guardias la cogen y todos se escabullen de la vista del resto.

“La curiosidad mató al gato”, ese dicho cruza mi mente mientras me levanto con la determinación de seguirlos y averiguar qué es lo que sucede.

Sé que no debería meterme en los asuntos de Hakim, sin embargo, por alguna extraña razón, mi sexto sentido me empuja a indagar. Marcando cierta distancia los sigo hasta que entran en una habitación y cierran la puerta tras de sí.

Esto no pinta bien, conozco bien a Hakim y lo que en realidad me preocupa es su vena

violenta con las mujeres. En la universidad es algo que descubrí en una de nuestras fiestas, mi amigo no bebía nunca, no probaba las drogas ni nada por el estilo, el único vicio reconocido era el sexo. Una de esas noches en la facultad se montó un gran festival y fue allí donde descubrí de la peor manera posible que Hakim no aceptaba un no por respuesta. Alertado por los gritos, irrumpí en la habitación donde mi amigo estaba y lo que vi me dejó sin palabras. La chica atada el cabezal y Hakim con una navaja le hacía pequeños cortes en su piel.

Aquel episodio nunca salió a la luz, yo me encargué de ello y Hakim quedó en deuda conmigo de por vida.

Miró a un lado y al otro y no hay peligro, nunca mejor dicho. Pego mi oreja a la puerta y oigo a Hakim gritar fuera de sí. No pinta bien, mi amigo, el cual hace gala de un saber estar comedido, no pierde los papeles tan fácilmente.

No soy un puto héroe, debería seguir sentando en la zona de relax y placer donde él me ha dejado, pero mi instinto me empuja a estar aquí.

Mi mente en ese preciso momento recuerda otro lugar donde mi intuición cambió mi vida.

— ¿Pretendes que crea en tu palabra, sin más, esa que desmonta toda mi vida? — interrogué con una de mis cejas arqueadas.

No pienso dejar que vea los miles de dudas que me asaltan, por el contrario, voy a convencerlo de mi reticencia a dar veracidad a lo que explica.es la única manera de llegar al fondo de todo esto. Porque sé que hay muchas cosas ocultas tras todo lo que Luciano cuenta y ni qué decir de los motivos del gran capullo de Némesis para hacer o decir cualquiera de las cosas que ha grabado a fuego en mi mente.

Una expresión de contradicción atravesó el rostro de Luciano, pero con habilidad la camufla en segundos.

“Tarde porque yo ya la he visto”

—No te he subestimado de eso, puedes estar seguro. Por esa razón puedo enseñarte las pruebas de que todo lo que digo es verdad. Incluso tu certificado de nacimiento. — Respalda con estas palabras utilizando un tono firme y clavando sus ojos tan parecidos a los míos en cada uno de mis movimientos.

—Diles a tus secuaces que bajen las armas y entonces podrás enseñarme todas esas pruebas—ordené ante su cara de asombro.

Porque una cosa es no subestimar y otra no temerme, lo puedo ver en su cara.

Con un gesto de su mano ordenó en silencio a sus guardianes que bajaran las armas y estos obedecieron sin rechistar. Su actitud pasó de expectante a relajada en un minuto, pero todo es premeditado, lo sé, podía olerlo, es una táctica para que yo cediera y adoptara

una posición de confianza.

Confianza, es una palabra que aprendí que no existía, mi maestro en la vida me la había enseñado a base de golpes y miedo. Porque Némesis desde el mismo día que me mostró La Orden, su legado, su razón de vivir se encargó de que entendiera que no había lugar a debilidades y la confianza era uno de esos defectos, según él imperdonables. Uno que podría costarme la vida.

Capítulo 6

A la Carta.

Gala Ágora

Vestidas, acicaladas, perfumadas, como si fuéramos modelos de portada, aunque en realidad somos esclavas. Mis compañeras están nerviosas como si fuera su primera graduación y yo estoy flipando más que otra cosa. Porque no soy de las que acepta bien su destino, me gusta nadar contra corriente, lo sencillo no es para mí. Y a pesar de que estoy en esta maldita cárcel sin ninguna oportunidad de ser rescatada, no voy a ser una sumisa, porque sé que no podría serlo por mucho que lo intentara.

Soy una guerrera, lo aprendí de la mejor, mi madre, esa que luchó en contra de todos los que le dijeron en un día que no sería capaz de dirigir el imperio de mi difunto padre y calló demasiadas bocas cuando lo logró.

Dakia parece una niña con zapatos nuevos al igual que el resto, mientras que yo mantengo mi semblante hastiado por todo lo que veo.

Badra y sus compinches llegan al harén para acompañarlo en fila india por un largo pasillo hasta una gran puerta que al abrirse da paso a un gran salón. Sillones y mesas redondas pequeñas colocadas de forma estratégica, una barra con bebidas y teteras humeantes.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer— informa con rectitud— Y para las nuevas, servir, ser amable, sonreír y quizás solo quizás os toque un buen amante esta noche.

Madre mía, cada día tengo a esta mujer más atravesada. Cada vez que abre su boca se retuercen mis tripas. Nos trata como muñequitas insulsas sin cerebro, eso me repatea.

Antes de abandonar la sala se acerca a mí y aprieto mis puños para no dejarme llevar y darle una hostia con la mano abierta con la que me quedara en la gloria, pero no soy idiota y ese acto sería una sentencia de muerte para mí, así que me reprimo.

—Espero que te portes adecuadamente—susurra con toda la malicia del mundo reflejada en sus ojos.

! ¡Ah dios!, si vuelvo a ser libre, no pararé hasta que esta zorra pague por sus pecados— proclamo en silencio.

Una vez que desaparece de mi vista es cuando me permito abrir mis puños, los mismos que he estado reteniendo. Miro alrededor y localizó a Dakia dando instrucciones a dos chicas, me acerco para al menos saber qué es lo que tenemos que hacer exactamente.

—Tenéis que servir té y todo lo que os pidan, sobre todo como ha indicado Badra con amabilidad. —indica.

— ¿A quién tenemos que servir? — pregunto.

—Gala, los invitados del jeque llegarán de un momento a otro, en esta sala es en la que puede relajarse y disfrutar de varios placeres- explica.

—Esos placeres nos incluyen a nosotras. —pregunto, aunque no hace falta que responda porque lo se lo he sospechado desde el principio.

Bueno, comienza el espectáculo cuando de nuevo a nuestras espaldas se abren las puertas de la sala y empiezan a entrar hombres, algunos con esmoquin, otros con frac e incluso otros con las túnicas típicas de este país. Todas se ponen en movimiento cogiendo las bandejas con té y frutos secos para servir a los invitados.

De momento es la única opción que tengo y rezo para toparme con alguien conocido, solo que haya una persona que me reconozca puedo tener una posibilidad de escapar de este maldito lugar.

Así que sin mucha más dilación imito al resto de chicas y me dispongo a servir mesas como si fuéramos camareras, lástima que no sea tan simple.

El optimismo con el que empecé a servir poco a poco se va diluyendo cuando, ya que después de acercarme a muchas mesas certifico que no hay nadie conocido para mí. Además, sin contar que he tenido que capear más de una insinuación lasciva por parte de esos hombres vestidos de caballeros, pero, a fin de cuentas, unos cerdos viciosos.

Suspiro demasiado fuerte sin calcular que Dakia está a mi lado para oírme, me dedica una mirada de regaño que augura un discurso criticando mi comportamiento. Pensado y sucede, la joven me arrincona en cinco minutos.

—Gala, por favor, ¿¡estás loca!? —desaprueba Dakia señalándome con el dedo acusador. —No puedo ayudarte si no quieres que lo haga, tu actitud solo te conllevará sufrimiento.

—No tengo por qué aguantar a ningún baboso lujurioso—rebato apretando mis labios en un rictus perfecto.

Si Dakia quiere aceptar este destino, yo no, así que por mucho que me diga no va a conseguir que me manoseen como si fuera una vulgar prostituta.

—Si Badra se da cuenta de tu comportamiento, será tu sentencia de muerte. —advierte Dakia, reflejando el miedo en sus ojos.

Un escalofrío intenso recorre mi cuerpo ante esa advertencia.

—Está bien, lo intentaré. —digo asintiendo con mi cabeza al mismo tiempo.

Con mi respuesta consigo que Dakia se aleje y vuelva a sus quehaceres de servir a los invitados. Suspiro y miro al techo en un desesperado intento de insuflarme fuerzas para resistir a esta celebración. Porque sospecho que lo peor está por venir.

Con la bandeja en mis manos superconcentrada en mantener el equilibrio de esta, porque soy una negada para ser camarera, en mis tiempos de universidad ya quedó demostrado. Recuerdo una vez que me empeñé en trabajar en la cafetería del campus, pero resultó un desastre del que más tarde mi amiga Berta y yo no reímos hasta que nos dolieron las costillas.

Mis ojos se humedecen al recordar aquel momento y a mi amiga del alma. Lo que daría por rebobinar el tiempo como una antigua cinta de casete y volver a estar con ella, riendo y compartiendo confidencias. Me acerco a una de las mesas y dejo la bandeja sobre la mesa redonda de madera lacada en cedro, tiene el mismo color qué el té que consigo servir en los vasos para los dos caballeros que charlan animadamente. Ni siquiera los miro a la cara o concentrada en no derramar ni una gota del líquido humeante.

—Guapa, ¿cómo te llamas? —Esa pregunta me saca de mi abstracción extrema.

Desvío mis ojos hacia el hombre qué ha hablado y veo cómo me mira de arriba abajo, repasándome sin ningún pudor, con una mirada cargada de lujuria. Siento asco ante él, podría ser mi padre, tiene alrededor de unos cincuenta y tantos, cabello graso acumulado en el centro de la cabeza con unas entradas dignas de una autopista. Sus ojos claros desprovistos de chispas más bien apagados están llenos de expectación mientras no pierde detalle de cada curva de mi cuerpo e incluso se atreve a sacar su lengua lamiéndose los labios como un gato ante un tazón de leche.

Asco, sí mucho, eso es lo que experimento en este mismo momento e incluso una leve arcada sube por mi esófago quedándose atravesado en mi garganta.

Ante mi silencio y mi mirada fija en él, el tipo se cree con derecho de actuar y alarga una de sus manos para acariciar mis nalgas.

Ese gesto desata la fiera que llevo dentro y la cólera se apodera de cada fibra de mi ser. Porque no voy a permitir que abuse de mí sin presentar batalla.

— ¿Qué coño se supone que está haciendo? —grito en inglés qué es la lengua que él había utilizado para preguntarme mi nombre.

El rostro contrariado primero y furioso después augura problemas y de los gordos.

—Oye guapa, no voy a permitirte que me hables así. Muestra el respeto que merezco— proclama levantándose y agarrándome con fuerza por la cintura.

Su gesto me pilla desprevenida a pesar de que me retuerzo entre sus brazos. Sus dedos están demasiado hundidos en la piel descubierta de mis costados, esa que deja este maldito traje que me han obligado a ponerme. Estoy segura de que más tarde tendré morados donde ahora está sin manos, pero no me importa. Lo único que quiero es deshacerme de él y salir

cortando.

— ¡Deje de tocarme, no tiene ningún derecho! —gruño cabreada alzando mi mentón con altivez.

Soy una chica temeraria, lo sé, ya lo dijo mi madre, cuándo con cinco años atropellé a mi vecino Rocco mayor que yo, con mi bicicleta.

El hombre, lejos de detenerse, junta más nuestros cuerpos y su intenso olor a *after save* inunda mis fosas nasales desatando nuevamente mis náuseas. Como puedo, sin dejar de revolverme contra él, una de mis manos sale disparada hacia su rostro estrellándose contra una de sus mejillas.

La sorpresa se refleja en la cara del hombre, sin embargo, pronto se ve reemplazada por la ira concentrada en sus lechosos ojos.

—Zorra – masculla con las mandíbulas apretadas con fuerza.

Todo sucede rápido para mis ojos, como en una de esas pelis de acción a las que siempre he sido aficionada, sola y literalmente arrancada de sus brazos, mientras Badra expone todas sus armas manipuladoras para calmar al hombre furioso.

Entretanto soy arrastrada fuera de la sala por uno de los largos pasillos que forman parte de esta fortaleza. El tipo que me lleva va vestido con las túnicas típicas del lugar y junto a nosotros dos guardias trajeados nos acompañan. Decido mantener silencio, soy imprudente, pero también soy consciente qué no es el momento de alimentar más el espectáculo en el que me he visto envuelta.

Abre una puerta y sin cuidado me introduce en el interior de la estancia.

Este hombre es peligroso, puedo percibirlo con solo mirarlo, su mirada entrecerrada y rostro férreo lo confirman. Por eso, estudio la situación, necesito mantener la calma a pesar de que tan solo un milagro me podría salvar de la furia de este hombre.

—Eres demasiado imprudente, al parecer no has entendido que la sumisión es lo que predicamos en este lugar— grita fuera de sí, abalanzándose sobre mí y mi espalda choca con unas paredes de la habitación.

Sus manos rodean mi cuello y presionan ante mi sorpresa. Eso sí que no me lo esperaba. Este tío está loco, y yo tengo pocas posibilidades de salir con vida. Mi mente elige ese preciso minuto para evocar frases de Frida Kahlo, la verdad es que creo que mi cordura se ha escondido en algún sitio de mi cerebro.

"Si actúas como si supieras lo que estás haciendo, puedes hacer lo que quieras".

—Escuche…—intento decir para ganar tiempo a pesar de que la voz sale más bien como un graznido animal.

Él arquea sus cejas negras y sus ojos del mismo color siguen mirándome con fijación. En ello se ve clara la intención de que ahora mismo me quiere muerta.

—Zorra, no vas a ablandarme, por muy apetitosa que te veas, no perdono jamás que nadie ponga en jaque mis procedimientos ni que ofenda a mis invitados — suelta con determinación.

—Por favor, le daré lo que quiera —ruego como creí que jamás pudiera, pero al parecer si soy capaz.

La presión de sus dedos sobre la tersa piel de mi cuello no disminuye, al contrario, noto dolor en esa parte de mi anatomía e incluso el aire pasa más lentamente por mi garganta.

En ese preciso momento la puerta se abre abruptamente y un hombre con esmoquin aparece por la misma…

Capítulo 7

Medidas desesperadas.

Luca

¿Conoces a alguien que trabaje solo? Posiblemente, pero yo no lo hago. Es algo que aprendí muy bien de La Orden, porque necesitas apoyos para que todo salga bien. Por esa misma razón saco mi móvil mientras permanezco parado frente a la puerta de la cual salen los gritos de Hakim y marco mi número favorito.

—Distracción en cuanto te avise— susurro y cuelgo.

Soy consciente de que irrumpir en esa habitación puede meterme en líos, porque los árabes son más de disparar que de preguntar. No obstante, una imperiosa necesidad de intervenir domina mi mente y mi cuerpo. Creo que es porque sé muy bien de que es capaz mi amigo.

No soy un héroe, pero odio que se abuse de las mujeres a pesar de que no tengo escrúpulos, a pesar de que muchas murieron bajo mi mano, pero las inocentes no. Esas para mí son intocables.

Tomo aire y acciono con mi mano la maneta para abrir la puerta con impulso, el elemento sorpresa es mi único aliado en este momento. Ante mí, la escena de mi compañero de estudios sujetando por el cuello contra la pared a una mujer vestida de verde botella con el traje típico de las que pertenecen al harén. Mientras sus guardaespaldas observan la situación como si nada, acto seguido se ponen en guardia encañonando sus armas en una dirección, la mía.

Entro con las manos en alto dejando que la puerta se cierre detrás de mí.

—Perdón, creo que me he equivocado, buscaba los lavabos. — digo mostrando una actitud confusa.

Al oír mi voz, Hakim suelta a la mujer, el cuerpo de la cual resbala por la pared hasta caer al suelo donde permanece sentada y tosiendo. La mirada de mi amigo se posa en mí, la sospecha bailotea en sus pupilas, puedo verlo. Se aleja de su víctima, sin embargo, mantiene una distancia prudencial.

No se fía, yo tampoco lo haría.

—Qué sorpresa Luca, no pensé que tu sentido de la orientación estuviera tan atrofiado—suelta con sarcasmo, sin ordenar que sus hombres dejen de apuntarme.

—Bueno, este lugar es inmenso. Además, considero que el desfase horario todavía hace estragos en mi mente — contesto sonriente.

Mis ojos se desvían a la chica que permanece en el suelo, pero no puedo distinguir muy bien sus facciones.

—No me tomes por tonto. — gruñe Hakim.

— ¿Qué es lo que haces Hakim?, consideré que tu gusto por maltratar a las mujeres había quedado atrás—. Ataco.

Imprudente, tal vez lo soy, pero no voy a amedrentarme, en situaciones peores me he visto.

—Ya sabía yo que no te habías perdido— comenta sacudiendo su cabeza en forma de negación— Siempre abogando por las buenas causas, cuando tú eres quien debe expurgar sus pecados.

Levanto las cejas en un arco perfecto antes sus palabras, porque es la primera vez en años que hace alusión a mis pecados. En mi mente se dibujan varias preguntas.

¿Qué es lo que sabe de mi Hakim?

—No sé a qué te refieres —Me hago el tonto.

La carcajada de él resuena en la habitación ante mi mirada escrutadora. Ahora más que nunca estoy seguro de que Hakim sabe algo de mi verdadera ocupación.

— ¿Un asesino o un empresario del café? La verdad Luca podrías ser candidato al Óscar por tu interpretación— proclama satisfecho, porque sabe que me ha pillado desprevenido en ese punto.

Con disimulo coloco mi mano sobre el bolsillo de mi pantalón, porque ahí tengo el móvil listo para presionar el botón del pánico, ese que me dará la distracción adecuada para salir de este lío. Lo presiono.

—Veo que has hecho los deberes Hakim, pero tampoco pienso que te importe mucho mi ocupación real o me equivoco.

—Bueno, no me importa siempre y cuando no te metas en mis asuntos como ahora— acusa rascando su barba con una de sus manos meditando.

— ¿Tus asuntos son maltratar a chicas del harén de tu primo, el jeque? — interrogo.

—A mi primo no le importa el harén si por él fuera, ni siquiera lo tendría. El harén es más mío que de él. Es mi herramienta para conseguir tratos que él jamás lograría. — expone furioso.

— ¿Y eso te da derecho a ultrajar a las mujeres que forman parte de él? — insisto,

presionando.

—Me da derecho a todo lo que yo quiera—rebate apretando los dientes.

Justo en el momento en el que me dispongo a contestarle a Hakim, varios estruendos se oyen en el exterior. Con rapidez Hakim les hace dos gestos a sus hombres, uno de ellos no se mueve y el otro lo acompaña hacia la puerta.

Antes de irse se gira y me dedica una mirada cargada de cólera.

—No hemos acabado— sentencia abandonando la estancia con uno de sus hombres, dejando al otro custodiándome.

Bueno, lo esperaba, ahora toca deshacerse de él. Pienso calibrando mis próximos movimientos.

Tengo que salir rápido de aquí porque pronto descubrirán que las explosiones han sido obra de drones y Hakim vendrá en mi busca.

El matón que tengo enfrente no despega sus ojos de mí a la espera de cualquier movimiento que pueda hacer. Me falta el elemento sorpresa para poder actuar y desarmar al tipo en pocos segundos, así que sigo cavilando.

—No creo que debas mantener el arma en alto, a fin de cuentas, no soy muy peligroso —Le digo para provocarlo.

Sin embargo, el hombre hace gala de su profesionalidad y buen tino ignorándome. Por el rabillo del ojo me sorprendo al ver cómo la joven que aún estaba en el suelo se levanta de manera sigilosa, con unos movimientos dignos de un felino traicionero. Alcanza un enorme jarrón de bronce y lo estrella con decisión sobre el guardaespaldas.

Recuperado al segundo de la sorpresa por lo que acabo de presenciar, me apresuro a hacerme con el arma del gorila que permanece en el suelo inconsciente. Dudo entre acabar con su vida qué sería lo que hubiera hecho en cualquier otro momento, pero lo dejo pasar.

—Veo que eres una mujer de armas tomar— comento a pesar de que no sé muy bien si la joven entiende mi lengua.

La repaso con mis ojos y casi me atraganto al fijarme en sus facciones y su cuerpo. A pesar del velo que cae sobre su cara, puedo vislumbrar unos rasgados ojos gatunos verde brillante que reconozco haber visto con anterioridad.

Sin tiempo que perder ordeno.

—Sígueme, no te separes de mí.

La mujer se limita a asentir con la cabeza y se coloca tras mi espalda. Salimos con

precaución de la habitación y comprobamos el revuelo formado por los pasillos. La gente está siendo evacuada en mitad del caos que han logrado los ataques de los drones. Aprovechamos la ocasión para entremezclarnos entre el grupo de gente, van directo a las salidas laterales del palacio, ante tal gentío agarro sin mirarla la mano de la mujer y está consciente, sin reticencia.

Una vez en los jardines laterales consigo escabullirme hasta la zona donde estaban aparcados los vehículos.

—Agáchate— Le indicó a la joven para que se mantenga oculta tras un coche.

Mientras yo utilizo mi kit, abre puertas para colarme en su interior y consigo ponerlo en marcha en vehículo, me inclino y abro la puerta del copiloto para que la mujer entre y así lo hace.

Piso el pedal del acelerador sin mirar atrás y salgo del recinto precedido por una nube de polvo provocada por las ruedas contra la arena. No contaba con demasiado tiempo hasta que Hakim descubriera que me había largado y no solo sino con algo suyo. Por el rabillo del ojo observo a la joven que va sentada a mi lado, se ha levantado el velo. Su rostro es perfecto, tanto que parece hipnótico, con una nariz perfilada y una boca con forma de corazón que parece gritar: ¡cómeme!

No obstante, no es su belleza extrema lo que me noquea, sino el conjunto y el descubrimiento de saber quién es.

Cuando me embarqué en esta misión para encontrar a mi objetivo, pensé que sería como buscar una aguja en el pajar. La razón fue porque si de algo podían presumir los emiratos era de la multitud de harenes que tenían. Sin pistas sobre Gala Ágora di por sentado que sería un arduo trabajo. Por eso, en este mismo momento, mientras atravieso la carretera en mitad del desierto, tuve ganas de reír, de soltar una estrepitosa carcajada dedicada al destino, pues la aguja había salido del pajar para servirla en mis brazos en bandeja.

Sentada a mi lado se encontraba la mismísima Gala Ágora, nerviosa, incómoda e incluso temerosa.

Recuperando la calma y dejando a un lado la satisfacción, llamo por teléfono.

—Quest, envía a alguien al hotel, borrar mi rastro, me dirijo al segundo punto. Te llamaré cuando llegue. — digo de forma automática

—Ok, jefe—contesta.

Quest era mi principal enlace, la persona que ayudaba a que todos mis trabajos salieran bien, sin inconvenientes, al menos sin contratiempos irreparables. Era la reina de la informática, la mejor derribadora de cortafuegos de cualquier sistema informático, controladora, experta, conductora de drones y mil y una cosas más que ahora mismo me es imposible de recordar…

Era como un águila que siempre acechaba el camino antes de que yo pasara por él y eso me resultaba imprescindible en mi día a día.

Decidí romper el silencio cuando ya llevábamos bastantes kilómetros recorridos, sin moros en la costa, nunca mejor dicho.

—Gala Ágora, supongo — digo con supremacía, sin apartar mis ojos de la carretera.

—Veo que juegas con ventaja, me conoces, porque supongo que estás aquí para rescatarme. — dice sin apartar su mirada de mí.

Puedo notar la intensidad con la que analiza mi rostro en busca de información. Lástima que no vaya a encontrar nada.

—Siento decepcionarte. Estoy aquí para matarte en realidad. Aunque de momento vamos a escabullirnos de los que te retenían — suelto, arrogante ante la cara de sorpresa y terror de ella…

No me gusta mentir, lo hago cuando es necesario. Por lo que cuanto antes acepte que no soy ningún puto salvador, más bien su verdugo mejor.

Durante cinco minutos el silencio cortante inundó el habitáculo.

—Y ahora, ¿qué crees que debo hacer después de esa confesión o amenaza? ¿Tengo que temblar como una hoja o intentar lanzarme del coche para evitar el negro destino que me espera en tus manos? — exclama taladrándome con sus vivaces ojos, esos en los que puedo ver la valentía, la que ya demostró en el palacio con anterioridad.

‹‹Joder, solo esa actitud consigue muy a mi pesar que me empalme. ¿Pero qué cojones me pasa? No vamos bien››, azuza mi consciencia.

—Limítate a mantener la boca cerrada y obedecer—. Aconsejo, sin mirarla para caer en el embrujo de esos ojos.

Porque si en la foto que recibí junto al encargo de matarla, ya me impresionaron, en la realidad me tienen acojonado, porque sé que son hipnóticos y eso no es nada bueno, nada.

No recuerdo la última vez que una fémina me afectó tanto, confieso que quizás nunca. Su cabello dorado deslumbra al moverse y yo lo miro embelesado. Sacudo la cabeza, cabreado más conmigo mismo que con ella, sobre todo con mi erección que va por libre.

Sigo conduciendo hacia mi destino, mirando de vez en cuando por el retrovisor para comprobar que no nos persiguen. No obstante, creo que los drones de Quest han hecho un buen trabajo desviando la atención, imagino a Hakim todavía buscando al responsable de las explosiones. Evacuando al Jeque y las autoridades diplomáticas en primer lugar aún no se habrá percatado de mi huida.

Para mí ha sido una noche redonda porque sin pretenderlo he encontrado lo que vine

buscando a este país.

El silencio nos acompaña el resto del trayecto, llegamos a altas horas de la madrugada a Dubái, y doy gracias por ello. Dejo el vehículo robado en una de las zonas a las afueras de la ciudad, a pesar de que estoy seguro de que por la mañana lo encontraran las autoridades, pero espero tener tiempo suficiente para salir de allí.

—Haz lo que yo te diga y todo irá bien— ordeno, sin embargo, la joven me dedica un mohín infantil que provoca que las comisuras de mi boca deseen elevarse en un atisbo de sonrisa, aunque la reprimo y le doy la espalda.

Caminamos por las calles a pesar del peligro, es demasiado tarde y hasta el momento no he visto ningún taxi. Valoro la primera opción que era alojarme en un hotel hasta que pudiéramos acceder al aeropuerto, pero conforme voy andando lo desestimo. En un hotel sería el primer lugar donde Hakim me buscaría y tiene acceso a cualquiera de ellos. Me paro en seco y noto como el pequeño cuerpo de Gala choca con mi espalda.

‹‹Joder ››, siseo mentalmente.

Notar sus curvas pegadas a mi espalda, aunque ha sido segundo, atormenta a mi verga de manera extrema.

—Debes estar atenta. — regaño.

—Te han dicho que eres un capullo desalmado— grita furiosa—. Estoy cansada, agotada, este maldito disfraz me roza, la entrepierna al andar y la tengo en carne viva, necesito agua, comida y una cama Y tú en lo único que piensas es en que mire por dónde voy.

Verla frente a mí con ese sujetador repleto de piedras brillantes, moviéndose de arriba abajo al son de sus palabras me tiene totalmente subyugado. Hace unas horas que la conozco y ya estoy arrepentido, porque no es la típica mujer temerosa, que es lo que se esperaría de ella. A fin de cuentas, la habían raptado y maltratado posiblemente, pero lejos de parecer una víctima, Gala Ágora se mostraba como una guerrera, valiente, cabezota, respondona. Todas esas actitudes lograban descolocarme demasiado y sobre todo ponérmela dura.

Por un instante todo empeora porque mi mente asimila las palabras que acaba de lanzar en forma de reproche y no puedo evitar imaginarme esa entrepierna a la que hace alusión y Dios, mi empuñadura casi revienta la cremallera de la pletina de mi pantalón.

Trago con dificultad con la clara intención de recuperar el sosiego.

—Va, no perdamos más tiempo, nos están esperando. —gruño y continúa andando a sabiendas de que me sigue.

Apunte mental, en primer lugar, deshacerme de ese vestido que enseñaba demasiado para que Gala dejara de ponérmela demasiado gorda.

—Supongo que no tengo derecho a preguntar, ¿no? — provoca con sarcasmo andando tras de mí.

Opto por no contestar, necesito recuperar la calma, concentrarme en sacarnos de este país, de momento sanos y salvos.

Capítulo 8

Cuando la luz se convierte en oscuridad.

Gala Ágora

La alegría que he experimentado al ver cómo ese hombre irrumpió en la sala donde casi muero ahogada me dura poco. Sin conocerlo como el que se agarra a un clavo ardiente, he confiado en él desde el primer minuto para salir de esta cárcel en la que llevo semanas, quizás incluso meses, porque el sentido del tiempo ha desaparecido para mí.

Como la protagonista de esas historias del cine que tanto me gustan, lo he convertido en mi salvador, en mi Capitán América particular, sin hacer referencia que está para mojar pan. Y mira que yo estoy muy acostumbrada a ver hombres con cuerpos espectaculares y rostros maravillosos. Lo que me dota de un criterio avanzado. En mi trabajo como fotógrafa de moda es uno de los privilegios. Pero este morenazo de ojos color café, no solo es demasiado guapo para mi propio bien, sino que el aura de peligro y salvajismo hace que moje las bragas sin compasión.

Me reprendo mentalmente, porque después de mi última experiencia con hombres, he tomado la decisión de no dejarme embaucar, porque eso me convierte en una presa fácil para los mujeriegos empedernidos.

Cuando hemos subido al coche ocupando el asiento del copiloto, el aire que tenía acumulado en mis pulmones ha salido de golpe, trayendo con esa expiración algo de tranquilidad a mi alma. Sin embargo, cuando le he preguntado si había venido a salvarme, su respuesta fría, desprovista de ningún ápice de sentimiento me ha descolocado y asustando al mismo tiempo.

“Estoy aquí para matarte en realidad”

Joder, ¿A qué mujer le sueltan esa frase y no tiene miedo? A ninguna y yo lo tengo, pero se entremezcla con mi vena temeraria, esa que me insta a cambiar mi destino, a no conformarme con lo que este tipo diga.

En silencio mientras vamos en el coche voy acumulando todo mi enfado y mi valor porque si quiere matarme, por mucho que me supere en tamaño y fuerza no se lo voy a poner fácil.

Cuando decido hablar estoy envalentonada por la frustración que siento, por la incertidumbre. Si como él bien ha proclamado, me va a matar, pues que lo haga ya, para qué alargar el sufrimiento. Por eso le vacilo sin prudencia, altiva, con una coraza de coraje que en realidad no siento. Sin embargo, la impasibilidad que recibo a cambio me hace temblar.

“Limítate a mantener la boca cerrada y obedecer”

Es lo único que contesta ante mi provocación, como si mantenerme en silencio fuera fácil, este tipo no me conoces. Aunque muy a mi pesar lo intento.

Al fondo se dibujan los rascacielos enormes de una ciudad, por lo que sé que hemos llegado a nuestro destino. El temor de que mi vida se acabe en el mismo momento en el que debajo del coche me embarga y lo sigo caminando en la oscuridad de la noche absorta en mis pensamientos.

Me duelen los pies. Estas zapatillas estilo Aladino son un auténtico despropósito, siento cada piedra incrustándose en la planta de mis pies, tengo sed y además este maldito vestido con estos pantalones al de tul me roza al andar consiguiendo irritar la piel de entre mis muslos. Por eso, cuando mi verdugo para en seco ni siquiera soy capaz de parar, por el contrario, me choco literalmente con su ancha espalda.

‹‹ ¡Mierda! ››, resuena en mi mente.

Entonces él se gira furioso y me regaña haciéndome sentir una niña pequeña en su primera trastada. Inspiró aire y le contesto como se merece soltando por mi boca cada uno de los sentimientos que estoy experimentando en este mismo instante.

Vislumbro algo de desconcierto en su mirada que hace desaparecer como por arte de magia y finaliza nuestra discusión sentenciando.

—Va, no perdamos más tiempo, nos están esperando. —gruñe y continúa andando a sabiendas de que me sigue.

Pero como no puedo dejar que diga la última palabra suelto con sarcasmo:

—Supongo que no tengo derecho a preguntar, ¿no?

Andamos durante unos veinte minutos más a pesar de que casi no me siento los pies. Cuando llegamos a una casa, planta baja enmarcada por una puerta de madera pintada en blanca. Él golpea la misma con sus nudillos y al minuto se abre dejando ver a un hombre con una túnica blanca. Nos hace un gesto con su mano para que entremos y yo sigo a mi captor a pies juntillas.

Una vez en el interior de la casa escucho a los dos hombres hablando en árabe, lo que no deja de sorprenderme. Porque sabía que el morenazo que me había salvado dominaba el inglés, en esa lengua hasta el momento nos habíamos comunicado, si se podía llamar comunicación.

El anfitrión nos acompaña por un estrecho pasillo hasta una austera habitación y luego desaparece. Mis ojos se clavan en el colchón tirado en el suelo y no puedo reprimir un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

—Intenta descansar—dice de repente ante mi cara de sorpresa.

Desaparece del dormitorio y entonces me permito el lujo de suspirar, aunque no es buena idea porque unas tremendas ganas de llorar se acoplan formando un nudo en mi garganta.

Era de locos todo lo que había acontecido desde el primer momento en el que pise el transatlántico, que prometía ser unas vacaciones de encanto, pero que se convirtió en la peor pesadilla que había vivido hasta la fecha. Y lo peor era que todavía no había acabado.

Me descalzo y doy un repaso a la habitación en busca de algo que pudiera ponerme para quitarme este maldito vestido, para mi desgracia no encontré nada. Tras de mí escucho como la puerta se abre con suavidad y aparece él de nuevo, por un momento me quedo embelesada deleitándome con su figura. Se había deshecho del esmoquin, lleva una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los codos y un pantalón negro ancho. Su piel morena se vio iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana. Era una imagen enloquecedora, al menos a mí me lo parecía a pesar de que mi mente me regaña al minuto de pensarlo.

Revisándolo con descaro, sin pudor de arriba abajo, me fijo que sujeta en unos de sus brazos una túnica color beige. Alzo mis cejas preguntándole en silencio.

—He supuesto que quizás te apetecía cambiarte de ropa. — explica con un tono frío que me molesta y me inquieta al mismo tiempo.

Sin reflexionar en mis actos me acerco para coger la prenda directamente. Sus ojos siguen los movimientos de mi mano al sujetar la túnica entre mis dedos, los cuales rozan sin poder evitarlo la piel de su antebrazo.

Lo que en un primer momento parece una eternidad es un instante en la que nuestras pupilas se alinean como las estrellas de una constelación. Me pierdo en la intensidad de su mirada y mis entrañas se remueven inquietas ante la sensación de anhelo bestial que me atraviesa como un rayo. El pánico es el único que aplica el sentido común a mis actos y me separo dando un pequeño respingo.

Gracias, susurro de forma involuntaria.

Porque ahora mismo mi mente no está para pensar y es la única palabra que soy capaz de pronunciar.

—Intenta dormir— aconseja con tono brusco.

Miro el colchón en el suelo y luego a él como si fuera un partido de tenis.

—Dormir, me aconsejas que lo haga con un ojo abierto, por si te da por ejecutar la amenaza de acabar conmigo— Provoco con desprecio.

Cuando estoy nerviosa y asustada, suelo ser repelente al cuadrado, y lo estoy siendo, pero no es ninguna mentira.

—Duerme. Hoy no vas a morir. —suelta o más bien, espera y cierra la puerta dejándome sola.

¡Ufff!, que placer haber podido deshacerme de este ridículo vestido de Jasmine, prefiero mil veces este saco de patatas que llevo puesto a lo que llevaba.

Necesito beber agua porque mi garganta está más seca que una flor en el desierto, así que tomo la ferviente decisión de salir e intentar localizar agua. Descartado el tema de encender ninguna luz, no creo que fuera bien acogido ni por mi captor ni por el dueño de la casa. Así que intento caminar despacio, al menos la luna está de mi lado iluminando las pequeñas zonas que alcanzan sus rayos a través de los ventanales.

Doy con una sala que parece un comedor con unos sillones y mesas redondas, mis ojos se iluminan al ver lo que parece un teléfono y me acerco. La alegría se acopla en mi corazón como un fogonazo, ese aparato arcaico es una luz de esperanza en mi camino. Levanto el auricular, empeñada en hacer el mínimo ruido necesario y marco el número que sé de memoria.

La verdad es que hoy en día tener un móvil las veinticuatro horas del día es lo mejor para no tener que memorizar números de teléfono. Pero gracias a dios, mi mejor amiga y yo años atrás decidimos memorizar nuestros teléfonos móviles por si algún día nos encontrábamos pérdidas en una isla. Ahora mismo sonrío ante esta tontería que hoy me brinda la oportunidad de tener una posibilidad de salir de esta pesadilla.

Dos toques de línea y descuelgan al otro lado.

—Sí.

Escuchar la voz de Berta hace que mis ojos se humedezcan y casi no me salen las palabras.

—Berta, soy Gala, estoy viva.

Cuando voy a seguir hablando para darle más detalles a mi amiga y así consiga encontrar la llamada se corta abruptamente. Una mano agarra uno de mis brazos y soy empujada contra una pared aprisionada entre la figura masculina que me taladra con sus ojos encendidos en ira. El impulso de gritar por el miedo y la frustración que experimento es ahogado por una de sus manos colocada sobre mis labios.

Me revelo con todas mis fuerzas, sin embargo, no sirve de nada, me tiene su merced, inmovilizada, presionando sus caderas con las mías, pegándome a la pared, con un solo brazo sujeta los míos sobre mi cabeza como si su mano fuera un grillete de hierro.

—Que no entiendes de la palabra dormir— murmura con ira.

Su boca está casi pegada a la mía.

Noto como su aliento calienta mis labios y un millón de imágenes cruzan mi mente,

muy a mi pesar, como esa boca delineada devorando con locura la mía.

Joder… Debería estar hipermega cabreada, luchando por mi vida y por mi libertad mientras mi mente va por libre y decide fantasear con ese Dios del sexo andante.

! ¿Qué cojones me pasaba?!

Tarda más de lo que espero en retirar la mano que tapa mi boca y es el momento el que elijo para recuperar mi coraza, la de mujer fuerte, valerosa, esa que siempre he querido ser, pero que pierdo cada vez que un hombre entra en el radar de mi corazón y me enamoro como una idiota. No es el caso, por supuesto, primero porque hace horas que lo conozco, segundo tiene intenciones de hacerme desaparecer y tercero todavía me queda algo de razón en mi cabeza llena de pajaritos piulando.

—Apártate—digo entre dientes concentrando mi mala leche en esa simple palabra.

Obedece, aunque parezca mentira, se aparta liberándome como si realmente estuviera ansioso de ella ejecutar esa acción.

A pesar de tener una retahíla de insultos y maldiciones, le dedico una mirada de soslayo cargada de cabreo y me largo sin más.

Más tarde, mientras permanezco tumbado en el camastro improvisado en el suelo, miro al techo y unas lágrimas ruedan por mis mejillas recordando lo cerca que he estado de recuperar mi vida, pero el gilipollas de ojos color café la ha jodido.

Aun así, tengo la esperanza que Berta, a la que la cabezonería le precede, me encuentre, a fin de cuentas, fue agente de la CIA.

Berta y yo nos conocemos desde pequeñas, hemos sido como hermanas, ella forma parte de esa gente que, a pesar de llevarla misma sangre por tus venas, es catalogada por tu alma como si lo fuera. Siempre hemos mantenido el contacto, aunque vivimos en países diferentes, normalmente pasamos las Navidades juntas. Imágenes de la última pasan por mi mente y la congoja empieza a subir por mi garganta oprimiendo mi pecho. Necesito pensar en otra cosa, ahora no puedo rendirme a la pena, ni al miedo, ni a la frustración. Tengo que hallar la manera de escapar del bruto buenorro que me retiene con intenciones poco honorables.

Ni siquiera sé su nombre… No te interesa, regaña mi consciencia.

¿Quizás pueda ofrecerle algo a cambio de que no me mate?

Aunque por lo poco que he podido observar de él, no creo que sea fácil manipularlo para que desista en su empeño de acabar conmigo.

Capítulo 9

La tentación tiene ojos verdes…

Luca

Sentado en uno de los sofás del comedor paso mis manos por mi pelo en un intento de ordenar el tumulto de pensamientos que hierven en mi cabeza. Esa mujer es una condena, para cualquiera que la mire, debería estar prohibida. Me he dado cuenta al minuto de posar mis ojos con detenimiento en ella. Bonito pelo, curvas exuberantes, piel blanca, pero el broche de oro lo ponen esos ojos verdes, brillantes como los de una gata, como si dos esmeraldas hubieran ocupado sus iris. Sin embargo, no solo es lo que ves, sino la actitud, esa de fiera valerosa, en la que te envuelve. Por un momento he llegado a pensar que era capaz de arañarme como una felina, y eso, aunque me pese, me ha ocasionado la mayor erección de mi vida. Porque cuando se trata de Gala parece ser que mi verga tiene vida propia ignorando a mi cerebro.

Supone un problema y de los más grandes, porque el destino de esa mujer está en mis manos.

‹‹ ¡Maldita sea! ›› profiero en mitad de la oscuridad.

Como si no tuviera suficiente, he llegado a tiempo para escuchar a quién había logrado llamar. Yo solo conozco a Berta y no tengo ningunas ganas de volver a cruzarme con ella, porque eso significaba volver a estar en línea con mi hermanastro.

Llamo a Quest para ver cómo está la situación y concretar con exactitud cómo vamos a salir de este país. Necesito acabar este trabajo sí o sí y rápido.

— ¿Tú no duermes o qué? —reprocha Quest al descolgar.

—Ya tendré tiempo para dormir. Ahora lo que interesa es cómo voy a salir de aquí. —proclamo sin querer perder el tiempo.

—La has liado un poco, al parecer el jeque de Ajman ha movilizado a toda su guardia para buscarte, incluso han emitido una orden de busca y captura a los seis emiratos restantes. Por lo que no lo tienes difícil, lo tienes prácticamente imposible. — informa con una realidad en sus palabras demasiado aplastante para mi gusto.

— ¿La orden de busca y captura es exclusiva para mí? —pregunto.

—Si solo para ti— confirma.

—Bueno soluciones Quest para eso te pago. Ahora mismo estoy en Dubái necesito un avión privado en menos de tres horas. Seremos dos—informo resuelto.

—No me lo puedo creer, ¿Conseguiste el objetivo? — exclama Quest a través de la línea.

—Si las casualidades a veces me sonríen— observo de forma socarrona.

—No olvides que hasta el momento eres un tío con suerte, pero eso puede cambiar en un segundo. Te enviaré un mensaje con todos los datos. Ahhh intenta descansar, se prevé una salida del país movidita. — dice Quest dando por finalizada nuestra conversación.

No puedo evitar sonreír, mi ayudante es una cínica con un par de cojones que igualarían a los de un hombre, tiene un carácter irascible que me ha costado años digerir. Aunque debo reconocer que es la mejor en su trabajo y hoy por hoy agradezco poder contar con ella.

Siempre me ha costado encariñarme con la gente, porque en mi vida no era algo que hubiera tenido oportunidad de aprender. Por el contrario, de todas las cosas que mi progenitor se encargó de que supiera, el compañerismo, la amistad y por supuesto el amor, no estuvieron nunca en esa ecuación.

Seis meses atrás, la opción de abandonar La Orden jamás se hubiera cruzado en mi cabeza, no obstante, en la actualidad es mi meta, mi fin. Porque no voy a dejar que Némesis, dondequiera que esté, siga moviendo los hilos de mi vida. Ya he pagado mi deuda con creces y ahora voy a luchar por recuperar mi libertad. Esa que me quitaron nada más nacer.

Evoco las palabras de Luciano Montenegro en mi cabeza.

— ¿Crees que dejé que te arrancará de mi familia sin luchar? Pues no, pero Némesis se convirtió en alguien con demasiado poder y tentáculos que llegaban a cualquier lugar. Era tu padre por derecho a pesar de ser un delincuente. —explica mientras bebe un poco de café.

La escena ahora ya es más relajada, los hombres armados habían desaparecido y en un despacho ambos tomábamos café y charlábamos como si fuéramos viejos amigos. Aunque las dudas no se han disipado, mi sexto sentido me alerta de que en la historia de Luciano todavía quedan demasiadas incógnitas.

Sacudo la cabeza volviendo a la realidad y golpeo con suavidad la puerta con mis nudillos, sin embargo, no obtengo respuesta, por lo que abro la misma sin esperar más. La escena que se encuentran mis ojos es hipnotizante, Gala sigue durmiendo en el viejo colchón envuelta en las viejas mantas que le proporcionó Ouzo anoche. Su cabello dorado descansa sobre la almohada y su rostro calmado parece el de un ángel.

Lástima que cuando yo muera no vaya al cielo, porque si fuera así quisiera que me recibiera un ángel como ella. Pero tengo claro que expurgaré mis pecados en las llamas del infierno. Dudo durante unos breves instantes en acercarme para despertarla, pero eso sería una pésima idea por lo que la desestimo.

—Arriba que tenemos prisa. —exclamo elevando la voz.

El sobresalto de Gala sobre el colchón hace que una sonrisa pugne por salir de mi boca, aunque la reprimo.

—Joder, ¿qué manera de despertar es esa? —se queja soñolienta.

—Toma, vístete, tienes diez minutos —ordeno dejando las prendas que sujeto en el brazo sobre una silla solitaria que hay en la habitación, salgo sin más.

Le he pedido a Ouzo algo de ropa occidental para que Gala pueda ponerse y por suerte el hombre me ha facilitado unos jeans y una camiseta de algodón blanca. Indica que son de su hija que está estudiando. Son las cinco de la mañana en dos horas despega nuestro avión, por lo que debemos apresurarnos.

No estoy seguro de no encontrarnos ningún contratiempo a la hora de llegar al lugar de extracción.

Me encamino hacia la austera cocina donde Ouzo está preparando café, ocupo una silla mientras espero a que Gala se arregle para poder largarnos.

Conozco a Ouzo y a su familia hace varios años, encontrarme con él también fue una casualidad, en mitad de uno de mis trabajos en Dubái. Porque el destino en mi vida siempre ha jugado un papel muy importante y aquel día no fue diferente.

Inmersos en una guerra de poder entre dos mafias autóctonas, la hija de Ouzo cayó en medio de ese fuego cruzado y yo que pasaba por allí conseguí sacarla con vida.

Desde aquel preciso momento he sabido que la familia de Ouzo estaría siempre agradecida. Por eso había recurrido a él a pesar de que lo he colocado en una posición peligrosa, porque si las autoridades averiguaran que me está ayudando sería condenado a muerte por traición. Por lo que cuanto antes abandonemos su casa mejor.

Decido beber el café, así que llevo la taza de hierro deslucida por los lavados a mi boca para degustar el líquido caliente.

Degustando el café, fuerte, amargo, y que sabe a rayos, por cierto, estoy cuando Gala hace su entrada en la pequeña cocina. Mis ojos vuelan de soslayo hacia ella sin apartar la taza de mi boca y casi me atraganto al verla. La ropa que le he facilitado le queda mejor de lo que pensaba, pero el problema es que la camiseta blanca de algodón deja poco a la imaginación en la parte de su busto. Sin sujetador se vislumbran las aureolas de sus pechos.

“Mecagüenenmisombra”.

Si de por sí ya es una tentación, ahora mismo me siento como un depredador acechando a su presa. Joder.

Ouzo le ofrece una taza de café en silencio que ella acepta con una sonrisa y eso me cabrea aún más. Preveo un viaje demasiado abrumador sin contar con los peligros que podamos encontrar. Ahora mismo en mi mente tan solo se dibuja un peligro y lleva nombre

y apellidos.

Ni siquiera espero a que acabe el café, me levanto demasiado rápido de la silla con cara de pocos amigos, casi he saltado como si un chinche asediara mi culo.

—No vamos—ordeno con tono serio.

Gala me mira y entorna los ojos, dejando clara su molestia y desaprobación, aunque poco me importa. No me voy a dejar engatusar por esa mujer por mucho que afecte a mis sentidos y sobre todo a mi entrepierna.

Salimos a la calle y a pesar de que ya es de día, no se ve ni un alma por ellas, debemos caminar un poco porque he pedido un taxi, pero la opción de que nos recogiera en casa de ouzo estaba descartada. No quiero exponerlo más de lo necesario, ya ha hecho demasiado. Gala camina a mi lado en silencio y eso me inquieta porque esta mujer cuando se calla siempre trama algo y ahora mismo no necesito más inconvenientes que los que tengo. Cuando llegamos a tres calles más arriba, el taxista ya nos estaba esperando. Nos subimos en el vehículo y le doy la dirección del aeropuerto.

Miro mi móvil y verifico los datos facilitados por Quest, para no dejar nada en el aire. Mi ayudante ha conseguido un vuelo privado, a saber, cómo cojones lo han logrado. El único inconveniente es que debemos acceder a los hangares del aeropuerto sin ser detectados y eso es lo difícil.

Me equivocaría mucho si no hubiera vigilancia extra, pues Hakim sabe bien que voy a intentar salir del país, por lo que habrá apostado guardias y extremado medidas para impedirlo en todos los aeropuertos.

El taxista nos deja en la puerta del aeropuerto y ya puedo ver a guardias con perros revisando el perímetro. Pago la carrera y agarro a Gala de la mano con fuerza y ambos entramos al interior del edificio. Oteo el lugar en busca de una tienda de ropa. Debo tunear un poco mi aspecto para pasar desapercibido.

—Oye, me haces daño. — susurra ella desconcertada.

—Si quieres vivir un poco más, mantén la boca cerrada. —amenazado sin mirarla.

Nos metemos en la tienda, elijo unos jeans y una camiseta marrón con un mensaje positivo estampado en la pechera.

“Si lo dices, puedes” Paradojas del destino, esa frase me venía al dedo.

De paso me hago con unas gafas de sol tipo aviador y cojo otras para Gala, sus ojos son demasiado llamativos para pasar desapercibidos.

Atravesamos la terminal hacia la zona D, donde se encuentra el acceso a los hangares, casi hemos llegado cuando observo un puesto de detención, con los típicos arcos de detección de metales y guardias controlando. Los objetos metálicos no son problema porque

no llevamos, pero si lo es alcanzan a pedirnos los pasaportes, yo no llevo el mío, se quedó en el hotel en Ajman y Gala no tiene. Así que decido retirarnos a un pasillo que da a los aseos y llamar a Quest para que me facilite una solución.

—Madre mía Luca, de verdad que todo son inconvenientes, pensé que me llamaban para felicitarme por la ruta de salida—. Se queja Quest.

—No tengo tiempo ahora mismo para felicitaciones. Hay control y no llevamos documentación. Busca una solución — exijo con rapidez.

—Okay, la única opción es acceder por el sistema de ventilación. Dirígete a los lavabos más próximos y activa el GPS —indica mientras de fondo se oye el tecleo de sus dedos sobre un PC.

—Está bien, te llamo cuando esté dentro—Informo y cuelgo.

Ante la mirada expectante de Gala, la cojo de la mano y la obligó a entrar los baños masculinos, por suerte no hay nadie. Así que echo el cerrojo, para evitar que entren.

Me subo al mármol de los lavamanos y retiro la rejilla metálica del sistema de ventilación. Por suerte está sujeta con unas pestañas y no necesita destornillador.

Me giro y miro con fijación a Gala que tiene cara de estar flipando con cada uno de mis movimientos.

—Ahh, ni loca me subo ahí. —Se queja antes de que me dé tiempo a abrir la boca.

Capítulo 10

Sin salida.

Gala Ágora

En definitiva, creo que esta experiencia me ha licuado el cerebro, porque a quien se le diga que estoy en los aseos de la terminal del aeropuerto; dudando entre seguir o no al loco buenorro que está subido en el mármol del lavamanos. El cual pretende que trepemos al conducto de aire, pensaría que he perdido la cordura totalmente.

—Tienes dos opciones; o subes y vives un poco más o vuelves al sitio de donde te saqué.

Maldita sea, cómo puede ser que tan solo esa amenaza implícita haga que se me humedezcan las bragas. Inmersa en una situación peligrosa, y mis hormonas van por libre. Ahora entiendo a las protagonistas femeninas de películas como Misión Imposible. Yo no soy mucho de Tom Cruise, soy más de Hugh Jackman, pero ahora mismo tengo todos los números para ser la próxima Cameron Diaz en la secuela MI.

Mis ojos miran hipnotizados, su mano extendida y en un último impulso me agarro a ella como si fuera una boya salvavidas. Él ejerce la presión justa tirando de mí y nuestros cuerpos quedan pegados durante unos segundos y puedo percibir el calor que emana de sus pectorales. Es verdad eso que dicen que el peligro es excitante, porque ahora mismo lo estoy notando en mis propias carnes. Poco dura mi estado de ensimismamiento deleitándome con su cercanía porque sus fuertes brazos me alzan para que me meta en el conducto de ventilación. No es delicado, más bien brusco, y, aun así, mi cuerpo parece estar encantado con su toque.

—Irás primero, concéntrate, la única luz que tendremos será la de mi móvil. Deberás seguir mis indicaciones al pie de la letra—. Se proclama autoritario.

— ¿No te has parado a pensar que lo mismo tengo claustrofobia? —pincho irónica.

—Si la tienes, te deshaces de ella o no saldremos vivos.

—Siempre eres tan aguafiestas. — rebato enfurruñada mientras de rodillas voy avanzando.

—Realista se llama. —apunta.

Derecha, recto, izquierda…

¡A mandón no lo gana ni el presidente de los Estados Unidos! ¡Joder! Y yo, sin dejar de pensar que lo llevo pegado al culo como las bragas, solo esa imagen desata en mi mente miles de escenas dignas de pelis con cinco rombos.

Si les sumo a las malas pasadas que me está jugando mi calenturienta mente, el hecho de que tengo las rodillas peladas de tanto arrastrarlas por el conducto se convierte en una verdadera tortura china.

—Párate.

La voz gruesa y áspera resuena en el interior del tubo de acero donde estamos metidos, provocando que me detenga sin plantearme desobedecer. Lo único que deseo es salir lo antes posible de este lugar.

—Delante de ti tiene que haber una rejilla sácala con cuidado. — indica.

‹‹ ¡Si claro!, este tío cree que yo soy un manitas o algo›› pienso frustrada.

Aun así, palpo el suelo en busca de lo que había dicho y casi me rebano la yema de uno de mis dedos con el acero. Suspiro. Pero como viene siendo habitual, mi compañero de penurias me ignora completamente.

—A los lados tiene unas pestañas, si presionas y tiras de la rejilla saldrá.

¡Y dale que te pego!, sus indicaciones están lejos de ayudarme, más bien me ponen nerviosa. Sin pensar, acatando la información que me ha dado logro soltar la pieza mecánica y retirarla con cuidado de que no caiga abajo. Porque, aunque él no haya hecho referencia a esa posibilidad, mi mente la ha contemplado como un inconveniente que ahora mismo no necesitamos.

—Hecho. —exclamo superorgullosa de mi hazaña.

—Okay ahora pasa al otro lado del hueco.

— ¡¿Qué?! Pero si estoy prácticamente encajonada como para plantearme moverme más de lo necesario. — me quejo espantada.

—No he conocido a nadie nunca, a quien tuviera que decirle las cosas más de una vez. —refunfuña exasperado—Pasa en línea recta, no hace falta ninguna vuelta ni movimiento contorsionista.

A pesar de que lo que me apetece es marcarle la cara de Lawrence de Arabia en versión pro que tiene con los cinco dedos de mi mano, hago lo que me dice sin más concentrada en no mirar hacia abajo por el agujero que ha dejado la rejilla.

Después de colocarme justo delante de él iluminados tan solo por la linterna de su móvil. Observo con detenimiento sus acciones.

Ni corto ni perezoso, con una agilidad pasmosa, se cuela por el agujero y desaparece ante mis ojos. La ansiedad se apodera de todo mi cuerpo tensando cada músculo de este. Sumando que la oscuridad me ha envuelto al desaparecer el origen de la poca iluminación con la que contábamos.

— ¿Piensas quedarte ahí todo el día? Te recuerdo que el tiempo no está a nuestro favor.

De nuevo sus palabras me arrancan de mi estado de catatonia mental, sin pensar alcanzo la mano que asoma por el hueco del conducto y soy literalmente engullida por el agujero. El aroma de su perfume inunda mis fosas nasales en el minuto en el que nuestros cuerpos están superpegados. Aunque no tengo oportunidad de deleitarme con su aroma porque me suelta como si quemara. Hemos aterrizado en lo que parece el cuarto de los trastos, miro a mi alrededor y solo veo escobas y fregonas. Lo veo trastear la pantalla táctil de su móvil y acto seguido se gira y me mira con esos ojos oscuros capaces de traspasarte con una sola pasada.

—Nos queda el último sprint. Necesito que te pegues a mi espalda y te mantengas en silencio. —advierte concentrado.

Si él supiera que no era pegada a su espalda donde quería pegarme, creo que se le quitaría esa cara de agrio. Me limito a asentir con la cabeza desterrando de mi mente las divagaciones calenturientas que desde que este hombre se cruzó en mi camino me asedian. Porque a pesar de que no lo comprendo, pues lo detesto, mi cuerpo y mi libido lo adoran.

Obediente me coloco tras su espalda mientras él abre la puerta del cuarto, donde nos encontramos con lentitud y precaución. Concentrada como me encuentro, no miro al suelo y tropiezo con un cubo de fregar, haciendo un sonoro ruido. Me gano una mirada aniquiladora por parte de él e involuntariamente me muerdo el labio inferior apurada.

Sin hablar pronunció lo siento con los labios sin emitir ningún sonido, no obstante, su cara de haberse tragado un limón no varía.

Abre la puerta con lentitud, tarda unos segundos en ojear el panorama y vuelve a encajar la misma. La adrenalina empieza a fluir mis venas, puedo sentir un pequeño temblor en mi ojo izquierdo que deja implícito los nervios que poco a poco van tomando el control de mi cuerpo.

—A la de tres…—susurra.

De nuevo vuelve a abrir la puerta y salimos del cuarto, vemos el hangar totalmente vacío, excepto por un avión privado al fondo de la nave. No hay ningún tipo de seguridad, por lo que a simple vista parece seguro. Pero el moreno da la sensación de no fiarse del todo. Justo en el momento en que vamos a revelar nuestra posición y salir dirección al jet, vemos cómo irrumpen en el hangar una patrulla de seguridad con perros sabuesos. Con rapidez y empujada por mi captor, si lo puedo llamar de esa manera, volvemos al cuarto de las fregonas.

Colocando el dedo en sus labios a modo de silencio, vuelve a cerrar la puerta tras nosotros. Yo me mantengo quieta sin apenas mover casi las pestañas de mis ojos. El miedo me atenaza, porque no soy una tonta, lo que sé es que debo confiar en mi salvador y a la vez mi posible verdugo. Si quiero salir de este maldito país, él es mi única opción. Un imperioso sentimiento me embarga, uno que me insta a seguir y obedecer fielmente a mi apresador.

No se escucha nada, el silencio no tranquiliza, por el contrario, agita todas mis

emociones como si estuvieran en una coctelera. Míster ojos color café mira la pantalla de su móvil con atención. Debe haber visto algo en su teléfono que lo mantiene en un estado de concentración absorto.

A continuación, cuando levanta sus ojos de la pantalla, se cruzan con los míos que no han dejado de examinarlo de manera exhaustiva.

—Necesito que estés atenta, no puedo asegurar que vaya a ser fácil salir de aquí.

Sus palabras provocan que un escalofrío recorra toda mi espalda, porque la convicción que puedo ver bailoteando en sus pupilas certifica que nada de lo que pase a continuación es seguro. Como si de una película se tratase y pulsaras el botón de rebobinado, de nuevo mi captor vuelve a abrir la puerta de nuestro escondite. Una vez más acorto la distancia entre nosotros y lo sigo mientras salimos de allí.

Mis ojos se desvían hacia el fondo de la nave y veo de nuevo el avión privado, Doy un respingo involuntario cuando observo bajar del jet a un hombre. Nos agazapamos tras una columna. El hombre, al bajar los escalones mirando a ambos lados, hace el gesto de girar su muñeca para mirar el reloj.

—Vamos. —insta mi arrogante compañero.

Con paso acelerado alcanzamos las escaleras del jet, el hombre allí parado nos mira con sus ojos entornados.

—Ya era hora, vamos suban, no tenemos mucho tiempo— dice el desconocido.

Sus palabras hacen que por primera vez en mucho pueda respirar tranquila al comprobar que mi chico de ojos café asiente y da el primer paso para subir al avión.

Capítulo11

Causa y efecto.

Luca

Sentado en el avión, cuando compruebo que despegamos sin contratiempos, logro relajarme, pero solo un poco. No se han acabado los problemas, el más importante está sentado a mi derecha. Aún intento desenredar mi cabeza, sin éxito. He cambiado el rumbo del vuelo a pesar de que sé que es una locura. Debería haber escuchado a Quest, Europa era nuestro destino inicial para así acabar con el trabajo. Dar muerte a la gata de ojos verdes que continúa a mi lado y desaparecer, ese era mi plan. Pero durante la huida mi cabeza decidió que había demasiadas piezas que no encajaban, la primera, la casualidad de que, de todos los harenes esparcidos por los siete Emiratos Árabes, Gala estuviera en el del Jeque Al nuami y por consiguiente gestionado por mi excompañero de estudios Hakim. Todo eso, sumado a la actitud de mi amigo, descuadraba en mis esquemas y mucho. Por lo que Gala tardaría un poco más en pisar suelo europeo y así morir. De momento le iba a alargar la vida, pero no porque fuera un héroe, sino porque mi naturaleza curiosa no me dejaba parar. Necesito averiguar qué hay tras todas estas casualidades. La actitud de la mujer tampoco ayuda, porque en ningún momento se ha comportado como una víctima de secuestro. Su valentía y su altivez son inusuales, lo que me intriga y excita a partes iguales.

—Bueno, ahora que hemos dejado de correr y tenemos unas horas por delante. ¿Me dirás tu nombre?

Sus palabras logran arrancarme de mis elucubraciones de manera brusca y la miro con fijación pestañeando, como si por un minuto hubiera olvidado su presencia.

“Gracioso, porque es imposible ignorarla. Que se lo digan a mi hombría que parece más que contenta de oírla.”

—Te sirve el hombre de saco—. Suelto serio apartando la mirada.

— ¿Te estás quedando conmigo?, al menos creo que merezco un nombre con el que pueda dirigirme a mi verdugo—. Reclama enfada.

—Un poco macabro querer conocer el nombre de tu asesino, ¿no? —observo distraído con el móvil. No quiero volver a fijar mis ojos en ella porque eso me atonta, hace que en vez de pensar con la cabeza piense con la entrepierna y eso solo me traerá problemas.

—Si te niegas darme un nombre por el que dirigirme a ti, supongo que sería una ilusa en preguntar adónde nos dirigimos. — se queja resoplando.

—Tú vas directa al patíbulo, no entiendo la prisa que tienes, relájate y descansa mientras puedas. —aconsejo mientras decido echar la cabeza para atrás y cerrar los ojos.

Si algo tenía claro es que no debía mirarla, porque al igual que la mítica Medusa, Gala

era hipnótica y no es que posar mis pupilas en ella me convirtiera en piedra, al menos la totalidad de mi cuerpo, tan solo mi verga rebelde era la que se ponía dura como una roca. Por lo que la mejor opción era ignorarla a pesar de su diatriba que parecía no tener fin.

—Oye, creo que al final te llamaré Dalai o monje cojonero, porque cálmate y descansa son las palabras que más me has repetido desde que nos conocemos. —apostilla ella provocando abiertamente.

Pero no soy tan iluso de entrar en su juego, aunque confieso que reprimo una sonrisa inminente que pelea por brotar de mi boca ante sus locos argumentos.

Bueno, la ignorancia al parecer consigue que se calle, sin embargo, su aroma se cuela con habilidad en mis fosas nasales y eso consigue agitarme.

Una vez más me recuerdo que Gala Ágora es como una bomba de relojería.

Colombia – Hacienda Montenegro 3 años atrás.

Observaba como Luciano me enseñaba orgulloso sus propiedades, esas que dice que son mías también, a pesar de que no las siento como tal. Debo reconocer que las plantaciones de cafetales son un espectáculo para la retina.

Aun así, miles de interrogantes asedia mi cerebro

¿Qué quiere de mi Luciano?

¿Por qué Némesis me envió a matarlo sabiendo el vínculo que no unía?

Demasiadas incógnitas que debo despejar.

—Luca, ¿Qué opinas?

La pregunta de mi recién encontrado tío me pilló fuera de juego.

—Es un lugar estupendo, la verdad.

—Y si quieres puedes ayudarme a dirigir toda la plantación y la distribuidora de café.

— ¿Es una proposición firme? — pregunté con una sonrisa de medio lado.

—Si

—Se te olvida que soy un asesino, que apenas me conoces, que tengo un vínculo con Némesis que de momento no puedo eludir.

Entornó su mirada cuando el nombre de mi progenitor salió de mis labios.

—Cómo olvidarlo, pero de momento no voy a pedirte que elijas entre él o yo. Si no que decidas si quieres saber cómo funciona esto. Y si te gusta poder decidir si lo diriges a mi

lado. Tal como debió ser.

Sus palabras me sorprendieron, porque ha dejado de lado la inquina que le tiene a mi padre y tan solo habla de una posible relación entre nosotros.

Noto como alguien o algo roza mi pantalón y emerjo de forma abrupta de mis recuerdos, mis rápidos reflejos sujetan una fina muñeca antes de que llegue a mi teléfono inteligente. Abro los ojos y enclavo mis pupilas en la mujer que está a mi lado.

Una vez más, su mirada brillante de jade me noquea, pero disimulo.

— ¿Qué coño crees que estás haciendo? —— masculló enfadado.

—Intentando vivir—. Apostilla alzando su barbilla de manera soberbia.

—Con esa actitud lo único que conseguirás es morir más rápido — amenaza sin tacto, brutal, para que dé, una vez por todas, le entre en esa cabecita que tiene.

—Moriré, pero no sin antes hacer todo lo que esté a mi alcance para evitar esa sentencia que tú mismo has emitido sobre ella. — proclama frunciendo su boca en un rictus perfecto que por momentos me apetece tanto borrar de un plumazo presionando con mis labios.

‹‹Joder››, siseo mentalmente.

Tengo que desterrar todos esos pensamientos libidinosos que cruzan mi mente sin permiso cada vez que la miro. Intento evocar alguna imagen diferente para que tanto mi cabeza como mi verga erecta que presiona sin piedad la pletina de mi pantalón se relajen.

—Te equivocas, no soy yo quien ha puesto una diana en tu cabeza, yo solo soy la flecha —asevero aun sin soltarla a pesar de que el tacto de su piel me quema.

— ¿A qué te refieres?, ¿te contrataron para matarme?, ¿quién?

—Tres preguntas seguidas en una misma frase, todo un récord. —Provoco con una sonrisa sagaz.

—Oye, ¿te estás quedando conmigo? Bromeas cuando mi vida está en juego —reprocha alzando la voz y tironeando de su mano para conseguir que la suelte, sin éxito claro.

Por el contrario, estiro de su muñeca y nuestros cuerpos quedan demasiado cerca.

‹‹Graso error Luca››, me reprende mi conciencia.

Nuestras respiraciones aceleradas provocan que incluso me falte el aire y mis pulmones se estrujen ansiosos por insuflar una bocanada de aire. Que muy a mi pesar no podría respirar porque si conseguía abrir la boca más de lo normal no podría evitar devorar con brutalidad la boca de ojos de gata y eso era demasiado peligroso además de prohibido.

Ella era mi trabajo, no podía tocarla, no podía echar por la borda toda mi carrera y

prestigio como asesino por una cara demasiado bonita y carácter incendiario que sería capaz de arrasar mi alma.

—Suéltame— sisea, Gala jadeante y poco convincente.

Fascinado por ese susurro que más que una orden era una petición enmascarada de algo que ni ella ni yo podíamos controlar, por un instante mi férrea voluntad se agrieta y estoy a punto de lanzarme sobre esta mujer que me atrae y me repele al mismo tiempo. Apelo a la cordura y al sentido común retiro mis dedos de la piel de su muñeca, Gala no tarda ni un segundo en volver a su sitio y apartar su mirada de mí.

— ¿Quién te ha contratado? — interroga con la cabeza baja.

Por primera vez muestra un atisbo de fragilidad que emana de su cuerpo y logra sorprenderme.

—No lo sé, tampoco es un requisito que solicite en mis trabajos. —confieso impasible.

—Matas a la gente por dinero sin saber cuáles son los motivos del que paga para querer muerta a esa persona. —No es una pregunta en una afirmación cargada de decepción.

Su actitud me cabrea, porque en ningún momento he pretendido ser un santo, ni un héroe, la imagen que ella se ha hecho de mí es infundada, aunque no puedo evitar sentir ira porque se haya creado unas expectativas que jamás serán realidad.

—El mundo real funciona así —afirmo, sin pretender ser una justificación, sino más bien una aclaración.

—Tu mundo funciona así, no el mío. — aclara dedicándome una mirada furiosa que aparta enseguida.

—No creía que fueras tan ingenua, no sé en qué mundo vives, pero si puedo asegurarte de que tu mundo y el mío son el mismo. La diferencia es que en mi día a día no hay florituras ni postureos en el tuyo sí.

— ¡Que sabrás tú de mi mundo! Lo que yo sí sé del tuyo es que todo tiene un precio. Así que doblo la cifra que te han pagado para dejarme con vida. —Sin ningún ápice de titubeo, suelta su proposición con la mirada al frente, dejándome totalmente anonadado.

Cuando me dispongo a contestar, dominado por mis impulsos, la voz del piloto consigue que mi respuesta muera en mi boca y aprieto furioso los puños.

—Abróchense los cinturones, en breve tomaremos tierra…

“¡Hay que joderse la facilidad que tiene la Gata Ágora para ponérmela dura y cabrearme al mismo tiempo!”.

—Tomate tu tiempo si lo necesitas, en cuanto pongamos un pie en tierra quiero mi

respuesta. —sentencia recostándose en el cabezal y cerrando los ojos.

De juzgado de guardia, en toda mi vida, no he conocido una mujer así. Y lo peor de todo es que en mi interior se está librando una ardua batalla entre él me gusta y la odio que pone en peligro mi autocontrol y cordura.

Estoy seguro de que Gala sería una jugadora de póker excepcional, desplumaría a más de un millonetis en las mesas de los casinos. Porque ahora mismo no puedo determinar si se acaba de marcar un farol o, por el contrario, tiene la mano ganadora.

Capítulo12

“Ante todo ármate”

Nicolás Maquiavelo

En algún lugar de Europa.

Mandrágora

Las cosas no se plantean fáciles, lo supe desde el primer momento en el que el idiota del hijo de Némesis volvió a su redil entre las piernas de Knox. No me sorprendió que una mujer tuviera el poder necesario para domar a una bestia en un mundo de hombres. Pero que la mosquita muerta de Berta hubiera conseguido que uno de los asesinos más mortíferos de La Orden abandonara su vida para correr tras sus bragas, me jodía y mucho. Porque lo que yo anhelaba era borrarla del mapa, solo así podría concluir mis planes, esos que llevo años trazando para tener el máximo poder en beneficio propio.

Después de lo de Turquía tuve que rectificar la trayectoria de mi estrategia y era algo que no me gustaba, pero los acontecimientos no me dejaron otra salida.

Ahora tenía varios frentes abiertos, La Orden no era uno de ellos, porque con la supuesta muerte de Némesis, el control era mío. Porque los Mecenas tenía confianza ciega en mí y lo único que me quedaba es replegar a los miembros y deshacerme de los que tenían esperanzas de que Némesis resurgiera del infierno.

No lo haría, para eso tenía a un batallón de gente intentando dar con el cabrón de Parker y su secuaz, porque deberían estar muertos y eso era cuestión de tiempo.

Unos suaves golpes en la puerta de mi despacho consiguen sacarme de mis elucubraciones.

—Adelante.

En el vano de la puerta aparece mi hombre de confianza, Markus. Lo repaso con mi mirada de arriba abajo, sonriendo para mis adentros. Mi hombre es un perfecto espectáculo, con su traje hecho a medida que se adhiere a su fornido cuerpo y su actitud pétrea consigue que emane de él un poder de atracción que en ocasiones no he querido ignorar a pesar de que no soy de las que mezclan trabajo con placer. Por el contrario, a nadie le amarga un dulce y Markus para mí ha sido eso en dos ocasiones, su juventud versus mi edad, podría ser mi hijo, añadió excitación a la ecuación.

No obstante, la última vez que me di una alegría con su cuerpo, decidí que sería la última. Apreciaba mucho sus servicios como profesional para echarlo todo por la borda con el sexo.

—Nuestras informaciones indican que ya salieron de Dubái.

Mi actitud es relajada, acomodada en mi sillón tras el escritorio, jugueteo de forma desinteresada con mi *Montblanc*.

—Todo sigue su curso —contesto con una semi sonrisa.

—Hakim está que trina, dice que enviará a sus hombres para borrarlo del mapa.

—Dile que sea idiota, que se calme. Todo sigue según lo planeado, tan solo tiene que esperar y le entregaremos a Luca Parker Montenegro en bandeja, para que haga lo que quiera con él —comunico satisfecha.

Hakim es una ficha más en mi tablero, aunque no olvido que es demasiado volátil, la impulsividad es una característica de los árabes que siempre provoca desconfianza.

—Está bien —contesta Markus, dispuesto a abandonar el despacho.

—Markus, si Hakim no se aviene a mis planes, ya sabes lo que hay que hacer — Le recuerdo con frialdad.

Markus asiente comprendiendo y abandona de nuevo la estación dejándome sola.

Esta vez no pienso permitir que nada ni nadie estropee mis planes, por lo que cualquier peón del tablero que se salga del cuadrado será eliminado sin más.

Berta Knox (actualidad) Oficina Central Agencia seguridad Panthera.

Camino con paso firme hasta el despacho de mi Kirial Lynx, todo mi cuerpo está en tensión, porque llevo semanas sospechando de mi jefe y el capullo de mi novio me están excluyendo de la investigación del caso de la desaparición de mi mejor amiga, Gala Ágora y eso me cabrea y mucho.

Desde que recibiera aquella llamada de auxilio de Gala informándome de que estaba viva, no he podido dejar de pensar en ella constantemente. Mi primera opción había sido coger un avión para ir a buscarla, pero Nath como siempre me transmitió calma. Aconsejándome mantener la calma. Debíamos verificar la autenticidad de la llamada y la localización si fuera posible de la misma.

Claudiqué porque en el fondo mi fuero interno me dijo que tenía razón y que no podemos precipitarnos. Pero habían pasado dos semanas y nada, las preguntas a los que sometía tanto a Nath como a Lynx, estos tan solo me brindaban respuestas esquivas. En un principio no le di importancia, sin embargo, ahora ya pasaba de castaño oscuro. Los conocía bien para intuir que estaban excluyéndome y a la vez omitiendo información.

Por lo que de hoy no pasa que estos dos van a confesar, como que me llamo Berta Knox.

Al llegar a la puerta del despacho donde los dos traicioneros se encuentran, me doy de bruces con Sam Lennox.

—Buenos días, Berta. — saluda.

—Hola, Sam. —saludo sin mucho énfasis concentrada en mi misión, hacer que estos dos canten como jilgueros.

—Pareces preocupada, por llamarlo de alguna manera. Porque en realidad si te soy brutalmente sincera pareces un miura preparado para embestir. —Hace un chasquido con su lengua seguido de una sonrisa divertida.

—Bueno, creo que tu visión sincera ha acertado. Si me disculpas— digo posando una de mis manos en el pomo de la puerta para abrirla sin ni siquiera llamar.

—Si necesitas ayuda con las fieras, avísame. — se ofrece Sam sonriente.

—Lo tendré en cuenta. —contesto y abro la puerta del despacho de Kirial Lynx, alias K.L. Panthera.

Irrumpo en la habitación como un vendaval, pero en silencio. Cuatro pares de ojos se enclavan en mí, asombrados. Los ojos verdes de Lynx y los azules de Nath tan diferentes y a la vez tan parecidos. Porque solo ellos son capaces de hacerte sentir pequeñita con tan solo un golpe de ojo.

Estos dos hombres que tengo frente a mí cortan la respiración, siempre ha sido así. Kirial Lynx, mi jefe, su fama le precede dentro y fuera de la agencia. Pues fue unos de los mejores agentes con los que contó la CIA. Fuera de ella como hombre, creo que ha dejado demasiados corazones rotos entre las alfombras rojas de la alta sociedad estadounidenses y europeos hasta que encontró la horma de su zapato, como no, la siempre guerrera Samantha Lennox. Mientras que a su lado Nathaniel Parker no se queda corto, siempre ha tenido la cualidad de hacer que una mujer perdiera no solo la cabeza ante él, sino las bragas. Este último es el hombre de mi vida, el que tiene mi corazón siempre en un puño de emociones, pero hoy voy a ponerme una coraza y no dejaré que me lleve al huerto como siempre. Porque si algo tiene Nathaniel Parker, alias The Phantom (asesino letal rehabilitado) es que tiene el *honoris causa* en manipulación.

—Buenos días, Berta. —Saluda Lynx sin apartar sus felinos y brillantes ojos de mí. Inspeccionándome alerta.

—Knox…, buenas —dice Nath moviéndose para acortar la distancia y saludarme como siempre hace, de forma cariñosa.

—Ni se te ocurra moverte —ordeno alzando una de mis manos en señal de stop, él arquea una de sus rubias cejas interrogantes.

—Berta, ¿Qué sucede? —pregunta Kirial, serio, expectante, porque no es un iluso y sabe por dónde va a ir expresamente la conversación.

—Explicármelo vosotros. Lleváis semanas excluyéndome. Regateando como delanteros de fútbol mis preguntas y mi interés en el caso de Gala y hasta hoy hemos llegado. Quiero toda la información ya —exijo—Si no me la dais yo misma la conseguiré.

—Knox, mi amor, no te estamos ocultando nada. —se atreve a decir Nath en otro intento de acercarse hasta mí.

—Ni se te ocurra, no seas condescendiente conmigo y no te acerques. No soy ninguna niña ni acabo de salir de la academia. Os conozco, demasiado bien creo. —expongo con los ojos entornados.

—Berta, no hemos parado de trabajar para localizar a Gala, pero penetrar en los muros de contención de los Emiratos Árabes no es fácil, nadie suelta prenda. Hoy por hoy no podemos certificar que Gala esté con vida. Hace dos semanas hubo un pequeño revuelo en unos de uno de los palacios del jeque Al Nuami, estamos investigando porque cabe la posibilidad de que esté relacionado con Gala o no. — explica concienzudo Kirial con calma, mirándome con fijación.

— ¿Y esa explicación no la podéis compartir conmigo? —interrogo molesta.

—Cariño, no eres objetiva, debes reconocerlo. Kirial y yo pensamos que lo mejor sería informarte cuando tuviéramos algo firme—. Informa Nath con voz melosa, la misma que utilizaría un encantador de serpientes.

“Lastima qué ese truco ya me lo sé. Se olvida el Señor Phantom que vivo con él.”

— ¿¡Cariño!?, no intentes convencerme Nath, no vas a conseguirlo. Así que de ahora en adelante quiero estar informada de cada pista, me da igual si es falsa o no sobre el paradero de Gala. ¿Me habéis entendido? —proclamo firme.

Pero antes de que ellos puedan contestar suena mi móvil, alzo un dedo disculpándome un momento y me desplazo a un rincón del despacho.

Nathaniel Parker (despacho de KL Phantera)

—Creo hermano, que hoy vas a dormir en el sofá. —susurra Kirial pinchándome.

—No me jodas Kirial. Calladito estás mejor. — Refunfuño sin apartar mis ojos de los movimientos de Berta.

Habla por teléfono, parece preocupada, aunque no alcanzo a oír bien con quién habla.

Madre mía, Knox es una fiera, no me sorprende, pero cuando su ira es cargada contra mí me molesta y más si estamos en un sitio que no sea nuestro dormitorio.

En la cama puedo manejarla bien fuera de ella, siempre consigue sorprenderme porque su carácter no es demasiado explosivo, sin embargo, cuando erupciona me siento demasiado titubeante y eso consigue desconcertarme.

¡Quién me ha visto y quién me ve! Fui uno de los asesinos más mortíferos de todo el mundo durante tres años y ahora ante esta mujer soy el corderito más sumiso de la tierra. ¡Joder! Es imposible enfadarme con ella, pues, la amo demasiado y a pesar de que eso me hace débil también me hace fuerte al mismo tiempo.

Capítulo 13

Aeropuerto El dorado— Colombia.

Gala

No sé cómo lo he conseguido, sin embargo, he logrado estar en silencio el último tramo del trayecto, pensando en mi compañero de viaje y en la proposición que le he hecho. Reconozco que no tengo ni puñetera idea de si va a aceptar o no. Porque el buenorro tiene un rostro demasiado inexpresivo cuando quiere, por lo que a pesar de ser buena leyendo el lenguaje corporal con él es imposible.

Aparte no puedo sacarme de la cabeza quien me quiere muerta, no tengo enemigos. Solo soy una fotógrafa de moda que lo que tengo lo he ganado con el sudor de mí frente a pesar de todo el dinero que pueda tener mi familia.

Quizás venga, por esa parte, alguien que tenga algún interés en hacerle daño a mi madre en los negocios, aunque me parece surrealista, pues las empresas que fundó mi difunto padre y hoy por hoy dirige mi madre no se dedican a nada ilegal, que yo sepa claro. Al contrario, el conglomerado empresarial engloba empresas de compraventa de inmuebles y una marca de cremas faciales. Así que por muchos enemigos empresariales que haya podido ganarse Rafaella Marchiatto no creo que ninguno albergue la esperanza de matarme y que con ello saque algo.

Mi cabeza parece una batidora con tantas conjeturas que me voy a volver loca y para colmo de mis males ni siquiera cabe la posibilidad que mi compañero de viaje aporte claridad a mis interrogantes. Desvío mi mirada, hacia el asiento que está a mi lado y observo su perfil y sus ojos cerrados, está dormido o lo parece.

Con él nunca se sabe.

Noto como el avión comienza el descenso y mis manos se agarran con fuerza a los reposabrazos de la butaca, es un acto reflejo, siempre me pasa cuando vuelo. Porque en el fondo, a pesar de que por mi trabajo el avión es uno de los medios de transportes que más utilizo, siempre he albergado miedo.

Tomamos tierra y desabrocho mi cinturón, inspiro aire llenando al máximo mis pulmones y giro mi cuerpo hacia mi captor, cortándole el paso. Nunca he sido una mujer

que no afrontara las situaciones, por lo que ni pienso bajar de este aparato hasta que el monje cojonero me indique si acepta o no mi proposición.

Luca Parker

Por fin aterrizamos en el aeropuerto El Dorado, confieso que creía que no llegaría el momento, porque tener a Gala a mi lado en el avión durante tantas horas ha sido como un suplicio chino. Nos levantamos de los asientos, pero como era de esperar, la gata me corta el paso alzando su barbilla de manera altiva, parada frente a mí, impidiéndome salir. Es sorprendente la capacidad que tiene esta hechicera de ponérmela dura, porque al instante mi envergadura reacciona contenta ante su actitud.

— ¿Ya te has decidido? —pregunta directa sin apartar sus ojos, color esmeralda de mí.

Por un momento me quedo hipnotizado mirándolo como un tonto, tan solo me falta abrir la boca y babear. Me obligo a recuperar la compostura y entorno mis ojos para disimular y poder intimidarla, no obstante, con la Gata de ojos verdes mi mirada intimidatoria no funciona.

— ¿Pretendes que nos quedemos en este avión?, no creo que sea el momento de hablar de ese tema —contesto enfadado dando un paso hacia delante, pero ella no se mueve.

— ¿Acaso me ves intención de moverme? —contesta de forma chulesca acompañando su respuesta, haciendo un arco perfecto con sus rubias cejas.

—Va, déjate de tonterías, presionarme, no es bueno, nada bueno, y además no estás en posición de hacerlo. Os se te olvida que me contrataron para matarte. — Hago hincapié en la última frase.

—Por eso mismo, porque no quiero seguir con el corazón en un puño, alerta sobre qué momento elegirás para acabar conmigo—. Insta.

—Si hubiera querido acabar contigo he tenido varias posibilidades. —proclamo con un tono cada vez más irascible.

— ¿Eso qué quiere decir exactamente? ¿Has decidido no acabar el trabajo? —insiste.

En definitiva, Gala Ágora es una cabezota de tres pares de cojones, porque sigue en sus trece sin moverse ni un ápice cortándome el paso. Y yo no estoy para este jueguito, así que ni corto ni perezoso tomo una decisión que quizás más tarde me arrepienta hasta la saciedad. Doy dos zancadas que es la distancia que nos separa y la agarro con fuerza colocándola en mi hombro como si fuera un saco.

—Suéltame, pedazo de bruto. —grita a pleno pulmón.

A pesar de los pataleos y los gritos de Gala, salgo del jet como si nada ante la mirada perpleja del piloto. Bajo las escaleras concentrado en no saltarme ningún escalón y mantener a la mujer sobre mi hombro. Despejo mi mente para no obsesionarme con su

trasero redondeado tan cerca de mi mano, porque solo con imaginarlo mi erección alcanza el máximum eréctil, ese estado no es bueno, nada bueno.

Cuando llego a la pista la camioneta conducida por Sebastián, uno de mis hombres de confianza aquí en Colombia nos está esperando, no pasa desapercibida la mirada de asombro al verme aparecer cargando a Gala en mi espalda. Abro la puerta del vehículo y la lanzo al interior sin mucho miramiento.

—Capullo, mandón, Neandertal — sisea mientras intenta ocupar el asiento con una mirada incendiaria, que se clava en mí sin contención.

—Ahora mantén esa boquita cerrada, nos quedan unos kilómetros hasta llegar. Advierto ocupando el asiento del copiloto del coche.

Su respuesta es un resoplido sonoro que me provoca ganas de reírme, pero las reprimo.

Esta mujer logra que me ría, me enfade, me empalme. Dios mío es una verdadera condena que no sé si voy a poder resistir.

—Bienvenido Luca. — saluda sonriente Sebastián, mientras pone en marcha el coche dirección a la Hacienda Montenegro.

Gala

Era la primera vez en mi vida que experimentaba la sensación de ser un saco de patatas a hombros del capullo de mi captor. Mi cabeza lo culpa de todos mis males, porque lidiar con este tipo me sumerge en una maraña de diversas sensaciones que sacan la fiera que llevo dentro. No contento con cargarme como si fuera la protagonista del hombre de las cavernas, me lanzó al coche que nos esperaba en la pista con la delicadeza de un patán. Otra hazaña más que sumar a mi lista imaginaria de cosas de las que vengarme del imbécil con cara de Supermodelo.

No pasa desapercibido para mí que el conductor de la camioneta se ha dirigido a mi secuestrador por su nombre.

‹‹Luca››, susurro en el interior de mi cabeza.

Reconozco que ese nombre le viene como anillo al dedo, suena tan italiano a pesar de que estoy segura de que su procedencia no es esa.

Decido concentrarme en mirar por la ventanilla y admirar el paisaje que nos rodea, que es espectacular, una vez más echo de menos no tener en mis manos mi Réflex para inmortalizar estos momentos con la lente de mi cámara.

Mientras me sumerjo en el característico marco que se puede vislumbrar a través de la ventana del vehículo, mi mente viaja a otro lugar, otro momento.

Milán unos meses antes.

Los flashes salían por minuto disparados por mi cámara mientras las modelos posaban en ropa interior. Carlo agarró por la cintura a Marsha y miraron directos al objetivo. Absorta en captar cada imagen, no me percaté del revuelo que se había formado detrás de mí.

Continué presionando el botón de disparo a pesar de que a través de la lente pude notar como Carlo tensó cada músculo bien definido de su cuerpo y perdía la concentración, lo que provocó que cualquier buena toma que estuviera tomándose se fuera al garete.

— Cinco minutos de descanso. — dije alzando la voz para que todos se enteraran.

Aun con la Réflex en mi mano me giré para ver a una mujer con cara de pocos amigos retenida por dos de mis ayudantes.

Entre ellos, Valerie mi mano derecha, ella siempre me acompañaba y me hacía mi día a día más fácil. Su carácter profesional y afable se compensaba con mi impulsividad a la perfección, por lo que hacíamos un equipo perfecto.

Noté como la mirada azulada de la morena se ancló a mí y seguía todos mis movimientos.

La ignoré deliberadamente, no tenía ni idea de quién era ni qué quería, pero confiaba en mi personal para poder deshacerse de aquella mujer que había logrado estropear mis tomas. Por el rabillo del ojo vi como Carlo, que se había colocado un albornoz azul marino, se acercaba a ella con precisión.

Me extrañó, pero me dispuse a dejar mi cámara a buen recaudo en una de las mesas de trabajo al lado de los focos.

— Déjame, quiero hablar con ella.

Los gritos de la mujer resonaron a mis espaldas y no pude evitar girarme para ver la escena que estaba protagonizando junto a Carlo, mi Carlo…

Como un torbellino, la morena de ojos claros y modelo de alta costura se deshizo con habilidad del agarre de Carlos y se dirigió directa a donde yo me encontraba.

— Tú…— siseó como si fuera una serpiente con la mandíbula apretada y asomando la punta rosada de su lengua.

Pestañee demasiado asombrada por la situación porque no tenía ni puñetera idea de quién coño era y porque me increpaba.

—Disculpe, señora, pero está prohibido acceder a la zona de trabajo, solo personal autorizado. — Me limité a informar de manera automática.

— ¿No tienes ni idea de quién soy de verdad? Era de esperar porque Carlos no te ha ilustrado cómo debe ser, pero en un momento te voy a explicar todo. — Proclamó con los

ojos inyectados por miles de emociones, entre ellas la frustración y sobre todo la ira.

— No me interesa quién seas, tan solo que te largues. — contesté sin alzar la voz.

No tenía manías cuando trabajaba, pero no me gustaba gente ajena a las campañas publicitarias. Que tuviera que ver algo con Carlo o no, creaba cierta desconfianza en mi interior, sin embargo, preferí omitirla.

— Quizás te interese cuando te diga que soy la esposa de Carlo y tú una roba maridos.

Bomba lanzada contra mí y consiguió darme donde más me dolía en el corazón. Me paralicé, creo que ni siquiera fui capaz de pestañear, apenas si conseguía respirar.

— Exmujer. — aclaró Carlo que se había apresurado a acercarse a donde nos encontrábamos. No obstante, ninguna de las dos le prestábamos atención.

— Qué señorita Ágora, ¿Te quedaste sin habla? —instó provocando.

Esa mujer tenía ganas de guerra desde el minuto cero que pisó la sala, lo vi. Aunque nunca pensé que el hacha sangrienta fuera dirigida a mí.

— Yo no soy ninguna roba maridos. Explícate — exigí una vez recuperé el control de mis emociones que recorrían mi cuerpo a mil por hora.

—Gala, amore, no la escuches, Malena está despechada—explicó Carlo acercándose más hacia mí.

Le dediqué una mirada aniquiladora que captó al instante y cerró la boca.

—Carlo es un embaucador, llevamos cinco años casados, pero corre tras cualquier culito respingo que le gusta. Una vez más se ha encaprichado contigo, no sé qué milonga te ha contado, pero no se va a librar de mí, no puede. — Informó la mujer altiva y digna.

Lástima que la dignidad la hubiera perdido en el momento en el que consentía a su supuesto marido esas infidelidades de las que hablar. ¿Y yo?

Si aquella loca decía la verdad, ¿en qué posición quedaba yo una vez más?

Ahora mismo tenía ganas de gritar porque mi tendencia obsesiva a enamorarme con facilidad de una cara bonita se estaba convirtiendo en un peligro para mi salud emocional.

—Carlo, ¿tienes algo que añadir? —Interrogué girándome hacia el culpable de mis suspiros y dolores.

Carlo consiguió convencerme de la locura transitoria junto con la negación que al parecer experimentaba su ex y otra vez caí en su red con la promesa de hacer un crucero juntos por el Mediterráneo para disfrutar el uno con el otro.

Sin embargo, la decepción no tardó en llegar cuando lo encontré en mi propia cama

con la loca de Malena, que al parecer no era tan ex como Carlo afirmaba. En ese momento decidí que me embarcaría en el crucero que pensábamos hacer juntos y olvidarme de él.

El traqueteo del vehículo al circular por una carretera no asfaltada me regresa de nuevo al presente, dejando atrás mis recuerdos, esos que evocaban los sucesos que contribuyeron a verme en la situación actual.

Lejos de mi casa, retenida y para colmo de males, aguantando al buenorro moreno con ojos café que me sacaba de mis casillas constantemente y algo más que no iba a reconocer por el momento.

Capítulo 14

Hacienda cafetales Montenegro.

Luca

Cuando diviso a quinientos metros la hacienda, la presión que oprime mis sienes parece más liviana. Estar de nuevo en este sitio, parece que trae algo de paz a mi alma. Confieso que tres años atrás la Hacienda Montenegro me cautivó. Por esa razón, cuando mi tío propuso que lo ayudara con la empresa cafetera, no lo dudé en exceso.

Ahora, en este momento de mi vida en el que debo tomar decisiones bien calibradas, no he tenido duda de elegir venir aquí. No puedo pisar Europa, en el caso de hacerlo debería cumplir mi contrato, el cual indica expresamente matar a Gala.

He decidido que vivirá de momento, la gata de ojos verdes tendrá la oportunidad de darme por el culo unos días más, entretanto yo averigüe ciertas incógnitas que me dan mala espina en todo este asunto en conjunto.

—Luca, si no necesitas nada, me retiro— informa Sebastián.

—Ve tranquilo Sebastián—contesto mientras me acerco a Gala, aprovecho que está despistada disfrutando de todo lo que sus chispeantes ojos ven.

Gala

Bajamos del vehículo y el intenso aroma a café llena mi nariz, sin duda estamos cerca de un cultivo de cafetal, porque esa fragancia tan característica solo puede emanar de un lugar donde se cultive la planta del café. Inspiro con ímpetu deleitándome en su perfume mientras en mi mente aparecen varios interrogantes.

¿Qué pinta el morenazo en una hacienda de cafetales? ¿Un asesino terrateniente?

¿Quién eres Luca, alias buenorro, monje cojonero?

Todo lo que envuelve a Luca se resume en demasiados misterios, se proclamó mi verdugo cuando me sacó del maldito harén, pero actúo más bien como mi salvador, me ha protegido desde ese momento a pesar de repetirme a cada instante que había venido a matarme. Y ahora estamos en esta inmensa hacienda que nada tiene que ver con un asesino. A pesar del personal apostado alrededor de los muros de la casa armados hasta los dientes.

¿Y si Luca es un cartel colombiano? Madre mía, prefiero dejar de jugar a hacer conjeturas porque todo lo que se me ocurre es demasiado negativo.

—Vamos, te enseñaré tu habitación —propone Luca sin mirarme, dando por hecho que lo seguiré sin réplica.

— ¿Eso significa que soy una invitada? —interrogo con ironía colocando mis brazos en forma de jarra apoyados en mi cintura.

Menea la cabeza en señal de negación.

—No, considérate una huésped —contesta serio.

Sin embargo, por un segundo me ha parecido adivinar un leve alzamiento de las comisuras de su boca, en un intento fallido de sonrisa. Sorprendente, a pesar de su actitud de capullo integral, aquí ando yo creyendo que Luca esconde un carácter más relajado que de momento no ha aflorado.

Esa conclusión llena mi cabeza de confusión porque me siento fuerte para lidiar con él en esta escena de pullas y arrogancias, en la que somos enemigos con cuchillos verbales, pero no sé si sería capaz de resistirme a un encantador buenorro con mirada penetrante siendo amable.

Decido seguirlo dejando a un lado la diatriba que nos ocupa porque estoy cansada y necesito una cama bien mullida donde tirarme y olvidarme de todo. Subimos los peldaños de unas escaleras accediendo a un amplio porche delantero con una mesa redonda de mimbre y a juego cuatro sillas, el suelo de cerámica con dibujos coloridos que me recuerdan a las mandalas que tan de moda están. El lugar tiene un encanto que mantiene mi pupila atenta como si quisiera grabar todo con ella, al igual que haría con una cámara.

Accedemos al recibidor de la casa y su amplitud y luminosidad logran cautivarme. Todo el mobiliario es de madera de pino barnizada en color caramelo a juego con unas cortinas de fondo blanco con florecillas azules que enmarcan un ventanal inmenso. A través del cual se puede divisar prácticamente toda la propiedad.

De una puerta en la pared izquierda del salón emerge la figura de una mujer pequeña, digo pequeña porque no creo que mida más de metro cincuenta, con cabello trenado a la espalda negro veteado por hebras blancas, que son el único signo que muestra su aspecto para adivinar su edad. Su sonrisa risueña, ilumina su rostro moreno.

—Bienvenido señor Montenegro. —saluda.

—Teresa, prepare por favor una habitación para la señorita. —indica Luca con amabilidad, aunque no sonríe más bien parece concentrado.

La mujer abandona la sala no sin antes dedicarme un saludo alegre. Luca se deja caer sobre un sillón orejero y suelta un suspiro.

Opino que ha sido involuntario porque cuando sus ojos se alzan clavándose en mí, que permanezco frente a él de pie, parece desconcertado. Tengo la sensación de que por minutos se ha olvidado de mi presencia y eso logra molestarme.

—No sé por cuánto tiempo estaremos aquí. Pero de momento descansa, no podrás salir sola de la casa. Te facilitaré todo lo que necesites. —explica mirándome, aunque percibo que su cabeza no está en otro lugar.

— ¿Reglas? No sé por qué no me sorprende señor Montenegro —pincho con sarcasmo acompañando mi tono viperino con una curva perfecta de mis cejas.

—Espero que no seas un dolor de cabeza, porque entonces tendré que acabar el trabajo que me encargaron y acepté. —Lo suelta de forma despreocupada, pero capto bien la amenaza en sus palabras.

— ¿Conoces el cuento del Lobo y los cerditos? —pregunto ante su total sorpresa.

Guarda silencio valorando si responder o no.

—Te ilustro entonces, uno de los cerditos se cansaba de dar falsos avisos anunciando que venía el lobo, hasta que un día lo grito a los cuatro vientos y ninguno de sus hermanos le hizo caso, sin embargo, esa vez si era verdad que venía. Deja de amenazarme y avisarme con matarme. Si quieres hacerlo, hazlo. No tengo miedo. Nada me queda si me privas de mi libertad. Ya te ofrecí un trato y al parecer no te convence. —Eso se llama tirarme a la piscina o ir de farol, porque es lo que acabo de hacer. Jugármela con un tipo que es un asesino y apenas conozco.

Aunque mi intuición jamás me ha fallado y esta me susurra que Luca Montenegro ya hace unas horas que decidió no matarme, aunque puede que ni él mismo lo sepa.

—Sabes rubita, —empieza con retintín, por lo que rubita suena más como insulto que como piropo—No entiendo cómo has sobrevivido en el harén con esa lengua afilada que gastas y tu imprudencia.

Encojo los hombros, contestando sin palabras, sin apartar mis ojos de él. Es apabullante mirarlo durante rato, porque su atractivo y magnetismo cortocircuitan mis neuronas y ponen mis hormonas a bailar enfebrecidas.

—Tengo la cabeza para algo más que para adornar mis hombros, señor Montenegro, si a eso usted decide llamarle imprudencia no lo voy a contradecir —contesto arrogante.

No le da tiempo a contestarme porque Teresa irrumpe de nuevo en la sala para acompañarme a la habitación que ocuparé y la sigo sin pensar.

Subimos unas escaleras que están situadas justo al lado del gran salón, Teresa va delante de mí guiando el caso. No pierdo detalle, todas las paredes de la casa lucen blancas impolutas, dando sensación de paz, algún que otro cuadrito con motivos de la zona adorna las paredes.

Al llegar a la habitación la mujer la abre y me indica con la mano que pase.

—Señorita, esta es su habitación. Le he dejado alguna prenda de mi hija que creo que le

vendrá bien para cambiarse. —informa en español.

Por suerte es una de las lenguas que domino a la perfección, tiene mucho en común con mi idioma materno, por lo que mientras estudiaba en la universidad la elegí, como segundo idioma opcional.

—Muchas gracias, Teresa — exclamo con amabilidad.

Una vez sola en la habitación reviso la misma, es una estancia amplia con decoración sencilla, por esa misma razón me encanta. Decido ojear en busca de un teléfono, aunque se dé ante mano que no voy a encontrar ninguno.

Luca

Sentado en el salón con la cabeza apoyada en una de mis manos, sigo deliberando. Estoy seguro de que debería deshacerme de Gala, pero no puedo. Saco el móvil dispuesto a marcar el teléfono de uno de mis informadores, no obstante, en ese momento entra una llamada.

—Quest, ya tardabas en llamar —contesto sonriente.

—Bueno, porque si tengo que esperar a que tú me llames, puedo morirme sentada porque de pie me voy a cansar— reprocha con tono de regañina.

Quest es como pepito grillo como la voz de mi conciencia, siempre está ahí para recordarme cosas, o lanzarme toques de atención. Con su encanto habitual, con ese tono medio en serio, medio en broma que me divierte.

—No soy mucho de teléfonos, ya lo sabes.

—Veo que todo salió como estaba planeado. Estás en Armenia, ¿no? —pregunta, aunque pondría la mano en el fuego en que no le voy a confirmar nada que ella no sepa de antemano.

Quest es una de las tres mejores Hackers del mundo, a nivel informático es un *crack* y además tiene un carácter controlador, con ella nada nunca está en manos del azar. Así que cuando planeó mi huida de Ajman sabía perfectamente que todo saldría según lo planificado.

Me siento afortunado porque llevamos más de tres años trabajando juntos, encontrarnos fue una casualidad, y aunque no creo en ellas, sé que Quest y yo debíamos encontrarnos porque hacemos un buen equipo.

Yo le salvé la vida y ella lleva tres años cuidando de la mía.

Crecí solo, sin amigos, sin hermanos, por eso ella es lo más parecido a una hermana pequeña que tengo.

—Si estamos en la Hacienda. Ahora necesito que intentes averiguar algo más de mi examigo Hakim. Opino que no todo lo que vi y viví en Ajman fue tan fortuito como parece, al contrario —explico confiándole algunas de mis sospechas.

—Al parecer Hakim la rata, es más rata de lo que parece. He estado investigando y tiene demasiados trapos sucios. Se aprovecha de su relación con jeque del país para realizar sus negocios turbios, sobre todo trata de blancas.

Quest confirma ciertas cosas que sospechaba del que un día fuera mi amigo, pero no era yo el más indicado para juzgarlo, pues, mi existencia tenía poco de honorable. Por mi mano había muerto muchos inocentes o culpables, ni tan siquiera me lo había planteado al ejecutar la sentencia de muerte sobre sus cabezas.

—Quest sigue con ello. Tiene que haber algo más, que Gala estuviera en el harén de Hakim no era una casualidad, estoy seguro. —transmito al fin una de las muchas conjeturas que rondan

mi cabeza.

— ¿Y Gala Ágora? —pregunta Quest.

— ¿Qué pasa con ella? —contesto con otra pregunta intentando no abordar el tema.

Porque ni yo mismo sé que voy a hacer con ella, mi cabeza me instaba a matarla, para eso me habían contratado. Pero desde el primer momento que mis pupilas se anclaron a su rostro, una barrera invisible se alzó en mi interior, impidiéndome pensar en su cuerpo inerte bajo mi acción.

—No te hagas el tonto, ella es un trabajo, debes acabarlo, retrasarlo, no hará que no debas cumplirlo. —recuerda Quest aplicando el sentido común que al parecer a mí me falta.

—Lo sé. De momento voy a averiguar qué es lo que huele a podrido en todo este asunto y después ejecutaré la sentencia de muerte que pende sobre su cabeza. —confieso al fin arrojándole la razón.

—Eso espero.

Finalizada la conversación con Quest la misma que me ha dejado un mal sabor de boca, me levanto y voy directo a mi habitación para darme una ducha y refrescar mi cuerpo y mi mente.

—Señor, ¿Cenarán en el salón? —La voz de Teresa me detiene cuando me dispongo a subir los escalones que me llevan a la planta superior.

—No, voy a salir. Cenará la señorita sola —contesto y sigo mi camino.

Ni loco voy a compartir una cena con la gata de ojos brillantes, hoy no, mi cordura ya ha tenido suficiente de ella por el momento, aunque mi verga no comparte esa opinión.

Capítulo 15

Gala Ágora

¡Qué bien se siente una con una ducha en solitario! Nada que ver las que he tenido estas últimas semanas en compañía de las mujeres del harén. Por un momento en mi mente se vuelve a dibujar la imagen de alguna de ellas. Aceptar un destino tan vejatorio debería estar prohibido y más en el siglo veintiuno. Me coloco un vestido de los que Teresa me ha facilitado, esa mujer está en todo, incluso ropa interior me ha dejado empaquetada.

Decido bajar las escaleras porque la banda sonora de mis tripas me avisa de que llevo demasiadas horas sin comer, si soy sincera he olvidado cuando fue la última vez que ingerí alimento alguno.

La casa está inundada por el silencio, por un momento una pregunta flashea mi mente.

¿Dónde estará Luca?

Pero me apresuro a desterrarla a algún recóndito lugar de mi cerebro. Porque esta sensación de síndrome de Estocolmo light que al parecer estoy desarrollando hacia él no me gusta y al mismo tiempo me aterra. Inspecciono mientras no pierdo detalle de todos los elementos de la casa, es como si todo estuviera en el sitio preciso. Atravieso el salón principal y acedo a un pequeño pasillo que me lleva directa a la cocina, de la cual salen olores intensos, provocan que mis tripas aúllen hambrientas. Allí, enfrascadas en sus tareas, veo a Teresa y otra mujer un poco más joven que sobre una tabla de madre trocea diversas verduras.

—Buenas. —saludo desde el marco de la puerta donde permanezco apoyada.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué podemos ayudarla? Saluda Teresa, servicial, como viene siendo habitual desde que la conocí.

—Solo quería algo de comer si puede ser. —digo un poco apurada—Llevo demasiadas horas sin llevarme nada a la boca y creo que mi estómago ya no aguanta más. —confieso mordiendo mi labio inferior, mostrándome avergonzada.

—Por supuesto, estábamos preparando la cena. El señor ya dijo que no cenaría aquí, así que en un minuto le coloco su plato en el salón. —informa Teresa sonriente.

“Así que el arrogante capullo no está en casa, ¿Dónde demonios estarán?”

—No, Teresa, no te molestes en poner el servicio en el salón. No me apetece mucho estar sola, así que si no os incomoda cenaré aquí mismo en la cocina—. Propongo ante el asombro de la mujer.

—Está bien, por nosotras no hay problema ¿Verdad Míriam? —dice Teresa dirigiéndose a la joven que sigue con su tarea de cortar zanahorias en juliana.

La joven se limita a regalarme una amplia sonrisa tan natural que me hace corresponderle con el mismo gesto.

Teresa eficiente coloca en un minuto un servicio en la zona más alejada de la mesa de trabajo de ellas y acondiciona un taburete para que pueda sentarme.

—Gracias.

—Señorita es nuestro trabajo, es una invitada en la hacienda y hace mucho que este lugar no albergaba invitados. El señor Luciano no es muy partidario a invitar gente y ahora que el sitio lo regenta su sobrino este no viene mucho por aquí. Tan solo Iván es el que suele pasar temporadas aquí. — explica Teresa, pero al momento hace un gesto de arrepentimiento como si se hubiera dado cuenta de que ha hablado de más.

—Solo conozco a Luca de todos los que has nombrado. No te preocupes, me gustará saber más de esta familia—digo guiñándole un ojo cómplice para aligerar su arrepentimiento.

—Lo siento señorita no quiero parecer metiche. —se disculpa.

—Teresa, no me llames, señorita. Mi nombre es Gala. — solicito mientras lleno la cuchara del guiso que me ha servido, que tiene una pintaza que me hace la boca agua.

—Está bien. —asiente.

Durante la cena, Teresa me explica que su hija está estudiando en la universidad de Bogotá y la ve una vez solo en vacaciones. Teresa lleva muchos años trabajando para los Montenegro. Poco a poco la charla relajada consigue que la tranquilidad inunde mi cuerpo y mi mente y consigo sentirme como en casa.

La mujer, haciendo gala de su prudencia, no me pregunta de dónde vengo ni quién soy exactamente. Y tan solo hago referencia a que soy italiana, decido no explicarle nada más, porque no quiero colocarla en una posición comprometida.

De momento prefiero ganarme su confianza por si más adelante tuviera que contar con su ayuda para escapar de las garras de Luca. Porque no pienso quedarme eternamente escondida en este lugar a pesar de ser un sitio espectacular.

La Cantina Corona.

Luca

Aquí estoy sentado frente a Sebastián disfrutando de una cerveza bien fría y la música ambiente de La Cantina Corona. Necesitaba salir de la Hacienda y por qué no confesarlo perder de vista a Gala. Esa mujer remueve mi alma como nadie jamás lo hizo. Sus continuas

pullas y discusiones me divierten, pero lo más preocupante es que me mantienen en un estado perpetuo de erección que consigue descontrolarme demasiado.

—Aquí tienen otra ronda, chicos — anuncia Luz María al soltar dos botellines más sobre la mesa en la que estamos.

La miro sonriente y ella me guiña uno de sus ojos, coqueta. Repaso sus curvas y por un momento valoro la posibilidad de resarcir mi frustración sexual junto a esa morenaza de ojos grandes y pecho bien dotado que aletea las pestañas frente a mí. De momento no he ingerido suficiente alcohol para lanzarme y largarme de este local con la camarera provocadora.

No suelo mantener relaciones con gente del pueblo, todos aquí conocen quién soy e inmiscuirme en relaciones de alcoba con las jóvenes autóctonas solo puede acarrearme problemas. Por lo que a pesar de todo nunca he tenido nada con ninguna de ellas. No obstante, reconozco que en la actualidad estoy en una tesitura en la que podría llegar a olvidar esa regla imaginaria que llevo aplicando desde que aceptara la proposición de mi tío para gestionar la hacienda y la distribuidora cafetera.

—Jefe, parece que Luz María ya le echó el ojo —comenta Sebastián acompañando su comentario con una carcajada sonora.

—De momento no estoy interesado —contesto mirando el botellín que sujeto entre mis dedos.

—Bueno, es comprensible si yo tuviera una mujer como la que usted tiene esperando en la hacienda, tampoco estaría interesado. —La observación de mi empleado por alguna razón me enfurece. Darme cuenta de que se ha fijado en Gala, es como si fuese la chispa que enciende un sentimiento de ira y posesión para mi desconocido hasta el momento.

—La joven no es nada mío. —aclaro, aunque a continuación soy consciente que esa declaración de intenciones es como darle vía libre a Sebastián por si el mismo estuviera interesado.

—Perdona jefe, pero nadie lo diría por cómo ambos se devoran con la mirada cuando creen que el otro no está mirando. —se envalentona a decir Sebastián seguro que a causa de la desinhibición que otorga el alcohol en sus venas. Porque hasta la fecha mi empleado siempre ha sido un hombre muy prudente y comedido.

Elevo mis cejas ante su comentario, sin embargo, decido no seguir hablando del asunto.

—Bueno, por esta noche para mí ha acabado la fiesta. Me voy. — proclamo levantándome de la mesa.

—Okay, jefe, yo me quedaré un rato por si tengo suerte de encontrar quién caliente mi cama esta noche. — comenta Sebastián de forma picaresca.

—Está bien, pero me llevo la camioneta. — le informo porque ambos vinimos en el

mismo vehículo.

—No se preocupe, encontraré quien me dé un aventón a la hacienda.

—Bien, nos vemos mañana, Sebastián—me despido poniendo rumbo a la salida.

A mitad de camino soy interceptado por Luz María que se pega a mi cuerpo colocando una de sus manos en mi nuca y anclando sus ojos en los míos.

— ¿Ya te marchas? —pregunta poniendo ojos de gacela.

Me excuso, pero no hago intento de separar su cuerpo del mío, sino que por el contrario disfruto de su cercanía.

—Me quedan dos horas para acabar mi turno— Informa acariciando sus labios con la punta de su lengua rosada.

Noto un leve tirón en mi envergadura ante ese sensual gesto, sin embargo, intento mantener la cabeza fría.

—En otra ocasión—contesto.

—Está bien, te tomo la palabra. — rebate acortando la distancia que separa nuestras bocas y posa sus carnosos labios en los míos en un ligero beso.

Le brindo una sonrisa lobuna y la dejo allí mientras prosigo mi camino a la puerta de salida. Al parecer, el destino que no quiere que abandone la cantina porque justo a dos metros de la entrada me tropiezo con Iván de la Cueva Montenegro.

— ¡Qué alegría, primo! No tenía ni idea que estabas en Quindío— saluda demasiado eufórico.

Iván es mi primo por parte de madre, pero un primo lejano, durante años fue la mano derecha de mi tío Luciano. En la actualidad aún gestiona una parte de las empresas Montenegro, incluido la explotación de los campos. No me gusta, nunca lo ha hecho desde que Luciano me lo presentó algo en su aura, me repele cuál mosquito ante el insecticida.

—Hola, Iván. Acabo de aterrizar como aquel que dice. No he tenido tiempo de más que de tomarme un par de cervezas. — me justifico, aunque no tengo necesidad.

—Bueno, pues tomate un par más conmigo. — propone pasando su brazo sobre mis hombros, mostrando una confianza que no tenemos.

—Lo siento, estoy cansado del vuelo, mejor otro día.

—Está bien, mañana pasaré a verte. —informa.

Una vez fuera del local miro al cielo y suspiro soltando el aire de mis pulmones

— ¡Por fin! —exclamo en voz alta.

Por un momento pensé que no saldría de la maldita cantina y para colmo me he tropezado con la última persona que deseaba, Iván de la Cueva.

Mi primo es una persona manipuladora y peligrosa que persigue que entre en el negocio turbio que gestiona. Lleva un año presionándome, a pesar de que hasta la fecha le ha sido inútil, pero estoy seguro de que seguirá intentándolo.

Capítulo 16

Luca

Bajo de la camioneta y paso una de mis manos por mi pelo, no ha sido un buen día. Mi cabeza es una olla a presión burbujeante que presiona mis sienes y para colmo, nada de sexo. La culpa es de mis putas reglas autoimpuestas, esas que en muchas ocasiones me ha salvado de situaciones extremas. Pero ahora mismo me vuelve un tipo irascible y en ese estado soy poco efectivo cuando mi instinto susurra en mi mente que necesito estar con los siete sentidos, alerta. La luz del porche está encendida, lo cual me sorprende y en una de las sillas diviso una figura que en ese momento no sé si por los efectos del alcohol se me antoja angelical, vestida de blanco y con su cabello dorado enmarcando su ovalado rostro del cual emergen dos esmeraldas brillantes que ahora mismo están mirándome centelleantes.

— ¡Qué sorpresa!, si te has dignado a volver. Menudo anfitrión estás hecho.

Su voz logra arrancarme del estado de ensimismamiento en el que me había sumido viéndola como un ángel cuando es una auténtica diablesa que incluso increpándome consigue ponérmela dura en cero coma segundos.

‹‹ ¡Joder! ››, sisea mi mente.

No me toques las pelotas, rubita, son las tres de la mañana, deberías estar durmiendo—. Reprocho y sigo mi camino subiendo los escalones para perderme en el interior de la casa e ignorarla.

Aunque la imagen de la gata tocándome las pelotas, no en el sentido figurado cruza mi cabeza como un rayo, provocando más tirantez en mi verga si eso es posible.

—Veo que has tenido un mal día y una peor noche hueles a alcohol y a perfume barato—. Insta de nuevo sin darse por vencida e incluso se pone de pie para enfrentarme

Definitivamente, esta mujer no sabe cuándo parar, no tiene límites y es una temeraria. De reojo mis ojos vuelven a recorrerla de arriba abajo con premeditación, mostrándole en mi mirada el fuego interno que se ha desatado. Pero ni, aun así, se amedrenta, lejos de acobardarse, pone las manos en su cintura y alza su barbilla.

—Me prohíbes que salga, me abandonas en esta inmensa casa sola y te vas a zorrear, ¡Dios sabe dónde!, mientras yo me aburro como una ostra. Para colmo has retirado todos los teléfonos de la casa y has ordenado expresamente a cada una de las personas que trabajan en esta casa que me presten sus móviles. Y aún volverás a hacer hincapié en que no soy una rehén sino una huésped. Ja, y una mierda Luca, alias capullo Montenegro. —proclama exhibiendo todo su enfado y frustración.

Por un minuto su discurso consigue dejarme con la boca abierta y sin poder remediarlo estallo en una sonora carcajada, con todas mis ganas.

— ¿Y ahora de qué te ríes? ¡Estás loco! —exclama soltando un bufido que hace que mis ojos se claven en su generoso escote y me hipnotiza sin remedio.

En dos zancadas cambio mi dirección, colocándome frente a ella, dejando el espacio justo de un suspiro. Mis manos la agarran por los brazos sin apartar mi mirada de ella.

— ¿Y ahora qué coño haces? Suéltame. — ordena forcejeando, pero mis brazos la inmovilizan con la presión justa y elimina la poca distancia que nos separa pegando su cuerpo al mío. Dándole una alegría a mi verga que está casi fuera de mis pantalones pletórica.

—Eres un castigo para cualquier hombre, no sabes cuándo frenar. — siseo con mis labios a dos milímetros de su boca.

Una sonrisa ladina se dibuja en las comisuras de mi boca al comprobar cómo por primera vez Gala se ha quedado sin palabras, absorta, atenta, sin apartar sus ojos de los míos.

Madre mía, debo estar completamente dominado por el alcohol porque en este preciso momento sé que no voy a evitar probar su boca. Sus acolchados labios me llaman en silencio y no puedo evitar reclamarlos. Así que sin demorar más lo inevitable me abalanzo sobre su boca a lo bestia. Como si llevara años esperando la oportunidad de besar. El primer instante Gala intenta cerrar su boca y sus manos presionan mi pecho resistiéndose, pero la reticencia dura poco porque noto como su boca se entreabre dándome la bienvenida y su lengua se lanza enroscándose a la mía con ansia.

Nos sumergimos en un beso voraz, devorándonos como dos sedientos en mitad del desierto. Mis manos rodean su cintura y la aprieto para que pueda notar mi erección. Dominado por el deseo puro y duro, la empujo hasta pegar su espalda, los baldosines de la pared de la casa y con rápido movimiento la alzo e instintivamente rodea mi cintura con sus torneadas piernas.

¡Madre mía!, no encuentro la razón en la vorágine de anhelo y pensamientos de todo lo que ansío hacerle a esta mujer, para parar. Porque de hacerlo si no estaré condenado en mi propio fuego.

Como era de esperar, la intensa respuesta de Gala aviva mi lujuria y no ayuda que sus manos acaricien mi cuello, presionando para que nuestras bocas se adhieran más todavía la una a la otra.

Enajenado por el deseo, introduzco una de mis manos entre mi cuerpo y su centro, acariciando la tela húmeda de sus braguitas y con suma precisión separo la misma, abriendo me paso a sus labios chorreantes que se muestran ansiosos tan solo con el roce de las yemas de dos de mis dedos. Gala emite un gemido intenso que muere en el interior de nuestras bocas.

Y esa es la señal para que mi cerebro despierte del estado febril en el que estoy sumido, separando mi boca de la suya bruscamente ante la sorpresa de ella. La suelto esperando que sus pies toquen el suelo y pongo distancia entre nosotros como si ella fuera un hierro candente.

—Me dejé llevar. Olvida que esto pasó. —suelto con poco tacto.

— ¿Qué parte olvido, el cómo me has comido la boca o como me has tocado mis bragas? —Su pregunta es lanzada con todo el sarcasmo del que es capaz, lo capto al minuto—O quizás lo que debo olvidar es que no tuviste suficiente desahogo del burdel barato del que vienes.

No se espera a mi respuesta, menos mal, porque ahora mismo soy incapaz de pronunciar ninguna frase coherente. Mantengo mi mirada clavada en mis pies y me prohíbo mirarla de nuevo porque si no seré incapaz de no lanzarme de nuevo sobre ella.

Gala Ágora

Frustración, ira, desasosiego, ansiedad, un torbellino de emociones se desata en mi interior anudado en la boca de mi estómago mientras subo los escalones que llevan a mi habitación de dos en dos. En definitiva, las inmensas ganas de partirle la cara al míster mundo del capullo de Montenegro.

¡Dios bendito! Un tsunami de dimensiones catastróficas se queda en simple ola ante el beso que hemos compartido. Esa experta boca que ha hecho que se me encojan hasta los dedos de los pies debería estar prohibida. Y lo peor es que yo lo sabía, sin besarlo, sin probarlo, en mi mente estaba segura de que sería como los fuegos artificiales previos a la Super Bowl.

Entro en mi habitación y cierro la puerta pegando mi espalda a la misma, mi pecho sube y baja como un colchón inflable mientras le insufla aire con un compresor. Inspiro y expiro de manera controlada, intentando apaciguar mi respiración y poco a poco vuelve a la normalidad.

Lo que no consigo es borrar de mi cabeza, son las imágenes de lo que acaba de ocurrir en el porche. Bombardean mi mente sin darle cancha, repitiendo una y otra vez la manera en la que ha devorado mi boca y lo que más me avergüenza y excita a partes iguales es como yo le he respondido ¡Como una fiera ansiosa!

— ¡Joder!, Gala, ¿dónde está tu dignidad? —me reprocho en voz alta.

Debería haber aprendido algo más de mi nefasta trayectoria con los tipos con caras bonitas con los que he mantenido relaciones. Y muy a mi pesar, Luca no es solo una cara bonita que amenace mi corazón, no, él es un puto asesino contratado para acabar con mi vida.

Tapo mi rostro con mis manos en un acto de desesperación, todo lo vivido estas semanas es una pesadilla de la cual no puedo despertar y ahora para colmo Luca amenaza la

estabilidad de mi cordura emocional.

Me niego a volver a caer en las redes del enamoramiento o encharcamiento sin control, como diría Valerie, para luego acabar recogiendo los pedazos de mí misma en cada rincón.

—Valerie— susurró.

¿Qué hará? ¿Me habrán dado por muerta? Valerie, mi madre, Berta. No Berta no, si algo tiene mi amiga es que no le gana nadie a cabezota. Estoy convencida de que está removiendo cielo y tierra para encontrarme. Ese pensamiento arroja un poco de esperanza en mi alma, aunque si Berta quiere encontrarme no lo va a tener fácil, porque el capullo de mi captor me tiene incomunicada.

Me levanto y voy directa a la cama para poder descansar y cierro los ojos con la determinación de trabajar día a día para encontrar la manera de escaparme o avisar a Berta de donde buscarme.

Luca

He pasado una noche de perros, no recuerdo haber dormido tan poco y tan mal desde hacía mucho. Dos duchas frías necesité para calmar a mi verga rebelde. Y para colmo de males ahora lo único que me queda es un dolor de huevos monumental. ¿Quién me mandaría a mí a beber? Y lo que es más importante, ¿Cómo no pude resistir el impulso de probar a la gata?

Desde que la vi por primera vez tuve la certeza de que jamás debía tocarla, porque lo que esa mujer desataba en mi interior no era normal, por lo tanto, peligroso. Así que en Ajman ya me propuse no ceder a mis instintos más básicos, pero el alcohol y la noche consiguieron que rompiera esa cadena que yo mismo había puesto a mis deseos.

Joder, aún podía saborear en mi boca el dulzor de sus labios y mi polla se ponía firme de nuevo como el mástil de una bandera.

En el preciso momento en el que termino de atarme las boas tengo la decisión tomada, por la noche volveré a La Cantina Corona y aceptaré la proposición de Luz María, noche de sexo desenfrenado, creo que es la solución a todos mis males, bueno, aunque acabar con Gala sería lo más rápido cumpliendo así con el trabajo para el que fui contratado. No obstante, esa determinación todavía no puedo ejecutarla. Preciso saber qué es lo que realmente se está cociendo.

Bajo las escaleras para tomar el desayuno y después daré una vuelta con Sebastián por los campos para comprobar que todo está en orden.

Capítulo 17

Gala Ágora

Bueno, después de un sueño reparador, consigo sentirme como una rosa, fresca y bien abierta para poder estar atenta a cualquier oportunidad de conseguir contactar con mi vida. La misma a la que ansío regresar con todas mis fuerzas. Con un vestido de estilo parecido al que lucí el día anterior, pero en color turquesa bajo alegre las escaleras, dispuesta a asaltar la cocina, pues tengo un hambre atroz.

Al llegar al último peldaño oigo una voz grave, segura que no es la de Luca, afino el oído y me quedo ligeramente tras una pared anterior al salón que es de donde proviene la conversación.

—Se cierra en banda, ¿Qué esperabas? Ya te lo había dejado claro desde el principio, tío. Lo sé, tengo que seguir presionándolo, pero te confieso que me toca los cojones que hable como si lo que hacemos fuera un crimen, cuando él lleva demasiados cadáveres a sus espaldas.

No puedo ver a quién corresponde la voz, pero, de todas formas, decido seguir escuchando a pesar de que no sé muy bien con quién habla, porque debe ser una conversación telefónica, ya que no se oye ningún interlocutor más.

—Tío, claro que sigo siendo fiel, no obstante, el hijo pródigo de los Montenegro no es el dechado de virtudes que tú te piensas. Lo sé, está bien, intentaré acercarme más a él.

Parece que ya ha finalizado la conversación, así que me apresuro a hacer como si acabara de bajar de las escaleras cuando me doy de frente con el desconocido que sale del salón.

Un hombre casi tan alto como Luca, un metro noventa más o menos con el pelo negro, pero engominado hacia atrás se alza delante de mí. Puedo notar como sus ojos melados recorren mi figura con precisión y sin ningún pudor, en sus pupilas veo una lujuria insana que provoca que un escalofrío atraviese mi columna vertebral.

Mi mente enseguida lo cataloga como persona no de fiar, porque tiene pinta de dandy junto con una sensación de desconfianza que lleva grabada en cada poro de su piel. No tiendo a prejuzgar a las personas, sin embargo, soy muy observadora cuando tengo el objetivo de mi Réflex y cuando no también.

—Buenos días. —saludo rompiendo el momento incómodo en el que me veo inmersa.

El tipo exhibe una sonrisa de lado y se aproxima para acortar la distancia que nos separa, lo cual no hace otra cosa que dar veracidad a mi primera impresión.

‹‹Este tipo es peligroso y además tiene la mirada sucia››. Avisa mi mente.

—Hola, ¿Y tú eres? —interroga con las cejas arqueadas.

—Soy Gala, ¿y tú? —contesto sin amilanarme.

Observo su cara contrariada, no obstante, se afana en disimular su asombro por mi actitud con rapidez.

—Es gracioso que estando en mi casa me preguntes quien soy. —proclama y esta vez soy yo la sorprendida.

—La verdad es que pensé que era la casa del Señor Montenegro. —rebato.

Fiarme de sus palabras no es algo que esté en mi lista de prioridades.

Cuando se dispone a contestar aparece Teresa, hecho que agradezco en silencio porque siento repelús en presencia de este hombre.

—Señor De La Cueva, no lo esperábamos. — comenta la mujer colocándose a mi lado.

—He quedado con mi primo. — se limita a contestar parco.

—Si quiere desayunar, vamos a servirlo en el porche de atrás. —comunica.

—Está bien—dice poniendo rumbo a la parte de atrás de la casa. —Se detiene a medio camino y se gira para fijar su mirada de nuevo en mí. — ¿No me acompañas Gala?

—No gracias, señor de La Cueva. —respondo con retintín y desaparezco en dirección a la cocina, dejándolo allí parado como un pasmarote.

Cuando llego a la cocina, Míriam ya tiene todo listo, así que ocupo el taburete del día anterior y espero a que Teresa me sirva el desayuno.

— ¡Uf!, qué buena pinta —exclamo.

—Gala no quiero meterme donde no me llaman, pero el Señor Luca está desayunando en el jardín y lo mismo espera que lo acompañe. —comenta Teresa.

—Ya tiene compañía, ¿no? El señor de la Cueva —indico mientras devoro los huevos revueltos.

—Bueno, yo solo lo digo porque lo correcto es que desayunes con ellos —insiste Teresa apurada por mí.

— ¡Ni loca! No me apetece nada verles la cara. Por cierto, ¿Quién es exactamente el Señor de la cueva? — aprovecho para indagar un poco.

—Iván de la Cueva gestiona los campos y pasa largas temporadas en esta hacienda, es

primo lejano del señor Montenegro. Fue la mano derecha del Señor Luciano Montenegro mientras él estuvo al frente—. Expone Teresa mientras friega varios platos en la pica.

Luca

Lo único que necesitaba mi mañana para empeorar es ver cómo mi primo avanza a través del jardín acercándose donde estoy sentado. Olvidé que anoche, prometió pasar a verme. Mis encuentros con Iván siempre son iguales. Él sigue insistiendo en hacerme partícipe de su negocio encubierto de cargamentos de droga y yo qué sé más, sin embargo, yo continúo negándome. De la misma forma, en la que lo hice cuando mi tío me lo propuso.

No me interesa sus contrabandos ni sus negocios de estupefacientes o cocaína. Prefiero gestionar la parte del café y su distribución, para los marrones ya tengo los míos relacionados con la orden y mi profesión. Pero Iván no se da por vencido y cada vez se vuelve más insistente.

Sé que no soy un santo, arrastro más crímenes a mis espaldas que probablemente ellos, pero no estoy dispuesto a sumar el tema drogas en mi curriculum.

—Buenos días, primito.

Odio cuando se pone condescendiente y me habla como si nos lleváramos genial, aunque la realidad es que solo nos soportamos por respeto a Luciano. A veces lo entiendo demasiado bien, porque mi presencia en su vida es como cuando el capullo de mi padre me presentó a su hijo pródigo, Nath. Recuerdo que en aquella ocasión acaba de aterrizar de Colombia, cabreado por todo lo que aquí había descubierto, porque Némesis me envió a matar a mi tío, aun sabiendo que era de mi sangre y durante toda mi vida me había ocultado mi procedencia real. Condenándome a una existencia solitaria que por supuesto contribuyó a forjar mi carácter con cada sentimiento de soledad y abandono.

Conocer a mi hermanastro supuso un atentado contra mi meta, la que Némesis se encargó de grabar a fuego en mi mente. Vendiéndome durante años que yo sería su sucesor al frente de La Orden. Pero cuando vi cómo trataba a Nath, como lo miraba con admiración, a pesar de que ese sentimiento no era recíproco por parte de mi hermano, la ira, la rabia, la decepción se desataron en mi interior y odié a mi hermanastro con cada fibra de mi ser.

Hoy por hoy mi perspectiva es diferente, creo que Némesis en el fondo de su negro corazón amaba tanto a Nath y añoraba a la vez ese espejismo de vida que representaba mi hermano, cuando él aún formaba parte de la CIA.

—Buenas, Iván. — Saludo sin mucho entusiasmo.

Mi primo toma asiento frente a mí y se sirve sin permiso una taza de humeante café.

—He conocido a tu invitada, Gala. Lástima que no desee desayunar con nosotros. ¿Es una invitada realmente o una empleada?

Iván no contaba con la capacidad de sorprenderme, lo tengo supercalado desde el primer día que Luciano me lo presentó. Sin embargo, ahora mismo con esas preguntas, descubrir por sus palabras que ha conocido a Gala sin estar yo presente lo ha logrado.

Enmascarar mis emociones con habilidad, es una de mis virtudes, así que la pongo en práctica para no dejar entrever lo mucho que me molesta que Iván se haya cruzado con Gala. Porque mi primo tiene fama de conquistador y la gata no es una mujer que un hombre pueda ignorar. Si no que se lo digan a mis partes bajas que sufren en sus carnes su efecto.

—Es una invita, una amiga—. Confieso sin mostrar demasiado interés.

—Una amiga con derechos— insiste.

Su insistencia va cabreándome por minutos.

—No voy a discutir detalles contigo. — Zanjo, esta vez sí que muestro mi molestia ante su sonrisa malévola.

—Tranquilo, no te cabrees. Pero eres un cabrón con suerte porque esa mujer es impactante. —Refiere con alevosía.

—Maldita sea mi estampa— gruño en el interior de mi cerebro.

—Al grano Iván, supongo que no has venido para hablar sobre mujeres, ¿no?

La cara de Iván indica que mi cambio de tema no es de su agrado, aunque disimula.

—Necesito que vayas a las oficinas en Bogotá, tengo unos papeles que debes revisar y firmar. Eres el único que lo puede hacer a no ser que quieras redactar un poder ante notario para que yo mismo los pueda firmar. —informa.

—Está bien, en dos días me escaparé y lo dejamos arreglado. —Mis palabras son elegidas para dar por zanjada nuestra conversación y que el idiota de Iván se largue de una vez por todas de la hacienda.

No puedo ocultar la incomodidad que me causa su presencia y aún más después de la forma en la que se ha dirigido a Gala.

—Allí te espero— sentencio Iván levantándose, disponiéndose a marcharse, no obstante, antes de darse la vuelta, clavo sus ojos en mí—Despídeme de Gala, en otra ocasión espero poder disfrutar de su compañía.

Su última frase era una declaración de intenciones en toda regla y consiguió calentar la sangre de mis venas hasta el punto de ebullición. Imágenes de mi primo tumbado sobre la hierba del jardín a causa de uno de mis puñetazos, atravesaron mi cerebro. Aunque no tuve más remedio que aplicar el control y reprimir las ganas que tenía de partirle la cara, que, si era del todo sincero conmigo mismo, no estaba seguro de donde salían.

Jamás en toda mi vida había experimentado la multitud de sentimientos y emociones que Gala provocaba en él. Cada vez era más consciente del peso de lo que significaba estar cerca de la gata de ojos brillantes. Y si sumaba a la ecuación al capullo de su primo, todo se volvía rojo en su mente.

Capítulo 18

Gala

Hace rato que he devorado el desayuno, aun así, sigo sentada observando a estas dos mujeres, como se desenvuelven en la cocina. A pesar de que resulta extraño, me siento tranquila, como en casa o mejor que en casa. Por mi profesión siempre viajo mucho, así que poco puedo disfrutar de mi apartamento, además cuando estoy allí la soledad es algo con lo que convivo.

—Teresa, necesitaría comprar algo de ropa y enseres. ¿Hay algún sitio cercano donde pueda? —decido preguntar. Porque con las prensas que Teresa me cedió de su hija no tengo suficiente, y debo ser previsora, no sé cuántos días más estaré hasta conseguir contactar con Berta y que ella me saque de este lugar.

—Sí, puede bajar al pueblo—. Comunica Teresa sin dejar de realizar su tarea de fregar platos.

‹‹Es que no existen los lavavajillas››, me pregunto mentalmente.

— ¿Crees que Sebastián podría acercarme? —Interrogo mientras jugueteo con una zanahoria entre mis dedos.

—Opino que eso deberías preguntárselo al señor—Atina a decir.

Si eso me temía que aquí nadie mueve un dedo, si no lo dice míster capullo Montenegro. Así que no me queda otra opción que esperar a que se marche su primo al que bajo ningún concepto quiero tropezarme e ir en su busca.

Luca

Una vez Iván se hubo largado, mi humor irascible vuelve poco a poco a su estado habitual. Aunque no del todo, pues aún seguía lidiando con mi dolor de huevos. Me levanto de la silla del jardín y pongo rumbo al interior de la casa, mientras camino aviso a Sebastián a través del móvil, ya es hora de hacer una ruta por los campos para comprobar cómo marcha todo.

—Buenos días, Señor Montenegro. — saluda Teresa que en ese momento salía a recoger los servicios del desayuno.

—Hola, ¿Has visto a la Señorita Gala? — me intereso.

—Sí, ha desayunado en la cocina con nosotras. —comunica la mujer atenta a mi reacción.

A pesar de su rostro, que muestra temor ante mi posible postura, agradezco la decisión tomada por la gata de no compartir el desayuno con nosotros. Porque con Iván revoloteando alrededor de ella no sé exactamente cuál hubiera sido mi reacción. Por una vez Gala se comportó como una chica prudente, aunque no dejaba de sorprenderme.

Doy por terminada la conversación y entró en la sapa para acceder a la puerta principal donde seguro ya me espera Sebastián. Casi he alcanzado la puerta cuando unos pasos detrás de mí provocan que cierre los ojos y suspiro en silencio.

¡Qué iluso, y yo que pensaba que podría evitar verla!

—Hola, Luca. ¿A dónde vas?

La pregunta no me pilla por sorpresa y su tono exigente tampoco así que decido girarme para enfrentarla.

—Debo atender la hacienda —contesto con frialdad sin mirarla con los ojos fijos en el suelo.

—Pues te acompaño—afirma con determinación.

Esa simple frase capta toda mi atención y muy a mi pesar anclo mis ojos en ella, al minuto sé que es un error. Si ayer de blanco parecía un ángel hoy de azul era como Eva la tentación de Adán. Tentado, es así como esta maldita mujer me tiene en cuanto mis pupilas se fijan en ella. Absorto, subyugado, totalmente embobado, bebiendo con mis ojos cada curva de su cuerpo.

—No.

—No creas ni por un momento que con un simple no vas a conseguir que no salga de esta casa. Me volveré loca si no hago algo—exclama envalentonada.

—No puedes salir, te informé de ello ayer. —insisto, aunque sé que no aceptará mis respuestas de buena gana.

Gala no era una mujer que se conformará, al contrario, peleaba cada una de mis órdenes, cada uno de mis comentarios, lo que conseguía mantenerme en un estado continúo de cabreo y por qué no decirlo de calentón permanente.

—Ni consideres que me vas a tener encerrada en estas cuatro paredes. —reclama fulminándome con su ardiente mirada.

“No es en las cuatro paredes de la casa donde me gustaría enterrarla, sino en las de mi habitación para hacerle todo lo mi imaginación lleva días imaginando en mi mente.”

Sacudo la cabeza en un desesperado intento de aislar las candentes imágenes que se sucedían en mi mente.

Si no soluciono pronto el tema de mi sequía sexual, no voy a conseguir resistirme a esta bruja de ojos esmeralda que cada día me tiene más en sus manos.

—Está bien, puedes venir, pero en silencio. — claudico al fin.

Discutir con ella lo único que logra es mantenerme en un estado de erección constante que hace papilla mi cerebro.

Salimos de la casa y Sebastián nos espera en la puerta con la camioneta con la cual tenemos la intención de recorrer los campos.

—Buenos días, Señorita. — saluda Sebastián de forma cordial con una sonrisa de oreja a oreja que no me pasa desapercibida.

‹‹Hasta mis empleados están a sus pies, como si ella fuera la reina de la casa››. Refunfuño mentalmente.

Nos subimos a la camioneta y comienza el recorrido por los campos de cafetales. No me cansaría nunca de este paisaje, el verde intenso de sus campos, la actividad de los jornaleros, todo en conjunto para mí es el hogar perfecto.

‹‹Ya queda menos›› recuerda mi cerebro.

No doy crédito a que Gala no ha dicho ni una palabra durante todo el trayecto, por el retrovisor puedo observar cómo va pegada a la ventanilla ensimismada y totalmente cautivada por el lugar. Las comisuras se tensan en una ligera sonrisa, no obstante, lo oculto bien para ni Sebastián ni Gala lo noten.

Cuando llegamos a los barracones es la hora de descanso de los jornaleros, Sebastián aparca la camioneta y salimos del vehículo, de soslayo no puedo evitar buscar a Gala con mis ojos y lo que veo me hace sonreír, aunque me reprimo. Como una niña expectante, observa asombrada e impactada todo lo que le rodea.

Por alguna extraña razón esa actitud toca alguna parte de mi alma que no soy consciente ni siquiera de que existiera.

—Vamos Señor, los muchachos están en el barracón comedor donde comen cuando efectúan el descanso. — indica Sebastián y lo sigo no sin antes cerciorarme de que Gala también lo hace.

Al entrar los trabajadores nos miran con curiosidad, algunos saben perfectamente quién soy, pero otros no. Porque no siempre que vengo paso por la zona de los barracones, además algunos son jornaleros fijos y otros temporeros.

—Buenos días —saludo de forma cordial.

Todos contestan al unísono y Matías el capataz se levanta para acercarse a nosotros. Es un hombre de mediana edad, lleva casi toda una vida trabajando en la hacienda, lo sé porque

mi tío me lo presentó hace tiempo y me hizo partícipe de su vida.

—Hola, Matías, ¿Qué tal todo? — pregunto estrechando su mano.

—Es un placer verlo por aquí, señor Montenegro.

—Me alegra, pero Matías, llámame, Luca, por favor

—Entendido Luca. Veo que lo acompaña su mujer es un honor.

Cuando Matías hace alusión a Gala, la cual nos observa con atención como mi mujer casi me da un infarto a causa de las conclusiones que ha sacado el capataz.

—No Matías, la señorita es solo una invitada— aclaro incómodo

— ¡Oh! pues lo siento, pensé que era su esposa—Se disculpa.

—Más quisiera—sisea Gala, pero al parecer nadie logra escuchar solo yo que la fulmino con la mirada por su comentario.

Matías nos acompaña a los campos mientras nos explica con pasión todo el trabajo diario que allí hacen y lo fructífera que está siendo la cosecha.

Gala

Maravillada, así me siento ante todo lo que me rodea, la verdad es que para ser la primera vez que visito un campo de cafetal, me tiene totalmente cautivada. Matías nos ha enseñado los campos de cultivo explicándonos todo lo que allí hacen en cada jornada. A pesar de que soy una mujer cosmopolita, reconozco que este paraje es espectacular y en otras circunstancias podría acostumbrarme a vivir aquí.

También he podido comprobar el carácter receptivo de Luca, prestando atención a todos los detalles que su capataz le va mostrando e informando. Por un segundo podría olvidarme que es un asesino en potencia y un grano en el culo. Porque mientras lo miro tan solo veo un hombre tan guapo que duele y tan amable y considerado que rompe parte del muro de piedra que he construido alrededor de mi alma para defenderme de sus encantos.

Cuando acabamos el recorrido volvemos al lugar donde está la camioneta.

—Señorita Gala, espero verla otro día por aquí. — se despide Matías quitándose su sombrero de paja y haciendo una leve reverencia que me sorprende.

—Sí, a mí también me gustaría. —contesto un poco incómoda.

Sebastián, Luca y yo nos subimos al vehículo y abandonamos los campos en dirección a la casa principal.

Capítulo 19

Hacienda Montenegro.

Gala Ágora

Una vez en mi habitación decido darme una ducha, el clima demasiado cálido de este lugar se pega a mi piel, por lo que refrescarme me vendrá perfecto. Reconozco que he disfrutado de la salida a pesar de que tengo un mal sabor de boca al recordar a Luca. Como se muestra ante sus empleados, con ese carisma de quien se preocupa de cada uno de ellos y de su bienestar ha conseguido inquietarme. Porque prefiero seguir guardando la imagen preconcebida que tengo de él desde que lo conocí. Si soy sincera, el Luca que hoy ha compartido la mañana es más peligroso que el que amenaza con matarme.

Mientras seco mi cuerpo con la toalla, vuelvo a recordarme mentalmente que debo conseguir ropa, por lo que me tocará pedirle permiso a don monje cojonero para ir al pueblo más cercano para poder comprarla y también dinero claro.

Bajo como nueva, después de una revitalizante ducha, estoy famélica y los aromas de la cocina de Teresa ya se cuelan en mi nariz.

—Hola. —Saludo pizpireta.

—Hola, Gala. ¿Qué tal el paseo de esta mañana? —pregunta Teresa sin apartar su vista de lo que está elaborando.

—Estuvo bien. —me limito a decir sin entrar en detalles— ¡Qué bien huele Teresa!

Ocupo el taburete que viene siendo mi sitio favorito en la cocina para esperar con calma a que Teresa termine con el plato que tiene extasiados mis sentidos.

—Si enseguida estará listo para servir, por lo que te recomiendo vayas al salón, el señor Montenegro te espera. — comunica para mi total asombro ante sus palabras.

—Pues que siga esperando—suelto, sin ningún ápice de remordimiento, ante la mirada de asombro de Teresa.

—Gala, por favor el Señor ha dado indicaciones expresas para que coma con él. —Insiste Teresa apurada ante mi actitud.

Frunzo los labios en un mohín de desagrado, porque si don capullo quiere comer conmigo que venga el mismo y me lo diga. No tiene por qué poner a la pobre Teresa en esta situación tan embarazosa. Inspiro con fuerza ante el escrutinio de las dos mujeres que me miran sin perder detalle.

—Bueno, está bien, no me miréis así, pero que conste que voy a claudicar en primer lugar porque quiero probar ese delicioso plato que estás cocinando. En segundo lugar, no quiero que mi negación sea un problema para vosotras. —proclamo levantándome del taburete con ímpetu y abandonando con altivez la cocina.

Luca

En el preciso instante en el que Gala hace su aparición por el vano de la puerta del salón, donde me encuentro sentado a la mesa, esperando el servicio de la comida, sé que viene en pie de guerra. Leer las señales inequívocas que exhibe la joven se había convertido en mi hobbie desde el primer instante en que nuestros caminos se cruzaron. Así que en aquel momento no tengo ningún inconveniente para interpretar el lenguaje corporal de Gala. El suave mohín que se dibuja en sus acolchados labios, la señal más característica para ponerme alerta de que en breve se desataría una tormenta de pullas como venía siendo habitual.

Y aunque me exaspera, también reconozco que me mantienen en un estado excitante que no quiero y quiero al mismo tiempo. Sin contar que solo verla allí parada con ese vestido blanco virginal pone en alza mi verga expectante.

Gala Ágora es una mujer bella, mucho si soy sincero, pero lo que más me atrae es su carácter indómito y esas dos esmeraldas tornasoladas que son sus ojos.

—Deja de pensar, y concéntrate. — me reprende mi cerebro. Porque en estos momentos sé que no pienso de forma racional, más bien mis pensamientos están dominados por mi envergadura.

—Si querías que te acompañara en la comida, ¿por qué no me lo dices? Prefieres dar órdenes a Teresa y que ella me transmita tus deseos. En definitiva, eres un cobarde o un déspota, aún estoy determinándolo. —provoca abiertamente alzando su barbilla de manera altiva como una reina ante un lacayo.

La madre que la parió. Ella y su insistencia en provocar en muchos sentidos, porque no solo me pincha con su verborrea, sino con esa actitud arrogante, logra que ansíe borrársela de un plumazo tumbándola sobre la colorida alfombra que recubre el suelo del salón y penetrarla hasta que confiese que se rinde a mí.

Si no fuera porque utilizo todo el control que tengo, la señorita ojos verdes iba a saber exactamente cuáles eran mis deseos, los cuales distaban mucho de molestar más bien de domarla bajo mi cuerpo.

Me obligo a dejar mis divagaciones mentales que me están empujando con premura hacia un precipicio de descontrol que no estoy dispuesto a pisar. Por mucho que Gala me la ponga, dura no, lo siguiente.

—El personal de servicio está para recibir mis órdenes, además no te he encontrado por ningún sitio, así que decidí informar a Teresa para que te transmitiera mi invitación a comer —contesto con sarcasmo, sin apartar mis pupilas de ella, sin titubear, manteniendo toda mi

atención.

—Ahora te apetece invitarme como si estuviera aquí por decisión propia, cuando la realidad es que me retienes contra mi voluntad. — proclama acercándose a la mesa para tomar asiento.

—No te veo muy afectada por estar aquí como imposición. — Observo con ironía.

—Bueno, soy una persona que se adapta con facilidad, no soy alguien que se lamente de lo que el destino me envía — dice con desinterés.

—Esa facilidad es algo que me tiene intrigado desde el primer día. No has demostrado miedo en ningún caso, ni lágrimas, ni histeria, a pesar de que te han secuestrado, vapuleado y pende sobre tu cabeza una sentencia de muerte. — indico arqueando una de mis cejas.

Estoy siendo sincero, su modo de actuar me tiene descolocado desde el principio, sembrando ciertas sospechas en mi interior, las cuales estoy dispuesto a despejar en cuanto me sea posible.

En el preciso instante en el que Gala se dispone a contestar, se calla de repente al ver como se acerca Teresa para servir los platos. Le sonríe a la cocinera de manera sincera y yo me permito el lujo de respirar relajado solo un instante. Porque sé que nuestra conversación no ha acabado aquí, tan solo es un *kit kat* mientras Teresa esté presente.

—Espero que te guste. — dice Teresa dirigiéndose a Gala con simpatía.

—Seguro que sí. Este aroma lleva atormentando mis sentidos desde que pise el primer escalón para descender hechizada hasta la cocina. —explica Gala, inspirando con los ojos cerrados, deleitándose con el olor del plato que humeaba frente a ella.

Embelesado sin poder evitarlo, totalmente absorto, mirando la cara de placer de la gata, creo que tan solo me falta abrir mi boca de par en par y babear. Por lo que cuando soy consciente, un cabreo monumental explosiona en mi interior.

Otra vez no puedo evitar que mis ojos vuelen de forma disimulada a Gala mientras disfruta de su comida. Parezco un obseso, contemplar a esta mujer únicamente evoca en mi mente las mil y una maneras en las que le arrancaría gritos de placer y eso tensa cada músculo de mi cuerpo como si fuesen las cuerdas de un violonchelo.

—Necesito ropa.

Esa afirmación tiene efecto jarro de agua fría en mí, y me arranca de mi estado febril y mi mente consigue cerrar la puerta a las imágenes calientes. La miro entornando mis ojos esperando a que se explique mejor. Aunque debo reconocer que ha sido bastante explícita con dos palabras.

—No piensas decir nada. Te repito que con dos vestidos prestados no tengo ropa suficiente. Ya mismo tendré que pasearme por la casa desnuda porque ni bragas tengo.

Una tos incipiente se apodera de mi garganta al escuchar sus palabras y lucho por no atragantarme con la comida.

Gala Ágora es un castigo hoy por hoy estoy más seguro que el destino la ha enviado a mí como condena por mis múltiples pecados. No es normal que esta mujer consiga tenerme en estado constante de calentón con cada cosa que dice o hace.

—Madre mía, ¿Luca estás bien? — pregunta con cierto tono de preocupación que me sorprende. — No se te ocurra morirte ahogado y dejarme en el culo del mundo sola. — increpa después.

Ya decía yo que detrás de unas palabras bonitas vendría una pulla por su parte, porque no podía dejar de pasar la ocasión para reprocharme cualquier cosa.

—Si estoy bien. —Consigo contestar con una voz pastosa que ni siquiera yo reconozco.

— ¡Uf!, es un alivio, ya pensaba yo que teníamos que ir de entierro— suelta con frescura e ironía.

Posiblemente, no vaya tan desencaminada en lo de asistir a un acto fúnebre porque en este mismo momento crecen las intensas ganas de matarla.

—Siempre dices cualquier cosa que cruza por esa cabecita—pregunto más en forma de reprimenda que de interrogante.

—Si la espontaneidad está en top trending ahora mismo y yo soy fiel a las tendencias —contesta brindándome una sonrisa demasiado maliciosa para mi gusto.

Una vez acabamos de comer le propongo salir al porche para tomar café, mi intención es averiguar más cosas sobre la gata. Necesito saber si ella forma parte de esos detalles que no cuadran en todo este asunto del encargo de matarla y de la casualidad de que estuviera en el harén de Hakim.

Capítulo 20

Gala Ágora

Sentada en el porche principal de la casa, impregnándome de la maravillosa visión de los campos de cultivo de cafetal. Tal cual como si estuviera mirando una bonita postal del lugar. A mi lado Luca con los pies sobre una silla repantigado en la otra acercándose a sus labios la taza de café y yo hipnotizada con ese simple hecho. Hasta que por desgracia nuestras miradas se cruzan y un leve rubor me sube por el cuello hasta mis mejillas. Sintiéndome como una niña pillada ante su primera travesura.

—Gala, ¿cómo acabaste en el harén? —La pregunta de Luca consigue que recupere poco a poco la compostura.

— ¿Desde cuándo te interesa lo que me pasó? El hombre roca ahora es considerado—Lanzo como si mis palabras fueran dardos envenenados.

Es un método de autodefensa, porque no quiero ver el lado bueno de Luca, me resisto a caer bajo su embrujo de tipo ideal. Suficiente, tengo que luchar por ignorar su poder de atracción físico como para añadir su forma de actuar a la receta.

—Considerado no, curioso —confiesa mientras su mirada se pierde en el paisaje que tenemos frente a nosotros.

—Me embarqué en un crucero por las Islas Griegas, ese fue el principio de esta historia —comienzo rememorando el día que pisé la puerta de embarque del Costa Fortuna.

— ¿Sola? — interroga sin mucho interés.

Dudo en explicar las razones por las que me subí a ese maldito barco sola, pero a fin de cuentas de perdidos al río, no tengo por qué mentir.

—Mi novio y yo contratamos el viaje para hacerlo juntos. Pero en el último momento lo encontré en mi cama con su exmujer—explico sin dejar entrever ningún sentimiento en mis palabras.

Reconozco que lo que sea que sintiera por Carlo ha pasado a mejor vida, porque en estos momentos, al pensar en el solo experimento, decepción, sin ningún rastro de ese intenso amor que estaba segura de que sentía.

—Hay hombres demasiado tontos, que hacen verídico el refrán de, n*o se hizo la dulce miel para los labios de asno.*

Sus palabras consiguen descolocarme, porque no sé si me lo estoy imaginando o acaba de lanzarme un buen cumplido. Prefiero desterrar esa posibilidad y correr un tupido velo.

—Bueno, mientras que estaba en el crucero una noche alguien se coló en mi habitación y me drogó. El resto está demasiado confuso en mi mente hasta que me llevaron a aquel criadero de amantes sumisas donde tú mismo me encontraste —finalizo encogiendo los hombros.

—Porque Hakim estaba enfadado contigo —pregunta.

—No tengo ni idea de quién es Hakim, sin embargo, si te refieres al tipo con túnica y halitosis que me increpaba cuando tú irrumpiste en la habitación. Ese hombre estaba enojado por no mostrarme sumisa con uno de sus invitados—informo mostrando mi desagrado.

Durante unos segundos lo miro con demasiada atención, escrutando su rostro para poder ver alguna emoción, algo que me indique que le parece mi historia.

Nuestros ojos se cruzan con intensidad y apenas puedo ni siquiera pestañear, por un segundo no logro no perderme, en esos ojos negros tan intensos como el café en los cuales tintinea un fuego que Luca se encarga de esconder en un minuto. Pero es tarde porque ese descubrimiento por mi parte hace que un escalofrío intenso recorra mi cuerpo desde la punta de los dedos de los pies hasta la cabeza.

Luca

Sin previo aviso me levanto bruscamente, rompiendo este momento que estamos compartiendo, porque lo que pretendía ser una tranquila conversación con la intención de obtener respuestas a ciertos interrogantes que me acechan se ha convertido en una tortura. Mi verga presiona mi pantalón con insistencia y mis ojos no pueden resistirse a bañarla con mis deseos de mi mirada.

— ¿Te vas?

Esa pregunta me descoloca más que cualquier cosa porque en su tono se aprecia decepción y eso no es bueno, nada bueno.

—Si tengo cosas que gestionar. — me excuso.

— ¿Y mi ropa?

Vuelve a la carga, Gala no sabe ni conoce lo que es la prudencia ni cuándo mantener la boca cerrada.

—Hablaremos luego—sentencio, dejándola allí sola con cara de sorpresa.

Me apresuro a subir a mi habitación, necesito una ducha fría, ¿Quién dijo fría? No más bien helada para bajar el calentón infernal que tengo.

Sigo sin entender por qué mi cuerpo responde a la presencia de la gata de forma febril, como si fuera un adolescente con las hormonas revolucionadas…

Cuando consigo salir de la ducha un poco más relajado, sin embargo, no todo lo que yo quisiera, veo que una luz intermitente se ilumina en mi móvil que está sobre la cama. Lo cojo y compruebo que tengo varias llamadas perdidas de Nath.

‹‹ ¿Por qué no lo has bloqueado? ››, reprende mi cerebro.

No tengo ningunas ganas de hablar con mi hermanastro, no obstante, para no levantar ninguna sospecha debo hacerlo.

—Hombre, ¿En qué agujero estás metido?

Ese es el saludo de mi querido hermanito en cuanto descuelga la llamada, hay cosas que nunca cambian y Nath a pesar de estar reformado no ha dejado sus malas pulgas atrás.

—No tengo por qué darte explicaciones—gruñó con calma.

—Necesito información— ataja yendo al grano del motivo real de porque se ha decidido a levantar el teléfono.

— ¿Desde cuándo soy tu chivo espiratorio? —provoco con chulería.

—Joder Luca, escúchame. Hace unos días hubo un altercado en Ajman, Hakim es el primo del jeque y es tu amigo, estudiasteis juntos. Tengo la sospecha de que en ese alboroto podría estar implicada la amiga de Berta, Gala Ágora. Ella desapareció del mismo crucero donde secuestraron a Knox. Pero a pesar de nuestros intentos, aún no hemos logrado dar con ella. — explica.

— ¿Y qué pinto yo en esta ecuación? — interrogó con pasotismo.

La verdad es que estoy interpretando un papel digno de un Óscar. Si mi hermano llegara a saber algún día que la amiguita de su mujer está ahora mismo en el porche de mi hacienda. Sé que no viviría para contarlo, Nath me partiría el cuello por mentiroso, sin preguntar. Toda la información que me ha dado mi hermano ya la sabía, lo único que desconocía era que ellos seguían buscando a Gala.

Un dato que siembra cierta preocupación en mí, porque conozco a mi hermano y lo eficiente que es cuando se le mete algo en esa cabeza dura que tiene.

—Necesito que hables con Hakim para averiguar si una mujer está implicada en ese altercado. —dice con una calma pasmosa.

Hakim, ja, ja, ja, ja, imposible que yo pueda hablar con Hakim, no obstante, ese dato no iba a brindárselo a Nath.

—Bueno, haré lo que pueda. — le digo al final para no levantar suspicacias.

—Espero tu llamada Luca. Gracias de verdad. — finaliza dando por acabada la conversación.

¡Madre mía! El increíble y frío Nath dándome las gracias, esa situación sí que era lo que nunca pensé vivir. ¿Es que el amor cambiaba a las personas? No lo sé, yo jamás conocí ningún tipo de amor, ni romántico, ni fraternal, por esa misma razón me costaba tanto digerir que los sentimientos que Nath albergaba por la chica de ojos grises experimentará ese cambio en su personalidad.

Mi mente viaja otra vez tres años atrás, aquel fatídico día que pisé la Hacienda Montenegro por primera vez.

—Te arrancaron de esta casa, Némesis se largó contigo sin permitir ni siquiera que se lo impidiera al estar muerta mi hermana los derechos eran suyos. Pero quiero que sepas que hubiera luchado, al igual que ahora que ese cabrón de Parker me ha brindado la oportunidad de encontrarnos, no voy a permitir que perdamos la relación —proclamó Luciano ante mi asombro.

—Siento decirte que aún estoy demasiado confuso, necesito enfrentar a Némesis, exigirle la verdad —confesé.

—Lo entiendo, pero tengo que pedirte que lleves cuidado — dijo con sinceridad.

En ese momento, mientras miraba al hombre que tenía frente a mi parado pienso en como hubiera sido mi vida creciendo al lado de Luciano Montenegro.

Tal como le informé a mi tío, regresé a la sede de La Orden dispuesto a enfrentar a mi progenitor. No obstante, cuando atravesé las puertas de hierro forjado de las instalaciones ocultas en las montañas de La orden, me encontré con un revuelo inusual.

Por los pasillos localicé a Catana, la mano derecha de mi padre lo detuve sin contemplación.

— ¿Qué cojones está pasando? — interrogué.

—Némesis ha convocado a todos los miembros en la sala Oval, para hacer un anuncio importante — comunicó Catana con su expresión habitual, las malas lenguas lo apodaban el hombre de hielo. Su rostro era pétreo como una roca e imposible de detectar ninguna emoción en él...

—Señor Montenegro.

La voz de Sebastián me arranca de mis recuerdos y regreso al presente para prestarle atención.

—Necesito que me acompañe a los campos del norte, los del paraje, al parecer uno de los jornaleros se ha lesionado.

—Voy.

Capítulo 21

Luca

Salgo disparado de la casa donde me espera Sebastián para acompañarme a la zona donde ha tenido lugar el percance. Allí sentada en el porche sigue Gala que me mira con los ojos demasiado abiertos. La ignoro y sigo mi camino directo a la camioneta.

— ¿Qué sucede? — pregunta alarmada.

No tengo tiempo de lidiar con ella, si Sebastián me ha avisado el accidente debe ser de gravedad, sino ni siquiera se habría molestado en comunicármelo. Sin embargo, como es de esperar, la gata no se conforma con mi ignorancia, tampoco se da por aludida al no contestarle. Dispuesta me sigue y al igual que yo se mete en la camioneta, Sebastián arranca sin mucho miramiento disparado para las tierras del Paraje.

El silencio que inunda el habitáculo se ve roto por la voz cantarina de Gala, como no, nunca puede mantener la boca cerrada.

— ¿Qué es lo que ha pasado Sebastián?

La pregunta la dirige a mi empleado, y eso me molesta, aunque soy merecedor de su ignorancia, yo pasé de ella al salir de la casa, por lo que ahora sufro la indiferencia en mis propias carnes. Aunque nunca imaginé que eso llegara a molestarme tanto.

—Uno de los jornaleros sufrió un accidente. — explica Sebastián nervioso.

—Oh, ¿Ya habéis llamado a la ambulancia? —insiste Gala con preocupación en su voz.

Ella no puede verlo, pero la cara de Sebastián es un mapa, porque estamos lejos de los hospitales y en esta región llamar a la ambulancia no es algo que esté al alcance de la mano.

—Verá señorita, aquí las cosas funcionan diferentes, se limita a decir Sebastián apurado sin parar la vista de la carretera.

Decido intervenir muy a mi pesar porque mis conversaciones con Gala no son distendidas sin contar el ratito que hemos compartido en el porche mientras tomábamos café. Aunque si soy sincero, la charla calmada que hemos tenido me ha afectado tanto o más que cuando nos pinchamos verbalmente.

—Las cosas funcionan diferente, aquí gata. Los hospitales están demasiado lejos para acudir de inmediato. Sin contar que los jornaleros no cuentan con dinero suficiente para ese tipo de servicios—explico sincero, aunque tarde me doy cuenta de que me he dirigido a ella como gata, ese nombre que reservaba en mi mente para hacer alusión a Gala.

Su mirada entornada me indica que no le ha hecho gracia y que como siempre ha cazado

el apelativo a vuelo. Pero corre un tupido velo sin hacer alusión a él.

—Quizás ellos no tengan recursos, pero tú sí. A fin de cuentas, trabajan para ti—proclama de forma beligerante.

No me hace falta mucho más para tener la seguridad que Gala ya me ha condenado como culpable sin ahondar más. Pero no tengo tiempo ni ganas de discutir sus prejuicios, así que opto por callar.

Cuando llegamos a la zona del suceso, los jornaleros están reunidos en círculo alrededor de la víctima. Sebastián y yo nos bajamos y antes de continuar me giro para enfrentar a Gala.

—De momento quédate aquí —ordeno.

No me espero a su respuesta, sino que sigo a mi empleado en dirección a donde se encuentra el herido.

Gala

Estática, así me quedo no solo por la orden que el capullo de ojos color café se ha encargado de lanzarme a la cara. Si no porque no estoy segura de lo que voy a encontrarme si me acerco al tumulto de gente que se aglomera al fondo.

No puedo llegar a creer como esta pobre gente no tiene acceso a la asistencia médica, cuando eso tendría que ser primordial. En este momento es cuando la realidad de que soy una privilegiada me golpea con fuerza. Sin darme cuenta, mis pies que tienen vida propia se van acercando lentamente a donde Luca se encuentra. Con sumo sigilo me entremezclo con el resto de los jornaleros expectante. Luca está agachado al lado del herido, el cual tiene su rostro contraído por el dolor.

—Tomás, ahora vamos a intentar llevarte hasta la camioneta de Sebastián. Entre varios hombres te vamos a colocar sobre una madera para inmovilizarte lo máximo posible. Pero sentirás dolor, mucho para serte sincero. —le informa Luca con mucho tino.

Este hombre sigue sorprendiéndome, confunde mi mente y mis sentidos a cada instante. Porque la amabilidad y la compasión de la que ahora mismo está haciendo gala provoca en mí deseos de abrazarlo o comérmelo según se mire.

Con rapidez, tres hombres se acercan con una larga madera de pino y la colocan justo al lado del cuerpo del hombre.

—Ahora contaré hasta tres, ¿preparado Tomás? — indica Luca.

Con movimientos certeros, los hombres y Luca colocan al herido sobre la tabla, no sin emitir un aullido de intenso dolor que provoca que se erice mi piel.

A mi lado no puedo evitar escuchar una conversación ajena entre dos mujeres.

—Disculpad, ¿estabais aquí?, ¿cuándo ha sucedido? — pregunto movida por la curiosidad.

Las mujeres centran toda su atención en mí.

—Tomás tropezó y cayó, el conductor del tractor no lo vio, le pasó por encima de sus piernas. — explica una de las mujeres, el horror se dibuja en su rostro.

— ¡Dios mío! —exclamo horrorizada.

Ese hombre debe tener las piernas destrozadas y para el dolor que debe sentir poco se queja. No pierdo detalle mientras Luca y el resto de los hombres colocan a Tomás en el interior de la caja de la camioneta.

—Vamos, Sebastián—azuza Luca para que su empleado tome el mando del vehículo antes de subirse, busca algo con su mirada, hasta que sus ojos se cruzan con los míos.

—Gala.

Ese tono autoritario que no deja margen a desobedecer en vez de atemorizarme, lo único que consigue es envalentonarme. A pesar de saber que no es momento de poner trabas, la salud de un hombre está en juego.

—Sí. —contesto mordiéndome la lengua ante cualquiera los reproches ante su actitud déspota.

—Matías te llevará a la hacienda.

Como por arte de magia, el capataz aparece a mi lado y asiente de forma sumisa. Ni tiempo me otorga para negarme o poner cualquier otro impedimento, se sube a la camioneta y abandonan el lugar rechinando rueda, perseguidos por una nube de polvo tras el vehículo.

Una vez que Sebastián y Luca se han marchado, el resto de las personas vuelve a sus quehaceres en silencio y allí que me quedo sola junto a Matías.

—Si me acompaña, iremos en busca de mi coche para llevarla a la hacienda. — informa Matías sonriente.

—Está bien—contesto brindándole una sonrisa.

Una vez de camino a la hacienda, Matías no para de charlar.es un hombre muy hablador, lleva un rato explicando el día a día de los jornaleros, lo importante que es su trabajo y cómo consigue desempeñarlo.

—Matías, ¿Hace mucho que conoce al Señor Montenegro? —pregunto de forma incisiva.

—El señor Montenegro apareció en la hacienda hace poco más de tres años. Si esa fue la primera vez, nuestro patrón, el señor Luciano nos lo presentó como su sobrino recuperado

después de años. Es hijo de la difunta señora Lucia, el padre nunca supimos quién era. La familia Montenegro no habla de eso. Al parecer el joven se crio lejos de todo esto en el extranjero.

—Así que Luca no creció en este bonito lugar—. Digo en voz alta, pero más para mí misma que para Matías.

—No señorita. Sin embargo, desde que apareció tres años atrás nunca ha dejado de venir. Aunque a muchos nos gustaría que estableciera su hogar aquí. Y así poder deshacernos de Iván. — Al minuto veo su apuro por lo que ha dicho.

—Iván no es bueno— pregunto con las cejas arqueadas.

—Señorita, no me gustaría perder mi puesto por bocazas

—Puedes confiar en mi Matías, soy una tumba—Por un momento me río mentalmente de las palabras que he elegido, porque si Luca sigue empeñado en acabar el trabajo para el que lo contrataron, pronto puedo ser una tumba, de verdad.

—El señor Iván es cruel, no como el señor Luca. Solo le interesa que obedezcamos y nada más—confiesa Matías al fin.

Las palabras que hacen alusión al primo de Luca dan vueltas en mi cabeza hasta el final del trayecto. Matías se apresura a bajar del coche para abrirme la puerta y que pueda salir. Tal cual caballero andante, gesto que agradezco con una enorme sonrisa ante la mirada de devoción del hombre.

Capítulo 22

Luca

Tomas está estable, el Doctor Manrique nos ha dicho que le han inyectado un calmante para que descanse toda la noche. Su mujer se ha quedado a su lado.

Aun así, el sentimiento de insatisfacción se instala en mi corazón. Creando una sensación intensa de frustración. El doctor también nos ha indicado que perderá como mínimo una de las piernas y eso me cabrea. Porque me flagelo pensando si tenía que haber llegado antes para poder asistirlo. De todas formas, ya no podemos hacer mucho más por lo que busco a Sebastián y ambos nos montamos en la camioneta para regresar a la hacienda.

Ha anochecido bastante rápido, circulamos por la carretera que nos lleva a la Hacienda, Sebastián va concentrado con la vista al frente, porque por estos sitios es habitual encontrarse de improviso algún animal que te salga de la nada y se cruce en tu camino provocando un accidente. Mientras yo no puedo quitarme de la cabeza la pobre familia de Tomás.

¿De qué subsistirán ahora? ¿Él no podrá seguir haciendo el trabajo?

Mi conciencia me reprende ante todas esas preguntas compasivas. Mi padre grabó a fuego en mi alma que sentimientos como la compasión o la empatía eran debilidades que podrían costarte la vida. Pero muy a su pesar, en este momento no soy capaz de evitar sentirlas.

De repente oigo un disparo y la camioneta empieza a vapulear sin control de un lado al otro de la carretera, a pesar de los esfuerzos de Sebastián para controlarla.

Mis sentidos despiertan alerta y de la guantera cojo un arma que siempre llevamos ahí. Saco con rapidez mi teléfono y marco el botón de emergencia para avisar al equipo de seguridad de la hacienda. Porque estoy convencido de que esto no es un accidente fortuito.

Después de varios giros bruscos del vehículo, Sebastián consigue que la camioneta acabe de lleno en una de las zanjas a pie de carretera.

—Agáchate y sal despacio— susurro ante la cara de espanto de Sebastián.

Al abrir la puerta el ruido a lata es más sonoro de lo que pensé en un principio que sería, segundos después comienzan los disparos, en mitad de la negrura de la noche. Espero que Sebastián logre resguardarse entre los arbustos. Ahora mismo no puedo preocuparme por su seguridad, así que no tengo opción de comprobarlo. Con la puerta todavía abierta de la camioneta y la banda sonora de los disparos me arrastro hasta poder salir yo también.

La oscuridad dificulta mi visión, por suerte también la de nuestros agresores. Pistola en mano, pego mi espalda a la parte trasera del vehículo y espero. Soy consciente de que me encuentro en inferioridad de condiciones, pero confío en el factor suerte. Y por supuesto en el que lleguen pronto mis hombres.

Durante unos minutos lo único que consigo escuchar es el silencio de la noche. El fuego ha cesado, no dudo que es una estrategia de mis atacantes para hacerme salir de mi escondite, cosa que no hago por supuesto.

—Sal con las manos donde podamos verlas. —grita incitándome a abandonar mi posición.

Salir sé que sería un suicidio. Aunque sé que siempre he sido un temerario. Meto la pistola en la parte trasera de la cinturilla de mi pantalón, ellos no saben que estoy armado y puede ser mi única ventaja.

—Está bien, salgo. Voy desarmado. —grito mientras alzo mis manos y salgo de detrás de la furgoneta.

Frente a mis tres hombres ataviados con pasamontañas y escopetas en mano, tras ellos un vehículo todoterreno negro cruzado en mitad de la carretera con los faros encendidos para darles luz.

Avanzo unos metros sin aproximarme mucho a los pistoleros que me apuntan con sus armas. Retengo en mi retina cada detalle de la situación, cada posición, con precisión, elaborando en mi cabeza el mejor plan para salir lo menos perjudicado posible de la situación. Reconozco mi clara desventaja, tres hombres armados contra uno, blanco y en botella.

Aun así, he sido entrenado durante años por el mejor asesino y agente para sobrevivir a cualquier situación con ventaja y sin ella, por supuesto.

—Aléjate de la camioneta—Ordena a uno de los hombres.

Obedezco con pasos lentos y manteniendo las manos sobre mi cabeza alzadas.

Lo que sucede a continuación pasa demasiado rápido. Las luces de un vehículo acercándose provocan que los tres hombres desvíen su mirada hacia atrás para comprobar quién se acerca, distracción que aprovecho, porque puede que no haya otra, para sacar con precisión el arma que llevo en la parte trasera de mi pantalón y disparó. Primero cae uno de ellos y los otros dos confundidos se disponen a contraatacar. Corro para resguardarme tras la camioneta de nuevo y lanzo el segundo disparo. A pesar de la oscuridad, doy de lleno en la cabeza de otro de los atacantes, el cual cae desplomado al suelo.

Oteo al tercer encapuchado como duda durante un instante en disparar o intentar huir, para su desgracia elige meterse en el todoterreno negro. Pero en ese preciso momento llega mi equipo de seguridad y disparan sin mirar frustrando la huida.

Me pongo en pie con la pistola en la mano y camino con seguridad acercándome a la escena. El último de mis atacantes sigue en el vehículo con la cabeza apoyada en el volante y un reguero de sangre empapa el pasamontaña que lleva puesto.

—Señor, ¿Está bien? —pregunta el jefe de seguridad.

—Sí. Limpiad la zona —ordeno con frialdad.

«¿Quién cojones ha intentado matarme?», esa pregunta taladra mi mente sin descanso.

Tengo muchos enemigos, pero aquí en Colombia no, no soy tan conocido. Aquí tan solo soy un terrateniente de una hacienda que viene de vez en cuando—Por esa razón todo parece muy extraño.

De repente, una incógnita atraviesa mi cerebro.

¿Me habrá encontrado Hakim? Mi amigo es muy vengativo y sé que no parara hasta resarcirse por haberle robado una chica de su harén y haberlo dejado como idiota ante los suyos.

Regresamos a la Hacienda después de encontrar a Sebastián, muerto de miedo escondido entre los matorrales.

Sigo analizando todo lo sucedido esta noche y nada encaja en el puzle de mi mente. Ya le he enviado un mensaje a Quest para que averigüe las identidades de los muertos. Mis hombres se encargarán del resto. Lástima no haber dejado a nadie vivo para interrogarlos.

Si nos han localizado, lo que tengo seguro es que debemos abandonar Colombia. Por un momento la idea de recurrir a mi hermanastro para poner a buen recaudo a Gala se cruza por mi cabeza.

—Joder—siseo mientras bajo del coche. Llamar a Nath y pedirle ayuda es lo último que quiero hacer, aunque de momento voy a valorarlo todo con la almohada. No quiero tomar ninguna decisión precipitada.

Entre en la casa como un autómata sumido en mi propia mierda de conjeturas, sin mirar hacia dónde se dirigen mis pasos y acabo en el salón frente a la licorera, sirviéndome un vaso de *whisky* que vacío en un segundo. En un intento desesperado de apaciguar mi irascible carácter en este momento. Porque las dudas, junto con la resaca de adrenalina por lo vivido ahora mismo, me convierten en la peor compañía que nadie podía tener.

—Buenas noches…

Esa voz sugerente suena a mi espalda y consigue que todos los músculos de mi cuerpo se tensen.

No soy buena compañía, soy peligroso, y en este momento mucho más para la persona que está detrás de mí.

Gala Ágora y mi humor de perros no son una buena mezcla, lo sé, lo siento en cada fibra de mi cuerpo.

—Solo quería saber el estado de Tomás. — explica a pesar de que ni siquiera me he dado la vuelta.

Vuelvo a verter el líquido ámbar en mi vaso y lo vuelvo a vaciar.

—Estable. — consigo decir resistiéndome a mirarla de frente.

No confío en mí, ni en mis actos, en estos momentos tan solo ansío que se largue…

Capítulo 23

Gala

Es muy tarde, sin embargo, no soy capaz de conciliar el sueño, la preocupación por el estado de salud del jornalero me mantiene en un estado nervioso que consigue desvelarme. Luca todavía no ha regresado a la hacienda y son pasadas las dos de la mañana. Escuchó las ruedas de un vehículo aproximándose a la propiedad y me asomo a la ventana para ver salir del mismo a Luca. Sin pensar, siguiendo mis impulsos bajo las escaleras descalza, ni siquiera había pensado en ponerme zapatillas. Veo luz en el salón y pongo rumbo hacia allí con decisión.

Durante unos segundos me deleito comiéndomelo con los ojos, contemplar a este hombre es ambrosía, por mucho que mi cabeza se empeñe en negarlo. Su altura considerable, junto con un cuerpo trabajado posiblemente en el gimnasio, lo convierte en un hombre de portada de revista o de calendario caliente. No obstante, no es solo su apariencia lo que consigue inquietarme, son sus ojos esos que ahora mismo no puedo ver, pero sí imaginar. Pues están grabados en mi cerebro, intensos, oscuros, insondables. De esos que cuando se clavan en mí provocan que se encojan mis entrañas.

—Solo quería saber el estado de Tomás—Hablo de forma brusca a pesar de que no era mi intención, los nervios siempre me juegan malas pasadas.

Luca ni se inmuta, permanece de espaldas a mí con la botella de *whisky* entre sus manos.

—Está estable.

Parco en palabras e ignorándome con premeditación. ¡¡Ufff!!, es que todo en él consigue sacarme de quicio. Llevo horas con una preocupación extrema y él contesta con dos palabras a mi inquietud.

—Solo eso y ya está. Llevo horas dando vueltas en mi habitación preocupada y pretendes que esas dos palabras me dejen tranquila. — reprocho alzando el tono más de lo que debiera.

Pero mis recriminaciones surten efecto porque con movimientos lentos suelta la botella y gira un poco su rostro, fulminando con su mirada acompañada de un exagerado alzamiento de cejas.

¡Madre mía! Podría combustionar con ese ardor que chisporrotea en su mirada. ¿Enfado? ¿O algo más? No tengo ni idea, pero siento que mi cuerpo puede comenzar a arder de un momento a otro.

—Baja la voz que tú no puedas dormir no significa que el resto de la casa no lo haga.

—Sisea.

—Qué considerado. — provoco con sarcasmo.

Sus ojos siguen anclados en mí, observo cómo bajan de mi cara a mi cuerpo repasando cada curva de este, como si pudiera acariciar cada centímetro de mi piel con esa mirada ardiente. De nuevo mis entrañas se retuercen y la sensación de vértigo se apodera de mis sentidos.

¡Que deje de mirarme, por dios!, grito en el interior de mi cabeza.

Pero mi cuerpo está encantado de ser el objeto de atención de Luca, porque por mucho que mi cabeza se resista, mis hormonas, se marcan un bailecito cada vez que eso sucede. Por un instante me siento como si fuera desnuda, a pesar de llevar una camiseta de algodón que me llega a medio muslo. Me fustigo pensando que si no hubiera sido tan impulsiva podría haberme puesto algo más adecuado para estar frente a él discutiendo, como siempre. Porque no podemos hablar de forma normal, desde que nos conocimos Luca y yo nos atacamos con toda la artillería verbal de la que disponemos. Aunque reconozco que esa tensión me pone y mucho.

—No soy una buena compañía en este momento, gata. Así que intenta no provocar más de lo que ya lo has hecho. — amenaza apartando sus ojos de mí.

En ese momento experimento una sensación de abandono que no es normal y me castigo mentalmente por ello.

—Creo que debes tener algún trauma porque siempre ordenas esperando que el resto de la humanidad obedezca sin más. No eres ningún rey para que todos besemos tu lindo culo. —a pesar de saber que no debo forzar la situación, mi cerebro es rápido y lanzo la contestación sin pararme a contar hasta diez.

Cada acción tiene un porqué y un efecto, así que al escuchar mis palabras Luca se coloca frente a mí en dos zancadas. Sujetando con fuerza mis brazos con sus manos, tanto que siento un leve pinchazo en la zona. No obstante, esa leve molestia pasa a un segundo plano cuando mis ojos se pierden en su negra mirada. Puedo sentir su aliento en mi cara porque nos separan muy pocos centímetros. Un calor sofocante empieza a subir por los dedos de mis pies instalándose entre mis piernas.

Joder, ni siquiera soy capaz de controlar mi libido desatado cuando lo tengo cerca.

—Nunca sabes cuándo parar. —Susurra sin apartar sus pupilas de mi rostro, evaluando cada parte de este.

No soy capaz de emitir ninguna palabra, siento como si mi cerebro se hubiera desconectado y tan solo proyecta imágenes de esa boca pecaminosa, que tengo a unos milímetros de la mía, devorándome.

Y como no, esas imágenes tardan segundos en volverse realidad, pues Luca se abalanza

hacia mis labios como un animal, comiéndome la boca con premura. Sentirlo ocasiona que todo mi deseo contenido se desate sin medida y sin pensar, abro mi boca para recibirlo como un sediento en el desierto recibiría el agua anhelada. Nos enroscamos en un torbellino de lenguas frenéticas saboreándose que caldea aún más mi cuerpo. Sus manos vuelan hacia mis nalgas y las presiona con brusquedad pegando mi centro a su erección. Un gemido intenso muere en el interior de su boca. Mis brazos ahora libres vuelan hacia su nuca y me pego aún más a sus pectorales. Con un pequeño bote enredo mis piernas en su cintura. Juntos avanzamos sin destino hasta que mi espalda colisiona con una de las paredes de la sala.

Este hombre es un pecado y como tal me tiene a sus pies, soy incapaz de parar, estoy respondiendo a sus caricias como nunca, como si llevara años de castidad.

Separa sus labios de los míos para lamer de forma erótica mi cuello mientras sus manos intentan deshacerse de mis braguitas. De repente me separa de la pared sin detener sus caricias y nos desplazamos hasta el sillón central del salón. Antes de tumbarme me dedica una de esas miradas de:

¡Voy a comerte viva!

—Lo siento gata, pero no voy a ser muy amable.

Son sus palabras, pero no me importa porque el deseo febril me hace ansiar que haga conmigo lo que quiera, pero ya.

Con rapidez me quita las bragas y la camiseta, quedando mi cuerpo desnudo frente a él. Su mirada recorre cada curva de mi figura con ardor. Se acerca a mí y juntos caemos sobre el sillón. Sus dedos hábiles se introducen en mi canal robándome un brutal gemido que amortigua su boca que sigue inspeccionando la mía con sumo detenimiento.

La química entre nosotros era superlativa, lo extraño en que en mi fuero interior lo sabía, desde el primer momento en el que lo vi. Sus dedos jugueteaban con mis labios inferiores alternando con un tironeo en mi botón que me estaba haciendo perder la razón. Mis manos acarician su espalda, sin embargo, su ropa que todavía lleva no me deja disfrutar como quiero de su piel. Tironeo de su camisa con la intención de deshacerme de ella, aunque no me está resultando una tarea fácil. Al final tomo la decisión de dar un tirón fuerte y los botones saltan por los aires.

—Te dije que no iba a ser amable. — susurra pegado a mi boca.

Con rápido movimiento desbrocha sus jeans y libera su verga, la cual puedo sentir caliente, pegada a mi sexo.

—Dios, Luca, por favor. —grito enloquecida.

— ¿Por favor qué gata? —insta con una sonrisa lobuna.

—Te quiero dentro de mí ya. Esa orden es el pistoletazo de salida porque con suma

destreza su falo se introduce en mí provocándome un placer intenso.

Comienza sus movimientos acompasados entre mis piernas, llenándome con toda la gordura de su verga. Poco tarda mi cuerpo en casi alcanzar el sumun del placer, Luca da una última estocada llenándome con su hombría y yo toco extasiada el cielo.

Capítulo 24

Luca

No debí ceder, esa frase se repite en mi cabeza una y otra vez, como si mi cerebro fuera una cueva y mi voz interior chocara con sus paredes ocasionando el efecto eco.

Debía reconocer que había pasado la mejor noche de muchas cabalgando entre las piernas de la gata de ojos brillantes. Su hipersensibilidad junto con su forma de entregarse me había vuelto loco. Un loco sediento de sexo duro. Lejos de saciarme, en este momento volvía a estar más que preparado para meterme entre sus piernas, por esa misma razón he abandonado la habitación, alejándome todo lo que puedo de ella, porque resulta una tentación demasiado grande para mi polla. Es pensar en ella y se me pone firme como un soldado del ejército ante un superior.

Suena mi móvil, lo cual por primera vez agradezco, porque consigue sacarme de mis elucubraciones.

—Sí.

—Hola, jefe. —Saluda al otro lado de la línea Quest.

—Hola, Quest, ¿Qué has averiguado de los tipos que me atacaron? — pregunto ansioso.

—Versión corta o larga. Aviso no te va a gustar —advierte Quest con su tono ácido.

—Quest, ¿Tienes la sensación de que quiero elegir versión? —contesto con sarcasmo.

Lo que menos necesito en estos momentos son jueguecitos de palabras. Necesito saber quién cojones ha intentado matarme y por qué.

—Bueno, tranquilo. Los hombres que anoche te atacaron fueron contratados por Iván de la Cueva. ¿Te suena? —Lanza Quest la patata caliente sin adornos ni florituras.

—Esto sí que es sorprenderte. Mi querido primo me quiere muerto, no me sorprende. Creo que desde la primera vez que me vio ese deseo ha ocupado su mente. Pero ¿por qué ahora? —explico.

—Está teniendo problemas con los cargamentos de droga, lo han amenazado en varias ocasiones. Quizás eso tenga algo que ver.

—No creo que eso tenga mucho que ver. Aunque lo averiguaré. Tengo una reunión con él en Bogotá.

—Ves con cuidado, Luca.

—Siempre, preciosa. —contesto de forma automática.

Al dar por finalizada la conversación me giro hacia la puerta del salón y mis ojos se cruzan con los entornados ojos verdes de mi gata, esa que me quita el sueño, esa que tiene en un estado de calentón perpetuo. Y yo que pensé que cuando la hiciera mía, mi cuerpo se hartaría y este deseo descomunal cesaría. Que lejos de la realidad estaban mis pensamientos. A pesar de follar como locos durante toda la noche, seguía anhelándola como si aún la hubiera tocado.

—Buenos días. —saludo, aunque sé por la expresión grabada en su rostro que no está contenta. Desconozco el porqué, pero estoy seguro de que está enfadada. He aprendido a leer su lenguaje corporal demasiado bien.

—Buenos días, serán para ti. —contesta de manera airada brindándome un pequeño mohín con su boca que le otorga un aire infantil que me divierte.

Sin pensar me acerco a ella en dos zancadas y rodeo su cintura con mis manos.

—Creía que anoche habíamos limado asperezas, gata —siseo con mi boca pegada a su oreja.

Ella intenta deshacerse de mi agarre, pero no lo consigue.

—Limar asperezas, madre mía, eres más capullo de lo que suponía si llamas a follar como posesos de esa forma. Pero te diré que ya te puedes olvidar de seguir afilando tu lima, al menos con una servidora. —ataca enfadada.

— ¿Se puede saber a qué viene esa actitud beligerante? Quizás debo recordarte cómo gemías entre mis brazos —provoco posando mis labios en la curvatura de su cuello.

Noto como su cuerpo tiembla bajo mi toque y eso caldea mi sangre que se concentra exclusivamente en mi verga.

—No me gusta ser el segundo plato de nadie—gruñe—Si estabas casado o tienes pareja, me debías habérmelo dicho antes de meterte entre mis bragas.

Me separo un poco de ella y la miro asombrado. No sé qué demonios le ha hecho suponer que estoy casado o algo parecido. De todas maneras, piensa que ha llegado el momento de dejar las cosas claras. Esto es sexo, placer, nada más. Yo soy un asesino y ella mi objetivo. Ya es suficiente malo que no haya podido resistirme a tocarla, para que ahora albergue ilusiones que no pueden ser.

—Gala, creo que ha llegado el momento de recordarte que esto es sexo. Nada más. Soy un hombre libre si es lo que te preocupa y pienso serlo siempre. No olvides que somos adultos y esta química que hay entre nosotros es imposible de obviar —explico escrutando su rostro con intensidad.

—Suélteme. —dice entre dientes— aquí y ahora acaba nuestra química don capullo. No

creo que me convenza mucho ser además de tu rehén, sumado a tu objetivo, tú calienta cama —reprocha forcejeando.

Sus palabras logran afectarme, pero no por su significado, sino porque están cargadas de un desprecio que logra tocarme los cojones. La suelto de forma brusca y paso una de mis manos por mi pelo exasperado.

—En dos horas salimos hacia Bogotá, vístete—Ordeno abandonando la sala.

—Quien te ha dicho que obedezco tus órdenes.

La oigo antes de abandonar el salón, sin embargo, sigo mi camino porque contestar a sus provocaciones sería inmiscuirnos de nuevo en una batalla que bien podría acabar con nosotros en posición vertical.

Gala

Capullo, insensible y mil improperios desfilan por mi mente mientras subo hecha una furia las escaleras. Como he podido ser tan tonta de caer en sus redes. He roto la promesa que me hice cuando encontré a Carlo con su ex en mi cama. Soy una ilusa enamoradiza y una vez más me he dejado camelar por sus caricias, por esta química explosiva que nos envuelve como lava ardiente cada vez que estamos en la misma habitación. Y encima se cree con derecho de darme órdenes.

Me cambio el vestido por el azul, ya que el tema de mi guardarropa es algo que el insensible de Luca tampoco me ha dado opción de solventar. No tengo ni la más remota idea de porque quiere que nos vayamos a Bogotá, pero si algo tengo claro es que no me voy a mover de aquí hasta que consiga respuestas.

Cuando llego a la planta baja oigo a Teresa hablando con alguien.

—El señor Montenegro no está, pero no considero que tarde en venir.

—Lo esperaré en la sala.

Esa voz puedo reconocerla en cualquier lugar, es el primo de Luca, y no tengo ningunas ganas de tropezarme con él.

En mi intento de escabullirme me doy de bruces con la sonrisa sardónica y libidinosa de Iván que me coge de uno de mis brazos. La ley de Murphy era de esperar que en el momento en el que menos lo deseará esa puta ley entrará en órbita.

—Buenos días, gatita — susurra demasiado cerca de mi oreja.

Mi estómago se revela en un espasmo de asco ante la confianza que se está tomando el primito de Luca.

—Hola, Iván. — saludo esbozando una sonrisa demasiado hipócrita.

—Me alegra volver a verte, ven, acompáñame estoy esperando a Luca, me harás la espera menos tediosa— suelta mientras me arrastra hacia una habitación que hay junto a la sala principal.

Una vez dentro me percato que es un despacho con un escritorio en caoba central y las paredes llenas de estanterías con libros.

—Pero ¿quién te crees que eres?'. — le grito furiosa.

Este tipo me ha arrastrado aquí sin ni siquiera darme opción imponiéndome su compañía como si él fuera el amo de la casa.

—La gata tiene garras, no sé por qué no me sorprende. La primera vez que te vi lo sospeché por el fuego que a veces resplandece en tus ojos. —comenta con una sonrisa ladina que no presagia nada bueno.

—Me vas a disculpar, pero no me apetece pasar tiempo contigo. —digo de forma altiva y atravieso la estancia con rapidez, pero en el justo momento que alcanzo la puerta soy estrellada contra ella. En un minuto mi rostro se encuentra pegado a la madera e Iván agarra mi cabello con fuerza, inmovilizando mi cuerpo contra la puerta y pegando el suyo a mí. Siento dolor por la fuerza que está ejerciendo sobre mi melena y asco al comprobar su dureza pegada a mi trasero.

—Si se te ocurre gritar, te parto el cuello — sisea a mis espaldas.

Joder, he subestimado al primito, como siempre he pecado de ingenua. No entiendo por qué pensé que respetaría que estamos en casa de Luca y soy una invitada. No, al parecer Iván de la cueva no tiene escrúpulos.

—Suéltame—Me rebeló a pesar de que no puedo moverme, estoy inmovilizada por la presión de su cuerpo.

Sus manos se cuelan debajo de mi vestido manoseando, mis nalgas sin compasión. De un momento a otro voy a vomitar.

—Eres una perita en dulce demasiado apetecible para dejarte pasar. — musita con su asquerosa boca pegada en mi oreja.

Estira de mi pelo enredado en unas de sus manos y ambos nos apartamos de la puerta y me coloca sobre el escritorio, siempre de espaldas a él. Forcejeo e incluso lanzo uno de los pies justo en su espinilla, arrancándole un aullido de dolor que recompensa apretando mucho más mi cuerpo contra la mesa. Se apresura a colocarse encajando a mis nalgas sin soltar mi cabello y con la mano que tiene libre levanta mi vestido, exponiendo mi trasero. Ansió gritar, llorar, patalear por verme en esta situación tan vejatoria…

Capítulo 25

Luca

He dado instrucciones a Sebastián para que tenga todo listo en dos horas, es el tiempo del que dispongo para prepararme. Acudiré a Bogotá y enfrentarme al malnacido de mi primo. Sin embargo, cuando atravieso el camino principal veo su coche aparcado en la hacienda y todas mis alarmas se disparan.

Hay que tenerlos cuadrados o ser un ignorante para presentarse en mi casa después de dar la orden a tres pringados para que me mataran. Acelero mis pasos, no sin antes marcar el teléfono del jefe de seguridad informándole de la situación.

En mi interior rezo porque Gala siga enfurruñada en su cuarto, preparándose, después de nuestro encontronazo. Nada más atravesar la puerta sé que mis súplicas no han sido escuchadas. La imagen de una Teresa demasiado mortificada frotándose nerviosa, ambas manos auguran problemas y de los gordos.

—Señor Montenegro. — exclama entre aliviada y asustada.

— ¿Dónde está? — pregunto serio.

—Se encerró en el despacho con Gala. — confiesa la mujer derramando al fin varias lágrimas, dominada por la situación.

Lo voy a matar, no solo por ser un perro traicionero, sino que, si descubro que le ha puesto una mano encima a la gata, su muerte será mucho más dolorosa. Esa sentencia se dibuja en mi cerebro mientras corro escaleras arriba para hacerme con mi kit abre puertas y conseguir sacar a la gata de ese maldito despacho.

Una necesidad descomunal de sangre se fragua en mi alma, pero consigo que no emborrone el poco juicio que me queda. Necesito la cabeza fría, por eso, hecho siete llaves los sentimientos apabullantes que están desbordando mi corazón y adopto el modo *Killer*.

Manipular la cerradura con precisión demostrando mis putos nervios de acero que ahora mismo se sostienen por un hilo fino de autocontrol. Mi mente está despejada en guardado el torbellino de imágenes que brotaba sin cesar de ella de lo que me puedo encontrarla, para así poder ser el profesional que soy, frío, férreo, sin sentimientos.

En segundos consigo abrir la maldita puerta y la escena que me encuentro me impacta como metralla en mi cerebro.

Sobre la mesa de mi escritorio está Gala tumbada boca abajo con el vestido levantado. Mi primo encajado en sus nalgas manipula su cinturón para alcanzar su objetivo.

—Apártate de ella. — Ni yo mismo reconozco mi voz, es contenida, gutural,

amenazante, fría. Lucho unos segundos por mantener el control a pesar de que una ira de dimensiones catastróficas se está arraigando de dentro para fuera de mi alma.

—Tranquilo, Luca. —proclama mi primo dejando su posición actual con movimientos lentos, pero aun de espaldas a mí. Mantiene las manos alzadas, aun así, no me transmite ninguna confianza. Lo quiero bien lejos de Gala, la cual sigue inmóvil sobre el escritorio.

—Date la vuelta—ordeno.

Quiero verle la cara, necesito tenerlo de frente, no soy ningún cobarde, ansío mirarlo a los ojos cuando me encargue de arrebatarle la vida. Porque eso es lo que va a pasar, aunque antes necesito algunas respuestas, sin embargo, mi negra alma ya ha dictado sentencia de ante mano. La mirada de mi primo se cruza con la mía, puedo ver que está nervioso, su lenguaje corporal no miente como él. A pesar de que intenta mostrar una actitud distendida.

—No te enfades Luca, me dijiste que Gala era una invitada. No sabía que tenía un cartel de no compartir—provoca con valentía.

No sé si Iván es un loco o un inconsciente al mostrarse chulito ante la situación que nos ocupa. Lo que sí sé es que no me conoce, se le olvida que crecí rodeado de asesinos sin escrúpulos, que aprendí a ser despiadado, que no sé lo que es tener sentimientos.

—Gala. —alcanzo a decir sin apartar mi vista de Iván.

Veo cómo mi gata consigue ponerse en pie y darse la vuelta, cuando por el rabillo del ojo la veo. Algo se cae a mis pies. Su cara tiene una roja marca en uno de sus pómulos y sus ojos por primera vez están húmedos. La ira crece más a pesar de que no lo creía posible.

—Sal de aquí. — ordeno sin mirarla, no puedo por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, no confío en mirarla, porque sé que mi control desaparecerá como por arte de magia y desataré el caos frente a ella.

Soy sincero, no quiero que mi gata de ojos brillantes vea esa cara de mí, la real, la de asesino sin sentimientos. Porque en el fondo me gusta que me tenga idealizado.

‹‹ ¿Mi gata?, de dónde ha salido esa frase posesiva››, me pregunto.

Gracias a Dios, Gala obedece a pesar de ser su asignatura pendiente y abandona el despacho sin mirar atrás.

—Vamos Luca, baja el arma. Somos familia— Solicita Iván con tono condescendiente.

—Iván no seas hipócrita. ¿Por qué has ordenado matarme? — interrogo directo al grano.

Mi primo no puede ocultar su asombro bajo su rostro orgulloso.

—No entiendo a qué te refieres. —Contesta haciéndose el tonto, pero casi imperceptible

un leve titubeo en su voz lo delata.

—Habla. No des más rodeos. —Insisto sin dejar de apuntar con mi arma.

—Luca, verás, esa mujer insistió en que debía acabar contigo. Tú no lo entiendes. Perdí el último cargamento y necesito liquidez para reponerlo antes de que nuestro tío se dé cuenta o soy hombre muerto. —Explica justificando sus actos.

‹‹Eres hombre muerto de todas formas››, grita mi cabeza.

— ¿Qué mujer? —pregunto con frialdad.

A pesar de que no hace falta que me diga el nombre, sin embargo, deseo oírlo de su boca.

—Mandrágora, me dijo que ese era el nombre por el que la conocían. — confiesa al fin.

No me importa que sus ojos estén inundados de terror, lejos de despertar mi compasión me incitan más a aplicar la sentencia que yo mismo he puesto sobre su cabeza. Porque en el momento en el que eligió a la bruja de máscara dorada ya firmó su condena y se hizo irrevocable cuando optó mirar e intentar abusar de mi gata.

Sin dudar, manteniendo mi pulso firme, aprieto el gatillo sin dejar de mirar con fijación la trayectoria de la bala que atraviesa con rapidez la frente del perro de Iván de la Cueva. Su cuerpo se desploma sobre la alfombra persa que cubre el suelo del despacho.

Con suma calma llamo a mi jefe de seguridad para que se encargue de limpiar los resto. Inspiro una fuerte bocanada y me deshago de la pistola antes de salir al recibidor. Por suerte no hay nadie.

Esto ya pasa de castaño oscuro, la puta de Mandrágora me quiere muerto y eso es algo que me cabrea bastante, a decir la verdad. ¿La razón? La desconozco. Quizás intenta que ni yo ni mi hermano no tengamos nada que ver con La Orden, a fin de cuentas, ella ahora es la jefa. Eso, dato me quedó bastante claro en mi apartamento.

Tengo que avisar a Nath, debe cuidar bien sus espaldas si esa puta loca va también tras él.

Le envió un WhatsApp para que me llame cuando pueda.

También tengo pendiente una llamada a Luciano para informarle que Iván está muerto, sin embargo, en este momento mi humor taciturno decide postergarla.

Miro con fijación los escalones que llevan a la planta de los dormitorios y dudo si subir o no, aunque sé que la visita a Gala no es algo que deba postergar.

Capítulo 26

Gala

Corro como una gacela asustada por primera vez en mucho tiempo, escaleras arriba para encerrarme en la seguridad de mi habitación. Creo que la mujer valiente, empecinada, la luchadora, se acaba de quedar en ese maldito despacho, donde el cerdo de Iván casi abusa de mí. Ni siquiera he podido mirar a Luca a la cara, me siento un despojo como si en definitiva solo fuese una muñeca a la que fácilmente pueden vapulear como ese capullo lo ha hecho y no he podido ni defenderme. Por el contrario, ante sus amenazas, mi cuerpo se ha quedado estático, entretanto sus sucias manos me palpaban.

Las lágrimas caen de mis ojos sin cesar mientras mi cara está incrustada en la blanda almohada como un avestruz cuando mete su cabeza bajo tierra. Si mi madre me viera no estaría para nada orgullosa de mí, por primera vez le he fallado. No he sido fuerte, por el contrario, el pánico al ver cómo el primo de Luca iba a conseguir lo que su mente sucia ansiaba me ha paralizado.

Me obligo a levantarme de la cama y dejar este estado de llorona en bucle en el que me veo sumergida. En el momento en el que me pongo en pie, la puerta de mi habitación se abre sin previo aviso.

—Gala.

Mi nombre en su boca duele. ¡Dios!, como duele ahora mismo verlo ahí parado con su mirada, esa que siempre es ardiente, cargada de compasión.

Joder…

Nunca he llevado bien que nadie sintiese pena por mí, ni siquiera cuando murió mi padre, y todas las personas que acudieron a su entierro me miraban con ese sentimiento imprimido en sus pupilas, como ahora mismo está haciendo Luca.

—Vete—. Grito sin poder reprimir las lágrimas.

Pero él no me hace caso, sino que en dos zancadas lo tengo pegado a mí y para mi total asombro me estrecha en sus fornidos brazos. Intento resistirme, pero al fin me rindo ante él y mi cuerpo se acopla al suyo como si siempre hubiera sido su lugar. Las lágrimas brotan sin poder frenarlas, acompañadas de hipos y suspiros.

Luca

Jamás he sentido nada, acabo de meterle un tiro a mi primo entre ceja y ceja y la adrenalina del momento es lo único que corre por mis venas, como siempre. Incluso he llegado a pensar que soy un adicto esa secreción de hormona que provoca cada vez que mato a alguien. Creo que es como si fuera la droga que me mantiene en pie, la que incita

que pueda seguir adelante. Pero cuando irrumpo en la habitación de Gala y la veo, toda esa secreción de adrenalina desaparece. Tan solo se abre paso una sensación de ahogo que nace en mi pecho, como si unas garras imaginarias oprimieran mi corazón. Frente a mí, con las señales inequívocas en su rostro del llanto, sumando al golpe en su mejilla que poco a poco va volviéndose más rojo y sobre todo la vulnerabilidad en sus verdes ojos. Esa es la primera vez que veo, a pesar de todo por lo que ha pasado Gala desde que la secuestraran. Nunca mostró debilidad, por el contrario, su empecinado carácter la hizo enfrentarse tanto a Hakim como a mí como a cualquier inconveniente que vivimos. No obstante, hoy no quedaban rastros de esa valentía.

La imperiosa necesidad de estrecharla entre mis brazos crece en mi alma abriéndose paso entre la frialdad y la negrura que la recorren y durante un breve momento me dejo llevar acortando la distancia y estrechándola entre mis brazos. Su sorpresa inicial hace que su cuerpo se tense levemente. Poco a poco se amolda a mi cuerpo y por un loco segundo mi alma grita que ahí es donde pertenece, que siempre lo hizo.

— ¿Estás bien? — pregunto con cautela.

—Sí. — contesta con apenas un susurro sin separar su rostro de mi pecho.

El silencio se hace dueño de la estancia con el único sonido de fondo de nuestras respiraciones. Gala coloca sus manos sobre mi pecho y se separa unos centímetros de mí, alza su rostro y ancla su mirada a la mía.

—Necesito…— Empieza titubeante— Te necesito— solicita al fin dejando ver en sus ojos esmeraldas un ansia extrema, mi cuerpo se enaltece en un minuto y con él mis ganas de borrar cada toque que el malnacido de mi primo le ha brindado a su cuerpo.

Con una ternura inusual mis labios rozan los suyos sintiendo un suave temblor, la punta de mi lengua humedece la entrada de su boca con una caricia y ella entreabre la misma para recibirme. Logro contenerme a pesar de que el deseo de arrasar con todo, sin delicadeza, sin cuidado, devorando esos labios entreabiertos que ahora mismo se muestran ante mí como la más dulce ofrenda.

Pretendo darle consuelo, aliviar esa desesperación que danza en su mirada verdosa, por eso mi beso no es salvaje, al contrario, intento ser todo lo suave que puedo. Sin embargo, la respuesta de ella consigue descolocarme, me ofrece su boca sin reticencia y me mira como si fuera la última boya a la que agarrarse en mitad del océano para salvarse. Entonces pierdo el control, todas las cadenas que contienen mi anhelo desaparecen de un plumazo. Devoro su boca como una fiera e invado la misma con mi lengua arrasando cualquier cosa a cada lengüetazo. Ella no se queda atrás su ardora respuesta a mi beso, prende cada gota de mi sangre convirtiéndola en lava ardiente recorriendo mi cuerpo. La agarro con fuerza de las nalgas y la aprieto contra mi erección que está sumamente preparada. Con impulso la insto a rodear mi cintura con sus torneadas piernas sin romper nuestro erótico beso. Juntos alcanzamos la cama y la tumbo sin cuidado sobre ella. Me deshago de mi camisa y de mis pantalones y me reúno con ella en el colchón bajo su ardiente mirada, esa que provoca pequeñas descargas en mi cuerpo. Esa forma tan peculiar que tiene Gala de comerme con

sus dos esmeraldas me pone demasiado cachondo.

Caigo sobre ella con precaución de no aplastarla con mi peso y poso mi boca en la tersa piel de su cuello, dando breves lametones que arrancan suaves gemidos de su garganta. Una de mis manos levanta su vestido e introduzco mis dedos en el interior de sus braguitas acariciando su centro. Con pequeños círculos alcanzo sus labios humedecidos, preparados y se me hace la boca agua solo con imaginarme devorando cada centímetro de su sexo receptivo.

¡Dios esta mujer es puro fuego y estoy ansiando quemarme en él!

Mis dedos se pierden entre sus sabrosos pliegues y Gala se arquea contra mi cuerpo extasiada de placer, lo que es como madera para mi propia hoguera interna, avivándola.

La idea de borrar cualquier rastro de otras manos, de otros cuerpos con los que haya estado me obsesiona hasta tal punto que a pesar de que está punto de alcanzar el orgasmo, la penetro con mis dedos con rapidez enloqueciéndola.

—Necesito, Luca, por favor… —ruega.

Y sus súplicas son música para mis oídos, por lo que intensifico la presión en su interior al unísono con leves tironeos de su rosado botón, lo que propulsa su placer a la máxima potencia.

—Sí…— Su grito de placer casi consigue que me corra sin penetrarla, aunque logro contenerme unos segundos. Sin darle cancha introduzco mi verga en su canal, cálido y empapado para atravesarla con fuerza. Juntos nos balanceamos al compás de mis embestidas dominados por la fiebre del deseo que nos catapulta hasta tocar esa cresta de la ola del placer que alcanzamos a la vez.

Ambos nos dejamos caer sobre la cama extasiados a pesar de que ese es el momento que mi mente elige para fustigarme.

Si soy sincero, la química sexual que experimento con Gala es brutal, nunca me entendí en la cama así con ninguna mujer. La tensión que practicamos cuando nos enfrentamos verbalmente, se transforma en puro placer entre las sábanas. Lo que me sorprende, me gusta y me desconcierta a partes iguales.

El sonido de mi móvil me arranca de mis elucubraciones y me pongo en pie para alcanzar el mismo que está en el bolsillo de mi pantalón. El mismo que dejé abandonado a los pies de la cama. Echo un vistazo y observo con deleite como Gala permanece desnuda, con los ojos cerrados, sumida en su sueño y sin poder remediarlo sonrío.

—Sí —contesto.

—Dichosos los oídos, debes estar muy ocupado para ni siquiera llamarme. — La voz sarcástica de Quest, me molesta y divierte a la misma vez.

—Bueno, he tenido que resolver ciertos asuntos —digo sin profundizar, aunque sé que Quest está al tanto de todos mis movimientos a pesar de estar a miles kilómetros lejos.

— ¿Uno de esos problemas no será encargarte del traidor de tu primo? —interroga con saña.

—Sí, ese inconveniente está eliminado —respondo con frialdad. No deseo recordar a Iván ahora mismo, es un fiambre más en mi lista de víctimas.

—Bueno, al parecer no te ha hecho falta ir a Bogotá. ¿Y ahora que Luca? —expone y percibo cierta preocupación en su voz.

—Prepáralo todo para salir de aquí, necesito documentación para volar con Gala en vuelo comercial. Volvemos a Europa —proclamo.

Es la mejor opción, las cosas se están complicando, porque ya no puedo garantizar la seguridad para mi gata. Ahí está otra vez ese sentimiento de pertenencia que nace en mi interior y que no comprendo.

—Okay. — Se limita a acatar Quest.

Cuando suelto el móvil sobre la mesa y me doy la vuelta veo a Gala observándome con atención. Su mirada logra inquietarme, porque está llena de confusión.

— ¿Cómo has eliminado a tu primo? —pregunta directa al grano.

Cierro los ojos y pinzo con mis dedos el puente de mi nariz, porque esa pregunta a pesar de que no me sorprende, esperaba que no la formulara.

—Los detalles no importan — suelto molesto.

—A mí sí me importan — insiste elevando levemente la voz.

—Gala, sabes bien que soy. No te lo he ocultado, soy un asesino, ¿Recuerdas? —respondo osco.

De repente se levanta plantándose frente a mí, no hace nada para ocultar su desnudez, al contrario, parece haber olvidado que no lleva nada sobre su piel. Con uno de sus largos dedos me señala increpándome.

—No lo he olvidado. Porque además te empeñas mucho en recordármelo a cada instante, bueno, rectifico, menos cuando estás entre mis piernas. En ese momento no te acuerdas de que tú eres un asesino y yo tu próxima víctima. — grita furiosa.

Madre mía, su enfado la hace todavía más hermosa de lo que es y de nuevo mi erección se alza esplendorosa ante ella.

—Gala. —siseo a modo advertencia.

—Ni Gala, ni hostias. Has matado a tu primo y a continuación has venido a desfogarte follando conmigo, ¿no? — proclama dominada por la furia.

—No exactamente. No necesito desfogarme de nada. Mato y ya está. No hay remordimientos, ni sentimientos. Solo he venido a ver cómo estabas — explico a pesar de que no estoy obligado a darle explicaciones.

—No hay sentimientos capullo, ni en matar, ni en follar, ni en vivir, ¿A eso te refieres? —ataca alzando una de sus manos para estrellarla contra mi rostro, pero la intercedo.

—Ni se te ocurra volver a levantarme la mano. —gruño aniquilándola con mi mirada.

Pero la ira, entremezclada con el ardor que veo en sus ojos, logra de nuevo hacer que me pierda en ella y con rapidez aplasto sus acolchados labios con los míos. La beso con brutalidad, de manera salvaje y ella, aunque al principio se resiste, me corresponde con la misma fiereza.

‹‹Joder, ya estoy perdido y condenado››, vocea mi mente.

Capítulo 27

Mandrágora

Salgo de mi despacho en la sede de La Orden dispuesta a localizar a Markus, acabo de recibir un mensaje de que hay alguien que informa de los asuntos de nuestra organización a personas ajenas a ella.

Algo que por supuesto no estoy dispuesta a permitir. Quién sea, será identificado y desaparecerá del mapa sin preámbulos.

A mitad del largo pasillo que lleva a la sala central de la fortaleza que hace las funciones de la sede, me tropiezo con Markus. Por un segundo veo la sorpresa en su mirada, pero la enmascara de forma efectiva.

—Señora. — saluda.

—Tenemos problemas Markus. Hay un topo en la sede, quiero que lo localices y lo extermines en el menor tiempo posible.

—Está bien, ¿Qué pistas tenemos? —Pregunta a sabiendas de que tengo pistas, mi hombre de confianza me conoce demasiado bien.

Le ofrezco mi teléfono para que compruebe la información que acaba de llegarme y asiente con la cabeza.

A continuación, procedo darme media vuelta para regresar a mi despacho.

—Markus ¿Cómo va el asunto de Colombia? —pregunto antes de marcharme.

—Señora, no logro contactar con el señor De la Cueva, hace más de un día que nadie tiene noticias de él. —informa.

—Ese inútil de, de la Cueva. —gruño entre dientes— Ya sabía yo que no debíamos confiar en que hiciera el trabajo de matar a Parker.

—No sabemos bien qué le ha sucedido. —apunta Markus.

—Yo te diré lo que ha sucedido. No lo busques, estoy convencida de que Iván de la Cueva está muerto, Así que quiero que de inmediato envíes a un equipo a acabar con Luca Montenegro. Estoy harta de él. Y saca de allí a la chica. — Sentencio enfadada.

Odio que los Parker sean tan difíciles de aniquilar, padre e hijos.

— ¿Qué quieres hacer con la chica? —se atreve a preguntar Markus.

Me paro en seco y lo aniquilo literalmente con mi mirada encendida. A veces mi hombre de confianza consigue exasperarme.

—Devolverla a su vida sana y salva. —proclamo dando media vuelta, dejando a Markus allí parado, mirándome sin pestañear.

Hacienda Montenegro.

Gala

¡Dios mío! Soy una adicta, lo confieso. Por mucho que me repugna la actitud de Luca con respecto a su profesión, no puedo alejarme de su cuerpo. Aquí estoy tumbada en la cama, deleitándome mientras miro su cuerpo. No solo no he superado mi predisposición a enamorarme de cualquiera, sino que ahora mismo estoy obnubilada por este dios del sexo al que le encanta cargarse gente.

Aún no puedo creer que haya matado a sangre fría a su primo, madre mía, no es que no se lo mereciera en muy asqueroso, pero de ahí a acabar fiambre eran palabras mayores.

¿Cómo voy a salir de esta? Si ahora mismo, a pesar de mi mente burbujeante, me está bombardeando con ideas descabelladas y macabras de cómo acabaré muerta a manos de don capullo, desintegra bragas, estoy más caliente que el palo de un churrero. Lo siento entre las piernas, ese cosquilleo intenso en mi sexo palpitante y esas hormiguitas que recorren desde mi estómago hasta mi pecho provocando que salive en exceso ante el cuerpazo que yace desnudo a mi lado.

‹‹ ¡Gala, estás loca! ››, me grita mi cerebro. Y por primera vez considero que tiene razón, porque lo único en lo que puedo pensar con claridad es en que Luca se despierte y vuelva a embestirme como un salvaje como hace tan solo un rato, ya hizo.

—Si sigues mirándome así gata vas a conseguir que no salgamos de esta cama en todo el día.

Sus palabras consiguen sacarme de mi estado de ensimismamiento, pestañeo y sin poder evitarlo las comisuras de mi boca se elevan dibujando una tonta sonrisa.

“Cuando quiere es un puto encantador de serpientes”.

— ¿Quién dice que no es lo que pretendo? —provoco con picardía, a pesar de que mi mente me reprende por fresca y por temeraria.

‹‹Gala, es un asesino, tú eres su próxima víctima, no lo olvides››. Repite mi cerebro una y otra vez intentando que esa afirmación se abra camino entre mis sueños calientes. Pero hago caso omiso. Una de mis manos se acerca a su pecho desnudo y acaricio con mis dedos su aceitunada piel ante la mirada hipnótica de él.

—Eres demasiado descarada para mi propio bien. — sisea antes de envolverme en sus fornidos brazos y lanzarse en picado a devorar mi boca.

Dos días después…

Estoy desayunando en la cocina, me gusta seguir haciéndolo ahí. Acabo de dejar a Luca en la cama dormido como un tronco. Yo no podía esperar más, mi estómago aullaba de hambre. Llevo dos días sin comer apenas, no hemos salido de la habitación, y de sexo no se alimenta el hombre. Aunque puedo proclamar que estoy saciada. Porque mi dios del sexo particular me mantiene plenamente satisfecha. Sonrío al aire mientras llevo la taza de humeante café a mi boca.

—Niña, estás en las nubes. —dice Teresa captando mi atención.

—Lo siento Teresa, estaba despistada. — me disculpo un poco avergonzada.

Teresa me mira con fijación y en sus ojos puedo ver cierta picardía, como si compartiéramos un secreto. Y es que a pesar de que no hemos hablado directamente, estoy segura de que la mujer sabe que llevo dos días retenidas en la habitación de Luca.

—Buenos días.

Esa voz provoca que se erice el pelo de mi nuca, a pesar de que ni siquiera he posado mis ojos en él, pero lo siento a mis espaldas. Para total sorpresa se aproxima y me rodea desde atrás para plantarme un sonoro beso frente a Teresa y Míriam que nos miran boquiabiertas, un beso corto que me deja con ganas de más.

Con Luca es así, siempre tengo ganas de más, porque tan solo tenerlo cerca activa todas mis hormonas y aviva mis entrañas.

—Buenos días mi gata. —dice reglándome una de sus sonrisas calienta almas.

Porque este hombre parece un puto modelo de anuncio, no obstante, con un encanto digno de un protagonista de una novela erótica. El señor oscuro y peligroso de *Silvia Day* se queda en mantilla al lado de Luca.

—Buenos días—contesto y noto como mis mejillas se sonrojan sin poder remediarlo.

Porque que no se esconda ante sus empleados, me llena el pecho de júbilo y siembra ilusiones que alimentan mis esperanzas de quizás poder mantener una relación con este hombre que caldea mi sangre.

—Voy al pueblo, ¿Te apetece venir? — interroga con un brillo travieso en sus melados ojos.

—Por supuesto, eso ni se pregunta. —exclamo lanzándome impulsivamente a sus brazos.

Lejos de allí … Al mismo ti.

Capítulo 28

A miles de kilómetros …

Washington D.C.

Mandrágora

Observo con detenimiento mi rostro frente al espejo, al mismo tiempo que coloco los pendientes de lágrima de diamante en mis orejas. Los símbolos de la edad hacen mella, sobre todo en mis ojos, las leves arruguitas en las comisuras de estos me señalan que mi juventud está demasiado lejos. Entorno los ojos molesta. Llevo más de veinticinco años luchando como una guerrera para gobernar este maldito mundo de hombres. Hoy por hoy puedo estar satisfecha de lo conseguido, porque al fin dominó la Orden. Aunque mi victoria tiene un gusto amargo, ya que no puedo dar fe de que ese indeseable de Némesis esté muerto. Mis contactos aseguran que sí, pero yo no estoy tan segura. Es un maldito zorro, siempre lo ha sido, para menospreciarlo, por lo que darlo por muerto sin haber visto su cuerpo inerte para mí es subestimarlo.

Hecho un último vistazo a mi vestido de alta costura, se adhiere a la perfección a mi cuerpo y eso me satisface.

Un par de golpes en la puerta me avisan que es hora de acudir a la recepción a la que estoy invitada. Inspiro aire y lo suelto con lentitud, porque esta noche voy a encontrarme de nuevo con él. Hace más de un año que no lo veo, al menos de cerca. A pesar de que conozco todos y cada uno de sus movimientos. El embajador Knox es mi obsesión, lo sé, lo reconozco, hace años que asimilé que él era mi meta final.

A pesar de que se me resiste más de lo que en un principio pensé, porque Brendan ha resultado ser demasiado cabezota. Lo cual me molesta, pero no me defino por desistir ante los contratiempos, al revés me crezco ante ellos.

Tan solo me queda una simple ficha en el tablero de la que deshacerme para conseguir que el ilustrísimo Brendan Knox caiga rendido a mis pies y conseguir ser quien llevo años ansiando ser.

Embajada Italiana en Washington D.C.

Nathaniel Parker

La limusina nos deja a las puertas de la embajada, me apresuro a salir para poder estrechar la mano de Berta y ayudarla a salir del vehículo. No me cansaría nunca de mirarla, cada vez que mis ojos la recorren siento cómo mis entrañas se anudan más de lo normal. Porque ella es la luz de mi alma. Está preciosa, tanto que corta la respiración y mi pecho henchido, presiona la camisa de mi esmoquin al colocar su brazo junto al mío para hacer

nuestra entrada triunfal.

—Ya te he dicho que estás hermosa.

—Eres un adulador. No pienses que voy a perdonar tan fácil que me hayas obligado a asistir a esta recepción. — contesta Berta entre dientes disimulando con una sonrisa.

—Te lo compensaré —proclamo mientras subimos los escalones que nos dan acceso a la embajada.

Berta no consiente recuperar los años perdidos con su padre, y aunque la entiendo, creo que está desaprovechando un tiempo valioso. Brendan Knox a pesar de ser un hombre hermético y poco dado a las muestras de cariño, quiere a su hija, me consta. Por eso cuando acudió a mí para que aceptáramos la invitación de esta noche, simplemente no pude negarme. Aunque el precio a pagar con mis ojitos grises será algo que nadie sabe. Porque nuestras rencillas siempre se resuelven en nuestro dormitorio y mi bella persona amarilla me hace pagar por todos los agravios llevándome a límite en cuestiones de placer.

Hacemos nuestra entrada en la sala central de la Embajada italiana, noto la presión en el brazo que ejercen los pequeños dedos de mi vida. Está nerviosa, lo sé, porque lleva muchos meses sin ver a su padre, a pesar de que él ha intentado muchos acercamientos.

Nos entremezclamos entre la multitud, los cuales se entretienen con los canapés y las copas de champaña que vuelan por toda la estancia.

Al fondo, el embajador Knox habla con varios hombres, políticos con toda seguridad, por las bandas transversales que exhiben en sus pechos con colores de diferentes banderas. Enseguida noto sus ojos en nuestra dirección y se apresura a deshacerse de ellos para acercarse a nosotros.

Berta agarra al vuelo una copa de champaña que se apresura a vaciar de un solo sorbo.

—Parece que tienes sed querida— observo de manera provocadora.

—No sabes cuanta, capullo—sisea camuflando sus palabras por una sonrisa hipócrita de oreja a oreja.

Confieso que me encanta sacar de sus casillas a mi amor, porque sus ojos de acero brillan como la plata cuando lo consigo y eso me calienta por dentro.

—Buenas noches, Parker. — saluda Knox ofreciéndome la mano para que se la estreche.

—Buenas noches, embajador— correspondo con educación.

—Berta, te agradezco que hayas venido. — dice Brendan dirigiéndose a su hija.

—No me lo agradezcas a mí, en todo caso a mi querido novio. —gruñe Berta de manera

airada.

La reprendo con la mirada, porque su actitud dista mucho de ser adulta.

—Te he llamado mil veces—. Confiesa Brendan con la mandíbula apretada.

—Estoy muy ocupada.

El encuentro cada vez va de mal en peor, porque Berta está en modo roca y Brendan intenta abrir cualquier grieta en ese muro de forma desesperada, a pesar de ser un hombre con demasiado orgullo.

—Buenas noches, *ragazza*.

Salvados por la campana, diría yo, cuando una mujer con sonrisa afable y ojos chispeantes se aproxima a nosotros, rompiendo en el momento incómodo y con él llevándose la actitud hosca de Berta. A mi chica se le ilumina la cara al verla y se funde en un cariñoso abrazo.

—Qué ilusión verte, Ella. — exclama Berta.

La mirada de Brendan es un mapa, por alguna razón le molesta la efusividad que muestra Berta con la recién llegada. Algo que a mí no me pasa desapercibido.

—Yo también estoy muy contenta de verte, cariño. — declara la mujer con sus ojos llenos de cariño.

— ¿Cómo estás? — se atreve a preguntar Berta, pero noto como titubea.

—Echándola de menos, sin embargo, no pierdo la esperanza. —manifiesta.

—Lo sé, pero no he tirado la toalla, voy a encontrarla, no pararé hasta que Gala vuelva con nosotros. — proclama Berta aferrándose a las manos de la mujer.

Por la conversación deduzco que es la madre de la amiga de Berta.

—ella, te presento a mi pareja, Nathaniel Parker. — me presenta Berta.

La mujer me mira inspeccionándome y me ofrece su mano para saludarme.

—Encantada Parker. — expresa con una sonrisa afable.

Le correspondo, saludando de forma educada, a pesar de que hay algo en esta mujer que me inquieta, no obstante, no logro averiguar que es.

—Un placer, Señora Rafaella Marchiatto.

La señora rompe el contacto conmigo para dedicar toda su atención a Brendan Knox que ha estado observando la escena en todo momento.

—Brendan, te veo bien. — saluda con cierta picardía.

—Gracias. — Se limita a decir sin mucha parafernalia, sin darle pie a nada más.

El cuerpo del embajador está en tensión, puedo verlo, su rictus serio y contenido demuestra que la madre de Gala Ágora no es santa de su devoción.

—Acabo de ver a un conocido, nos vemos luego cariño. —se despide Rafaella de manera ejemplar ante la situación incómoda que ella misma ha provocado.

—Siempre consigues apartar a la gente que te aprecia de tu lado —suelta de repente Berta entornando los ojos en dirección a su progenitor.

—No empieces, Berta— advierte. Tengamos la fiesta en paz. Necesito que entiendas algunas de mis posiciones. Quiero que tengamos una relación normal, padre e hija. No antepongas tu orgullo. — Reprende Brendan tenso.

— ¡Ja, mi orgullo! Me lo dices tú que te olvidaste durante años que tenías una hija. — reprocha Berta furiosa.

—Brendan si nos disculpas, vamos a tomar un poco de aire a la terraza. Hablamos después si te parece. — intervengo intentando evitar la batalla que están dispuestos ambos a librar.

El embajador asiente frustrado y agarro a Berta del brazo, prácticamente la arrastro a la zona exterior.

Cuando logramos llegar a la terraza, después de esquivar a un montón de gente que charlan animados en la sala, la mirada que Berta me dedica augura que estoy en problemas.

—Eres un mandón. ¿Desde cuándo luchas mis guerras, Nath? No soy una niña, soy adulta para decidir como quiero llevar la relación con mi padre. Te recuerdo que Brendan Knox solo le interesa, su carrera política, esa que está esperando lanzar. Antes debe atar varios cabos y uno de ellos soy yo. — increpa furiosa enfrentándose con fulgor.

—Knox, no estás siendo coherente. — digo a sabiendas de que me la estoy jugando. Está demasiado furiosa para ver las cosas con claridad.

—En definitiva, eres un capullo. No me escuchas. No tienes derecho a interrumpirme cuando estoy discutiendo con mi padre. —ataca fuera de sí.

—Si tengo derecho. Porque te amo más que a mi vida y mi misión es protegerte y hacerte feliz, por esas razones siempre interrumpiré o te sacaré de cualquier batalla que considere que te pueda dañar. Acéptalo, Berta, tu padre no ha actuado bien durante años, pero todo el mundo merece una segunda oportunidad. Yo soy un claro ejemplo de ello. — explico acercándome a ella para estrecharla en mis brazos.

—Eres un charlatán, siempre consigues desestabilizarme cuando estoy enfadada

contigo. —reprocha Berta, sin embargo, se deja abrazar sin problemas.

No espero ni un segundo para atraerla hacia mi cuerpo, con sumo cuidado paso mi barbilla por la tersa piel de su cuello, robándole un suave suspiro. No me detengo ahí, porque esta mujer es una adicción para mí. Berta Knox siempre fue parte de mi alma, desde el primer momento en que nuestros caminos se cruzaron. Busco su boca con mis labios y nos fundimos en un beso no apto para menores.

Capítulo 29

Nathaniel Parker

Por primera vez en meses no soy capaz de pegar ojo, una inquietud inusual acecha mi redomada alma. Abandono la cama dejando el cuerpo caliente y apetecible de Berta, no sin antes devorarla con mi mirada. No me canso de memorizar cada curva, cada lunar de su piel, cada expresión de su rostro en mi retina. Paso una de mis manos por mi cabeza y camino descalzo por la habitación, busco mi móvil, salgo de la misma para no despertar a mi vida…

Trasteo las aplicaciones y veo un WhatsApp de Luca que se me ha quedado atrás sin abrir. Alzo las cejas extrañado. Mi hermano no suele enviarme mensajes, más bien soy yo el que me he puesto en contacto con él las últimas veces.

Leo el mensaje con atención y mi intranquilidad se multiplica por cien. Luca nunca me aconsejaría cuidar mi espalda si el peligro no fuese real. Son las tres de la madrugada, sin embargo, poco me importa, marco el número de mi hermano.

—Luca.

—Joder… ¿Qué horas son estas de llamar? —Gruñe con voz somnolienta.

—Acabo de ver tu mensaje, no podía esperar a que amaneciera. —me justifico.

— ¡Por los clavos de Cristo! Es que tu mujercita no te tiene lo suficiente ocupado por las noches para llamarme. — provoca esta vez ya más despierto.

— ¡No me jodas, Luca! —Advierto—Canta lorito que no tenemos toda la noche. Si Knox descubre que estoy llamando a estas horas, se desatará el infierno en mi alcoba. —Confieso a pesar de que sé que mi hermano utilizara mis palabras para chincharme.

— ¡Quién te ha visto y quién te ve! El letal y frío The Phantom convertido en un sumiso corderito por una mujer. — se pitorrea Luca riendo.

—Luca, te advierto que el karma no se queda con nada de nadie. Por lo que me reservo el derecho de hacer sangre contigo cuando conozcas a la fiera que consiga domarte. —amenazo con sarcasmo.

—No vivirás para verlo, hermanito. Bueno, al grano. Tienes que extremar las precauciones. Hace dos días intentaron matarme. — explica al fin adoptando un tono serio.

— ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? Creo que tus enemigos te los has ganado a pulso, Luca. No necesitamos compartirlos. — Rebato.

— ¿Te suena de algo Mandrágora?

Al escuchar ese nombre a través de la línea telefónica, un escalofrío recorre todo mi cuerpo y aprieto las mandíbulas.

— ¿De qué cojones conoces tú a esa bruja?

—Al parecer ella está al frente de La Orden. Me hizo una visita antes de mi último trabajo para presentarse —informa Luca.

—Joder… *Mecagüentoloquesemenea*, pensé que estaba muerta. —expreso entre dientes—Además, suponía que la Orden se había disuelto al desaparecer Némesis.

—Considero hermanito, que deberíamos compartir información. Al parecer tú sabes cosas que yo no sé y al revés —propone Luca.

—Mandrágora intentó acabar conmigo después de regresar de Turquía, sin embargo, supuse que había muerto en la escaramuza. Allí mismo hirió a Némesis y a continuación desapareció —explico compartiendo los datos que tengo.

— ¿Quieres decir que Némesis está muerto? — pregunta Luca, sorprendido.

—No creo…

—Mandrágora convenció a mi primo para que intentara acabar con mi vida. Por lo que supongo que esta mala pécora tiene algo en nuestra contra—. Certifica Luca.

—No sabía que tuvieras un primo— comento extrañado.

—Ya no lo tengo. — se limita a verificar con tono gélido.

—Está bien, voy a intentar averiguar algo más. Estaremos en contacto. —digo antes de colgar.

—Okay.

Mi mirada se pierde en la oscuridad de la sala mientras repaso mentalmente la conversación con Luca. Todo está liándose por momentos. Ahora vuelve a salir a escena Mandrágora.

¡Joder!, en todo este asunto hay algo que huele demasiado mal…

Luca

La conversación con Nath consigue dejarme inquieto. Mandrágora es una cobra y seguro que su veneno es mortal, por lo que debemos adelantarnos a sus movimientos. Esa mujer es una diabla vestida con máscara de oro y tiene un séquito de asesinos bajos su yugo de poder. Oteo la habitación y mis pupilas se detienen en Gala. Sigue sumida en los brazos de Morfeo, la luz de la luna que entra por la ventana ilumina su cuerpo desnudo. Es el placer más sabroso que jamás podría degustar. Sin embargo, ha llegado la hora de ponerla a salvo. Porque se avecinan problemas, mi intuición que nunca falla hace días que me alerta a

pesar de que la he ignorado.

Gala me distrae, demasiado para mi gusto, pero mi fuero interno se resiste a alejarla. Opino que hacía demasiado tiempo que no tenía buen sexo, rectifico sexo explosivo. Follar con ella es como estar inmerso en unos fuegos artificiales y yo soy el que pone la traca final cada vez que ella grita mi nombre de esa manera que logra estrujarme el alma.

Regreso a la cama y pongo toda mi atención en despertar a mi apasionada gata de ojos brillantes. Ronronea como la felina a la que me recuerda al notar mis dedos acariciando sus pliegues, jugueteo con su clítoris y su respuesta no se hace esperar. Es sorprendente la sensibilidad de Gala ante mis caricias. Hecho que no hace más que excitarme a nivel superlativo. Devoro su boca voraz, sin compasión.

—Ostras, el monje cojonero ha resultado ser insaciable—. Comenta Gala pizpireta regalándome una de sus sonrisas.

—Certifico que tú también eres un pelín insaciable, gata—contesto mientras recorro el arco desde su cuello hasta su clavícula.

—Y eso alimenta tu máximo ego, no señor Montenegro—. Insiste retorciéndose de placer al notar como uno de mis dedos se inmiscuye en su canal.

—Un poco —contesto pasando la punta de mi lengua por uno de sus rosados pezones.

Un sentimiento de júbilo domina mi pecho con cada gemido que sale de la boca de Gala. Así que tardo poco en meterme en mi boca el pezón y succionarlo hasta hacerla enloquecer. Mi mano nota la humedad en su sexo palpitante, lo cual es el interruptor necesario para penetrarla con fuerza con mi dura verga que ya no aguanta mucho más fuera de su estrechez.

Capítulo 30

Gala

Después de varios días sin pisar mi habitación decido ir y arreglarme allí. En realidad, necesito algo de espacio. Pasar las veinticuatro horas con Luca retozando, enturbia mi cerebro. Nada bueno, porque mi cabeza va a estallar de tanto analizar.

Es un asesino, un desalmado—. Resuena en el interior de mi mente.

Lo sé, pero, aun así, no puedo evitar anhelar que las personas pueden cambiar. Adaptarse a las circunstancias, podría ser que Luca dejara su vida tal como era hasta ahora y comenzar de cero junto a mí…

Una vez más me fustigo y reprendo por esos sueños de ingenua que me embargan.

—Gala, eres la hostia. No aprendiste suficiente de todos los gilipollas de los que te has enamorado y te han roto el corazón. — digo en voz alta mientras me coloco uno de los vestidos que compré en el pueblo cuando fui con Luca. Es de gasa, con florecitas silvestres estampadas en verde y azul y largo hasta los tobillos.

Bajo las escaleras en dirección a la cocina para dar los buenos días a Teresa, sin embargo, al pasar por delante de la puerta del salón, mis pies se quedan clavados en el suelo. Parado en mitad de la sala, un hombre me mira con fijación. Aparenta unos cincuenta años largos, su pelo oscuro muestra varias vetas plateadas y sus ojos penetrantes están rodeados por unas arruguitas que delatan el paso del tiempo.

Sin darme cuenta, mantengo mis ojos escrutadores sobre él en silencio, analizando toda su pose arrogante. Elevo mis cejas en un arco perfecto sin apartar mis pupilas del desconocido.

— ¿Te vas a quedar ahí parada? — pregunta rompiendo el silencio sin más.

Doy un suave respingo y pestañeo como si en realidad estuviera hablando a mí, incluso me atrevo a mirar detrás de mí para comprobar que no hay nadie más. Obligo a mis pies a caminar y entro al salón.

—Buenos días. —saludo un poco cohibida, pero alerta.

— ¿Quién eres? —interroga firme sin ocultar su curiosidad.

—Opino que podría hacerle la misma pregunta —contesto sin amilanarme ante su actitud de rey del mundo.

Exhuma firmeza, eso me ha quedado claro nada más verlo, pero mi vena temeraria no se encoge ante eso.

—Te veo demasiado cómoda en una casa que no es la tuya. —reprende alzando una de sus negras cejas.

—Soy una invitada.

Justo en el momento en el que va a contestar detrás de mí aparece Luca, no lo veo, pero lo siento en el mismo instante que atraviesa la sala.

—Buenos días, tío. —saluda desvelando así la identidad del hombre que tengo delante.

¡Joder!… su tío. Y yo aquí haciéndome la chulita con él.

—Buenos días—corresponde no demasiado contento.

—Veo que has conocido a mi invitada—aborda sin ni siquiera mirarme lo que me cabrea, no obstante, lo disimulo.

—Bueno, aún estoy esperando que se presente. —expone dejando claro que mi presencia le molesta.

—Ella es Gala. —dice omitiendo mi apellido—Gala, él es mi tío Luciano.

—Encantada—manifiesto en un intento de no parecer demasiado hipócrita. Al mismo tiempo me encargo de poner dirección a la cocina, sin esperar que ninguno de los dos me detenga.

Quieren privacidad, puedo detectarlo en sus ojos, sobre todo en los de Luciano que me miran demasiado críticos.

Luca

Una vez solos, me acerco al mueble bar para llenar un vaso de *whisky*. La visita de Luciano no me sorprende, la esperaba. Seguro que la extraña desaparición de Iván lo había sacado de su agujero de descanso para venir a poner orden a sus negocios. Los sucios, esos que poco tenían que ver con los cafetales, no obstante, se servía de ellos para blanquear el dinero sucio de la droga.

A mí poco me interesaba esa manera de hacer dinero. Cuando Luciano, años atrás, decidió contarme una de sus verdades. Qué era un cartel de la droga, que él era a quien Parker investigaba cuando se encaprichó de mi madre, ya dejé clara mi postura ante ello. Soy un asesino, sin escrúpulos, arrebato vidas de culpables e inocentes y no me arrepiento de ello. Pero de ahí a convertirme en un puto cartel de la droga, va un abismo al que no deseo lanzarme.

—No pareces sorprendido de verme. —puntualiza Luciano mientras ocupa un sillón orejero que hay en la estancia.

—Te esperaba.

— ¿Qué le ha pasado a Iván? —pregunta sin apartar sus ojos de mis movimientos.

Antepongo el gesto de llevarme el vaso a mi boca y dar un largo trago a mi bebida y luego lo miro de frente.

—Jugó con fuego y ahora debe estar ardiendo en el infierno.

—Maldita sea Luca, tu primo era un idiota, pero mi mejor hombre para estar al frente de mi negocio. —anuncia Luciano conteniendo la ira.

—Tu mejor hombre, ordenó matarme. —confesé y a continuación seguí vaciando el contenido de mi vaso, observando como los cubitos de hielo chocaban entre sí.

—Joder…—gruñe— ¿El motivo no será una mujer?

Mi tío es listo, mucho, pero no más que yo. Estaba esperando esa pregunta desde el momento en el que Gala abandono nuestra compañía. Pues la mirada crítica era palpable en él.

—No vayas por ahí, tío. —advierto— ella no está en la ecuación.

—Las mujeres siempre están en la ecuación. ¿O vas a decirme que esa chica solo es tu invitada? —insiste.

—Iván aceptó el trato del nuevo jefe de La Orden. Aceptó dinero para acabar conmigo. No hay ningún asunto de faldas en nuestra rencilla. Iván se lo jugó todo a una carta y perdió. Fin del asunto. —sentencio apretando con más fuerza de la necesaria el vaso entre mis dedos.

—Reconoce que ahora me has causado ciertos problemas, por lo que deberías asumir la vacante que ha dejado tu primo. —propone de golpe.

Una sonora carcajada sale de mi boca ante el don de la oportunidad de Luciano. No me sorprende, porque este hombre no desaprovecha ninguna oportunidad para recordarme que me quiere al frente de su negocio ilícito.

—Busca a otro, ya sabes la respuesta.

—Que desperdicio sobrino, eres mi digno sucesor. —proclama con una sonrisa orgullosa.

Capítulo 31

Gala

Decido salir a pasear después de disfrutar del desayuno junto con Teresa. No tengo ganas de volver a cruzarme con el tío de Luca. La desaprobación que he podido comprobar en sus ojos no me gusta, así que prefiero no tener que interactuar con él.

Mientras devoro con mis pupilas los campos de cafetales inmersos en las zonas de bosque alto, haciendo un paisaje verdoso que te hechiza con sus tornasolados cambios de colores según los rayos de sol. De nuevo echo de menos mi Réflex, para poder inmortalizar todas estas instantáneas en mi retina.

De repente en mi cabeza se dibuja la imagen de Luca y siento un leve tirón en mi estómago. Porque todo tiene un final siempre y me acabo de dar cuenta que tarde o temprano nos separaremos. Yo con suerte podré volver a mi vida o acabar muerta y él… No tengo ni puñetera idea de lo que hará él. Ya que el don de palabra no es algo que hubiéramos practicado.

—Soñando despierta.

Esa voz eriza la piel de mi nuca, ronca, sexy, dura, aunque con toques de diversión. Abracé mis brazos al percibir un escalofrío. Luca se pegó a mi espalda lo suficiente para que su aroma me envolviera.

—Confieso que podría pasarme días mirando este hermoso paisaje. —expongo con sinceridad.

Su aliento caliente roza la piel de mi nuca y una de sus manos aparta el pelo hacia un lado para plantar un suave beso en esa piel.

Escalofríos y calor, mala combinación. Esa caricia con su boca despierta a todas mis hormonas que comienzan a bailotear emocionadas.

—Sí, es un lugar hermoso. —susurra sin dejar de atormentar mi cuello.

—Sí, me encantaría tener mi cámara para poder inmortalizarlo. —exclamo de repente.

— ¿Eres fotógrafa? —pregunta.

—Pensé que lo sabías, a fin de cuentas, me habías investigado. O solo aceptaste el encargo de matarme sin más.

Al minuto sé que he metido la pata con mis palabras, noto como toma distancia su

cuerpo ya no está pegado al mío.

—Prepara tus cosas. Mañana saldremos directos hacia el aeropuerto. —suelta con una voz fría que hiela mis huesos y sobre todo araña mi alma.

— ¿Dónde vamos? —interrogo dándome la vuelta para enfrentarlo.

—Vuelves a tu casa.

— ¿Cómo? Así es como intentas decirme que no acabarás con mi vida. — grito enfada.

No me entiendo ni yo, volver a casa es mi sueño dorado. Pero que me lo suelte así sin explicaciones, después de todo lo que hemos compartido consigue desestabilizarme.

—Joder… no hay quien te entienda Gala. No querías volver a tu vida. — Rebate él igualando mi furia.

—Por supuesto. Pero así sin más explicación. Porque ahora y no hace tres días. Vamos explícamelo. —insto fulminándolo con la mirada.

Luca suelta un bufido y pasa ambas manos por su negro pelo exasperado.

—No tengo por qué darte ninguna explicación. Nos largamos y punto. Agradece que por primera vez no cumpla con mi encargo.

Palabras duras como rocas y de esta forma es como golpean en mi corazón, matando las esperanzas, certificando lo que en el fondo siempre he sabido. Soy una tonta ilusa por volver a ilusionarme con quien no debo.

—Eres un capullo. Primero me rescatas del puto harén, después me traes a Colombia amenazada de muerte y más tarde te metes entres mis piernas para luego darme pasaporte como si nada—. Grito fuera de mí.

Estoy enfadada, cabreada, furiosa, todo en conjunto creo que no encuentro más sinónimos para definir mi estado de ánimo actual. Incluso siento cómo crecen los instintos violentos de golpearlo con saña.

—Maldición mujer. Eso es sexo puro sexo. No hice nada que tú no desearás también —sentencia entre dientes largándose sin más.

— ¡*sporco maiale! [1]*

Luca

Creo que es la primera vez que recorro en menos tiempo el trayecto de los campos a la finca. La sangre de mis venas arde como lava volcánica. Como siempre, Gala consigue que mi ira se desate de manera inmediata y con una densidad que me dan ganas de arrasar con todo lo que me encuentre por el camino. Por suerte nadie se cruza en mi dirección hasta llegar la Hacienda. A pesar de mi fijación por alcanzar el mueble bar y tomarme un *whisky*

bien cargado para intentar recuperar mi talante, observo un todoterreno aparcado que no reconozco y me intriga.

Entro como una tromba de agua en la casa y voy directo al salón donde mis pies se clavan al suelo al presenciar la escena ante mis ojos.

Sonrientes, relajados, como si fueran amigos de siempre, están Luciano y Nath sentados en el sillón con vasos de *whisky* en sus manos.

‹‹Joder… esto sí que es un maldito contratiempo ››, susurra mi mente.

Porque ahora sí que estoy bien jodido. Esconder a Gala de Nath es un plan que ha pasado a la historia.

—Buenas Luca, ¡mira quién ha venido a verte! —informa mi tío con una sonrisa satisfecha, aunque tiene un toque de maldad que yo solo puedo detectar.

No puedo saludar, necesito un trago, así que sin mirarlos voy directo al mueble bar, me sirvo un *whisky* que vacío de un solo trago.

— ¿Qué mierda haces aquí? — Es la pregunta que sale de mi boca segundos después de ingerir el líquido ambarino por mi garganta.

Sigo de espaldas a Nath y a mi tío, por lo que a pesar de no ver sus caras puedo imaginarlas.

—Yo también me alegro de verte, hermano—provoca Nath— Necesitaba hablar contigo.

—Existen los teléfonos, además hablamos la otra noche. —contesto enfrentándolo ahora de frente.

—Bueno, veo que tenéis cosas que hablar os dejo. — comenta Luciano abandonado el salón.

Una vez solos nos medimos con la mirada, mi ira aún está latente y mi talante pende de un hilo, aunque no sería justo pagarlo con Nath, creo que ese detalle no lo tendrá en cuenta mi autocontrol. En definitiva, él es un problema, y de los gordos. Porque tengo una bomba a punto de estallar con nombre propio que de un momento a otro se prenderá la mecha. En cuanto mi avispado hermano vea a Gala, todo saltará por los aires. Tener la certeza de esos acontecimientos no hace más que pulsear mi control y mi fiereza.

—Necesitaba verte en persona y discutir cómo vamos a capear todo lo que está sucediendo—. Confiesa Nath con calma.

—No deberías haber cogido un vuelo. El teléfono está bien para discutir ese asunto. —reprocho.

—Luca, que la Orden esté en activo, es una puta mierda, una que nos salpicará pronto. Lo sabes tan bien como yo, por eso me alertaste. —explica Nath jugueteando con su vaso entre sus manos.

—Lo sé. Por eso mi intención era regresar a Europa, mañana. Ya tengo los billetes. —explico, aunque caigo en la cuenta de que he hablado en plural sin quererlo.

—No sabía que tenías un tío— manifiesta de soslayo mientras lleva su vaso a su boca.

—Ni yo tampoco hasta hace tres años. Es una larga historia. No tengo tiempo de contártela.

Nath se limita a asentir con la cabeza.

—Tenemos que dar con Mandrágora y acabar de una vez por todas con ella. —expone.

—Lo he intentado, tenía alguien dentro de la Orden que me pasaba información. Pero hace unos días que no puedo contactar con él. Por lo que auguro que lo han descubierto. —explico.

—Ven conmigo a Washington, allí junto con Kirial podremos hacer más que en Europa. — propone mi hermano de repente.

Pero no me da tiempo a contestar porque sus traslúcidos ojos se dirigen a la entrada del salón estupefactos…

Capítulo 32

Gala

Parada en el vano de la puerta de la sala de la casa, observo como un tipo imponente me atraviesa con sus cristalinos ojos. Madre mía, es que últimamente los tíos buenorros se reproducen, porque si Luca es digno de un Dios griego, este que está en mitad del salón es una réplica exacta de un Dios nórdico.

Joder, o yo tengo las hormonas revolucionadas, o estos tíos son productos de mi imaginación.

Más de metro ochenta, rubio intenso, ojos como el océano y tinta que exhuma por el cuello de su camisa. Aunque debo reconocer que no solo es un tipo caliente, más bien peligroso. Su aura oscura impone.

—*Mecagüenenlamadrequetepario*—maldice el rubio en dirección a Luca, que observa la escena con una calma inusual.

—Nath respira. —comenta Luca sin moverse.

Ni siquiera me ha mirado y eso me cabrea porque he venido solo para que pudiéramos hablar como dos personas adultas.

—Eres un puto mentiroso, tramposo. La has tenido todo este tiempo y no has abierto la puta boca. Te juro que voy a matarte. — amenaza Nath furioso.

—Te saldrá una úlcera. — Provoca Luca.

—No me toques los huevos.

—Nath, ella fue mi último encargo. Recibí la información para rescatarla de Dubái y llevarla a Europa. En suelo europeo debía acabar con ella—. Explica Luca mientras alza su bebida hasta su boca.

Yo los miro como si estuviera viendo un maldito partido de tenis sin saber qué hacer o decir.

—Joder… Te pregunté por el altercado en Ajman y no dijiste nada— reprocha pasando una de sus manos por su pelo.

—No tengo por qué darte explicaciones—. Reivindica Luca.

— ¿Alguien me puede explicar qué pasa exactamente? —me atrevo a preguntar interrumpiendo la batalla verbal.

— ¡Gala, te presento a Nathaniel Parker! ¡Ah! Por cierto, te vas con él a Washington. —dice como si no fuera con él la cosa exactamente.

Abro y cierro mis párpados intentando que no se sequen mis pupilas de lo fijas que las tengo mirando al capullo de mi Dios Griego. Así tan fácil, llega un puto desconocido y me endosa como si fuera un paquete. Clavo las uñas en las palmas de mis manos para conseguir calmarme.

Vuelvo mi mirada al rubio y repaso mentalmente que el nombre por el que se ha dirigido Luca a él no es la primera vez que lo escucho. El momento exacto en el que encuentro en mi mente donde lo he oído, mis ojos se abren más si pueden.

—Imposible. —susurro absorta todavía en mi propia cabeza— Nathaniel Parker está muerto.

—Al parecer Berta te ha contado algo sobre mí. —se vanagloria con una sonrisa pícara.

—Sí, que estabas muerto—suelto sin mucho tacto.

—Bueno, es una larga historia, pero te la contaré en el avión. Después también te pondrá al día Berta. No ha dejado de buscarte desde que te secuestraron. — informa.

La confusión ocupa mi mente, no puedo entender, el amor platónico de Berta que ella creía muerto esté vivito y coleando parado frente a mí. Sin contar que además parece un Dios Nórdico.

—La verdad es ahora mismo, estoy un poco confundida—. Confieso mordiendo mi labio inferior. Ese es el instante en el que detecto los ojos de Luca volando hacia mí desde que entré en la sala. Pero se apresura a desviarlos de nuevo.

Bueno, algo es algo, al parecer no le soy tan indiferente como pretende aparentar.

—Tranquila Gala es normal. Pero si quieres podemos llamar por teléfono a Berta. Quizás te ayude a sentirte mejor. —propone Nath.

— ¿Qué tiene que ver Nathaniel Parker contigo? — interrogo de repente centrando toda mi atención en Luca.

Acaricia con suavidad su mentón antes de girarse y anclar su mirada penetrante en mí.

—Nath es mi hermanastro. — aclara al fin ante mi cara de sorpresa.

—Gala, por favor debes confiar en mí. Mañana cogeremos ese avión dirección Washington. Regresarás a tu vida. —insiste Nath.

Pero yo no puedo apartar mis ojos de Luca, esperanzada para que él mismo proclame que no iré a ningún lado sin él. Sin embargo, es el silencio lo único que recibo.

—No se me ha perdido nada en Washington, si tengo que ir a algún lado regresaré a

Roma. Ese es mi lugar. — digo de forma altiva y abandono la sala. Porque un enorme nudo está atorado en mi garganta y por suerte consigo reprimir las lágrimas que están a punto de derramarse por mis mejillas.

Luca

La mirada asesina de mi querido hermanastro recae en mí, justo en el instante en el que Gala abandona el salón. No me sorprende, más bien me lo esperaba, la caja de los truenos se ha abierto y ahora debo capear el temporal.

—Eres un hijo de la gran puta. —grita Nath lanzándose como una fiera sobre mí.

Lo intuyo antes de que realice ese movimiento, aun así, no me defiendo, le permito que sus manos rodeen mi cuello con fuerza.

—No te ha importado nada que su familia esté preocupada por ella, que estén pasando un calvario mientras tú la retienes aquí con alguna loca finalidad—. Sisea sin soltar mi cuello.

—Quizás si me sueltas puedo contestar a eso. —digo con voz estrangulada.

Nath tarda unos minutos más en deliberar si me suelta o no, aunque al final lo hace.

Poso mis manos sobre mi cuello dolorido por la fuerza que mi hermano ha ejercido en su agarre.

—Te he dicho que tiene una puta diana en la cabeza, alguien me ha pagado una elevada cantidad por matarla, pero en suelo europeo. ¿Qué querías que hiciera? — dijo justificándome.

—Contármelo tal vez—. Rebate Nath arqueando una de sus rubias cejas.

— ¿Desde cuándo tenemos ese tipo de relación? —provoco con sarcasmo.

—No se trata del tipo de relación que tengamos. Te pregunté expresamente y decidiste callar. Da gracias que Berta no está aquí, sino que serviría tus pelotas en una bandeja. —proclama un poco más tranquilo.

—No conocía ese rasgo bélico en tu chica, hermano. — bromeo. No puedo evitar provocar a Nath, es uno de mis vicios adquiridos. Sacarlo de sus casillas me divierte demasiado para obviarlo.

—Mañana me la llevo. —anuncia sin dejar lugar a discusión.

—Okay.

A pesar de que en mi interior la bestia aúlla por decirle que “¡Una mierda, es mía!”. Aunque sé que debo reprimir ese sentimiento que batalla en mi interior.

Capítulo 33

Gala

Encerrada en mi habitación, así paso el resto del día, ni siquiera he bajado a la hora de comer. No tengo ningunas ganas de verle la cara al capullo de Dios griego de Luca. Tampoco me apetece volver a enfrentar el hecho de que mañana a estas horas estaré lejos de aquí. Reconozco que debería sentirme aliviada y contenta, sin embargo, no encuentro esas emociones en mi interior. Simplemente, tengo ganas de matar a alguien, a poder ser a Luca Parker Montenegro. Por ilusionarme, por darme le mejor sexo que he tenido en la vida y traerme a este paraíso que me ha enamorado.

Creo que yo también tengo algo de culpa en eso de ilusionarme, pero prefiero anular ese pensamiento ingrato hacia mi persona. Y ahora me da pasaporte con su supuesto hermanastro para que regrese a mi vida como si nada hubiera pasado.

Joder… ¿Cómo si fuera tan fácil?

No obstante, no permitiré que note que me afecta, alimentando su ego de dimensiones estratosféricas. Él me ignora, pues podemos jugar a ese juego los dos.

Casi ha oscurecido cuando decido bajar de nuevo al salón, no por hambre, la buena de Teresa ya se ocupó de traerme una bandeja llena de comida al medio día.

Al parecer las aguas se han calmado porque me encuentro una escena bastante variopinta. Lucas y Nath con botellines de cerveza en sus manos manteniendo una conversación distendida.

Solo mirarlo duele y además mucho, porque podría pasar el resto de mis días al lado de ese capullo, a pesar de ser un asesino… Esa certeza provoca una sensación de vértigo en mi interior, golpeándome como una maza imaginaria. Estaría dispuesta a obviar que es un malo, que no se rige por la conducta habitual de mi mundo tal y como lo entiendo y, aun así, si él me dijera ven, cerraría los ojos y me iría con él donde fuera.

‹‹ ¡Madre mía!, Gala está loca de atar ››, reprende mi consciencia.

Doy unos pasos cortos y me acerco a los dos hombres que se encuentran en el porche trasero.

—Hola —saludo un pelín cohibida.

—Hola, Gala, siéntate con nosotros. —propone Nath amable con una sonrisa de esas que desintegraría las bragas de cualquier mujer. Lástima que yo sea inmune.

Luca ni se digna a elevar sus pupilas para verme, sigue concentrado en el cuello de la botella que sujeta entre sus dedos.

Agarro una silla y me siento sin mirarlo tampoco, haciendo acopio de toda mi persistencia por ignorarlo sin más.

Oteo el lugar iluminado por las luces que rodean el jardín, a juego con los hombres apostados en los sitios estratégicos que defienden la propiedad. Justo estoy fijándome en uno de ellos con su arma apostada en diagonal en su pecho cuando de repente se desploma ante mis ojos.

Nath adopta posición de alerta y saca un arma en cero coma segundos, al igual que Luca.

— ¡A cubierto, joder! —grita Luca.

Nath me agarra con fuerza de uno de mis brazos y nos apostamos tras la mesa. A continuación, se suceden una serie de disparos que vienen de varios sitios a los que los hombres de la hacienda intentan hacer frente. Sigo paralizada por la escena surrealista que está sucediendo ante mis ojos, ni siquiera puedo pestañear.

— ¿De dónde han salido? — gruñe Nath sin dejar su actitud alerta.

—Y yo qué cojones sé. —refunfuña Luca—Tienes que irte, poneos a salvo.

—Luca —advierte Nath no muy seguro de acatar lo que dice su hermano.

—Por una vez en tu vida tómame en serio, joder. Márchate, ponla a salvo. —ordena.

Nath se limita a asentir sin soltarme, consigue arrastrarme junto a él para salir por la parte lateral de la casa.

—Luca. — consigo articular mirándolo con el pánico reflejado en mis ojos.

—Gala, obedece, por favor. Y sobre todo lucha por vivir. — Es lo único que dice después de desaparecer de nuestra vista, inmiscuyéndose en la oscuridad y el fuego cruzado.

En ese preciso instante es cuando mi corazón se rompe, pero no como otras veces en esta ocasión el dolor es tan intenso qué deseo morir.

—Vamos. — insta Nath.

Obedezco como si se tratara de un autómata siguiendo sus pasos sin ver poder donde vamos. Tan solo puedo divisar oscuridad y disparos a los lejos.

Si me preguntas te diré que no recuerdo nada más. Porque en mi mente solo está la imagen de Luca con su profunda mirada clavada en mí. Ordenándome que viviera.

¿Para qué? Si él no estaba en mi vida, esto no tenía sentido. Mi día a día de antes ya no importaba. Ni las fotos, ni la moda, ni mi apartamento en el centro de Roma, nada. Ese hombre se había clavado en mi alma a fuego y era lo único que a mi voluntad le importaba. Mi cabeza persistía en recuperar el control, pero el torbellino de emociones se lo impedía,

llevándome en caída libre a un bucle de autocompasión y tristeza.

Estoy en el avión, ¿cómo he llegado?, tampoco lo sé. Pero aquí estoy abrochándome el cinturón para el inminente despegue. A mi lado, Nathaniel Parker…

No quiero pensar, cierro los ojos con fuerza para evitar que la imagen de Luca invada mi cabeza, porque duele. Porque no sé ni siquiera si aún está vivo. Si logro salir de esa encrucijada que nos tendieron en la Hacienda.

No me atrevo a preguntar a Nath, sentado a mi lado con semblante serio.

Me remuevo inquieta en el asiento y reprimo las enormes ganas que tengo de llorar. ¡Dios mío! Creo que este es el lío más grande donde me he metido, porque por mucho que me empeñe en negarlo, amo a Luca, lo amo con cada fibra de mi ser. Aunque también soy consciente de que es un amor imposible.

— ¿Estás bien?

La suave voz de Nath acompañada de su mano sobre mi antebrazo consigue arrancarme de mi bucle emocional.

—Todo lo bien que puede estar una persona en mi situación. —contesto brusca.

—Lo sé, pero pronto estarás a salvo. —contesta y en su mirada puedo ver compasión.

Compasión, un sentimiento que no me gusta, que siempre me ha hecho sentirme incómoda. Como cuando murió mi padre y todos sus allegados exhibían esa emoción en sus ojos cuando me miraban.

— ¿Consideras que estará vivo? —Me aventuro a preguntar omitiendo deliberadamente su nombre.

—Bueno, Luca siempre se caracterizó por su buena suerte. Es un experto en salir de situaciones extremas. Sin embargo, no pienses ahora en eso. Tú estás viva, eso es lo que debe importarte. —dice impasible, enmascarando sus verdaderos sentimientos.

Su actitud fría en referente a su hermano me molesta, tengo ganas de gritarle, no obstante, me reprimo.

— ¿No te importa tu hermano? —pregunto, aunque suena como un reproche.

—Yo no he dicho eso. Descansa el tiempo que dura el vuelo y libera tu mente. Hablaremos de todo cuando estés más tranquila. —dice dando por finalizada la conversación.

Y cierro mis ojos a sabiendas de que no podré dormir, aunque intento mantener mi mente en blanco.

Capítulo 34

Luca

¡Maldición!, sigo apostado en el porche de la hacienda y tan solo me quedan dos balas en la culata de mi pistola. Mis hombres están intentando defender la casa como si fuera un fuerte. Para nuestra desgracia, nuestros atacantes nos superan en número.

Debería huir, lo sé, sería lo más prudente ahora que Nath ya se ha encargado de poner a salvo a Gala. Pero no puedo, no quiero dejar a estos hombres que están dando su vida por mí. Un extraño sentimiento de deuda me embarga.

Porque a pesar de que no estoy acostumbrado a apoyar, defender, luchar, por nadie. Ahora estoy dispuesto a dar mi vida por ellos. Logro arrástrame al interior de la casa en busca de munición para mi arma mientras siguen sucediéndose los disparos.

Alcanzo a llegar al despacho, seguro que ahí puedo encontrar balas, todos mis movimientos son calculados, mientras proyectiles hacen estallar los cristales de las ventanas. Abro la puerta y rebusco en los cajones donde al fin doy con munición. Recargo el arma. A continuación, salgo del despacho dispuesto a plantar cara a quien sea que ha osado asediar mi propiedad. Lástima que no llego muy lejos, frente a mí, cinco hombres me apuntan con sus armas automáticas, encabezados por un tipo de dos metros que me inspeccionan con los ojos entornados.

Una vez más no tengo la ventaja de la situación. Sin embargo, con el destino nunca se sabe, aún tengo esperanzas de revertir la situación.

—Suelta el arma y el móvil. — La voz gutural del tipo es un poco tétrica.

— ¿Quién cojones sois? —interrogo ignorando con premeditación sus órdenes.

—No estás en situación de preguntar. — responde el hombre elevando una de sus cejas hasta el nacimiento de su pelo.

—No soltaré el arma, así como así. Deberías saberlo. —sentencio adoptando una posición altiva.

Soy un temerario o un imprudente, no me decido.

—Morirás antes entonces. — amenaza el gorila.

Veo cómo él mismo saca un arma de su espalda y me apunta directamente a la cabeza.

—Está bien, soltaré el arma—claudico.

Dejo el arma en el suelo y la empujo con el pie para hacerla llegar hasta donde está él.

Ni siquiera pierde el tiempo en agacharse para cogerla.

—Ahora colaborarás o morirás. Creo que es sencillo hasta para ti. —se mofa provocando.

Aprieto las mandíbulas reteniendo las ganas de borrarle esa sonrisa de suficiencia en la cara que tanto me toca los huevos. Aun así, sé que no es el momento. Sería un hombre muerto en un segundo.

Dos de sus hombres a su señal se acercan a mí, no me agarra los brazos por detrás inmovilizándome y el otro con la culata de su automática golpea con fuerza mi cabeza.

La oscuridad se cierne sobre mí…

Mandrágora

La pantalla del móvil se ilumina con el nombre de Markus. Inspiro lentamente. No quiero que me dé malas noticias. Aun así, descuelgo.

—Sí.

—Señora. Misión cumplida.

La satisfacción golpea de lleno mi corazón al escuchar esas dos palabras.

— ¿Está muerto? —pregunto de todas formas porque deseo oír de sus labios que Luca Parker Montenegro ha pasado a mejor vida.

—No. El paquete está de camino al árabe.

— ¿Cómo? — elevo la voz.

—Es el trato, mi señora. Le prometimos al árabe que le entregaríamos a Parker. —informa.

—Markus, ¿desde cuándo somos tan honestos? — arremeto de modo verbal.

Porque el simple hecho de que Parker aún siga respirando me pone nerviosa. Mis planes no eran esos, él a estas horas debería estar muerto. Coloco una de mis manos en la cabeza para presionar y calmar mi repentina jaqueca.

— ¿Algún contratiempo más? —interrogo con los dientes apretados.

—Bueno, la chica. No hay ni rastro de ella.

—Markus eres un inútil, tenías dos objetivos y ninguno de ellos has cumplido. —grito colgando la llamada.

Dominada por mi furia, lanzo el móvil contra la pared de mi habitación de hotel y

escucho el crepitar de la pantalla resquebrajándose.

Otra vez estoy igual como en Turquía. Nada sale como lo he planificado, lo cual me crea demasiada tensión.

No localizar a Gala me produce demasiado descontrol, ella solo era un señuelo para Parker. Su secuestro tan solo fue un inconveniente donde no tuve nada que ver. Mi plan era minucioso, envié a Parker a rescatarla con el encargo de matarla. Aunque sabía que el chico no podría, esperaba que se encariñara con la joven y al parecer de momento había sido así. Pero ahora ya no las tengo todas conmigo de que no haya acabado con su vida.

Sé que sería un daño colateral, pero no quiero pensarlo.

Necesitaba que Markus averiguara qué es lo que le había pasado a la chica. Hago el gesto de buscar mi móvil para enviarle un mensaje a mi lacayo y entonces mis ojos se fijan en el aparato destrozado en el suelo.

Joder…

Tiempo después…

Abro los ojos, tengo la sensación de que mis párpados llevan días pegados, aun así, consigo separarlos con dificultad. A mi alrededor se cierne la oscuridad. El terrible martilleo en mi cabeza amenaza con partir mi cráneo, ni siquiera puedo retener cualquier pensamiento coherente.

¿Cómo he llegado a encontrarme en esta situación? Los sucesos están demasiado borrosos en mi mente. Me levanto con dificultad, sin apenas ver, cuando intento dar un paso me tambaleo. Noto como mi pie izquierdo está sujeto con algo metálico. Sacudo y estiro el mismo y el tintineo de una cadena inunda la estancia.

“Atado como un perro”.

A pesar de mi intención de quedarme de pie, no puedo evitar perder el equilibrio cayendo al frío suelo. El hedor a humedad rancia inunda mis fosas nasales y provoca que una arcada suba por mi garganta.

Cierro los ojos y dejo mi mente en blanco. No recuerdo nada, y mucho menos como he llegado aquí. Tan solo unos ojos verdes brillantes aparecen en mi cerebro provocándome una reacción extraña en el interior de mi pecho. Pero no logro ubicarlos, mi cabeza es una gran laguna donde los recuerdos están perdidos.

Únicamente sé que soy Luca, al que llaman El Negro miembro de La Orden mala Sangre y que tema quien haya osado encarcelarme como un animal, pues mi ira arrasará con todo, cuando como mínimo pueda salir de este jodido zulo…

Capítulo 35

Washington D.C.

Berta Knox

Acabo de encender la máquina de café, necesito uno y bien cargado. Porque cuando Nath no está, mis nervios siempre están al borde del ataque. No me gusta que viaje solo, me he acostumbrado demasiado a que lo hagamos juntos. Pero a pesar de mi insistencia, no quería que lo acompañara a ver a Luca. Ni que fuera tan malo, mi recuerdo de su hermanastro es bastante bueno, porque sé que sin su ayuda Nath no hubiera podido sacarme de aquella maldita subasta en Turquía.

La verdad es que me cansé de debatir con él, acompañarlo y cedí, aunque ahora me arrepiento porque he pasado dos días demasiado inquieta sin poder dormir.

—La próxima vez no me dejo convencer—digo en voz alta.

En el silencio de casa escucho la cerradura y salgo disparada hacia la puerta para recibir a Nath con mi corazón bombeando a mil por segundo. A mitad del pasillo me pregunto si he apagado la cafetera, con la emoción, ni siquiera me acuerdo.

La puerta se abre y mis ojos se iluminan al ver a Nath que me dedica una de sus sonrisas lobunas que dicen tanto y que provocan que se encojan hasta los dedos de mis pies. Pero el aire se queda atascado en mi garganta cuando tras él veo a una mujer, con el cabello un poco enmarañado y los ojos tristes.

No doy crédito a lo que veo, parada frente a mí está mi amiga del alma, esa por la que llevo noches sin dormir, la que no he olvidado desde el mismo día en el que desapareció. Sin pensar me lanzo a abrazarla.

—Esto es un milagro, por fin te hemos encontrado. — Exclamó emocionada con lágrimas en los ojos.

—Berta mi amor, deja que Gala respire—. Comenta Nath sonriente.

Al separarme de mi amiga, miro a mi chico con ganas de asesinarlo por el comentario. Pero no tardo en centrar de nuevo mi atención en Gala. Mi alma se cae a mis pies al comprobar cómo luce, sus ojos brillantes desprovistos de luz están fijos en algún lugar de su mente.

—Gala cariño. — comienzo, aunque no puedo continuar porque se lanza contra mí y rompe en un llanto desconsolado.

Gala Ágora está rota, nunca imaginé verla así. Durante años ella ha sido mi boya, la que me animaba, la que me defendía. Todo lo difícil, mi querida amiga lo hacía fácil. Por esas

razones, verla devastada me parte el corazón.

Al final consigo que Gala deje de llorar y la acompaño al piso de arriba para que se dé una ducha relajante y se ponga ropa cómoda. Mientras tanto voy a la cocina a prepararle una tila.

Allí apoyado contra la encimera está Nath. Siempre consigue cortarme la respiración. Con esa pose desenfadada y esa mirada oceánica que me cautiva.

— ¿Está mejor? — pregunta mientras sujeta en su mano un vaso de agua.

—Bueno, al menos he conseguido que se meta en la ducha para que así pueda relajarse. Ahora te toca a ti explicarme, ¿qué es lo que ha pasado?, ¿y cómo es que la has encontrado? — digo entornando los ojos.

—Encontrarla fue una casualidad. Fui a ver a Luca como te dije. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré que Gala estaba con él. Explica nada con tranquilidad.

— ¿Qué? ¿Cómo es posible? Gala estaba en Dubái. — digo confundida.

—Al parecer mi queridísimo hermano recibió un encargo para rescatarla del harén donde estaba y matarla en suelo europeo. Pero al salvarla cambió de planes y la llevó a Colombia.

— ¿Por qué cambió los planes? —pregunto extrañada.

Nath se limita a encoger los hombros.

—Quizás Gala podrá responder a esa pregunta. — proclamo pensativa.

—Puede ser, la verdad es que cuando la encontré no parecía una prisionera, más bien una invitada.

— ¿Dónde está Luca ahora? —indago con curiosidad.

—Atacaron la Hacienda donde nos encontrábamos, él me ordenó de manera tajante que saliéramos para ponernos a salvo. —explica Nath.

— ¿Y le hiciste caso? Es raro en ti querido, nunca obedeces, eres demasiado rebelde. Observo arqueando una de mis cejas.

—Lo sé, pero también tengo sentido común debía poner a salvo a Gala. Si ella no hubiera estado, pues la historia sería diferente, amor. — aclara con firmeza.

—Entonces no sabemos nada de Luca, ¿No?

—De momento no.

—Hola.

La voz suave y temblorosa de Gala provoca que tanto Nath como yo clavemos nuestras miradas en ella. Lleva unas mallas y una de mis camisetas, no es que tengamos la misma talla. Porque mi amiga es delgada y tiene un cuerpazo y yo soy más rellenita, pero no le está mal.

—Hola, cariño, ven siéntate aquí. Te he preparado una tila. — digo alentándola que ocupe uno de los taburetes de la barra americana de la cocina.

Gala se acerca y se sienta sin rechistar.

Madre mía, esa actitud no es buena señal.

—Bueno, chicas voy a hacer unas llamadas—. Se disculpa Nath dándonos privacidad.

—Nath. — Lo detiene Gala— ¿Se sabe algo?

Nath se limita a negar con la cabeza. El rostro desangelado de mi amiga me facilita algunas pistas de lo que en verdad le preocupa.

Le ofrezco la taza humeante de tila en silencio y observo como la lleva sus labios con la mirada de nuevo perdida.

—Me alegro de que Nath esté vivo. —dice de repente.

—Yo también, después de tres años pensando que estaba muerto, la verdad es que para mí es un regalo del destino. —explico.

—Sí, me alegro mucho por ti, Berta. — exclama con calma dejando la taza y por primera vez mirándome con fijación.

— ¿Te ves con ánimo de explicarme lo que has pasado? —pregunto con tacto.

—No sé muy bien por dónde empezar si te soy sincera. —profiere soltando un suspiro después de sus palabras.

—Por donde quieras. Aquí estoy para escucharte. Sabes que no voy a juzgarte.

—Lo sé.

Capítulo 36

Luca

El agua fría bañando mi cara provoca que vuelva a abrir los ojos de par en par. No sé en qué momento he vuelto a perder la consciencia. Creo que aún quedan restos de alguna sustancia somnífera en mi organismo, por eso mi cabeza parece un puto tiovivo.

Pestañeo para enfocar la vista al frente, sintiendo cómo las gotas de agua resbalan por mis pestañas. Poco a poco mi visión se vuelve más precisa. Entonces veo a ese hombre referente a mí exhibiendo una sonrisa de superioridad que ansío borrársela, pero no puedo porque mis pies están sujetos por una cadena.

—Ya has dormido suficiente, mi querido amigo.

—No sé por qué no me sorprende que estés ahí parado frente a mi Hakim. Eres demasiado vengativo y rencoroso para dejarlo estar. — arremeto con mis palabras.

—Y tú Luca no estás en posición de provocarme. Estás aquí a mi merced. El final será más o menos rápido, depende lo que mucho que me toques las pelotas. — proclama Hakim apretando los puños a ambos lados.

—Eres un cobarde, si estuviéramos en igualdad de condiciones no te sería tan fácil acabar conmigo. —reto para llevarlo al límite.

Hakim siempre ha sido demasiado orgulloso, por eso atacar su ego es la mejor baza con la que cuento.

—Te olvidas mi querido amigo que también soy un tramposo.

—Eres un hijo de perra, Hakim. — maldigo estirando mis pies en un estúpido intento de romper mis grilletes. Lástima que el dolor intenso que experimento en mis tobillos me recuerde que es una idea nefasta.

—No sé si te he dicho alguna vez que tengo un nuevo hobbie. ¿Quieres que te lo enseñe Luca? — pregunta con una sonrisa demasiado maquiavélica en su rostro.

Decido morderme la lengua y no contestar, porque sé que no es una buena idea. Hakim es muy peligroso y además tiene demasiada ventaja en esta situación. Veo cómo saca de entre su túnica un puñal y lo exhibe ante mí.

‹‹Joder…››, siseo mentalmente.

Hakim no se lo piensa mucho y lanza el arma como si fuera un experto lanzador de cuchillos y yo parte del espectáculo conocido como la Rueda de la Muerte. La afilada hoja se clava en mi hombro izquierdo arrancándome un aullido sin que pueda evitarlo.

— ¿Te gusta mi nuevo pasatiempo, mi querido amigo?

—Pensaba Hakim que solo te excitabas infligiendo dolor a las mujeres. Al parecer tus gustos han cambiado. —provoco mientras intento ponerme de nuevo en pie a pesar del lacerante dolor en mi hombro, sujetando con una de mis manos el puñal que permanece anclado en la carne.

—Siempre fuiste un bocazas y eso te matará— anuncia preparado para volver a lanzar.

En ese instante sé que no debo ponerme en pie, así le será más difícil seguir con su juego de lanzamientos. No obstante, cuando averigua mis intenciones, hace un pequeño gesto con la mano con la que no sujeta ninguna arma. Al segundo de entre las sombras sale uno de sus guardaespaldas.

Lo ideal sería golpear al hombretón que me obliga a alzarme, pero entre el dolor y el efecto que todavía perdura en mí de los somníferos o drogas que me han inyectado no tengo fuerzas. Esta vez el destino no está por la labor de girar las tornas a mi favor.

— ¿Necesitas demostrar tu poder, ¿no? Sigues siendo un cobarde. Ocultándote siempre tras tu séquito de seguridad. No durarías ni dos segundos en un combate cuerpo a cuerpo. —lanzo de nuevo una pulla.

No tengo nada que perder, por eso no me importa que me mate. Prefiero morir antes que seguir siendo su juguete en esta maldita rueda de la muerte.

—No soy un loco imprudente como tú. —grita—Lástima que hayas escondido bien a la zorra que me robaste. Es el único mal sabor de boca que tengo. Hubiera disfrutado mucho poseyéndola de forma brutal ante tus ojos. Debiste quedarte quieto en el palacio. Si no hubieras intervenido no estaríamos en esta tesitura. —explica con los ojos inyectados en sangre.

Y sin aviso vuelve a lanzar otro de los puñales que se introduce en la prieta carne de mi hombro derecho. Sin poder evitarlo, un grito desgarrador escapa de mi garganta cayendo al mismo tiempo al suelo.

El único consuelo que me queda en estos momentos es saber que mi hermano tiene a buen recaudo a Gala. Sus ojos verdes brillantes son lo último que dibuja mi mente antes de perder de nuevo el conocimiento.

Hakim

—Señor, tiene una llamada.

Salgo de la sala donde tengo a mi querido amigo prisionero. La satisfacción de verlo como un perro provoca que mi corazón henchido casi se salga de mi pecho. Luca Parker Montenegro va a pagar por todo. En el palacio con el numerito de los drones y el robo de la chica me hizo quedar como un tonto ante mis contactos y eso no voy a perdonarlo.

—Sí —contesto la llamada, con el móvil que uno de mis hombres me entrega.

—Hakim, soy Mandrágora. Tan solo te llamo para que me alegres los oídos al decirme que nuestro hombre está muerto.

Esa mujer me produce escalofríos nada más escucharla, dirige una organización de asesinos y tiene un genio de mil demonios. Normalmente, suelo tratar con su hombre de confianza Markus, para mí es más fácil.

—La duda ofende, señora. —exclamo molesto.

—Hakim, no es la primera vez que encargo a alguien acabar con el Parker. Por lo que creo que mis dudas no son infundadas. —manifiesta la mujer con tono gélido.

—Le puedo asegurar que yo no fallo.

—Si es así Hakim, necesitaré una prueba de su muerte. —insiste.

—No hay problema, le enviaré una foto de su cuerpo inerte. —informo.

—La espero.

Capítulo 37

Dos días después…

Agencia de Seguridad Panthera.

Nath

Camino con paso firme hasta el despacho de Kirial, tras dos días intentando dar con Luca sin éxito necesito los contactos de mi amigo, mi hermano.

Golpeo la puerta con mis nudillos y tras escuchar su voz dándome paso entró sin mucha dilación. Frente a mí, Kirial está sentado en su sillón de despacho, lo cual me sigue pareciendo raro, porque Kirial Lynx es un hombre de acción. Por otro lado, él ha elegido esta vida más acorde con su situación actual. Compaginar su vida marital y ser agente de la CIA no es compatible. A pesar de que su esposa también era un activo de la agencia.

Sonrío para mis adentros, porque yo tampoco estaría conforme si Berta siguiera siendo un activo de la CIA, la prefiero a mi lado.

A su lado, Sam Lennox, su esposa, permanece de pie.

—Bueno, Nath, qué bueno haber podido al fin dar con Gala, ¿No? — exclama sonriente.

Llevamos meses tras la pista de la amiga de Berta sin éxito, él lo sabe bien por qué ha sido partícipe de cada acción e investigación que hemos llevado a cabo.

—Si ha sido un golpe de suerte. Sin embargo, ahora tengo otros frentes abiertos. — confieso.

—Nath eres un culillo inquieto, madre mía, no sales de una para meterte en otra… —bromea Sam dedicándome una sonrisa malévola.

Sam y yo nos conocemos desde siempre, a pesar de la diferencia de edad. Pero la chica Lennox es una verdadera tocapelotas, en el buen sentido de la palabra. La verdad es que en ocasiones me recuerda a su padre. Bueno, aunque eso nunca se lo he comentado a Kirial, no se lleva demasiado bien con el autoritario coronel Lennox, aunque durante años fue como un padre para él. Claro está hasta que se enamoró de su princesa. Sin embargo, Samantha Marie Lennox tiene poco de princesa más bien de guerrera.

—Si soy adicto a las emociones fuertes, ya deberías saberlo. —pincho guiñándole un ojo. Gesto que me reprende mi amigo con una mirada fulminante.

—Nos dejas, gatita. — propone a su mujer.

—Por supuesto, aquí hay demasiada testosterona para mi gusto. Nath, ¿Ya llegó Berta? —pregunta antes de marcharse.

—Si está en la sala de relax, ya sabes que le encanta el café de ese lugar—informo.

Una vez solo me dejo caer en la silla frente al escritorio que ocupa Kirial.

— ¿Qué es lo que te preocupa? — pregunta Kirial de forma directa.

—La Orden sigue en activo. Luca, mi hermanastro me lo dijo. Y según él, somos su objetivo principal, como exmiembros. —relato ante su expectación.

—Joder… Esa organización es como la hiedra nunca muere. Pero Némesis no está al mando, ¿no?

—No, Némesis sigue missing. Mucho peor la mujer de la máscara dorada. Aquella que dimos por muerta en el almacén es la nueva jefa. Informó.

—No pinta bien. Otra cuestión, ¿desde cuándo tienes otro hermano? — Pregunta de repente cayendo en la cuenta de Luca, al cual he hecho alusión antes.

—Esa es otra historia que te contaré en otro momento. Con respecto a Luca te diré que él fue quien rescató a Gala. Pero cuando fui a visitarlo a Colombia, unos tipos asediaron la Hacienda. Yo llevé a la chica y él se quedó para hacerles frente. Llevo días intentando localizarlo y nada —digo mostrando la preocupación que durante días me está embargando.

De repente, interrumpiendo nuestra conversación, se abre la puerta de manera abrupta

—Panthera tienes vista. Informa Sam con un brillo peligroso en su mirada

Por otro lado, Kirial la asesina con la mirada, no estoy seguro si por la interrupción o por dirigirse a él como Panthera. A continuación, entra una joven, con cabello negro y piel aceitunada, enfundada en un mono de cuero adherido a todas las curvas de su cuerpo, dejando poco de su cuerpo a la imaginación.

—No busco a Panthera, sino a Nathaniel Parker—puntualiza con arrogancia.

Parece inverosímil, pero Sam Lennox creo que reprime las ganas que chisporrotean en sus ojos de soltar una fresca a la chica. Por lo que cierra la puerta y desaparece sin más.

Extrañado elevo mis cejas hasta el nacimiento de mi pelo esperando una aclaración por parte de la chica. Al ver que nos observa de pie en silencio. Tomo la iniciativa de levantarme para presentarme.

—Yo soy Nathaniel Parker, no tengo el placer de conocerla…

—Déjate de presentaciones formales. No tenemos tiempo para eso. Luca está en peligro y necesito tu ayuda para sacarlo de donde está. — anuncia ante las caras de sorpresas tanto mía como de Kirial.

— ¿Quién eres? —pregunto entornando mi mirada.

—Soy Quest trabajo con Luca hace más de cinco años. Somos un equipo. Experta en informática y varios. — explica la joven al final dándose cuenta de que si no nos facilita información no prestaremos nuestra ayuda.

— ¿Cómo sabes dónde está mi hermano? — interrogo.

—Luca lleva un chip GPS incrustado en su piel desde hace tiempo. Sus captores no son conocedores de eso de momento. Es la única ventaja que tenemos. Así que ¿Van a ayudarme o no?…

Miro de soslayo a Kirial quien se limita a asentir con la cabeza.

—Sí, te ayudaremos. — proclamo.

—Está bien, pues vamos.

—Espere Señorita Quest— detiene Kirial— Necesitamos un plan. Sin él, nuestro proyecto de salvar a Luca está condenado antes de empezar. Por lo que necesitamos información.

—Es la primera vez en mi vida que se dirigen a mí como señorita— sonríe la joven de forma pícara—Luca está en Dubái, exactamente en Ajman.

—Maldición odio el desierto —sisea Kirial.

—Hakim, su amigo, ¿Lo tiene él no? —pregunto atando varios cabos.
Recuerdo el altercado que hubo en ese emirato y además Gala estaba en el harén. Así que blanco y en botella. Mi hermano debió cabrear a su compañero de estudios cuando se embarcó en la misión de rescatar a la señorita Gala Ágora.

Capítulo 38

Gala

Mi madre consigue estresarme, desde que se ha enterado de mi aparición no me deja ni a sol ni a sombra. ¡Qué casualidad que se encuentre en Washington! Si estuviera en Roma sería otro cantar. Me resulta más fácil lidiar con su insistencia vía telefónica que en persona. Ya no soy una niña, pero en ocasiones a Rafaella Marchiatto se olvida ese pequeño detalle. He conseguido escabullirme de su mañana de compras compulsivas que ha provocado en mi cabeza una intensa migraña. Quizás soy un poco desagradecida, lo sé, pero es que no tengo muchas ganas de celebraciones. Luca no sale de mi mente y cada vez que me permito pararme a pensar las lágrimas vuelven a asediar. Aún no sé si sigue vivo o no, al parecer ni siquiera Nath lo sabe.

Decido visitar Berta en la Agencia donde trabaja, necesito un respiro. Mi madre solo hace que insistir en que vuelva a Roma a mi vida anterior. No obstante, para mí es demasiado pronto. No albergó ningunas ansias de retomar mi vida.

Inconscientemente, me aferro a la idea que estando cerca de Nath en algún momento tendremos noticias de Luca.

Irrumpo en la Agencia directamente a la sala de relax, Berta es una apasionada de ese pequeño rincón que ella misma ha creado para hacer descansos de trabajo y tomar café.

—Buenos días, chicas— saludo a mi amiga que está acompañada por Sam Lennox.

Sam es la copropietaria y mujer de Kirial Lynx que es jefe de Berta. La verdad es que son gente muy agradable, a pesar de que hace solo unos días que los conozco es como si los conociera de siempre.

—Hola, Gala. —Saluda Berta, contenta de verme.

Sam, en cambio, sigue con cara de pocos amigos.

— ¿Sucede algo? —me aventuro a preguntar.

La mirada furiosa de Sam me atraviesa, a pesar de no ser responsable de ese enfado.

—Odio a las tías con mono de cuero que entran avasallando. Y para colmo de males los hombres se quedan impactados ¡Ufff! — Se queja Sam caminando de un lado a al otro de la sala. Si sigue así, desgastará la moqueta del suelo.

Con disimulo me aproximó a Berta que la mira fijamente.

— ¿De qué está hablando? — susurro.

—De una chica que vino a ver a Kirial—Informa con calma.

—No a Kirial. Buscaba a Nath—confirma Sam.

—Ostras, eso no me lo habías dicho —se queja Berta perdiendo un poco la templanza de la que estaba haciendo gala.

Por primera vez sonrío al verlas allí con cara contrita, sintiéndose amenazadas por otra mujer. La verdad es que resulta gracioso desde fuera porque ellas no son capaces de ver que los pedazos de hombre con los que comparten su vida beben los vientos por ellas.

—Chicas, os estáis oyendo. No creo que tengáis porque preocuparos—. Acierto por decir.

Sam me mira como si fuera un monstruo con siete cabezas.

—No me preocupo porque tenga algo que hacer. Si no porque odia a las tías arrogantes y chulitas—Proclama Sam enfadada.

—Bueno, será mejor que abandonemos la sala relax, a ver si conseguimos averiguar de quién se trata. ¿Y qué ha venido a buscar? —propone Berta interponiendo un poco de sentido común.

Salimos las tres en fila india en el momento exacto en el que la mujer se está despidiendo de Kirial y Nath.

La observo con detenimiento, como bien ha hecho alusión, Sam viste un mono de cuero negro tipo motero, no aparenta más de veinticinco y su piel morena con sus ojos rasgados negro son lo que más llama la atención junto a sus curvas bien definidas. Cuando la joven pasa por delante de nosotras se para, Sam le dedica una mirada asesina y ella la ignora, sus ojos están fijos en mí. Compruebo cómo me mira de arriba abajo con descaro para después seguir su camino sin más.

Pues sí que va a tener razón Sam esta tía es una chulita. Cuando me giro para confirmar con Sam que sus impresiones eran acertadas, ya no está a mi lado.

Elevó mis ojos para ver cómo entra como una tromba de agua sin control al despacho de su marido.

—Bueno, ahora viene cuando se oyen los gritos hasta el final de la oficina —exclamo intentando reprimir una sonrisa.

—Tranquila, no suele haber sangre. Además, Nath está con ellos— dice Berta con su templanza habitual.

— ¿No piensas ir? —pregunto.

—No, voy a esperar que él venga primero. — informa guiñándome un ojo—Y ahora

dime ¿Cómo te ha ido con Ella? —Se interesa.

— ¡Ufff! Ahora sí que no puedo asegurar que si mi madre sigue comportándose como una paranoica gallina clueca y tratándome como una polluela no haya sangre. —exclamo sonriente por primera vez en muchos días.

—Gala, no seas exagerada. Debes entender el grado de preocupación que ha pasado durante estos meses. — La justifica Berta.

—Lo sé, lo intento, te lo aseguro. Pero está empeñada en que vuelva a Roma antes de la convención. Que retome mi trabajo y mi vida. — explico desahogándome.

—No veo nada malo en su interés. —opina Berta.

—No se trata de que sea mala su insistencia, pero a mí me exaspera. —confieso acompañando mis palabras con un suspiro.

—Cualquiera diría que no ansías regresar a tu día a día. — exclama Berta mirándome con fijeza.

—Quizás de momento no quiero volver. — suelto, al fin siendo totalmente sincera con mi amiga.

Berta abre los ojos de par en par ante mi confesión, no se lo esperaba. Yo siempre he amado mi profesión, mi independencia, mi mundo bohemio. No sé explicar por qué ahora mismo no me atraen todas esas cosas que antes me llenaban.

—Espera un momento, Gala María Ágora Marchiatto, ¿Hay algo que no estás contando? — reprende Berta aplicando su intelecto habitual.

Mi amiga tiene una mente rápida y ávida de conocimientos, por esa razón sabía que era cuestión de tiempo que pudiera ocultarle lo que realmente estoy sintiendo.

—Yo…

—No sé por qué sospecho que detrás de toda esa indecisión hay un nombre propio. — aventura Berta de modo suspicaz.

—Berta, esta vez no es como siempre…—Esa frase sale de mis labios de forma involuntaria porque tengo la imperiosa necesidad de justificarme. Siempre he sido nefasta en tema de hombres, y Berta ha sido en muchas ocasiones testigo de mi mal ojo.

—Gala, no me digas que desarrollaste el síndrome de Estocolmo. — dice con ironía Berta, pero al ver mi cara de horror, tapa su boca con una de sus manos. —Dios, como no lo pensé antes. Por supuesto, el encanto de los hermanos Parker es demasiado magnético para evitarlo. Y más sí te rescatan del peor de los destinos.

Una sonrisa suave se dibuja en mi rostro ante las conjeturas de mi amiga.

—Bueno, no te discutiré esa conjetura. Aun así, ahora mismo ni siquiera estoy segura de que esté vivo. — Las palabras casi se quedan atascadas en mi garganta al exponer mis miedos en voz alta.

—Bueno, Gala, Nath tampoco sabe nada. Pero estoy segura de que él averiguará más tarde o más temprano que es lo que realmente ha pasado con Luca.

Asiento con la cabeza y trago con dificultad dispuesta a reprimir las lágrimas que amenazan con campar por mi rostro a sus anchas.

Capítulo 39

Nath

Agradezco que Berta no haya puesto impedimentos para quedarse en casa con Gala. La misión para rescatar a mi hermanastro puede ser demasiado peligrosa. Con los árabes nunca se sabe. Eso sí, no he podido evitar qué acompáñenos al aeropuerto.

Incluso Gala, que no debería saber nada de esta misión, está de pie junto a mi chica mientras descargamos el material que necesitamos y esperamos al resto.

Kirial no ha tenido tanta suerte, Sam viene con nosotros, ni un tsunami hubiera podido impedir que se uniera a la misión. Sam Lennox es una mujer de acción, demasiado para su propio bien. Aunque esa batalla la debe librar mi amigo. Por su cara, de pocos amigos, puedo sospechar que no está especialmente feliz de qué su mujer sea parte del operativo.

Quest, la mujer que según ella es la compañera de trabajo de Luca, ha resultado ser todo un dechado de virtudes a nivel informático. Ella nos dará apoyo desde su posición. Ya tenemos el lugar exacto donde la parece Hakim retiene a mi hermano y como llegar hasta allí.

Kirial también ha llamado a varios chicos del escuadrón, antiguos compañeros de cuando prestábamos servicio a la CIA, entre ellos Roy. Un grandullón pelirrojo con el que años atrás yo había coincidido. Cuando Sam ve llegar al bermejo, se lanza a sus brazos contenta, ante la mirada de desaprobación de Lynx.

—Vamos cambia esa cara de perro rabioso Panthera. — pincho aguantándome las ganas de reírme.

—Tengamos la fiesta en paz, Nath, si no quieres que te tire del avión cuando alcancemos la altitud máxima. — amenaza lanzándome una mirada asesina.

Cuando estamos listos y preparados para subir al avión, me aproximo a donde se encuentra Berta expectante.

—No tengo que recordarte que te quiero de vuelta, ¿no? — suelta haciendo un suave mohín infantil.

—Claro, preciosa, lo tengo bien presente. —contesto guiñándole un ojo.

Antes de irme miro a Gala que está junto a Berta y veo sus ojos ansiosos. Debe tener demasiadas preguntas de las ahora mismo nadie tiene respuestas.

—Cuida de mi chica. — le digo sonriente.

Asiente con la cabeza.

—Intenta traerlo de vuelta sano y salvo. —proclama al fin mientras se frota nerviosa sus manos.

—Al menos lo voy a intentar. — contesto sin poder comprometerme. La verdad es que por mucho que Quest es una máquina, hemos localizado a mi hermano, pero nos es imposible saber en qué estado se encuentra.

Omito darle esa información a Gala, la extrema preocupación en su rostro me indica que entre Luca y ella hubo algo más que una relación víctima rescatador.

En el avión en honor a los viejos tiempos, cuando éramos agentes y luchábamos en el mismo bando, Kirial se sienta a mi lado, aunque me sorprende que no se siente al lado de su mujer.

—No se te ocurra abrir la boca. — amenaza leyendo mi mente.

Reprimiendo una sonrisa coloco mis dedos sobre mis labios como si estuviera cerrando la cremallera.

Sam Lennox se sienta al lado de Roy y aunque no alcanzo a escuchar lo que hablar parecen estar bromeando. A mi lado oigo un gruñido procedente de Lynx.

— ¿Ya hablaste con Quest? — pregunto para desviar un poco su atención.

—Sí, esa chica es lista, muy lista. —alaba. — Estará en contacto, incluso me ha hecho implantarme un localizador a mí también. — confiesa.

—Joder, ¿Estás seguro de que puedes confiar en ella? — interrogo curioso.

—Ahora mismo no tenemos otra opción. Además, la he investigado, está limpia. Aunque puede que ella misma haya limpiado todo rastro de mancha en su expediente. —explica encogiéndose de hombros.

—Creo que Luca confiaba en ella, mi hermano es demasiado avispado para no rodearse de gente de la que pueda fiarse. Bueno, aunque cabrear a su amigo Hakim parece que ha sido una imprudencia que no me hubiera esperado. —comento pensativo.

—Según Quest, Hakim era quien retenía a Gala. Así que no considero que lo provocara de manera impulsiva. Simplemente, le robó a una de las mujeres del harén que regenta. —aclara Kirial.

Las carcajadas que provienen de cuatro asientos más adelante distraen a Kirial de nuestra conversación. Lo veo fruncir los labios y apretar las mandíbulas con fuerza.

Sam Lennox es experta en sacar de sus casillas al controlado y disciplinado Panthera, lo cual resulta demasiado divertido. En realidad, no quisiera estar en el pellejo de mi compañero, porque su esposa supongo que se ha levantado con la intención de volverlo loco y no dudo que lo consiga.

—Kirial…

—Sam está enfadada, porque no quería que participara en esa misión. Mi esposa suele ser muy vengativa cuando intento excluirla del trabajo de campo. Así que ahora me toca aguantarme las ganas de matarla a ella y al pelirrojo por hacerme el hazmerreír delante del resto de compañeros. —confiesa crujiendo los nudillos.

—Suerte, amigo…—exclamo.

Cuando llegamos al aeropuerto nuestro avión aterriza en uno de los hangares privados del mismo. Hemos viajado en el jet de Industrias Lynx, para no llamar mucho la atención. Kirial suele utilizar como tapadera la empresa que comparte con su hermana.

Allí nos están esperando dos todoterrenos para que podamos trasladarnos a Ajman, allí es donde Quest nos ha indicado que retienen a Luca.

De Dubái a Ajman hay unos treinta y cinco minutos en coche. Por lo que el trayecto se realiza rápido y sin contratiempos. Cuando llegamos, decidimos esperar a que anochezca para poder entrar al edificio donde se supone que tienen secuestrado a mi hermano. En silencio rezo a pesar de ser ateo para que aguante esas horas con vida, para que podamos llegar a tiempo.

Capítulo 40

Luca

El hormigueo que siento por todo mi cuerpo es insoportable, sin contar con los pinchazos intensos en cada una de las heridas donde aún tengo clavados los puñales que el malnacido de Hakim se ha divertido lanzando a mi cuerpo. Reconozco que estoy al límite de mis fuerzas, puedo notar mis extremidades entumecidas y mi columna vertebral poco a poco se va engarrotando.

Lo que más rabia me da es morir a manos del cabrón de Hakim y además no poderme llevar su vida por delante junto a la mía. Pero no tengo fuerzas para esa hazaña que he imaginado en mi mente miles de veces desde que me encerró en este zulo encadenado como un animal.

Bajo mi cuerpo un charco de mi propia sangre, la cual sigue goteando de mis heridas. Hakim, quiere que sufra, si no hubiera lanzado los puñales en sitios estratégicos para que me desangre, para que no muera al instante.

En ese momento la imagen de mi gata inunda mi mente, con sus ojos verdes brillantes. Espero que mi hermano lograra ponerla a salvo. Por alguna razón que se me escapa el hecho de pensar en Gala cayendo en manos de estos desalmados me oprime el pecho. Nunca una mujer me afectó como Gala Ágora, por desgracia mi tiempo se agota y no podré averiguar dónde nos llevaba la química que ambos sentíamos.

Las puertas de mi cárcel se abren de forma brusca y no puedo evitar encogerme, porque eso significa que el capullo de Hakim tiene ganas de jugar conmigo.

—Bueno, bueno, ¿Cómo se encuentra nuestro invitado? — pregunta Hakim con sarcasmo.

Irrumpe acompañado de sus siempre fieles guardaespaldas. Si consiguiera reunir las fuerzas necesarias para poder como mínimo matar a Hakim a pesar de que mi muerte fuera la consecuencia de tal acto.

Los hombres de Hakim una vez más me obligan a ponerme de pie, aunque apenas puedo aguantarme en esa posición.

—Jefe, no creo que pueda permanecer de pie. — informa uno de los tipos mientras me sujeta.

—Tú trae más cadenas. —ordena al otro guardaespaldas, el cual abandona su puesto a mi lado y sale de la estancia.

Al abrir la puerta para salir se oyen disparos y gente gritando, la cara de Hakim es un mapa al escuchar todo ese jaleo.

—Ves a mirar que sucede. — decreta al tipo restante. Me suelta y vuelvo a caer al suelo.

Hakim parece nervioso por los ruidos que llegan de fuera. Mi mente se niega a albergar ilusiones de que en verdad todos esos disparos son porque me ha localizado y vienen a por mí.

—Al parecer mi querido Luca, el destino te otorga unos minutos más de vida, mientras mis hombres averiguan que cojones está pasando. —Anuncia acortando la distancia que lo separa de mí.

Si tan solo me quedaran fuerzas, le partiría el cuello cuando esté lo suficientemente cerca. Pero para mí frustración no creo que sea capaz.

— ¿Te he explicado alguna vez que el destino siempre está de mi parte? — provoco brindándole una sonrisa que induce que los agarrotados músculos de mi rostro se tensen dando lugar a un dolor intenso.

Nath

Hemos irrumpido en la casa donde Hakim retiene a Luca, para mí de momento sigue siendo una hipótesis, que Quest ha verificado, pero hasta que no vea a mi hermano no estaré cien por cien seguro.

—Roy quedaros en la retaguardia, Nath y yo avanzaremos hacia el sitio donde se encuentra Luca. —informa Kirial dando las órdenes oportunas al equipo. —Ah, Sam quédate con Roy y los chicos— añade dirigiéndose a su esposa que asiente sin protestar.

Nos adelantamos dejando a los chicos lidiar con los hombres de Hakim y nosotros nos dirigimos a una de las últimas estancias que hay al final de un largo pasillo.

Apostados contra la pared miramos la puerta cerrada, Kirial me hace una señal para que me quede un poco retrasado y él entrar antes. Desconocemos lo que vamos a encontrarnos. Por lo que es mejor que uno se quede en la retaguardia.

Kirial abre con sumo cuidado la puerta y avanza arma en mano en el interior de la habitación mientras yo me quedo atrás.

Luca

Escucho la puerta abrirse, aunque con sigilo, Hakim se apresura a colocarse a mis espaldas y consigue ponerme de pie poniendo la hoja del puñal presionando mi cuello.

—Lástima, que no me queden fuerzas. — susurra mi mente.

La tenue iluminación no deja que mis ojos puedan identificar a la persona que ha entrado, tan solo una silueta vestida de negro empuñando un arma se para frente a nosotros.

—Si te mueves, rebano su cuello. — amenaza Hakim. A pesar de su intento por no parecer nervioso, cualquier persona entrenada podría detectar cierto titubeo en su voz que delata su estado real.

Está cagado de miedo. Descubrir eso me impulsa a sonreír, pero soy incapaz, los dolores son demasiado intensos.

—Yo te diría que lo sueltes o morirás. Desgraciadamente morirás igual. Así que no suelo hacer promesas que no pueda cumplir.

— ¿Quién eres? —interroga Hakim mientras la presión sobre el puñal aumenta.

—No importa quién sea, aun así, me voy a apiadar de ti para que conozca el nombre del que será tu verdugo. Soy K.L. Panthera. — anuncia el hombre sin que su voz tiemble en ningún momento. Frío como el hielo.

—Antes de que tu dedo apriete el gatillo, la hoja de mi puñal, cortará la carne de su cuello como si fuera mantequilla. — insiste Hakim en sus amenazas.

Yo sí sé quién es, ahora sí. K.L. Panthera fue amigo de Nath sirvieron juntos en la CIA. Lo sé porque una vez revisé el expediente de mi hermano y ahí aparecía el hombre que ahora está intentando salvarme. Para la agencia era una leyenda. En ese instante sé que Hakim no tiene ninguna oportunidad. También tengo la certeza que, si Panthera está aquí, mi hermano no debe andar muy lejos.

—Hakim me gusta tu optimismo, lástima que diste mucho de lo que va a pasar en realidad.

Al finalizar la última palabra el sonido de un leve silbido retumba en la sala y tras de mi Hakim cae y yo con él.

Mis ojos se desvían al cuerpo sin vida de Hakim viendo el agujero del proyectil en mitad de su frente.

Estoy confuso porque ni siquiera he visto moverse a Panthera, por lo que sospecho que él no ha sido quien ha disparado. Elevo mis ojos y frente a mí veo a Nath.

—Hola, hermano. — saluda sonriente.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de verte. — exclamo, pero a continuación todo se vuelve negro.

Abro los ojos y veo cómo estoy en una sala blanca, varias vías salen de mi muñeca, a mi lado Nath me mira sonriente. Aunque veo preocupación en sus ojos y me embarga un sentimiento hasta el momento desconocido para mí, gratitud.

— ¿Está viva? — Son las únicas palabras que consigo articular.

—Sí, vivita y coleando. — contesta Nath.

Al instante mis ojos se vuelven a cerrar cayendo en un sueño intenso.

Capítulo 41

Gala

Miro a Berta con cariño, disfruta su café de la mañana, la verdad, mi amiga es un pelín adicta al café. Es como un ritual verla tomar su taza humeante. A pesar de que tiene una cafetera de estas que muelen el café en grano y prepara el mismo de manera automática. Berta está pendiente de todo el proceso durante los tres minutos que tarda la máquina en preparar el café.

—Sabes, te has vuelto una adicta a la cafeína. — exclamo divertida.

—Gala cada vez tienes más cosas en común con mi chico. Recordarme mi afición a beber café es una de ellas. — contesta con picardía.

—Será porque ambos te adoramos mucho. — contesto con velocidad.

Una vez más me siento satisfecha de haberme quedado en casa de Berta, a pesar de la insistencia de mi madre para que me hospedara en su mismo hotel. Al parecer ya ha desistido de obligarme a regresar de momento a Roma. Lo cual agradezco.

— ¿Sabemos algo de la misión? —pregunto por primera vez en días. Sé que me impuse a mí misma la norma de preguntar para no sufrir. Pero ya han pasado varios días desde que Nath se marchó con el escuadrón a rescatar a Luca y la incertidumbre me ha provocado un trastorno severo en el sueño. Así que claudico y pregunto.

—Sabes por un momento pensé que te habías olvidado. — comenta Berta sarcástica.

—No podría. Simplemente, no quise asediarte con mis incertidumbres. — me justifico.

—Bueno, lo único que sé es que llegaron bien. Pero nada más, Nath rompe el contacto conmigo en las misiones, según él soy una distracción para su concentración. —informa Berta con tranquilidad.

—Bueno, solo nos queda esperar, entonces. — digo suspirando.

En ese preciso momento, la puerta del apartamento se abre y ambas damos un respingo sorprendidas.

— ¡Buenos días, chicas! — saluda Nath con una sonrisa de oreja a oreja.

Berta lo mira como si fuera una aparición con absoluta devoción. Sin titubear corre a su encuentro y se funden en un abrazo y en un tórrido beso.

Desvío mis ojos de la escena un poco avergonzada de la efusividad que demuestran.

Nath suelta su petate en el recibidor y se acerca sin soltar a Berta de su mano a la barra americana donde yo me encuentro.

—Hola, Gala. — aluda Nath con amabilidad.

Los nervios recorren cada fibra de mi ser, esperando a que el novio de mi amiga suelte de una vez la noticia que llevo esperando días.

—Hola. — correspondo al saludo.

—Cariño, ¿Cómo ha ido? —pregunta Berta a sabiendas de que estoy demasiado ansiosa por saber qué es lo que ha sido de Luca.

—Bueno, no debemos lamentar ninguna baja. — responde y sus ojos vuelan de manera involuntaria a mí, para comprobar mi reacción.

—Eso significa que Luca está a salvo. —indaga Berta no satisfecha con las respuestas de Nath.

—Sí, Luca está vivo. —

Esa afirmación golpea mi corazón de lleno, el cual bombea a máxima velocidad

Dios mío, gracias suspiro mentalmente.

El alivio se entremezcla con el júbilo de saber que mi dios griego está a salvo. De repente las lágrimas, pero en esta ocasión de felicidad amenazan con brotar de mis ojos sin control.

— ¿Preguntó por mí? — me atrevo a interrogar.

—sí, fue lo primero que pregunto. Si estabas viva. Comunica Nath.

—Quiero verlo—anuncio de forma impulsiva.

La necesidad de verificar con mis propios ojos que está bien, puede más que cualquier razón que tenga para no verlo. Para no seguir alimentando este amor que inunda mi pecho que puede que no sea correspondido.

—Gala, no puede ser. —informa Nath serio.

— ¿Y eso por qué? ¿No está aquí, está fuera del país? Explícate Nath. — insto alzando la voz más de lo normal.

—Ha pedido expresamente que no acudas a verlo. — confiesa al fin mostrando en su rostro compasión.

De nuevo ese sentimiento que odio, que me trae tantos recuerdos y que me hace sentirme débil. No soy ninguna niña, soy una mujer hecha y derecha y no necesito la

compasión de nadie. Trago saliva con dificultad por el nudo de emociones que tengo acoplado en mi garganta. Hago acopio de mi orgullo herido y alzo la barbilla antes de decir:

—Está bien, si es lo que desea, por mí está bien. Ahora si me disculpáis me voy a mi habitación.

Berta

Una vez solos, aunque mi primer impulso hubiera sido seguir a Gala para poder consolarla y brindarle mi apoyo, decido que mi amiga necesita ahora mismo estar sola. Poner en orden sus pensamientos y sus sentimientos.

—Nath, ¿En serio te pidió eso Luca? —pregunta para despejar la duda de que mi chico haya mentido por el bien de mi amiga.

—Cuando despertó en el hospital, lo primero que dijo es que no quería que Gala apareciera por allí. Que si todavía estaba en Washington que la retuviera…— explica Nath.

—Y te dijo el porqué. — indago.

—No. La verdad es que Luca no es de compartir sus cosas, Berta. Es demasiado hermético. También puedo decir que su preocupación por mantener a esa chica alejada de él tampoco es normal…— Nath comparte sus impresiones conmigo y se lo agradezco.

—No sé mucho. Gala no se ha explayado explicando nada. Lo que sí sé es que esos dos tuvieron algo mientras estaban en Colombia.

—Lo mismo, Gala ha desarrollado una especie de síndrome de Estocolmo y Luca, no desea que sufra.

—Puede, pero no las tengo todas conmigo. El tiempo nos dará más información—anuncio.

—Sí, quizás tengas razón. — apoya Nath.

— ¿Y Mandrágora? —pregunto.

— ¿Qué sabes tú de ella? — pregunta Nath sorprendido de que esté al tanto de esa mujer.

—Sam me explicó que al parecer ahora dirige la orden y además os está acechando. — digo sin esconder la información que Lennox me ha facilitado.

—Sam a veces es una bocazas. —sisea Nath enfadado.

—Bueno, creo que esa información mi querido Phantom deberías haberla compartido con tu chica. — le reprocho alzando mis manos hacia su cuello y pegando mi cuerpo al

suyo.

—Si quizás hubiera sido lo más recomendable. — reconoce mientras acorta la distancia que nos separa y posa sus labios ávidos sobre mi boca.

Capítulo 42

Luca

Una semana después

Ha pasado una semana desde que Nath me sacó de aquel zulo donde el cabrón de Hakim me tenía cautivo. Durante el tiempo que he estado en el hospital, recuperándome de las heridas que los puñales del juego de la rueda de la muerte que mi examigo practicó conmigo se curaban, he pensado, mucho quizás.

Sobre todo, en Nath, en nuestra relación desde que nos conocimos tres años atrás. La inquina que durante todos estos años he albergado hacia él y, sin embargo, mi hermano no dudó en coger un vuelo y venir a rescatarme. No creo que tenga suficiente vida para agradecérselo, a pesar de que esa gratitud que llena mi alma me da miedo. Porque es un lazo que he forjado con Nath y mi padre siempre me recalcó que los lazos, las emociones, los sentimientos eran puntos débiles que podrían causarte la muerte en cualquier momento.

Durante todos estos días me he empeñado en bloquear cualquier recuerdo o pensamiento de mi gata, cada vez que mi cabeza decidía evocarla la bloqueaba con todas mis fuerzas. Porque mentiría si dijera que no ansío verla, tocarla, besarla…

Pero no puedo dejarme dominar por mis anhelos porque ella es mi talón de Aquiles y hoy por hoy todavía tengo demasiados enemigos que no dudarían ni un momento en utilizarla en mi contra.

Cuando me dieron el alta del hospital, confieso que quizás presione un poco al doctor, porque aún siento dolor en mis hombres y las heridas están cerradas pero frescas. Lo primero fue instalarme en un hotel aquí en Washington, no sé bien por qué sigo aquí. Quizás porque aún estoy deliberando aceptar la propuesta de Nath para desmantelar la orden, junto a él y Kirial Lynx. Lo que sí tengo claro es que Mandrágora sigue suelta y no creo que haya cesado en su afán por destruirnos a mi hermano y a mí. Por otro lado, está el hecho de que temo por Gala, opino que sigue teniendo una diana en su cabeza a pesar de no haber averiguado quién me contrató para matarla.

— ¿Qué pasa jefe?, tienes buena cara. — saluda, Quest irrumpiendo en mi habitación.

Ella ha sido un soplo de aire fresco para mí estos días, porque no se ha separado de mí, lo cual agradezco. Hoy más que nunca estoy orgulloso de haberla elegido compañera porque gracias a ella Nath y Kirial pudieron encontrarme en Ajman.

—La cara que se puede tener cuando te han clavado siete cuchillos en tu pecho. — contesto con sarcasmo.

—Pensé que el sarcasmo era cosa mía. — reprocha la joven con un chasquido

—Bueno, todo lo malo se pega.

—Traigo buenas y malas noticias. Al parecer la Orden ha abandonado el emplazamiento que tenían hasta ahora. Y por supuesto no tengo ni idea de la localización de Mandrágora. Aunque tengo que decir que he estado hurgando un poco en el ordenador de la agencia de incógnito, por descontado. —aclara. — Y según las informaciones Los mecenas son un grupo de millonarios que se dedican a solapar organizaciones criminales.

—No me dices nada nuevo. Lo de que hayan cambiado de situación es normal. Porque ahora de nuevo están bajo el ojo avizor de la CIA. La información de los Mecenas ya era consciente. Némesis un día me comentó que ellos eran gente a los ojos del mundo honorables y poderosas. Lástima que no sepamos el paradero de mi padre, estoy seguro de que él sabía las identidades de esos personajes.

—Bueno, tu padre ha cubierto muy bien sus huellas, ni siquiera yo he podido averiguar nada de sus paraderos como si en realidad estuviera bajo tierra. — informa Quest molesta.

Mi compañera es demasiado exigente con su trabajo, por eso cuando se le resiste algún tema le resulta difícil lidiar con la frustración.

—Si Némesis siempre ha sido demasiado zorro. — anuncio.

— ¿Ya has decidido si vas a acudir a la convención del Embajador Knox? —pregunta Quest con curiosidad.

—No lo sé.

—Creo que sería interesante que fueras quizás puedas averiguar lago allí. Piensa que se reunirán la *creme de la creme* de diferentes países. — anima Quest con el propósito de convencerme.

—Si puede que tengas razón…

No puedo confesarle a Quest las razones de peso que tengo para no asistir a ese evento en la Embajada Española en Washington. El principal no debo tropezarme con Gala, porque no puedo confiar en mí mismo, muy a mi pesar.

—Sabes Luca. Cuando fui en busca de Nath yo la vi. Anuncia de repente Quest dejándome descolocado.

Es como si esta chica fuera capaz de leerme la mente, la miro con los ojos como platos y ella me mira con fijación.

—No entiendo a quién te refieres. — consigo contestar disimulando.

—No me tomes por idiota, me ofendes— se queja—Vi a Gala. La verdad es que confieso que me impactó a pesar de que no crucé con ella ni una palabra. Esos ojos intensos y brillantes parece que fueran capaces de robarte el alma en cualquier momento al mirarte.

Por eso ahora entiendo por qué no pudiste matarla. Lo que no entiendo es porque te niegas a amarla.

Noqueado, así me dejan las palabras de Quest. No alcanzo a entender cómo puede saber todo eso. Yo no le he explicado nada. Es como si mi ayudante tuviera el don de ver en mi interior.

—Es complicado. Decido decir para dar por zanjado el tema.

—Tan complicado como tú quieras hacerlo. — sentencia y se levanta con su estilo altivo habitual y se marcha sin más.

Una vez solo me aproximo a la ventana de mi habitación y dejo vagar mi mirada por las excelentes vistas que tengo de la ciudad. Sé que Quest tiene razón en muchas cosas, pero yo tengo mis razones para luchar contra esto que siento por la gata. La primera:

¿Cómo saber lo que es amor si nunca lo he conocido?

No creo que pudiera darle a Gala lo que merece, yo no estoy hecho para los sentimientos, no sabría manejarlos. Acabaríamos haciéndonos daño mutuamente.

De todas formas, asistiré a la convención, porque en eso también tiene razón Quest y el deber está por encima por el hecho de querer evitar mi condena… Evitar a Gala.

Capítulo 43

Mandrágora

—Señora.

La voz de Markus logra arrancarme de mis elucubraciones. Porque mi intuición me avisa de que hay algo que no está en su sitio. El hecho de no poder localizar al gilipollas de Hakim, el cual tampoco me ha enviado la prueba de muerte de Parker, hace que la inquietud se instale en mi interior.

—Markus— contesto mirándolo, aunque mi mente sigue estando en otro lugar.

— ¿Quiere seguir adelante con el plan? — pregunta.

— ¿Por qué no?, ¿debería? — gruño.

—No localizamos a Hakim, nadie sabe nada de él. Es como si la tierra se lo hubiera tragado — comenta Markus.

—Lo sé. Nunca debimos confiar en el árabe —proclamo dando un fuerte golpe con la palma de mi mano sobre la mesa.

—Señora todavía no sabemos si ha cumplido con su parte del trato, por eso mismo deberíamos posponer los planes. — aconseja Markus.

— ¡Ni hablar! Markus tú solo asegúrate que todo sale como está previsto, no quiero nada al azar. —recalco ante la mirada vigilante de mi hombre de confianza.

El tema de Hakim sigue instalando cierta intranquilidad en mi interior, pero no voy a cambiar mis planes. Ahora que estoy tan cerca de deshacerme de Berta Knox.

Gala

Con mucho convencimiento he logrado relegar toda la semana el recuerdo de don Capullo, porque desde que Nath soltará que había solicitado expresamente, haciendo demasiado hincapié en ello, que no me acercará a él. No con esas palabras, claro, pero para mí era lo mismo. He luchado por enterrar su maldita cara de Dios Griego en el lugar más recóndito de mi inconsciente. Madre mía, si lo llegase a tener delante, no sé de lo que sería capaz. Lo abofetearía seguro y una patada en ese espectacular culo también se llevaría.

Opino que si me hubiera dedicado al faranduleo seguro que tendría un Óscar a la mejor interpretación. Porque he sido la mujer más despreocupada y feliz todos estos días, ante la mirada evaluativa de mi mejor amiga. Quizás no haya alcanzado el hándicap de engañarla a ella, Berta me conoce demasiado bien, sin embargo, he conseguido que dude y eso para mí ya es un logro. Ahora debo retomar mi vida y olvidarme de mi experiencia en Ajman, mi

rescate, mi posterior secuestro a manos del tipo más sexi con el que me haya podido cruzar y este absurdo enamoramiento que no me lleva a ningún lado.

Por esa razón ya tengo tomada mi decisión, no regresar a Italia. Mi madre va a poner el grito en el cielo, lo sé, pero me da igual, soy una mujer adulta. Voy a empezar de cero aquí, en Washington. Ya cuento con varias entrevistas de trabajo en algunas de las revistas de moda más importantes del país.

Solo queda anunciarlo a la gran Rafaella Marchiatto y lidiar con la tormenta que voy a desatar.

Saco del vestidor el vestido que voy a lucir esta noche en la convención del padre de Berta. Aunque mi amiga no está demasiado contenta por asistir. Sigue albergando resentimiento en contra de Brendan Knox, por su falta de amor fraternal, para olvidarla durante el tiempo en que ella se propuso ser agente. Nath la ha convencido y yo también he puesto mi granito de arena. Brendan a pesar de su pose y su actitud fría, quiere a su hija. Durante años mantuvo contacto conmigo a espaldas de Berta para saber de ella.

Pienso que al final Berta se dará cuenta de que su padre la ama, a su manera, espero que así sea. Yo que aun después de tantos años que han pasado desde su pérdida lo echo de menos, no entiendo que mi amiga pierda un tiempo precioso que compartir con su progenitor. Para mí él era mi todo, siempre brindándome cariño y amor, consintiéndome, pero a su vez reprendiéndome en mi difícil adolescencia.

Empiezo a arreglarme para la fiesta, una vez me coloco el vestido azul con escote en palabra de honor me observo en el espejo. La abertura que luce en un lado deja a la vista una de mis piernas. Conforme con el resultado dudo entre recogerme el cabello o no.

La puerta de mi habitación se abre y aparece Berta enfundada en un vestido plateado a juego con sus grises ojos que le queda de muerte.

— ¡Estás preciosa! — exclamo mirándola.

—Exagerada —reprende Berta que no le gustan mucho los piropos, en el fondo mi amiga es demasiado tímida.

—Es la verdad. — reitero sonriente.

—Tú sí que estás hermosa, pareces una sirena. — dice.

—Bueno, ahora quien es la exagerada. — amonesto.

—No te recojas el pelo. — aconseja a Berta colocándose a mi lado mientras me miro en el espejo.

—Mejor suelto, ¿No?

—Si esa melena es mejor el viento. — exclama y a continuación suelta una suave

carcajada.

—Eso pensaba. — señalo guiñándole un ojo cómplice

Una vez listas, salimos al salón donde Nath nos espera. La verdad es que no me acostumbro tampoco a ver al novio de mi amiga, porque parece un dios nórdico y con esmoquin ni te cuento, impactante.

—Bueno, voy a ser la envidia de la fiesta. —exclama divertido, agarrando a Berta por la cintura orgulloso. Justo cuando vamos a salir para dirigirnos a la limusina que nos espera, la cual nos llevará a la embajada, el móvil de Nath suena de manera insistente.

—Bajad, enseguida os alcanzo. — indica mientras se retira a atender la llamada.

Nath

—Sí. — contesto alarmado al ver el nombre de Tim en mi pantalla.

Hace demasiado tiempo que no hablamos. Desde que yo retomé el buen camino e inicié mi relación con Berta, mi hermano apenas me ha llamado. Reconozco que yo tampoco, porque aún me siento culpable, ya que los dos eligiéramos a la misma mujer.

— ¿Qué pasa hermano? —saluda contento. Lo cual me sorprende y me llena de júbilo al mismo tiempo.

—Bien, aunque me pillas que voy a un evento. ¿Todo bien, Tim? — pregunto con curiosidad.

—Sí, tan solo te llamaba para decirte que te echo de menos y que me gustaría hablar contigo. — explica mi hermano.

—Por supuesto, cuando quieras podemos quedar y recuperar el tiempo perdido. — propongo.

—Por mí, perfecto. Además, tengo que confesarte algo. — me sorprende de repente.

— ¿Qué es? — insisto.

—Bueno papá ha estado unos meses aquí. — suelta sin paños calientes.

— ¿Cómo? — exclamo alzando un poco el tono.

No me lo puedo creer. Némesis se ha escondido en Jackson Hole, ha puesto en peligro a Tim. Joder, mi padre sigue siendo el insensato más astuto del mundo.

—No te cabrees Nath. Tuvo un contratiempo y necesitaba un sitio donde recuperarse. —explica Tim sin perder la compostura.

—Lo sé. Hay quien aún lo da por muerto. — proclamo.

—Pues no lo está Tan solo quería que lo supieras. Cuando nos veamos te pondré al día, hermano. — dice sin más queriendo finalizar la llamada.

—Tim, ¿estás bien, ¿verdad? —pregunto preocupado.

—Sí perfectamente Nath. — contesta alegre.

— ¿Y por qué me lo cuentas ahora? — pregunto un poco desconcertado.

—Por qué ahora he encontrado el momento. — dije al fin—Hasta pronto hermano.

No puedo negar que la conversación con Tim me ha dejado mal sabor, porque conozco bien a Némesis y nunca hace ningún movimiento en vano. Por lo que elegir la ciudad donde vive Tim para esconderse de sus enemigos no fue al azar, de eso estoy seguro. Mi padre hubiera sido un excelente ajedrecista. Porque los juegos de estrategia eran su mejor virtud.

Decido no hacer esperar más a las chicas y de momento no le comentaré a Berta la llamada de Tim, prefiero que disfrute de la fiesta. Acudir a la convención estando Brendan Knox ya la pone demasiado nerviosa para que yo añada más inquietudes.

Capítulo 44

Embajada Española en Washington.

Luca

Entro en el edificio con la invitación que me ha hecho llegar Nath. Junto a mí una Quest irreconocible, cuando la recogí en su Hotel, casi me da un parraque. La jovencita a la cual quiero como a la hermana que nunca tuve se ha convertido en un bello cisne, bueno, más bien en una mujer de armas tomar. Enfundada en un vestido negro que resalta su piel morena y define sus exuberantes curvas, parece una femme fatal. Omito hacerle ningún comentario al respecto porque su lengua viperina cargada de sarcasmo podría desatarse.

Venir acompañado ha sido una decisión de última hora, pero lo prefiero. No estoy seguro si Gala acudirá, sin embargo, tengo todos los números para no poder evitar ese encuentro.

Pronto localizo en el centro de la sala a Kirial Lynx y su esposa y acudo a saludarlos.

—Buenas noches. — saludo.

—Buenas Luca. Qué gusto comprobar que estás recuperado. — exclama Lynx con sinceridad.

—Gracias. — contesto y no me pasan desapercibidas las miradas fulminantes entre Sam Lennox y mi ayudante.

— ¿Conocéis a Quest? — abordo.

—Si la verdad es que sin esta chica rescatarte no hubiera sido posible. —reconoce Kirial.

Por dentro estoy que me parto de risa, la mujer de Kirial y Quest están dando un espectáculo que me resulta demasiado divertido. Lanzándose miradas como puñales.

Mientras conversamos aparecen Nath junto a Berta, mi hermano pasea del brazo a su bella novia.

—Luca, qué alegría ver que estás bien. —exclama la joven lanzándose impulsiva a mis brazos.

Al principio esa muestra de cariño me sorprende porque no estoy acostumbrado, aunque no tardo en corresponder.

—Me alegro de verte, Berta.

—Alguien tiene sed propone Nath.

Decido acompañarlo y Kirial también se une a nosotros. La sala oval donde nos encontramos está a pleno aforo. Nos acercamos a una pequeña mesa donde varios camareros sirven bebidas. No puedo evitar barrer la sala en busca de unos ojos verdes. Desconozco si ha venido y no creo que sea buena idea preguntarle a Nath. Sería colocarme en su blanco de preguntas afiladas y hasta el momento él se ha mantenido al margen. Cuando le pedí expresamente que impidiera que Gala viniera a visitarme en el hospital, acato mis deseos sin hacer preguntas.

—Buscas a alguien—. La pregunta de mi hermano me pilla desprevenido.

—No. —respondo más brusco de lo que pretendía.

—Bueno, Luca, has decidido ya si te unirás a nosotros para desarticular la Orden y dar con el paradero de esa misteriosa mujer que la dirige. —aborda Kirial mientras sujeta una copa de champaña.

—Siento decirte que aún no tengo claro unirme a vosotros. Y yo siempre he trabajado solo. Quiere acabar con Mandrágora y poder perderme en algún lugar del mundo para tener una vida más normal. Confieso.

Hermano eso para hombres de acción como nosotros no es posible. Cuando estés debajo de un cocotero añorarás la adrenalina. A fin de cuentas, somos yonkis de esa endorfina.

—Puede que tengas razón, pero quiero intentarlo.

Gala

Mi madre me ha acompañado nada más llegar para presentarme a sus amistades. Como siempre, le encanta exhibirme como si fuera su bien más preciado.

Allí estoy parada a su lado mientras se carcajea de forma sonora por algo que su amiga, una esnob de cuidado, le ha susurrado al oído.

No estoy hecha a estas galas de postín, prefiero mis fiestas bohemias.

Absorta en mis divagaciones, doy un respingo cuando una mano acaricia mi cintura y me susurra al oído de forma sensual:

—Estás preciosa.

Un escalofrío, pero de repelús recorre mi columna y me doy la vuelta enseguida para enfrentar a alguien de mi pasado que esperaba no volver a ver.

— ¿Qué crees que estás haciendo, Carlo? — reclamo enfadada.

—Pensé que te alegraría verme. — dice meloso, demasiado pegado a mí para que me sienta cómoda.

Coloco mis manos en su pecho y lo intento apartar.

— ¡Carlo, no seas hipócrita! Ya te lo dije bien claro cuando te encontré en mi cama con tu ex. — siseo entre dientes evitando un espectáculo.

—Bella, todo hombre tiene derecho a cometer un error. Tu mamá me dijo que después de todo lo que has pasado estarías contenta de verme. — comunica Carlo ante mi cara de espanto.

¡Cómo no!, mi madre estaba metida en la presencia de Carlo en Washington, en este momento tengo unas ganas locas de gritar.

—Carlo, este no es el lugar para que hablemos, no estoy dispuesta a ser el centro de atención. —anuncio deshaciéndome de su agarre con disimulo.

—Está bien Gala, pero déjame ser tu acompañante esta noche. Sería un desperdicio que una mujer tan bella estuviera sola esta noche. — insiste adulador.

—No vine sola. No te preocupes por eso. — anuncio dejándolo allí parado.

Llego donde está Berta huyendo del pesado baboso de Carlo, suspiro, dejando salir el aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo.

‹‹Cuando acabe la maldita fiesta, mi querida madre me va a oír››, me recuerdo mentalmente.

—Gala, que bueno verte, pensé que te habías perdido. — se burla Berta.

—Qué graciosa. Si te cuento, no te lo crees, el idiota de Carlo está aquí. — le digo en voz baja.

— ¿Cómo? — pregunta Berta alucinada.

—Mi madre al parecer ahora se dedica a ejercer de alcahueta.

—Chicas, pronto empezará el discurso, debemos pasar a la otra sala. Dice Nath que acaba de llegar acompañado.

Elevo mis ojos para cruzarme con unos ojos penetrantes que me taladran con fijación. Mi estómago se encoge y un calor intenso comienza a subir desde los dedos de mis pies.

‹‹Joder, porque tiene que causar ese efecto en mí››, me regaño en mi cabeza.

Allí está parado frente a mí el dueño de mis sueños y de mis pesadillas, Luca Parker Montenegro. Sigue tan guapo e imponente como siempre o quizás más con esmoquin.

De reojo veo un camarero con una bandeja repleta de copas de champaña y no dudo en coger una y vaciarla de un solo trago.

No deja de mirarme a pesar de que yo ya no lo hago puedo notar como sus ojos siguen clavados en mí.

—Vamos. — insta Nath.

—Vayan ustedes, yo voy a buscar a Carlo. —anuncio ante la cara de piedra de Berta.

Me giro con rapidez y desaparezco sin más.

¡Es un capullo, un gran capullo! Se presenta en esta fiesta sin más y ni tan siquiera es capaz de saludarme por educación. Mi mente conjuga infinidad de insultos dedicados a mi Dios Griego.

Capítulo 45

Luca

Mientras escucho la conversación distendida que mantienen mi hermano y Kirial, sigo oteando la sala buscando. A pesar de que mi cabeza sigue reprendiéndome por ello. Al fondo diviso una cabellera dorada muy familiar. Si mis ojos se empeñan en verla mejor para reconocerla mi cuerpo lo hace de inmediato, tensándose hasta la última fibra que lo compone. Un grupo de gente se desplaza hacia la izquierda, permitiéndome verla en todo su esplendor. Parece una sirena, vestida de azul mar, con un vestido que estiliza esas curvas que tan bien conozco y muy a mi pesar no consigo olvidar. La obertura de su vestido deja a la vista de todos una de sus largas y torneadas piernas, lo cual me cabrea. Aprieto los puños al comprobar que no está sola. La acompaña un tipo que la está agarrando de la cintura a pesar de que mi gata no parece muy contenta.

‹‹Tiene derecho a estar con quien quiera››. — repite mi cerebro. Pero mi lado salvaje, ese que en el primer momento en el que cedí la tentación de tocarla la proclamo mía, ese aúlla consumido por la rabia.

Kirial y Nath deciden volver donde se encuentran sus respectivas parejas y yo, reprimiendo las ganas de ir en busca de mi gata y arrancarla de los brazos de ese tipo, me obligo a acompañarlos. Debo reconocer que la sala está demasiado concurrida, llegar hasta Berta y Sam nos resulta una ardua tarea. Sin embargo, el alivio que experimento al llegar y ver al objeto de mis dolores de cabeza y de huevos junto ellas merecen la pena los pisotones qué me han dado por el camino.

La observo sin decir nada, ni tan solo me doy el lujo de saludarla. Aparento indiferencia en todo menos en mis ojos, los cuales no puedo apartar de ella.

—Chicas, pronto empezará el discurso, debemos pasar a la otra sala—. Dice Nath.

Veo cómo Gala agarra una de las copas de champaña de una bandeja que lleva un camarero y vacía su contenido de un solo trago.

‹‹Al parecer no le resulto tan indiferente como intenta aparentar››, me digo a mí mismo y reprimo la ola de satisfacción que embarga mi pecho.

—Vamos. — insta Nath.

—Vayan ustedes, yo voy a buscar a Carlo. —suelta Gala desapareciendo entre la multitud.

¡Joder!, ¿Quién cojones es Carlo? Esta mujer logra despertar en mis instintos asesinos entremezclados con las ganas de empotrarla con la primera pared que tenga cerca para recordarle a quién pertenece.

Sin pensar, siguiendo mis impulsos más primarios, desaparezco tras ella, la sigo a cierta distancia hasta que la veo salir por una de las puertas laterales de la sala y voy detrás de ella. La salida da a uno de los largos pasillos de la embajada y no hay nadie en ellos. Veo cómo Gala respira hondo, parece alterada.

Titubeo por un segundo esperando a que de un momento a otro aparezca ese tal Carlo.

‹‹Juro por Dios que si aparece no habrá fuerza en el mundo que evite que le parta la cara››, yo mismo me sorprendo de esos pensamientos tan posesivos, pero inevitables.

Gala siempre ha exponenciado cualquier emoción o sentimiento que provoca en mí y a pesar de estar separados eso no ha cambiado.

— ¿De quién te escondes gata? — pregunto al fin manteniéndome a cierta distancia de ella.

La observo como da un respingo al oír mi voz y se gira lentamente.

— ¿Me hablas a mí? — contesta altiva.

El brillo en las dos esmeraldas que tiene por ojos delata que tiene ganas de guerra y eso provoca que mi verga se ponga dura.

‹‹Joder››, siseo en mi mente.

—No veo a nadie más. — contesto alzando una de mis cejas interrogante.

—Esto sí que resulta gracioso, al parecer ahora sí que existo. Ahora don capullo se digna a dirigirme la palabra —proclama cargada de sarcasmo.

—No me provoques —advierto.

—Perdona, pero no soy yo quien ha ido detrás de ti sino al revés. Te recuerdo—. Pincha entornando sus ojos que siguen anclados en mí.

—maldición gata, te gusta provocarme y te recuerdo que suelo tener poca paciencia. —amonesto.

—Yo ninguna. Así que nada ya puedes largarte por donde has venido. Estoy esperando a alguien —informa poniendo las manos en jarra.

Sus palabras tienen el mismo efecto en mí que un detonante en una bomba, por lo que con rapidez en dos zancadas la tengo entre mis brazos. Empotro su espalda a la pared y sujeto sus brazos con una de mis manos por encima de su cabeza. Nuestras bocas están a milímetros de distancia y se me hace la boca agua solo con imaginar besarla.

“Madre mía, cuánto la he echado de menos. No puedo seguir engañándome”.

—Suéltame capullo. — sisea forcejeando.

—Si supieras cómo me pones cuando utilizas ese lenguaje soez, no lo harías. — Susurro pegando mis labios a su oreja y de paso impregnando mis fosas nasales de su perfume.

—Eres un cabrón. — insulta de nuevo.

No permito que siga con sus agravios, arraso su boca sin compasión, al principio noto su resistencia, aunque no tarda mucho en responder como la fiera que recuerdo. Juntos nos sumergimos en un beso arrollador, en una batalla de lenguas que se incitan, se enroscan, se buscan con demasiado anhelo. Agarro sus nalgas amasándolas con mis manas y pegando su centro a mi erección que presiona la bragueta del esmoquin amenazando con romperla.

Dios, esta mujer es como el hogar que siempre he añorado, la química que hay entre nosotros no ha disminuido, por el contrario, creo que es incluso más viva.

Consigo detenerme cuando escucho cómo se abre una de las puertas y haciendo gala de mis reflejos abro una puerta que se encuentra justo al lado de dónde estamos y arrastro a Gala en su interior. No la cierro del todo. Con uno de mis dedos le hago un gesto a mi gata para que se mantenga en silencio.

— ¿Estás seguro de que mi padre quiere verme? En breve va a empezar el discurso. — Reconozco la voz de Berta, sin embargo, me es imposible verla sin que nos descubran.

—Señorita, el Embajador, la está esperando, ha dicho que es urgente.

Esa voz consigue paralizarme, cada músculo de mi cuerpo se engarrota ante el reconocimiento de esa voz.

“Morirás antes entonces”

—Joder tenemos problemas. — susurro cuando estoy seguro de que ya han desaparecido del pasillo.

— ¿A qué te refieres? —pregunta Gala con la sorpresa dibujada en su rostro.

—Las personas que acababan de pasar por estos pasillos eran Berta, acompañada de un tipo que decía que su padre deseaba verla. — explico.

— ¿Y qué tiene eso de raro, Luca? Pareces paranoico. — regaña ella.

— ¡Paranoico mis cojones! La voz de ese tipo es la misma que oí cuando me apresaron en la hacienda. La reconocería entre un millón.

—hostias tenemos que avisar a Nath. — exclama asustada haciendo intento de salir para correr hacia mi hermano.

La sujeto por los brazos.

—Gala, escúchame bien, no podemos fiarnos de nadie en esa sala a excepción de Nath, Kirial y Sam. Pero alertarlos cuando están rodeados de tanta gente puede acelerar lo que

tengan pensado hacer con Berta. Así que lo mejor ser discretos —explico y ella asiente conforme.

Capítulo 46

Luca

Marco, el número de Quest ahora mismo es la única persona que creo que puede avisar a mi hermano sin mucho aspaviento. Después de explicarle la situación ante la mirada atenta de Gala, me giro hacia ella y le digo:

—No salgas de aquí. Voy a ver si puedo localizar a Berta mientras llegan los refuerzos.

— ¡Ni loca! No voy a permitir que me excluyas de nuevo —gruñe revelándose.

—Maldita sea Gala, no te excluí, simplemente quería que vivieras. Si entonces te hubieras quedado en la hacienda, hoy por hoy estarías muerta —explico intentando que entre en razón.

—No soy ninguna dama en apuros, Luca. Ahora mismo, ni tú ni nadie impedirá que te siga para conseguir ayudar a Berta —anuncia.

La ferviente convicción que veo en su rostro consigue que acepte y claudique, porque convencerla sería imposible.

Salimos juntos al pasillo desierto e intento intuir por dónde han desaparecido el tipo y Berta. Al fondo hay dos puertas y justo en los marcos unas plaquitas metálicas indicando:

Sala de maquinaria.

Despachos.

Delibero durante un momento y opto por seguir mi intuición, esa que nunca me ha fallado. Agarro la mano de Gala y abro la puerta que indica sala de maquinaria.

Nos adentramos en unos pasillos poco iluminados en los que el olor a humedad es demasiado potente, miro a Gala de soslayo y la veo como tapa su respingona nariz con la mano que tiene libre.

Siempre pensé que los encapuchados que me secuestraron en la Hacienda eran hombres de Hakim, no obstante, ahora mismo no estoy tan seguro.

¿Y si seguían órdenes de Mandrágora?

Avanzamos y a pesar de que afino el oído es imposible escuchar nada, tan solo el murmullo de las máquinas de calefacción que proviene de más abajo. Nos topamos con unas escaleras metálicas y ayudo a Gala a bajarlas, me reprendo al regodearme más de la cuenta en su trasero mientras la sujeto para que baje.

Una vez en el sótano, la iluminación brilla por su ausencia y saco el móvil para utilizarlo de linterna.

—No te separes de mí. — ordeno a Gala.

Ahora sí que escucho ciertas voces y me paro en seco, provocando que el cuerpo de Gala se estrelle contra mi espalda.

—Joder. — susurra. Podrías avisar. —se queja.

—Silencio gata o quieres que nos maten si nos descubren. — regaño.

—Si claro, la culpa siempre es mía. — sisea.

¡Madre mía!, esta mujer me va a volver loco ni en situaciones extremas es controlable.

Mandrágora

La satisfacción extrema que estoy sintiendo en este momento no se paga ni con todo el dinero del mundo. Frente a mi atada a una silla permanece Berta Knox. Esa astilla que llevo clavada desde hace demasiados años impidiéndome avanzar en mis planes.

Markus de pie a su lado la amenaza con el cañón de su arma para que no grite. Aunque dudo mucho que si lo hiciera la escuchara alguien en este sótano. Entre el ruido de la fiesta y de las máquinas de calefacción, su voz quedaría amortiguada.

—Cuanto tiempo he esperado para tenerte así. — proclamo ante la mirada encendida de Berta.

—Tú otra vez. Pensé que estabas criando malvas. — contesta Berta.

—Eres demasiado ingenua. Alguien como yo no es fácil de matar. Aunque reconozco que tú tampoco has sido fácil. No sé qué tienes para que los hombres bailotean a tu alrededor como si fueras la miel más preciada. —digo haciendo alusión a los hermanos Parker sin nombrarlos.

— ¿Qué quieres de mí? —pregunta Berta.

No veo miedo en sus pupilas, esta jovencita es digna de admiración, está a punto de morir, pero no se rinde. En el fondo siempre la he admirado, independiente, inteligente. Nunca necesitó de su padre para labrarse su propio camino. Lástima que Brendan Knox la haya convertido en el peón crucial para ganar mi batalla y conseguir el pleno poder que ansío.

—Te necesito muerta. — anuncio con frialdad.

Hace años que me deshice de cualquier tipo de escrúpulo que pudiera albergar mi alma.

— ¿Por qué? —insiste.

—Porque eres el principal impedimento para alcanzar el puesto que me corresponde. —explico, aunque estoy dilatando más de lo que debería el momento de verla morir.

—No entiendo cómo soy un obstáculo para ti. No tengo nada que ver con La Orden. —dice Berta confusa.

No puedo evitar romper en una sonora carcajada.

—No eres un problema para dirigir La Orden, niña. Si no para tener a mi lado al embajador. —confieso, al menos le debo saber el motivo por el que va a morir.

Durante un momento veo la confusión cruzar por sus grises pupilas.

—Mi padre es tu objetivo. Pues te lo regalo, no es que tengamos una excelente relación. — suelta con voz desprovista de emoción.

Ilusa, a mí no me engaña porque conozco bien cómo se siente con respecto a Brendan Knox, aunque ella ni se lo imagina.

—Para él, el amor por ti es el único que tiene cabida en su corazón y por supuesto en su vida. Mientras tú estés viva jamás se volverá a casar. — Cruel, lo soy, lo veo al ver cómo se contrae su rostro.

— ¡Mientes! —grita y Markus presiona su sien con el cañón de su arma para amonestarla.

Capítulo 47

Luca

Agazapados tras unos de los enormes compresores puedo ver como a Berta la tienen sentada y atada en una silla mientras el hombretón con esmoquin la apunta con un arma en su cabeza.

Maldita sea, voy desarmado. Es imposible meter armas en la embajada, tiene la seguridad como la del Pentágono. No obstante, tengo que actuar rápido y de forma desesperada, porque por el tono que está alcanzando la conversación entre Mandrágora y Berta, la mujer de máscara dorada pronto se cansará y la ejecutará sin más.

Miro a Gala que observa la escena con atención sin perder ningún detalle.

—Necesito que por una vez me obedezcas. A Berta le queda poco tiempo y tengo que actuar. Voy desarmado, así que la única opción es ganar tiempo, gata. No quiero que te muevas en ninguna circunstancia de aquí. Necesito saber que estás a salvo, si no, no podré salvar a Berta. — explico entre susurros.

—Pero… puedo ayudar. — dice Gala mirándome con devoción.

—Por favor. — Es la primera vez que ruego en mi vida, sin embargo, necesito que Gala me haga caso.

—Está bien don capullo, pero no se te ocurra morirte, aún tenemos asuntos pendientes. —anuncia al fin.

No puedo más que plantarle un suave beso en sus acolchados labios antes de actuar.

Berta

Mi cabeza parece una batidora, todo lo que esta mujer dice es demasiado inverosímil para mí. Brendan Knox nunca me antepuso a nada. Me obligo a mantener la cabeza fría cuando noto como el gorila que me apunta con su arma, presiona mi sien con el cañón de esta con más presión ante mi grito.

—Niña, piensa lo que quieras, ragazza…

Y entonces reconozco esa voz, no puede ser, llevo rato analizando y haciéndola hablar porque algo en su timbre me recuerda que no es la primera vez que la escucho.

Sin embargo, la presión en mi pecho ante la sospecha de que sé perfectamente a quien corresponde esa voz me está matando. Una solitaria lágrima cae por mi mejilla y alzo la

barbilla para enfrentar a la mujer que se hace llamar Mandrágora.

—No quería creerlo, sabes. — empezó con una sonrisa amarga. —Pero la primera vez que escuché tu voz tuve la impresión de que la había oído en otro lugar. Después desapareciste, te dimos por muerta y me olvidé. Sin embargo, ahora no tengo ninguna duda Ella, de quien se esconde tras esa máscara.

Los ojos de Mandrágora casi se salen de los agujeros de la máscara, pero no se deja amedrentar y rompe en una risa fantasmagórica que consigue ponerme los pelos de punta. ¿Cómo he podido querer a esta mujer como una segunda madre? ¿Jamás he sospechado nada raro en su comportamiento? Siempre fue dulce y cariñosa. Que bien ha actuado.

—Bueno, mi querida Berta al menos morirás sabiendo que es realmente tu verdugo. — proclama satisfecha.

—Quítate esa máscara que pueda ver tu cara mientras muero. — exijo.

Y Mandrágora me concede ese último deseo, deshaciéndose de su disfraz y mostrando la cara de Rafaella Marchiatto, mi segunda madre, la madre de mi mejor amiga. Pero en sus ojos no veo a la mujer que he conocido durante años, tan solo veo maldad.

—No entiendo por qué. Lo tenías todo Ella. Porque inmiscuirte en La Orden, ¿por qué asesinar, matar? — interrogo meneando la cabeza en forma de negación.

—Sabes ragazza, mi vida no fue fácil. Después de una infancia llena de abusos y una juventud ejerciendo la prostitución para poder comer, me conseguí un marido sumiso y por supuesto rico. Él se enamoró de mí sin medida y yo utilicé toda su devoción para borrar mi vida anterior y convertirme en la respetada Rafaella Marchiatto. Mi esposo me sirvió de pantalla para manejar sus negocios navieros desde la sombra. Fue un títere y yo moví sus hilos multiplicando su fortuna. No obstante, cuando decidí que era el momento de deshacerme de él, poco a poco lo envenené sin que nadie sospechara nada. Pero me costó que la junta me aceptara para dirigir las empresas de mi esposo. Vivimos en un mundo de hombres y ellos no quieren mujeres en su junta, sin embargo, con mi cerebro y mis tretas conseguí que me aceptaran. —explica Rafaella, orgullosa de todas sus maldades.

—Eres un ser despreciable. — acuso fulminándola con la mirada.

—Markus. — dice ella para que su hombre me ejecute.

—Detente Mandrágora.

Tanto Rafaella como el gorila se giran hacia atrás para ver quién nos ha interrumpido.

A mí no me hace falta mirarlo, puedo reconocer esa voz. Luca ha venido a rescatarme y una pequeña llama de esperanza se enciende en mi corazón.

Si Luca está aquí, Nath pronto estará cerca.

— ¡Mío Dio! — exclama Rafaella al ver a Luca.

—No puedo decir que pueda alegrarme de volver a verte ni a ti ni a tu secuaz. — proclama Luca arrogante.

El hombre que hasta el momento me apuntaba a mí dirige su arma hacia Luca, amenazándolo.

—Los hermanos Parker sois una plaga. — exclama Rafaella con cara de pocos amigos.

—Somos difíciles de matar. — apunta Luca sonriente.

La está provocando o ganando tiempo, no sé muy bien lo que Luca pretende, pero confío en él.

—Eres un imprudente, morirás junto a la chica Knox. Así mataremos dos pájaros de un tiro. — amenaza Rafaella.

—Luca, te presento a Rafaella Marchiatto, madre de mi mejor amiga Gala Ágora, alias Mandrágora. — anuncio con una sonrisa triste. —Así te agradece que rescatarás a su hija.

—Cállate— ordena Mandrágora perdiendo un poco los papeles. —Yo lo envié a rescatarla. O me crees tan tonta para dejarla en manos de esos desalmados. — grita.

—Joder, eres una hiena mandrágora, tú ordenaste matar a tu propia hija. — exclama Luca, que al parecer no da crédito a lo que estamos descubriendo.

—Ella era un cebo para poder matarte a ti, siempre supe que cuándo la vieras no podrías acabar con su vida. Mataba dos pájaros de un tiro, eras uno de los pocos que podía sacarla de aquel harén y además te exponía para poder acabar contigo. —explica orgullosa de su plan.

Capítulo 48

Gala

“Mi esposo me sirvió de pantalla para manejar sus negocios navieros desde la sombra. Fue un títere y yo moví sus hilos multiplicando su fortuna. No obstante, cuando decidí que era el momento de deshacerme de él, poco a poco lo envenené sin que nadie sospechara nada. Pero me costó que la junta me aceptara para dirigir las empresas de mi esposo”

Las palabras de aquella mujer a la que llamaban Mandrágora resonaban en mi mente como si fuera una cinta de *cassette* reproduciéndose una y otra vez. Aún estoy en shock porque esa delincuente es…, es mi madre. No puede ser. Me niego a creerla, no puedo verla, pero la escucho claramente y su voz es tan parecida.

Berta le reclama sus maldades y yo confío en mi amiga, ella nunca atacaría a mi madre sin una buena razón.

‹‹ ¿Qué vida he vivido? ››, esa pregunta resuena en mi cerebro.

Porque todo lo que he vivido durante años ha sido una enorme mentira.

La madre amorosa, la que me apoyaba siempre, con la que compartía risas, esa mujer solo era una mentira. Y para colmo de males acaba de confesar que asesinó a mi padre.

Sacudo la cabeza y coloco mis manos en los oídos para evitar seguir oyéndolos.

Luca

¡Joder!, esto sí que no me lo esperaba. Así que la maquiavélica Mandrágora es la madre de mi gata. Dios mío y en ese momento caigo en el dato de que Gala debe estar escuchándolo todo a bocajarro.

No obstante, no puedo correr hacia ella en este momento, necesito darle la vuelta a la situación de desventaja en la que me encuentro.

¡Nath!, ¿por qué cojones tardas tanto?

—Mandrágora, ¿Qué crees que pensará Gala sobre todo esto? — interrogo con la intención de ganar un poco de tiempo.

No pierdo de vista al secuaz que sigue apuntándome con su arma, de momento no adivino intenciones de disparar.

—A ella no la metas en esto. — gruñe con los ojos entornados.

Esos ojos que nada tienen que ver con su hija, cabe la posibilidad de que Gala se

parezca a su difunto padre, porque por mucho que miro a esta víbora de mujer no le encuentro ninguna similitud.

—Gala se enterará de todo. — lanzo mi última pulla porque sé que se me agota el tiempo y no quisiera que mi gata le diera por desobedecerme ahora que ha escuchado todas las barbaridades de las que ha sido capaz su madre.

—Nunca, eres hombre muerto, Luca y los muertos no hablan. — sintetiza con una sonrisa malévola.

Al instante escucho el disparo y al girarme intento poner todo mi empeño en que la bala que tiene mi nombre colisione en alguna de las zonas de mi cuerpo menos mortales.

—Noooooooooo.

El grito de Gala resuena en la sala antes de que me desplome en el suelo al ser alcanzado.

Gala

Cuando me recupero un poco de la impresión de todo lo que acabo de descubrir mientras sigo escondida detrás de la máquina donde Luca me dejó. Decido que es hora de intervenir, aunque rompa la promesa que le hice a Luca. No puedo permitir que mi madre haga daño a mi única amiga y al amor de mi vida.

He de reconocer que estoy enamorada de Luca me insufla valor para enfrentar esta situación. Ya no me importa que no me corresponda tan solo ansío que no salga herido.

Tarde, es tarde cuando abandono mi escondite para ver cómo el cuerpo de Luca se desploma ante mis ojos a causa del disparo del hombre que acata órdenes de mi progenitora.

—Nooo. — grito corriendo hacia él.

Sin pensar me agacho con lágrimas en los ojos para abrazar a Luca que permanece inconsciente en el suelo.

—Gala…— por primera vez la voz de mi madre suena familiar pero nerviosa.

Elevo mi mirada para enfrentarla con los ojos llorosos, no obstante, las lágrimas se entremezclan con la furia.

— ¿Cómo has podido? — pregunto.

—Gala, cariño. Ahora puede que no lo entiendas, pero todo lo que he hecho siempre es para asegurarnos un futuro mejor para ambas. — explica con voz melosa.

—No te engañes, será un futuro mejor para ti. Yo siempre estuve contenta con poco. No necesito lujos, ni dinero, solo cariño. — reprocho.

—Gala no seas injusta. — me increpa.

— ¿Injusta yo? —digo poniéndome en pie y acortando la distancia que nos separa.

—Gala… No puedes quejarte de la vida que te he dado.

—Madre, yo solo quería una vida con mi familia, contigo y con papá. — mi voz se quiebra al nombrar a mi padre y recordar lo que hace un momento mi madre ha confesado.

—Gala, tu padre era un flojo, un blando, si por él hubiera sido estaríamos arruinadas. — grita.

—No lo nombres, ni siquiera te atrevas después de confesar que lo mataste. Dios con que ser he estado viviendo. — exclamo moviendo la cabeza de un lado para el otro.

—Tú no lo entiendes. — empieza de nuevo intentando convencerme.

En un impulso me abalanzo sobre ella, los ojos sorprendidos de mi madre son lo último que

veo cuando oigo un nuevo disparo. Abro los ojos que involuntariamente he cerrado al escuchar la detonación.

Rafaella Marchiatto, empuña una pistola en dirección izquierda y temo lo peor. Me apresuro a girarme para comprobar que Berta sigue con vida. Pero a sus pies está el cuerpo inerte del hombretón que trabaja para mi madre.

— ¿Qué has hecho? — pregunto colocando la palma de mi mano sobre mi boca.

—Salvarte, para que veas que no soy el monstruo que crees que soy. —dice orgullosa.

— ¡Has matado a un hombre! — exclamo.

—No es el primero ni será el último mi niña. En este mundo de hombres una mujer tiene que jugar con sus armas. Y ahora, sintiéndolo mucho, cierra los ojos si no quieres ver morir a tu amiga —indica mi madre apuntando a Berta con su arma.

—No te lo permitiré —. Acabo la frase y de repente la pistola de la mano de mi madre cae al suelo acompañada de un tremendo estallido y un grito brutal saliendo de su garganta.

—Mandrágora, no permitiré que le toques ni un pelo a mi chica— proclama a mis espaldas Nath.

—Los Parker sois una plaga —sisea con la voz rota por el dolor que debe sentir del agujero sangrante en la palma de su mano.

—No somos tan malos, Mandrágora o debería decir Rafaella. Te voy a permitir vivir, pero para poder ver cómo te pudres sola en la cárcel— amenaza Nath.

Le dedico una última mirada a mi madre cargada de odio y de nuevo me agacho a comprobar si Luca respira.

—Que respire por favor. — susurro mientras coloco una de mis manos sobre su fornido pecho.

—Gata respiro, pero cuando me recupere, prepárate por haberme desobedecido. — sisea Luca con voz queda.

Sonrío porque a pesar de estar herido no debe estar tan mal para bromear…

Epílogo

Dos meses después.

Connecticut.

Luca

Todavía no sé cómo me han enredado para acabar en Connecticut en la casa del coronel Lennox. Miro a mi izquierda mientras conduzco y veo a mi Gata sonriente sacando la cabeza por la ventanilla para sentir el aire fresco en su rostro. Sonrío como un tonto.

Quien me ha visto y quien me ve, tanto resistirme a estos sentimientos que despertaba en mí Gala Ágora para nada. Al fin puedo decir que ni puedo ni quiero evitarlos. Estoy completamente enamorado de mi chica de ojos brillantes, de mi gata valiente.

Ahora caigo en el hecho que estoy conduciendo en dirección a casa de un coronel condecorado porque mi chica siempre consigue convencerme con tretas varias.

El coronel es el suegro de Panthera, aunque es conocido por todos en la Agencia de seguridad que no se llevan demasiado bien. Puede ser divertido ver a mi nuevo jefe pasarlas putas con el padre de Sam.

Han pasado dos meses desde que la madre de Gala fue a la cárcel y decidimos hacer nuestra vida en Washington, Kirial me ofreció trabajo y yo lo acepté. Da igual un lugar que otro. Aunque reconozco que mi tío no se tomó bien que dejara la distribuidora de Café. Pero sé que tengo que labrar mi propio camino en la vida.

Aparco la ranchera en la puerta de la casa al mismo tiempo que el GPS anuncia

“Ha llegado a su destino”

Gala se baja emocionada con su Réflex en mano dispuesta a lanzar miles de fotos. Antes de entrar la agarro de la muñeca y acerco su cuerpo al mío para robarle un ardiente beso que ella corresponde de buena gana.

Una tos ronca provoca que rompa el contacto antes de tiempo.

Nath y Kirial están en la puerta con dos botellines de cerveza en mano a modo anfitrión. Aun así, se ganan una funesta mirada por mi parte.

—Hola, chicos—. Saluda Gala.

—Hola, Gala, las chicas están dentro— informa con disimulo Nath.

Veo sus intenciones, quieren que nos quedemos solos los tres, así que me espero de pie

frente a ellos.

— ¿Qué pasa? —pregunto cuando sé que Gala ya no puede oírme.

—Nada, ¿por qué tendría que pasar algo? —pregunta mi hermano disimulando.

— ¿Conoces Jackson Hole, Luca? —pregunta Kirial descolocándome por momentos.

—No —contesto elevando una de mis cejas hasta el nacimiento de mi pelo.

—Pues es hora de que lo conozcas. — Propone Kirial con una sonrisa lobuna.

—Al grano, chicos, —exijo— que ya nos conocemos.

—Bueno, hemos pensado en hacerle una visita a nuestro hermano pequeño Tim, a fin de cuenta nos os conocéis y de paso visitar al viejo—informa Nath guiñándome un ojo.

— ¿Némesis está vivo y sabéis dónde está? — pregunto sorprendido.

—Por supuesto hermano somos los mejores en lo nuestro — se vanagloria Nath dando un largo trago a su botellín.

—Contad conmigo. — afirmo haciendo chocar mi botellín de cerveza con el de ellos.

—Y ahora entremos si no queréis que el temible parrillero coronel Lennox salga a buscarnos. —Advierte Kirial.

Aunque en ocasiones me siento extraño, opino que al final he encontrado mi sitio. Rodeado de amigos, hermano, cuñada, compañeros y por supuesto la luz de mi día a día.

Hoy por hoy puedo proclamar que todos esos sentimientos que de pequeño no conocí me acompañan a diario.

Al fondo, en un patio con unos columpios blancos veo a mi chica, concentrada en inmortalizar cada momento de la reunión con su cámara. Siento cómo el júbilo se adueña de mi henchido pecho. No recuerdo haber sido tan feliz nunca. No me cansaría nunca de mirar a mi gata bohemia.

Mi gata de ojos brillantes se ha convertido en la salvación de mi alma, por ella el conocido Luca El Negro ha colgado sus puñales por una vida en común.

Fin